

Jacques Roumain

GOBERNADORES DEL ROCÍO Y OTROS TEXTOS



BIBLIOTECA



AYACUCHO

BIBLIOTECA  **AYACUCHO**

**GOBERNADORES
DEL ROCÍO
Y OTROS TEXTOS**

Jacques Roumain

GOBERNADORES DEL ROCÍO Y OTROS TEXTOS

215

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN, PRÓLOGO
NOTAS, CRONOLOGÍA
Y BIBLIOGRAFÍA

Michaëlle Ascencio

BIBLIOTECA



AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente (E)

Luis Britto García
Freddy Castillo Castellanos
Luis Alberto Crespo
Gustavo Pereira
Manuel Quintana Castillo

© Jacques Roumain

Gobernadores del rocío, 1936

La montaña embrujada, 1927

© Biblioteca Ayacucho, 2004

Colección Clásica, N° 215

Apartado Postal 14413

Caracas - Venezuela - 1010

Hecho Depósito de Ley

Depósito Legal lf 032004800376

ISBN 980-276-375-7

Dirección editorial: Oscar Rodríguez Ortiz

Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido

Asistencia editorial: Gladys García Riera

Jefa Departamento Producción: Elizabeth Coronado

Asistencia de producción: Henry Arrayago

Corrección de textos: Samuel González

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán

Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla

Diagramación: Roberto Pardi L.

Pre-prensa: Desarrollos Compumedia

Impreso en Venezuela/Printed in Venezuela

PRÓLOGO

¿HAN OÍDO ustedes hablar de un caserío llamado Fonds-Rouge?, le preguntábamos en 1989 a los campesinos viejos durante nuestro recorrido por el interior de Haití. La respuesta era siempre negativa pero insistíamos, pues la geografía del país abunda en nombres como Fonds-des-Negros, Fonfréde, Fonds-des-Blancs, La Fond, Fond-Ferrier, Fond-Parisién, Fond-Verrettes, Fond-Pite... Fonds-Rouge, el pueblo donde transcurre la novela *Gobernadores del rocío*, bien podría existir en algún lugar de Haití. Sin ir muy lejos, en el Departamento de la Artibonite existen dos pueblos cercanos que llevan por nombre Fond-Bleu y Bois Rouge, colindando con esa tierra árida e inhóspita llamada por los campesinos “Savane Désolé” cuyo paisaje seco y desolado parece evocar la novela.

La quietud casi mineral de la vida rural haitiana, el paisaje sembrado de cujíes, las respuestas escasas y lacónicas ante la presencia de gente que venía de un mundo absolutamente ignorado por ellos, los niños desnudos con sus ojos grandes y pulidos como metras, tal como los describe el novelista, nos llevaban a indagar una vez más por el camino que conduce a Fonds-Rouge. “¿Fonds-Rouge?” nos devolvió la pregunta un campesino: “en todo caso si hubiera un pueblo con ese nombre por aquí debería llamarse Fonds-Noir”. Fonds-Noir, Fundo Negro, la imagen revelaba aún más la miseria de los habitantes y la sequedad sin remisión del lugar bajo el sol implacable. Respuesta patética y descorazonadora que nos llevó a comprender algo que más tarde definiríamos como un valor de estilo en Jacques Roumain: la capacidad para encontrar palabras-símbolos que recreen la realidad y contengan su opuesto a la vez. Así, el nombre Fonds-Rouge que podría ser uno más en la geografía

de Haití apunta ya a una transmutación, a la fiesta que animará al pueblo cuando el espíritu de comunidad y solidaridad reúna a todos los campesinos en torno al agua, y acabando con la miseria y la explotación los convierta en gobernadores del rocío. Y el agua, palabra-clave en la novela, símbolo de vida, de abundancia y de purificación, cuya ausencia en los primeros capítulos se evidencia en la tierra árida y quebrajosa, en los rostros secos e hirsutos de los campesinos, y cuya venida, desde sus propios comienzos, sonriente, dulce, cantarina, hará de los hombres los dueños de la aurora, de lo que apenas despierta y nace, de la vida, en fin, que aparece simbolizada en las diminutas y frágiles gotas de rocío sobre las plantas al amanecer. Gobernadores del rocío, en *créole*, *gouvèné rouzé*, es el título que tiene el campesino encargado del riego, de la irrigación, de todo lo que contiene la distribución del agua¹.

Nacido en Haití en 1907, Jacques Roumain respiró la atmósfera de entreguismo y sumisión de su país sometido al control de los Estados Unidos de América. Tal como se ha contado tantas veces, en la noche del 27 de julio de 1915, mientras los haitianos dormían, los soldados norteamericanos, armados de fusil y de racismo aprendido y ejercitado por la mayoría de ellos durante su servicio militar en el Sur, ocuparon las calles de Port-au-Prince. Los Estados Unidos, amparados en la Doctrina Monroe, decidieron ejercer el control político y económico de la zona del Caribe y con el pretexto de poner orden, ocuparon Haití y ejercieron durante treinta y cuatro años el control total de los asuntos del país. Los cuentos de J. Roumain reflejan esta atmósfera de pesimismo, de desesperanza que seguramente invadía a los jóvenes que como él formaban parte de la llamada “generación de la ocupación”.

Como muchos haitianos, estos jóvenes debieron preguntarse por las causas de esta segunda pérdida de libertad, a poco más de un siglo de la guerra de independencia, y así como en una novela haitiana de nuestros días que trata de las revueltas campesinas durante la ocupación, un personaje tiene miedo de dejar de existir porque la República ya no existe², así los haitianos de aquel en-

1. L.F. Hoffmann. *Le roman Haitien*, p. 305.

2. La novela es del escritor haitiano Jean Metellus, *Les Cacos* (1989). Dice un personaje en la p. 12: “Bueno, ya no hay República, desde que llegaron los americanos no existe. Sí, la República existió, pero ya no existe. Es lo que me sucede, existí y tengo miedo de dejar de existir”.

tonces y los que les siguieron no han dejado de reflexionar sobre esta segunda colonización que pareciera indicar que algo quedó inconcluso con la derrota del ejército francés en 1804. Y en efecto, pasaron los años y el tiempo demostró que si a los esclavos de la antigua colonia francesa de Saint-Domingue les había tocado luchar en la revolución que sellaría la independencia, un siglo después, sus descendientes debían enfrentarse de nuevo al colonialismo que se presentaba ahora con el rostro del *yankee*. Solo que esta vez el enfrentamiento ofrecía un matiz nuevo, distinto, pues exigía la confrontación de cada haitiano consigo mismo para lograr el triunfo. En otras palabras, si la Revolución de 1804 había expulsado y exterminado a los colonos franceses de la isla, la ocupación americana venía a demostrar que, por encima de los intereses norteamericanos, la lucha por la independencia no había extirpado al colono que todo descendiente de esclavos lleva dentro. Si 1804 había significado un NO a la esclavitud en la plantación, 1915 daría comienzo a una nueva lucha para expulsar una segunda vez al colono y extirpando con ello, en otro combate íntimo y personal, su imagen fascinante y paralizadora. De allí que la ocupación del territorio haitiano por las fuerzas norteamericanas propiciara dos tipos de movimientos, el externo (los alzamientos campesinos, las huelgas, los ataques y protestas) y el movimiento interno de reflexión, de examen de conciencia del haitiano que estaba por hacerse. El primero se expresó mediante una actitud agresiva y combativa hacia el invasor; el movimiento interno, de repliegue del haitiano sobre sí mismo, se expandió en un poderoso movimiento cultural, “el Indigenismo”³, que consistió fundamentalmente en la valoración de la cultura haitiana como fuerza que pudiera oponerse a la desvalorización expresada en el racismo y la humillación de los descendientes de aquellos esclavos que habían creado una nación.

3. En el contexto haitiano, la palabra *indigenismo* que proviene del vocablo *indígena* está tomada en su acepción primera: nacido en el país, autóctono. El *Diccionario Robert* precisa: “Persona indígena en un país exótico (antiguas colonias). *Los europeos y los indígenas. Casarse con una indígena*. La mejor traducción de la palabra indígena en español sería *criollo*. *Criollismo* entonces: vuelta a lo criollo, a lo que es del lugar. Conservamos, sin embargo, la palabra *indigenismo* para referirnos al movimiento artístico que surgió durante la ocupación americana en Haití por ser el que se ha impuesto en los estudios críticos.

La búsqueda del alma extraviada del haitiano es un legado del indigenismo, movimiento nacido en 1925, con la *Revue Indigène*, primer órgano de divulgación de ese esfuerzo de afirmación del haitiano y de revitalización del pensamiento y del arte que duraría más de treinta años. Tal como han señalado los críticos, ninguna otra generación sintió esa necesidad de enraizarse, esta sed de reencontrarse y de reconocerse, esta exigencia de ser uno mismo que caracterizó a las generaciones del movimiento indigenista. Un poema de Jacques Roumain, “Cuando suena el tambor”, publicado en 1931, nos habla de ese recorrido del alma, del lazo con los ancestros y de los fantasmas perturbadores, herencia de la esclavitud:

Tu corazón tiembla en la sombra, como el
reflejo de un rostro en la onda agitada.
El antiguo espejismo se levanta en el vacío de la noche
Conoces el dulce sortilegio del recuerdo
Un río te lleva lejos de las riberas,
Escuchas esas voces: cantan el amoroso dolor
Y en el cerro, oyes ese tambor jadar
como la garganta de una muchacha negra.

Tu alma, es el reflejo en el agua murmuradora
donde tus padres inclinaron sus oscuros rostros
Y el blanco que te hizo mulato, es este poco de espuma
lanzada, como un escupitajo, en la orilla.

Sintamos ese temblor del alma que se hunde dentro de sí misma, en su sombra –su opuesto– para encontrar su propio rostro en el agua perturbadora. Veamos cómo el espejismo que fascina se sostiene en el vacío de la noche, aunque los recuerdos, nostalgia del esclavo, puedan también ser un sortilegio y remontarnos lejos para oír esas voces que cantan el dolor de la travesía; sepamos que en el cerro, lugar interior sagrado del haitiano, habita un tambor que suena todas las noches. Al fin, el alma se refleja en el agua perturbada, misma en la que los ancestros inclinaron sus rostros, como continuidad de la especie, interrumpida bruscamente por el blanco –espuma, escupitajo– lanzado sobre la orilla de esas aguas amorosas: Haití

no ha perdonado la esclavitud, dicen los libros de psicología haitiana. La esclavitud duele todavía como una herida al rojo, y la ocupación vino a avivar la llaga que no sana. Difícil contar una historia de amor en la que uno de los protagonistas es lanzado como un escupitajo sobre la orilla: ser mulato es quizás todavía una ofensa. Rechazo y no integración del otro, la lucha del haitiano contra el blanco y su imagen ¿le habrá impedido acaso amar al negro?

Con la publicación en 1928 de *Ainsi parla l'oncle* de Jean Price-Mars, acogido con entusiasmo como “manifiesto” del Indigenismo por la tenacidad con que denuncia el “bovarysismo colectivo” de las élites, el movimiento Indigenista se orienta hacia la revaloración de las raíces africanas de la cultura, raíces que hasta el momento habían sido negadas o menospreciadas por esa burguesía que, según palabras del propio Price-Mars, prefería ser “francesa de color” que haitiana sin más⁴. Desde entonces, no hubo mejor arma para defender la cultura y el hombre haitianos frente al ocupante que enrostrarle orgullosamente la diferencia y la peculiaridad de la cultura haitiana contenidas en lo que tenía de negra y de africana, esto es, en lo que, precisamente, alimentaba al racismo. Así, el Indigenismo representó una toma de conciencia honda y transformadora, la forma más importante de resistencia moral y cultural frente a la invasión extranjera. No nos sorprende, pues, que para muchos críticos el Indigenismo y concreta-

4. Traducimos a continuación el párrafo del libro de Price-Mars sobre la cuestión, por considerarlo de interés para el lector: “Pero es sobre todo esta curiosa aptitud que la metafísica de M. De Gaultier llama un bovarysismo colectivo, es decir, la facultad que se atribuye una sociedad de concebirse de manera diferente de la que es (...) Pero, por una lógica implacable, en la medida en que nos esforzamos en creernos franceses *colorés* desaprendemos a ser haitianos sin más, es decir, hombres nacidos en condiciones históricas determinadas, habiendo acumulado en sus almas, al igual que todos los grupos humanos, un complejo psicológico que da a la comunidad haitiana su fisonomía específica, (...) Además, nuestra presencia en un punto de este archipiélago americano que hemos ‘humanizado’, la brecha que hemos abierto en el proceso de los acontecimientos históricos para construirnos un lugar entre los hombres, nuestra manera de utilizar las leyes de la imitación para tratar de hacernos un alma prestada, la desviación patológica que hemos infringido al bovarysismo de las colectividades concibiéndonos distintos de lo que somos, la incertidumbre trágica que un comportamiento así imprime en nuestra evolución en el momento en que imperialismos de todo orden disimulan sus avaricias con los ropajes de la filantropía, todo ello da un cierto relieve a la existencia de la comunidad haitiana”. J. Price-Mars. *Ainsi parla l'oncle*, Avant-Propos, pp. 43-47.

mente el libro de Price-Mars sean considerados precursores directos del movimiento literario de la Negritud, que surgirá cuando la revista *L'Étudiant Noir* reúna, en 1934, a todos los estudiantes negros de París... Pero Jacques Roumain, líder del movimiento indigenista y líder también de la lucha política, tenía horizontes más amplios y aunque no renegó ni se enfrentó a la ideología del Indigenismo haitiano, tampoco se contentó con difundir o exaltar la cultura tradicional conservada por los campesinos de su país, sino que mostró, tanto en su obra literaria como en sus ensayos y artículos periodísticos, los límites de la visión mágica del mundo y el contenido fatal de las tradiciones que impiden a los hombres ser dueños de su destino.

J. Roumain regresa a Haití a los veinte años, luego de haber cursado estudios en Suiza, e inmediatamente se coloca a la vanguardia del movimiento, combatiendo en los dos frentes, tal como lo demuestran los poemas y cuentos que publicó en los cuatro números de la *Revue Indigène* y los numerosos artículos y panfletos contra la ocupación que escribió para los periódicos *Le Petit Impartial*, y *Haiti-Journal* principalmente⁵. Desde muy temprano, pues, muestra la doble condición de militante y de escritor que será uno de los rasgos de su personalidad hasta su muerte prematura en 1944. Como muchos de los intelectuales negros de los años treinta, Roumain encuentra en el marxismo la explicación y la única vía de salida de los negros norteamericanos explotados y discriminados por la sociedad blanca, de los antillanos asimilados y de los africanos recién colonizados⁶. Son sus lecturas, su amistad con Langston Hughes y Nicolás Guillén, sus reflexiones sobre la realidad haitiana a la luz del marxismo, lo que lo diferencia de los otros intelectuales indigenistas de Haití y lo lleva a salirse del patio de su propia casa para solidarizarse con los “negros pata en el suelo”

5. Para un estudio de los artículos de prensa de Jacques Roumain, la mayoría de ellos contra la ocupación americana y las componendas de los gobiernos de turno, recomendamos ampliamente el capítulo II: “A time to act: Nationalism” del libro *A Knot in the Thread*, sobre la vida y la obra de Jacques Roumain, de Carolyn Fowler.

6. Langston Hughes, Richard Wright, Claude McKay, poetas del Movimiento del Renacimiento Negro en Norteamérica; Aimé Césaire, Leon Damas, y los poetas antillanos y guyaneses de los inicios de la negritud; el cubano Nicolás Guillén, para citar los más importantes, fueron simpatizantes de los partidos comunistas de sus respectivos países.

de Haití y con todos los condenados de la tierra. El deseo de objetividad, dice M. Dash, especialista de la literatura haitiana, lo separa de aquellos de su generación que simplemente se contentaron con glorificar o novelar la vida campesina: el relato *La montaña embrujada* nos da una visión crítica del campo haitiano al mostrarnos cómo la superstición y el miedo son portadores de tragedia⁷.

La doble condición de militante y de escritor de Roumain y su rol de iniciador en muchos dominios de la vida artística e intelectual de Haití ha hecho de él un símbolo del hombre universal, del humanista en las letras haitianas. Críticos, amigos y colegas han querido ver en su vida un modelo a imitar, una figura propagandística dentro y fuera del país. El sociólogo Gérard Pierre-Charles al analizar los acontecimientos políticos y económicos que, a partir de la ocupación americana, convirtieron a Haití en un país neo-colonizado, establece tres períodos para su estudio: un primer período que va de 1934 a 1946; un segundo período inaugurado por los acontecimientos conocidos en Haití bajo el nombre de “Revolución del 46” y que se prolonga hasta 1956 y un último período que analiza la crisis política de 1956, punto de partida del régimen duvalierista.

A Jacques Roumain le correspondió actuar en el primer período cuando el sistema implantado por la ocupación militar norteamericana, revestido por la legitimidad formal de la democracia representativa, funciona en su máxima expresión bajo la hegemonía del sector mulato de la oligarquía, amparado por el ejército. Este lapso inicial va a estar marcado por las condiciones internacionales adversas creadas por la crisis mundial y las restricciones consecutivas a la guerra de 1940-1945⁸. Jacques Roumain, proveniente de una familia de la alta burguesía haitiana, (su padre, terrateniente muy apreciado, fabricaba *tafia* –aguardiente que toman los campesinos– en sus vastas propiedades cercanas a la capital) tuvo una educación privilegiada muy por encima de su medio. Sus numerosos viajes y los estudios emprendidos en el exterior le hicieron comprender quizás tempranamente las carencias de su país. Roumain pertenecía, pues, a ese sector mulato

7. M. Dash. Introduction to *Master of the Dew...*, p. 6.

8. G. Pierre-Charles. *Haití: la crisis ininterrumpida 1930-1975*, p. 2.

de la oligarquía con el que debía enfrentarse y que describió con tanta precisión como osadía en sus primeros cuentos. Como periodista fustigó a los gobernantes en sus artículos, incitó a la juventud a la rebelión, atacó al clero durante la campaña contra el vodú⁹, fue encarcelado varias veces pero no pudo sustraerse, aunque renunciara rápidamente a aceptar algunos cargos en el gobierno. Pierre-Charles nos dice en su ensayo ya citado que fue a partir de acciones de líderes muy prestigiosos como Georges Sylvain, Georges Petit y Jacques Roumain que la dictadura colaboracionista de Louis Borno quien pretendía reelegirse para un tercer período presidencial, fue desmantelada. La huelga desatada en la Escuela de Agronomía de Damiens, dirigida por el Comité de Huelga de la Federación de las Juventudes Haitianas de la cual era presidente el joven Roumain, ganó las capas populares urbanas y rurales y obligó al Presidente Hoover a organizar elecciones en Haití. Sténio Vincent, representante de las clases dominantes fue “colocado” en la presidencia en 1930 y los Estados Unidos abandonaron el país cuatro años después.

Para algunos investigadores, la acción política de Jacques Roumain irradia hasta el período que va de 1934 a 1946. Este período que culmina con la Revolución de 1946, tiene una importancia capital para la comprensión de la historia actual del país ya que su contenido popular y democrático permitió el ascenso al poder de la burguesía negra y la derrota política de la oligarquía mulata. Roumain, que murió en 1944, dos años antes de haber culminado este período, es también saludado como uno de los promotores del movimiento del 46, entre cuyos miembros se cuentan los igualmente conocidos escritores Rene Depestre, J.-S. Alexis, Anthony Lespès, todos militantes del Partido Comunista Haitiano en la época.

Nuestro personaje es, pues, controversial, polémico, batallador pero, sin duda alguna es ante todo un escritor. Fue el éxito alcanzado con la publicación de *Gobernadores del rocío* dos meses después de su muerte lo que contribuyó a idealizarlo como hombre universal. De esta mistificación debe dar cuenta ante todo el Partido Comunista Haitiano, recién fundado y dicho sea de paso, nunca reconocido por la Internacional Comunista, aunque la actuación de Roumain como secretario de la organización proyectaba al par-

9. Respetando la fonética de la palabra original *vaudou*, la hemos traducido por vodú.

tido socialmente y le daba carta de credibilidad y de reconocimiento: el literato que era Roumain prestó su nombre para una causa que él también compartía y defendía, movilizándola como pudo dentro del contexto social haitiano que le tocó vivir. ¿Cómo explicar, si no, los elogios sin reservas que se vienen haciendo de él desde su muerte?

Uno de los primeros en levantarse contra este entreguismo (de Sténio Vincent) fue Jacques Roumain, Secretario General del Partido Comunista Haitiano, fundado en 1934. Roumain fue perseguido y arrestado por sus críticas y por desarrollar una labor educativa entre los primeros cuadros obreros y comunistas.¹⁰

¿En qué consistió la protesta de Roumain?, ¿qué tipo de labor educativa desarrolló? ¿Quiénes formaban esos primeros cuadros de obreros y comunistas? Preguntas como estas y muchas otras en relación con la posición política de Roumain dentro del PCH, quedan aún sin responder. Entre los artículos y folletos que Roumain escribió, el publicado bajo el título de “Análisis esquemático 1932-1934” está considerado como el primer ensayo de interpretación marxista de la realidad haitiana:

Que Roumain no planteó nunca los problemas sociales haitianos sobre una base racial y cultural es uno de los hechos indiscutibles que lo distingue claramente de los charlatanes del sistema feudal. Pero esto no constituye una garantía suficiente contra la influencia posible y real que la ideología dominante ejercía sobre él, dado su medio familiar, su flaqueza teórica, la inexistencia de un movimiento obrero suficientemente consolidado para la época, la debilidad del movimiento revolucionario en su conjunto.¹¹

El debate comienza y aunque es cierto que la formación política de Roumain le permitió plantear los conflictos de la sociedad haitiana en tér-

10. G. Pierre-Charles. *Op. cit.*, p. 20.

11. Organisation Révolutionnaire 18 mai, *Vaudou, Négritude et idéologie féodal en Haïti*, p. 134.

minos de clase y no de color de piel como era tradicional hacerlo, también es cierto que sus planteamientos, aunque esquemáticos, le permitieron escapar, más de lo que la cita anterior dejaría suponer, a la ideología de la negritud y solidarizarse con los proletarios del mundo entero. Si sus escritos literarios ahondan en las causas de la miseria y del estancamiento del país, revelando la fuente marxista de sus ideas, sus artículos de militante acusan la falta de conocimientos teóricos sobre el marxismo y la dificultad para profundizar en la situación haitiana a través del rigor del análisis sociológico. Pero no sólo el PCH lo reconoce, también la etnología haitiana lo reconoce como fundador del Museo de Etnología de Haití en 1941 y promotor de las investigaciones en esta disciplina. Sus publicaciones en la materia tienen que ver con la arqueología de los indios taínos y ciboneyes de las Antillas y con un ensayo sobre uno de los ritos especiales de la religión vodú¹².

Dejemos a los historiadores y sociólogos el examen de los escritos y de la personalidad política de J. Roumain y ocupémonos de lo que nos atañe: el artista. Ante todo hay que reconocer que Jacques Roumain, como todos los creadores antillanos, es un escritor bilingüe. El bilingüismo, punto de partida de la creación literaria de las islas, posibilidad de revelación del ser del antillano a través de las correspondencias y de las fricciones entre el *créole*, lengua nativa y materna, y el francés, lengua oficial, adoptada y extranjera para muchos haitianos, pocas situaciones lingüísticas se prestan tan atinadamente a una discusión sobre la relación lengua y literatura como la que observamos en las islas del Mar Caribe.

Limitándonos aquí a las posesiones coloniales de Francia, Saint-Domingue –la futura Haití–, Martinica y Guadalupe, señalemos rápidamente que los herederos de los antiguos colonos de estas islas se apoderaron de la lengua de los amos, y los descendientes de los esclavos siguieron utilizando como única lengua aquella que había nacido en las costas del África occidental bajo la presión del tráfico negrero. Con el tiempo, esta lengua, el *créole*, se convertiría en la lengua materna de todos los esclavos

12. Los tres artículos son: “Contribution à l’étude de léthnobotanique pré-colombienne des Grandes Antilles” (1942), “L’outillage lithique des Ciboney d’Haïti” (1943); y “Le Sacrifice du tambour-assoto” (1943).

nacidos en la plantación, y para el caso que nos ocupa, en la lengua materna de todos los haitianos, a partir de 1804. Las tensiones y contradicciones que se viven en las islas no se deben tanto a la coexistencia del *créole* y del francés como a la distinta valoración de que son objeto por parte de la población. En Haití, en Martinica y en Guadalupe no sólo el *créole* y el francés no son consideradas lenguas que tengan la misma jerarquía y las mismas funciones, sino que tampoco son habladas indistintamente por la población de esas islas, estableciendo así activas diferencias entre los hablantes: “negro no es hombre, créole no es lengua” dice un refrán de las islas que afortunadamente, comienza a sonar falso o a olvidarse. Y concretamente, en Haití, donde el analfabetismo alcanza cifras alarmantes, el desnivel que hay entre las dos lenguas es aun más acentuado. De aquí que podamos decir tajantemente que Haití no es de ninguna manera un país bilingüe. La mayoría de sus habitantes habla *créole* y sólo *créole* y es 13 % de la población, la que se llama a sí misma “l’élite” y la burguesía, en su mayoría comercial que, como tal, goza del privilegio de enviar a sus hijos a los colegios privados de Port-au-Prince y luego al extranjero, habla francés¹³. Pero además las dos lenguas transmiten, como es de suponerse, dos modos distintos de ser en el mundo, dos “lógicas”: una que constituye el centro de la vida campesina y, otra, de la urbana, de corte más occidental. Veamos esto con más detalle: de la esclavitud surgió una cultura, una visión del mundo fundada en una asociación profunda entre tierra y religión en el seno de la vida campesina. Esta cultura se diferencia de la de la élite y la burguesía urbana que se aferra con todas sus energías a los modos de vida y a los valores occidentales manteniendo frente al campesino un desprecio secular¹⁴. André Marcel d’Ans habla de “lógica propiamente haitiana” para referirse a la cultura campesina y de “lógica de inspiración occidental” para

13. Si matizamos lo anterior diciendo que desde el ascenso de François Duvalier al poder en 1957, más de un millón de haitianos están fuera de su país formando parte de lo que se denomina la “diáspora haitiana”, debemos decir también, tal como lo demuestran los estudios sociolingüísticos sobre la emigración haitiana, que el inglés se está convirtiendo en la segunda lengua de los haitianos en exilio.

14. A. Métraux. *Le Vaudou haitien*, p. 49. Para una mayor ampliación de este punto, véase también el libro de G. Barthélémy, *Le Pays en dehors*.

definir la cultura urbana. De manera general, para caracterizar la cultura campesina se subraya la coherencia del medio, el uso exclusivo del *créole* como lengua, el repliegue del grupo sobre sí mismo, la relación afectiva a la madre, la fidelidad a la tierra, una estrategia defensiva muy acentuada y la conservación de una herencia sagrada... frente al uso del francés escrito y oral además del *créole*, el cosmopolitismo, el catolicismo y, en fin, frente a la fachada occidentalizada de la burguesía urbana. A pesar de que los investigadores difieren en cuanto a la formación etnohistórica de la cultura haitiana, concuerdan en un punto esencial: una estrategia fue implementada por el campesino haitiano para defenderse de la clase burguesa que se había apoderado del Estado y pretendía subyugar al pueblo por el hecho de pertenecer a la cultura occidental¹⁵. Según G. Barthélémy, esta estrategia tiene sus bases en la voluntad común de los antiguos esclavos en rechazar la esclavitud y se manifiesta en la negación de la acumulación dentro de un sistema que tiene como norma la igualdad de los participantes¹⁶. En todo caso y para concluir el punto, se trata de la autodefensa puesta en marcha por el medio rural haitiano frente a la dominación urbana y burguesa.

Sin duda, lo que se llama “la originalidad haitiana”, originalidad que es orgullo de todos los haitianos, comporta la clave de este asunto. No hay que olvidar que Haití es el único país de América que conquistó su independencia en una guerra en la que los esclavos exterminaron a los colonos y vencieron a un ejército colonial; el único en el que una religión pagana, el vodú, es practicado por la mayoría de la población, el único donde la lengua de los esclavos, el *créole*, se convirtió en la lengua materna de toda la población, el único cuya población desciende de esclavos y es mayoritariamente negra. Una guerra contra la metrópolis; una religión contraria al cristianismo, una lengua diferente de la de los antiguos amos: un viento de rechazo sopla sobre la isla... Desde el nacimiento de Haití y a pesar de los esfuerzos de los gobiernos por occidentalizarla, no fue sino hasta 1825 cuando Francia la reconoció como República y hasta la firma del Concordato con la Iglesia católica en 1860 cuando Haití reinició sus lazos con el Occidente. Transcurrieron casi

15. A.M. d'Ans. *Haiti, paysage et société*, p. 241.

16. G. Barthélémy. *Le Pays en dehors*, pp. 45-48.

sesenta años desde entonces sin contacto alguno con el catolicismo, así el vodú pudo expandirse a sus anchas y convertirse en la religión de la gran mayoría de la población, en “el reservorio colectivo que alimenta nuestras almas y nuestros fantasmas”¹⁷. A estas características que se explican históricamente, hay que agregar, lamentablemente, a la originalidad haitiana, la extrema pobreza de sus habitantes, la existencia de una diáspora que la dictadura de los Duvaliers fomentó despiadadamente obligando a los haitianos de todas las edades y oficios a abandonar el país... Y una producción literaria sorprendente que, como una llama, se mantiene encendida, recreando y conmemorando la tradición como si quisiera conjurar el olvido y el hambre que el país sufre desde 1804.

Vistas así las cosas, no se trata de hablar o de no hablar las dos lenguas. En todos los tiempos, los artistas, los escritores, fundamentalmente, han dado cuenta de los conflictos, de las complicidades y componendas que genera esa tensión entre el ser (el *créole*) y el deseo de parecer (el francés). Pero fue el movimiento Indigenista el que avivó verdaderamente el debate sobre las angustias creadas por este malestar de la expresión en la creación literaria. Y como ejemplo, el famoso poema “Trahison” de León Laleau, publicado en 1931:

Este corazón obsesionado que no se corresponde
Con mi lengua y mis costumbres,
Y en el que muerden como garfios
Sentimientos prestados y maneras
De Europa, ¿sienten ustedes este sufrimiento
Y esta desesperación sin igual
Por domesticar con palabras de Francia
Este corazón que me vino del Senegal?

Claro, el novelista haitiano pertenece a la clase que tiene acceso a la educación en francés y que habla las dos lenguas desde la infancia. Los versos de Laleau revelan la disociación, la traición, y ese desasosiego del artista al nivel personal en la búsqueda de su expresión. Paradójicamente, es

17. L. Bijoux. *Coup d'œil sur la famille haïtienne*, p. 10.

esta búsqueda la que ha nutrido y fertilizado la literatura haitiana y las literaturas antillanas en general. La condición bilingüe de los escritores antillanos los ha obligado a salir de la pura imitación de las literaturas de las metrópolis para hundirse en ellos mismos y encontrar su voz propia. La visión del mundo que el novelista posee como hablante del francés le permite comprender la visión que conlleva la lengua *créole*. Mediante la operación contraria, esto es, mirando al francés con sus ojos *créole*, percibe lo que los separa y los diferencia. Este trabajo especular, este puente tendido entre las dos lenguas le permite comprender las similitudes, los contrastes y las diferencias de las dos visiones del mundo que se oponen en Haití. Así, para los novelistas y poetas de las islas el trabajo literario ha consistido, y consiste fundamentalmente, en traducir las imágenes del *créole* a la lengua francesa, en colar el francés en los moldes del *créole*. Precisamente Jacques Roumain es un iniciador en estas artes, su novela *Gobernadores del rocío* es un logrado ejemplo del proceso de creación de imágenes en una lengua a través de otra, de la alquimia de la palabra y de la imagen en la poesía antillana y en la haitiana en especial:

Pues para el pueblo haitiano que hablaba pero no escribía hasta ahora el *créole*, de 1804 a 1980 la literatura ha sido un esfuerzo para expresar con la ayuda de la lengua francesa las emociones sentidas en *créole*. Y es por esta razón que los escritores se han esforzado siempre por conciliar las dos lenguas utilizadas en el país.¹⁸

No podemos saber si los indigenistas se daban cuenta de que con sus formulaciones estaban tratando, en realidad, de desmitificar al francés, de convertirlo en una lengua (y no en LA LENGUA que siempre fue), en un instrumento de creación que les sirviera para traducir los estados de ánimo y la sensibilidad del haitiano. Es lo que L. Laleau pide en su poema, es lo que los poetas y narradores tratarán de hacer a partir de este momento.

Para esta edición de Biblioteca Ayacucho, hemos traducido veintiocho poemas al español, presentados en el orden cronológico de sus publicaciones.

18. M. Laroche. *La Littérature haïtienne*, p. 11.

Los primeros poemas de Jacques Roumain publicados en su mayoría en la *Revue Indigène* entre los años 1927 y 1928, constituyen una muestra coherente en cuanto a la forma, la visión del mundo y la concepción artística. Algunos de ellos: (“Lluvia”, “Mediodía”, “Cien metros”, “Tormenta”, “Angustia”, “Espera”, “Ausencia”, “Espejismo” y “Surgido de una estera de mimbre pintada”) fueron reunidos en la *Anthologie de la poésie haïtienne “Indigène”*, publicada en el último número de la *Revue Indigène* de enero de 1928¹⁹. Cuando Roumain publica, pues estos poemas, las ideas y el programa del indigenismo están en marcha. Hay que reconocer, empero, que esos primeros poemas de Roumain muy poco tienen que ver con el indigenismo que exigía “un perfume más acentuado de haitianidad” para la poesía naciente. En ellos se nota, por el contrario, una cierta indiferencia hacia el mundo exterior, el cielo del Viejo Mundo parece planear todavía sobre estos versos signados por la medida y la retención pero, bajo la aparente serenidad, intuimos la tristeza del orgulloso que busca su expresión y rehúsa la entrega en el desahogo fácil del sentimiento²⁰. Aunque el poeta se resguarda de la simple imitación de los simbolistas franceses, hay en estos poemas elementos románticos, parnasianos y decadentistas. Se observa en muchos de ellos juegos de palabras, compás acelerado, ritmos relampagueantes que tienen su fuente en la poesía futurista o de vanguardia, tal como puede apreciarse en el poema “Cien metros”. Contrasta en la *Anthologie*, la poesía de Roumain con la de sus compañeros y amigos: Émile Roumer, el más indigenista del grupo con esa gracia para ponerle ritmo a las imágenes de la tierra haitiana, los versos de Thoby-Marcelin de una incipiente creolidad, y los poemas de Carl Brouard, el más atormentado, el poeta maldito del grupo, que busca en las fuentes de la raza y de las tradiciones sagradas el hálito y la sensualidad de su expresión.

En estos primeros poemas de Roumain, la naturaleza que no es necesariamente una naturaleza tropical, está allí como un testigo más que como

19. Esta *Anthologie*... reúne poemas de los poetas haitianos Carl Brouard, Normil-Georges Sylvain, André Liautaud, Émile Roumer, Philippe-Thoby Marcelin, Daniel Heurtelou, Antonio Vieux, de la misma generación de J. Roumain y pertenecientes, como él, al Movimiento indigenista.

20. Cf. El interesante estudio que Hedí Arnold Jean hace de Jacques Roumain en su libro *Histoire de la littérature haïtienne*, pp. 57-59.

acompañante del poeta, tal como aparece en los poemas “Lluvia”, “Mediodía”, “Espera”. Sin embargo lo que subyace en todos ellos es un sentimiento de fastidio y de desgano: *cada minuto como un siglo de hastío bosteza* (“Atardecer”), *una gran indiferencia entra en mí con un sabor de ceniza* (“Calma”), *cada hora se estira monótona como una letanía* (“Insomnio”) muy baudelerianos: tiempo hueco, vacío por donde la vida se escapa dejándonos con los brazos inertes. Notemos también la oposición luz y sombra tan hondamente explotada posteriormente en su novela *Gobernadores del rocío*: como la luz horada, penetra, ilumina, si así podríamos decir, la sombra, la oscuridad, la noche, son imágenes de lo inconmensurable, de lo insondable, del misterio que la luz disipa para tranquilidad y regocijo del alma en esta poesía europeizante, delicada y exquisita como una miniatura:

relámpagos, serpentinas gigantes
bailan
retorcidas en los lienzos
de cielo negro
La noche
despliega sus velos tornasolados.

(“Lluvia”)

y en “Tormenta”

Un rebaño de bisontes emigra del oriente al
Occidente, y la noche llegó como una mujer de luto

Y en “Surgido de una estera de mimbre pintada”:

Noche opaca apenas horadada por el vuelo de las luciérnagas

Pero es quizás el poema titulado “Calma” el que más revele esa especie de tensión velada entre la expresión y la contención lírica del poeta. Allí

leemos el dolor, la indiferencia y el cansancio, pero también la luz interior que permanece encendida a pesar de la oscuridad exterior, ajena, cósmica:

Mi mesa es una isla luminosa
en la manta negra de la silenciosa noche.

Contrastes de luz y de sombra, claroscuro que nos conduce a una intimidad que el poeta quisiera guardar estoicamente para sí. Esta poesía tenue y contenida, que contrasta con su poesía posterior, vigorosa, soberbia y como lanzada atrevidamente a la cara de los poderosos, quedará como testimonio del Roumain melancólico y triste que tan bien nos describiera su amigo, el poeta Nicolás Guillén, en su “Elegía a Jacques Roumain bajo el cielo de Haití”:

Grave la voz tenía,
Era triste y severo,
De luna fue y de acero,
Resonaba y ardía.

Envuelto en la luz venía,
A mitad del sendero
sentose y dijo –¡Muero!
(Aún era sueño el día.)

Pasar su frente bruna,
volar su sombra suave,
dime, haitiano, si viste.

De acero fue y de luna,
Tenía la voz grave,
Era severo y triste

(...)

El mismo año de la publicación de *La montaña embrujada* (1931), aparecen publicados en el *Haiti-Journal* cuatro poemas: “Langston Hughes”,

“Guinea”, “Cuando suena el tambor” y “Créole” que son, a nuestro parecer, los más hermosos versos de Roumain. El lirismo de los primeros poemas sigue estando aquí pero los temas se han concentrado en torno a motivos delimitados que tienen que ver con la cultura común del negro-antillano. Ahí está en “Guinea” la creencia apaciguadora de los mitos que aseguran que al morir, los negros retornarán a África a reunirse con sus ancestros; el poema “Langston Hughes” es una oda dolorosa y tierna a la vez a uno de los más grandes poetas del Renacimiento Negro norteamericano, L. Hughes, que componía su poesía en forma de blues y de negro-spirituals. En este poema, Roumain alude al peregrinaje que el propio Hughes hiciera a África y a sus numerosos viajes buscando un lugar donde su corazón nómada volviera a sentirse en casa. No es difícil admitir con Carolyn Fowler que el simbolismo noche-día, luz-sombra de los primeros poemas ha sido trasmutado en otro contenido: la noche, lo oscuro, el negro, ya no son símbolos de tristeza, de hastío o de misterio impenetrable, son ahora expresiones de una fuerza bienhechora, uno de los lazos fundamentales con la continuidad de la raza a la que también une el mar, la ola, el río. Recordemos el poema “Cuando suena el tambor” citado más arriba en el que “blanco”, “espuma” y “escupitajo” forman parte de un mismo universo simbólico nefasto, y los siguientes versos del poema “Créole” donde la sombra está asociada a la belleza de la mujer haitiana:

Al borde del agua,
La viste al borde del agua, bajo las trinitarias
La negra, fresca y desnuda como la sombra.

Para C. Fowler estos cuatro poemas son la única expresión de Negritud (no contaminada de proletarismo) de J. Roumain, en cuanto que no reflejan el color local como quería el Indigenismo sino la experiencia universal del negro²¹. Inversión, como dice J.-P. Sartre, de la jerarquía que da prioridad al (color) blanco sobre el negro. Poetización del negro que ahora es un color, una luz: en manos de los poetas antillanos y africanos, los dos términos negro-blanco recubren la gran división cósmica “noche y día” –que

21. C. Fowler. *A Knot in the Thread*, p. 133.

encontramos en la primera poesía de Roumain— y el conflicto humano del indígena y el colono²².

“África”, “Madrid”, “Nuevo sermón negro”, “Madera de ébano”, “Sucios negros” poemas combativos que rebasan el marco de la Negritud y del Indigenismo pues se trata en ellos de movilizar no sólo a los negros, sino a los árabes, a los indochinos, a los malayos, a todos los condenados de la tierra para que acaben de una vez por todas con la injusticia y la desigualdad. Poesía escrita y publicada en el exilio, en París y Bruselas, en una Europa sacudida por la guerra civil española, amenazada por el fascismo, Roumain toma la historia del negro esclavo como modelo, como paradigma, para ilustrar el sufrimiento de los desposeídos y prometer el mundo nuevo que advendrá cuando los “sucios negros” se levanten. El tono, sobre todo de este último poema, es el de un esclavo que se rebela contra el amo y le echa en cara su vileza, su injusticia, su cobardía. Poesía directa, voluntariamente agresiva, grosera como han señalado algunos, que provoca una reconfortante exhalación y que anuncia, según algunos críticos, la poesía volcánica de Rene Depestre.

El motivo del Cristo Negro continúa una tradición poética de los poetas del Renacimiento Negro Norteamericano, de Countee Cullen particularmente, que luego será retomada por los poetas haitianos más modernos. Si “Madera de ébano” evoca como una letanía monótona y triste la travesía y el pasado esclavo del negro, es sólo para ilustrar con este nombre el sufrimiento de los sometidos, cualquiera sea el color de su piel y el lugar de su nacimiento, y estrecharlos en la sola humanidad fraternal de los tiempos presentes cuando siguen siendo explotados en las fábricas, en las minas y en las centrales azucareras.

Aunque el movimiento literario de la negritud haya nacido cercano al año de 1934, aunque Aimé Césaire haya publicado el *Cabier du retour au pays natal* en 1939, no creemos que la poesía de J. Roumain deba ser incluida dentro de este movimiento. El sentir de su poesía es otro: así, la evocación de África aparece en un solo poema, “Guinea”, para contar el regreso a su tierra de un hombre que está exilado, pero nótese bien: no hay nada

22. J.-P. Sartre. “Orphée Noir”, *Anthologie de la nouvelle poésie...*, p. XXI.

en el poema que nos hable en realidad de África. El poema trata del retorno a casa y esa casa pudiera ser también el hogar haitiano que el poeta dejó. La observación del crítico haitiano M. Laroche para quien el África imaginaria descrita por los poetas indigenistas es, en realidad, la Haití campesina, profunda e interior que ellos por su condición burguesa no conocían, sigue siendo válida para J. Roumain. Si “Madera de ébano” nos da una visión más precisa del tráfico negrero y de la esclavitud es, como dijimos, para ilustrar con el hombre negro el sufrimiento de la humanidad explotada y no para reivindicar y ensalzar la historia del negro frente a la del blanco, como harían los poetas de la negritud. Por otra parte, Jacques Roumain no necesita reconocerse y aceptarse como negro, su problema precisamente es el de disociar la ecuación negro igual explotado, negro igual vencido, negro igual discriminado y mostrar lo que Sartre escribiría más tarde en la *Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache* de L.S. Senghor: que la negritud aparece como el tiempo débil de una progresión dialéctica, un momento que será dejado atrás para preparar la síntesis o la realización de un mundo sin razas²³. No por azar el poema que le sirve de ejemplo a Sartre para ilustrar estas ideas es, justamente, “Madera de ébano”.

Los tres cuentos reunidos bajo el título *La presa y la sombra* son, según el novelista y crítico haitiano Roger Dorsinville, una crítica a la ciudad, fuente directa si no única del mal rural que Roumain expondrá en sus novelas. Publicados en 1930, estos cuentos, al igual que sus primeros poemas utilizan un francés que podríamos llamar clásico. Los argumentos de los tres cuentos parecen banales hoy en día, pero cuando se publicaron fueron como una cachetada a la burguesía haitiana que no podía dejar de verse retratada en ellos. Para muchos, estos cuentos tienen algo de biográfico o testimonial. Ello no se debe a la decisión de Roumain de contar su vida sino a la observación que él hiciera de su medio confrontándose además con él. Roumain conocía bien a esa élite de la que formaba parte, conocía sus prejuicios recalcitrantes, su miedo a todo cambio, su conformismo que la llevaba a comportarse, como diría más tarde el novelista J.-S. Alexis, como si fuera eterna. Allí están descritos la apatía de Michel Rey y su incapacidad

23. J.-P. Sartre. “Orphée Noir”, *Anthologie de la nouvelle poésie...*, p. XII.

para tomar una decisión, la tentación del vacío de Saivre, los delirios de grandeza de todos ellos. El mismo Dorsinville señala que si la sociedad haitiana había sido descrita de manera satírica en las novelas de Hibbert y Lhérisson, por primera vez en *La presa y la sombra*, la verdadera condición de la burguesía haitiana se narraba de manera grave, dura, con ironía cortante porque un hombre de clase la ejercía sobre su medio y sobre su propia persona. De una manera u otra, estos jóvenes, Michel y Emilio, han renunciado a su clase social y buscan una salida que el novelista les niega. Con razón Dorsinville dice que estos cuentos constituyen la acusación del joven Roumain contra una sociedad empeñada en parecer en vez de ser, contra una sociedad que prefiere la máscara al rostro, una sociedad sin itinerario, sin programa, paralizada²⁴.

Un año después de publicados los cuentos, Roumain publica en 1931 *La montaña embrujada*, novela corta que lleva el subtítulo de “relato campesino”. Esta es una obra de singular importancia en la literatura haitiana, no sólo porque es la primera novela campesina del país, sino por su calidad literaria y por la minuciosa radiografía que hace de la vida rural haitiana en torno a un aspecto importantísimo de ella: las supersticiones. Si en los cuentos Roumain nos mostró los prejuicios y el inmovilismo de las clases pudientes, aquí expone la forma que toma ese mismo inmovilismo en la vida rural, a través de la resignación y el fatalismo. En esta novela, Roumain recoge las enseñanzas y el programa del Indigenismo que preconizaba un retorno a las fuentes de la cultura haitiana conservadas primordialmente en la cultura campesina. Roumain se interesa en esas fuentes, no para ensalzarlas sino para mirar el lado oscuro de la vida haitiana. Con razón, el propio J. Price-Mars celebra la publicación de *La montaña embrujada* en el prefacio que le escribió. El relato tiene la solemnidad y el estilo de predestinación propios de la tragedia clásica. Los personajes secundarios, sobre todo, tienen, en determinadas escenas, la función del coro, lamentando de antemano las desgracias o anunciándolas. También aconsejan, matizan y constituyen la voz del “qué dirán”. Más que de una narración, se trata en esta novela de un número de escenas

24. R. Dorsinville. *Jacques Roumain*, pp. 35-49.

fundamentales descritas en el tono de la tragedia raciniana, que debió ser conocida y memorizada por Jacques durante sus estudios de bachillerato en el Instituto San Luis de Gonzaga en Puerto Príncipe. Se añade a este gran fresco de la vida rural haitiana, una auténtica reconstrucción de la gestualidad haitiana, de los modos de hablar, onomatopeyas, gestos, de- cires y refranes que evidencian los estados de ánimo de los personajes sin que el narrador necesite describirlos. Más bien todo lo contrario, el narra- dor adopta un punto de vista objetivo, riguroso, situándose fuera de los acontecimientos como un testigo imparcial. Nada sabemos de la vida ín- tima de los personajes, salvo lo que han expresado ellos mismos, general- mente a través de diálogos vivaces. La objetividad y sobriedad de la escri- tura nos evitan el sentimentalismo y el paternalismo que a menudo tienen este tipo de relatos. Vemos a los personajes actuar conforme con una “ló- gica” que poco a poco vamos comprendiendo, sin conmovernos y sin to- mar partido por uno u otro, entre otras razones, porque el narrador ha re- chazado toda complicidad con los personajes negativos y toda piedad por las víctimas²⁵.

Sin que haya mención alguna de las clases dirigentes, el relato consti- tuye también una acusación velada a la burguesía urbana que le corta el paso al campesino y lo obliga a refugiarse en sus tradiciones, al negarle el acceso a la educación. Creemos que el joven novelista fue aún más lejos de lo que le celebraba Price-Mars y, precisamente, porque no se conformó con el pintoresquismo, su novela traspasó las fronteras del indigenismo y abrió caminos para posteriores novelas campesinas²⁶. Price-Mars señala en su prefacio que el sabor particular del misticismo del campesino haitia- no se debe a la “confusión” que se establece entre los misterios de la reli- gión cristiana cuya enseñanza formal e incompleta no ha penetrado en su alma y los misterios del “animismo africano” que le han sido transmitidos por la tradición oral esotérica. Pero la historia que nos cuenta *La montaña*

25. R. Gaillard, *L'Univers romanesque de Jacques Roumain*, p. 9.

26. Entre ellas: *Le Drame de la terre* (1933) de J.-B. Cinéas; *Canapé vert* (1944) de Phillippe et P. Thoby-Marcelin; *Les Semences de la colère* (1949) de A. Lespès; *Bon Dieu rit* (1952) de E. Saint-Amand y *Les Arbres musiciens* (1957) de J.-S. Alexis.

embruada es intemporal, sin referencias al pasado, aunque el engranaje de lo que acontece tiene asidero en las creencias de la religión vodú de Haití²⁷. “Aquí y ahora” parece haber sido la consigna del narrador, pues sea cual sea su origen, la hechicería es una creencia anclada en el miedo.

Haití significa “tierra montañosa” en lengua *arawaca*, y de verdad, apenas le damos la espalda al mar, las montañas, los cerros, que son muchos, se alzan en el paisaje cortándonos el horizonte. Aparte del simbolismo universal de la montaña como lugar sagrado, como lugar encantado, tal como sugiere el título mismo del relato, la narración aviva las imágenes aprendidas en la tradición oral y en la historia haitiana que nos enseñan desde niños que la montaña, *les mornes* son lugares de reunión de los hechiceros de la religión vodú, escondite, además de los negros rebeldes durante la esclavitud, lugares de veraneo (las montañas de Kenscoff y de Furcy) de las clases pudientes, refugio, según el novelista Jacques S. Alexis, de los descendientes de la Reina Anacaona, la flor de oro de los indios taínos de la isla; en todo haitiano hay una montaña interiorizada en la que resuena un tambor nocturno... en Haití la magia es de todas las noches pues los tambores haitianos, a diferencia de los africanos que suenan según la estación, no dejan de sonar como un llamado cada noche²⁸.

Digamos para concluir con este punto que el crítico haitiano Roger Gaillard señaló la influencia de J. Giono en el relato de Roumain. Se trata, específicamente de la novela *Colline* publicada en 1929 cuyo parecido con *La montaña embruada* es evidente, pero sólo en cuanto al tema y sin olvidar que el “misticismo del relato de Roumain no es inventado sino que proviene de una fuente cultural viva, original, el vodú haitiano, para darnos una visión propia de nosotros mismos”²⁹.

“Nos moriremos todos”: resignación lacónica ante el destino del hombre y de todo lo viviente, aceptación del fin ineluctable de toda vida, la predicción de la vieja Délira en la novela *Gobernadores del rocío* no va dirigida al hombre

27. Antes de Roumain, una sola novela *Mimola*, escrita por Antoine Innocent en 1906, había hecho del vodú el tema central.

28. R. Dorsinville. *Op. cit.*, p. 86. Recomendamos la lectura de este hermoso estudio de la obra de Jacques Roumain, y muy especialmente el capítulo 3, titulado: “L’Esprit de la montagne”.

29. R. Gaillard. *Op. cit.*, pp. 9-12.

y al universo en general –lo que no tendría nada de revelador– sino a su pueblo, a su gente, a su familia, a todo aquello que ella ha tenido desde generaciones atrás y que ahora morirá por la sequía que se abate sobre el pueblo. Un cuadro de desolación se dibuja a medida que el lector se inicia en el relato. Pronto, sin embargo, nos damos cuenta de que la fatalidad y la resignación están lejos de ser los temas de esta novela pues ella quiere ilustrar, más bien, el lazo perenne que a lo largo de su vida el hombre debe mantener con la naturaleza y con su entorno. Novela campesina: la acción se desarrolla en un pueblo campesino y los personajes son trabajadores de la tierra, pero además la narración misma está concebida como un ritual para retomar y afianzar las relaciones del hombre con la naturaleza, concretamente, con la gran Madre-Tierra.

En *Gobernadores del rocío* se hallan amalgamadas una visión realista (de corte marxista) de la literatura y una concepción de la novela en la que el desarrollo de los acontecimientos transcurre como un ritual. La primera se traduce en los sutiles análisis que Manuel, el personaje principal, hace de la sequía del pueblo. Las causas que la provocan residen, no en razones místicas o sobrenaturales, sino en la ignorancia del hombre. Nada de incompresible en la muerte lenta de este pueblo envuelto en el polvo. La deforestación emprendida para obtener carbón para cocinar y para venderlo en los mercados cercanos es la causa principal de la erosión de los cerros, desnudos hasta la roca, que no atraen ya el agua de las grandes lluvias; la rapacidad de Hilarión, el jefe de sección, que endeuda a los campesinos vendiéndoles aguardiente para luego quitarles sus tierras en pago es la segunda causa de la ruina de Fonds-Rouge, y el odio que divide al pueblo en dos bandos irreconciliables por un asunto de reparto de tierras donde la sangre corrió es la tercera causa de la desolación de los habitantes. Esta última causa tendrá en el relato una importancia capital, pues la reconciliación de todos los campesinos será una condición *sine qua non* para salir de la miseria en la que se encuentran. De este modo, la sequedad, que es un NO de la tierra, se corresponde con el odio que hay entre los campesinos, odio que también se manifiesta en una negativa a la solidaridad, a la generosidad, al amor. Ambas negativas se traducen por un NO a la vida que Manuel tratará de transformar en un SÍ contundente y optimista.

Contrariamente a lo que podría esperarse, Manuel no es un iluminado, mucho menos un predestinado o un elegido. Manuel es un hombre capaci-

tado. Su determinación de luchar contra la sequía y encontrar el agua es consecuencia de su experiencia en el extranjero, de los años transcurridos en Cuba cortando caña. Manuel ha aprendido la lección de la solidaridad entre los hombres, la fuerza de la huelga, el precio de la libertad y el valor de sus brazos, y ha podido percatarse, a su regreso, de la ceguera que producen las tradiciones y las creencias jamás cuestionadas. Manuel ha viajado, –y este viaje se refiere en la novela a la emigración de los campesinos haitianos a Cuba y a otras islas vecinas para emplearse como braceros durante los años veinte y treinta– continúa el tema del viaje en la novela haitiana, tema que tendrá una resonancia particular y conmovedora en los tiempos actuales a partir de la dictadura de los Duvaliers. Manuel, un campesino analfabeta, ya no repite las cosas mecánica y fatalmente. Manuel sabe, mas su saber no se queda en el discurso ni en la crítica, su saber es práctico: una vez visto el error hay que enmendarlo y buscarle una solución concreta e inmediata. Debe ser así porque en Fonds-Rouge la situación es grave, si nos perdemos en discusiones, si no actuamos rápido, nos moriremos todos.

Con esta novela J. Roumain transfirió sus conocimientos antropológicos a la ficción. Cuando en el año 1939 estalló en Haití la “Campaña anti-supersticiosa” dirigida por el clero católico contra el vodú con la anuencia del Presidente E. Lescot, J. Roumain escribió numerosos artículos en la prensa y se enfrentó con coraje a los sacerdotes que exigían al campesino la renuncia a sus dioses ancestrales, en una especie de auto de fe que nos recuerda las épocas tenebrosas de la Edad Media, con su cacería de brujas, y los terrores de la Inquisición. En los artículos, denuncias, cartas que publicó, Roumain analizaba, a la luz de la antropología y del marxismo, la situación que la iglesia católica y la élite, siempre avergonzada de sus orígenes, habían desencadenado, recalcando que sólo el progreso y la ciencia (y no la quema de los objetos rituales o la encarcelación de los devotos) lograrían erradicar las supersticiones en Haití:

Lo que hay que implantar en Haití no es una campaña antisupersticiosa, sino una campaña antimiseria.³⁰

30. J. Roumain. *A Propos de la Champagne anti-superstitieuse*, p. 12.

Por eso Manuel —y esta es la manera del novelista de ponerle carne y hueso a su personaje— no atacará directamente al vodú en la novela. Manuel hablará con su madre, símbolo de la tradición y de la continuidad y ella no comprenderá la ruptura, el cambio, el aire fluido y levantisco que trae su hijo Manuel:

Pero la tierra es una batalla día a día, una batalla sin descanso: desbrozar, sembrar, escardar, regar hasta la cosecha y entonces, tú ves tu campo maduro, acostado cada mañana delante de ti, bajo el rocío y dices... “Yo, Fulano, gobernador del rocío”, y el orgullo entra en tu corazón. (...)

Digo la verdad: no es Dios que abandona al hombre, es el hombre el que abandona la tierra y recibe su castigo: la sequía, la miseria y la desolación.

—No quiero oírte más, dijo Délira, moviendo la cabeza. Tus palabras se parecen a la verdad y la verdad es tal vez un pecado.

La superación del misticismo por la adquisición de la razón, es un tema que corre paralelo con el desarrollo de los acontecimientos. Los críticos se han ocupado en analizar el valor de la ceremonia vodú en la novela, pero muy particularmente, el valor de los vaticinios del dios Ogún. Esto merece especial atención. Desde luego, una ceremonia vodú en acción de gracias es absolutamente verosímil dentro del contexto de la narración. Obviar la ceremonia sería señalar demasiado su ausencia y, lo que es más grave aún, sería descubrir una intención en el novelista de dejar de lado algo que pudiera entorpecer su visión y su concepción de la realidad. El vodú forma pues, parte integrante de la vida de los campesinos de Fonds-Rouge, pero la irrupción del dios Ogún durante la celebración del rito, vaticinando que la sangre será derramada, es voluntad del novelista. Este elemento de ficción dentro de la ficción novelesca puede comprenderse diciendo que en la novela, la religión vodú es un rasgo realista tal como lo es también el personaje Hilarión que explota a los campesinos. Si Manuel es la expresión de la lucha entre la razón de los hombres y la sinrazón de los dioses, su muerte, aunque causada por el puñal de Gervilen, su enemigo, no puede verse sino como un sacrificio, como el sacrificio del hombre por la vida. Y la figura del Cristo Negro, tan ensalzada por los poetas africanos

y antillanos se encuentra en Manuel claramente encarnada, tal como lo han señalado la mayoría de los críticos.

Hay que admitir, no obstante, que si bien el novelista se cuida de no intelectualizar a su personaje principal, hay momentos en que sentimos demasiado la presencia del autor. La crítica se apresura a disculparlo diciendo que Manuel es el “porte-parole” de Jacques Roumain, pero esto no basta. Mejor sería entender que el novelista quiso construir un personaje trágico: Manuel es un hombre solo contra el mundo que representa Fonds-Rouge. Tiene que convencer a los otros personajes y al lector mismo de que la razón se halla de su lado, pero ¿no habla demasiado este Manuel? ¿Acaso no podía encontrar un eco a sus ideas, en otro campesino, en su amigo Laurélien, por ejemplo? ¿Por qué él solo tiene que convencer, encontrar el agua, reconciliar, explicar, perdonar?:

Y vemos también a Manuel, su héroe principal, partir solo a la conquista del Graal, del agua. Luego la ofrecerá a su pueblo. No hizo del pueblo, con él, una búsqueda común. Ese es el Manuel que Roumain podía concebir. Es hermoso. No es ejemplar porque no asoció a las masas en su búsqueda, porque les dio la espalda a fin de volver hacia ellos con las manos llenas de dones. Es esa la “distancia” de Roumain, con su símbolo, y con los límites que le impuso a su acción personal. Y Manuel, ciertamente, murió por eso.³¹

Dijimos que la novela está concebida como un ritual, como un ritual en el que el intercambio es la clave de los procesos que en ella se describen. El principio *do ut des* (doy para que me des) que rige el sacrificio religioso está aquí presente en el sacrificio de la vida de Manuel. La sangre vertida por Manuel equivale al agua que regará la llanura: el trueque se cumple, restableciendo así la armonía entre los campesinos. Reconocimiento de los ciclos vitales y de los ciclos de la naturaleza, sagrado reconocimiento del simbolismo que mantiene en un mismo sistema solidario al hombre y a la semilla, a la mujer y a la tierra, renovados perpetuamente desde el principio del mundo.

31. R. Dorsinville. *Op. cit.*, p. 73.

Novela simbólica, personajes arquetípicos. El simbolismo comienza no sólo con el título de la novela y con el argumento, la búsqueda del agua, como hemos ya señalado, sino con los nombres mismos de los personajes. A nadie se le escapará que Manuel, Emmanuel, significa en hebreo “Dios entre nosotros”. El nombre de Délira Délivrance, la madre de Manuel, roza las significaciones del delirio, de la locura, de la liberación, “libérame de la locura” podría ser uno de sus significados subyacentes. Bienaimé, el padre de Manuel, es el bien amado. Laurélien Laureore, el amigo de Manuel, destinado a terminar lo que Manuel empezó, tiene un nombre que oscila entre el laurel y la aurora. El general Lonjeanis, un viejo militar que “alarga el año”, y Gervilen, el siniestro enemigo de Manuel cuyo nombre calca sobre la expresión francesa *herbe vilaine* y pronunciado en *créole*, significa “mala hierba”. Sin olvidar, en esta enumeración, a Grâce, Gracia, a su novio Aurel, laurel, y a Désilus, desilusión, el contador de cuentos, personajes de *La montaña embrujada*. Personajes arquetípicos, tal como aparecen Annaïse y Manuel en su encuentro amoroso bajo la higuera que evoca el encuentro de Adán y Eva bajo el árbol del bien y del mal. En verdad, estos dos campesinos se comportan como modelos, fuera del tiempo y del espacio, símbolos de los conceptos mujer y hombre, de lo femenino y lo masculino en un juego de simbiosis y de complementariedad. En la novela y más precisamente aún, en la relación ritualizada y aparentemente simple de Manuel y Annaïse, lo convencional que es, por cierto, la base del ritual, hace patente lo que la antropología ha constatado en todas las culturas, que los ritos reafirman, renuevan y consolidan la solidaridad social. Los ritos como la literatura misma le dan un sentido a la vida y constituyen un orden que el hombre instaura dentro de su vida personal y colectiva para conjurar el caos. Volviendo a *Gobernadores del rocío*, vemos cuánta razón tenía Jacques-S. Alexis al decir que esta novela se aparta de los cánones del realismo crítico, tan explotado dentro de la narrativa haitiana, para inaugurar un estilo diferente que él denominara “realismo simbólico”: una especie de gran poema popular de contornos clásicos y de personajes simbólicos.

La belleza y la fuerza de la narración descansan en la combinación de la simplicidad de la historia y la alta elaboración formal del lenguaje. Ya lo

habíamos señalado antes. *Gobernadores del rocío* es, en la literatura haitiana, el intento más logrado de creación de imágenes en una lengua (el francés) a través de otra (el *créole*). Podríamos decir que el novelista, mediante una especie de fusión de las dos lenguas crea una lengua poética que las contiene a las dos. Aparentemente, la novela está escrita en francés, pero de inmediato un hablante del francés se dará cuenta de que el francés ha sido tamizado, remozado en otros ritmos, en otros significados que le son ajenos, exhalando un perfume, un sentido y un sentir distintos a su racionalidad, y qué sabrosura, qué gracia para un lector que también hable el *créole*. Entonces no sólo se dará cuenta de los vocablos y de las expresiones trasladadas del *créole* que engalanan esta prosa poética, sino que apreciará esa creolización del francés que, efectivamente, ocurre cuando el francés es hablado en el trópico, y que alcanza en la narración un lirismo desconocido en novelas anteriores. Desde el punto de vista literario, en *Gobernadores del rocío* hay, pues, una verdadera creación lingüística³². Por ello, no dudamos en señalar que la conciliación de las dos lenguas habladas en el país ha sido aquí plenamente lograda. Además de los valores que acabamos de mencionar, hay que agregar a la técnica de Roumain, la plasticidad de la imagen, la carga emotiva y afectiva que transmite a la frase, tal como sucede a menudo cuando describe el paisaje de Fonds-Rouge:

Detrás de la casa, la colina redondeada parece la cabeza de una negrita con los cabellos como granos de pimienta: una maleza escasa, esparcida en manojos, a ras del suelo; (...)

Una descripción así revive en el lector haitiano una imagen cotidiana: los cabellos como granos de pimienta es un tipo de cabello, no tan abundante y muy rizado que al enroscarse parece un grano, dejando ver el cráneo...

32. Dentro de la literatura latinoamericana en general, la búsqueda estética de José María Arguedas puede compararse a la de Jacques Roumain. Las novelas de Arguedas muestran su lucha desgarradora y su desesperación por recuperar el mundo y la lengua quechuas. Su escritura, como él mismo afirmara, busca moldear el quechua en la sintaxis del español "en una pelea verdaderamente infernal con la lengua". A. Cornejo Polar, *Los universos narrativos de José María Arguedas*.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

En cuanto a la selección y traducción de la obra literaria de Jacques Roumain para la Editorial Biblioteca Ayacucho, debemos puntualizar lo siguiente: es la primera vez que un corpus tan extenso de la obra literaria de Roumain se traduce al idioma español y se publica. De los escritos literarios de Roumain hemos seleccionado:

–Tres cuentos: “Préface à la vie d’un bureaucrate” (“Prefacio a la vida de un burócrata”), “Propos sans suite” (“Propósitos sin consecuencias”) y “La Veste” (“La chaqueta”), reunidos bajo el título *La Proie et l’ombre, La presa y la sombra*. Estos tres cuentos fueron traducidos de *La Montagne ensorcelée*, París, Editeurs Français Réunis, 1972.

–El relato (o novela) *La Montagne ensorcelée, La montaña embrujada*. Traducido de la reimpresión (facsimilar) de la edición de 1931 por Editions Fardín, Port-au-Prince, 1976.

–Veintiocho poemas: el orden propuesto para la publicación de estos poemas es el cronológico. Comenzamos con el poema “Cent mètres” (“Cien metros”) que consideramos el primer poema de Roumain, publicado en la *Revue Indigène*, N^o 1, julio, 1927. “Noir” (“Negro”) y “La Danse de poète clown” (“La danza del poeta payaso”), publicados en la *Revue Indigène*, N^o 2, agosto, 1927. El poemario *Le Buward (El papel secante)* que agrupa los siguientes poemas “Imsonnie” (“Insomnio”), “Orage” (“Tormenta”), “Le Chant de l’homme” (“El canto del hombre”) y “Calme” (“Calma”). El poema en prosa “Corrida” (“Corrida”) publicados en la *Revue Indigène*, N^o 3, septiembre, 1927. El poema en prosa “À jouer aux billes” (“Jugando metras”) publicado en la *Revue Indigène*, N^o 5 y 6, enero y febrero, 1928. La

Anthologie de la poésie haïtienne "Indigène" reúne los siguientes poemas de Jacques Roumain: "Pluie" ("Lluvia"), "Midi" ("Mediodía"), "Cent mètres" ("Cien metros"), "Orage" ("Tormenta"), "Angoisse" ("Angustia"), "Attente" ("Espera"), "Absence" ("Ausencia"), "Mirage" ("Espejismo") y "Surgit d'une ante de paille peinte" ("Surgido de una estera de mimbre pintada"). Todos los poemas anteriormente nombrados fueron traducidos de la reimpresión (edición facsimilar) de la *Revue Indigène*, Impresions Magiques, Port-au-Prince, 1982. Siguen los poemas "Après midi" ("Atardecer") y "Miragoane" ("Miragoane") traducidos de la revista *La Trouée*, Port-au-Prince, septiembre, 1927. "Quand bat le tambour" ("Cuando suena el tambor") y "Créole" (publicado con el título "Poema de Jacques Roumain") traducido del *Haïti-Journal*, Port-au-Prince, julio 6, 1931. "Langston Hughes", traducido del *Haïti-Journal*, Port-au-Prince, octubre 20, 1931. "Guinée" ("Guinea"), traducido del *Haïti-Journal*, Port-au-Prince, diciembre 30, 1931. "Afrique" ("África") traducido del libro de José Luis González y E. Mansour, *Poesía negra de América*, México, Edic. Era, 1976. Los poemas "Madrid", "Bois d'ébène" ("Madera de ébano"), "Nouveau sermón noir" ("Nuevo sermón negro") fueron traducidos de la *Anthologie de la poésie nègre et malgache*, Paris, P.U.F., 1992, de Léopold Sedar Senghor. El poema "Sales nègres" ("Sucios negros") fue traducido del libro *La Montagne ensorcelée*, Paris, Éditeurs Français Réunis, 1972. El poema "L'Amour, La Mort" ("El amor, la muerte"), considerado como el último poema que escribió Roumain fue traducido de la *Anthologie de la poésie nègre et malgache*, Paris, P.U.F., 1992, de Léopold Sedar Senghor.

—La novela *Gouverneurs de la rosée*, *Gobernadores del rocío* fue traducida de *Gouverneurs de la rosée*, Paris, Éditeurs Français Réunis, 1968.

De los textos, *La presa y la sombra*, *La montaña embrujada* y la mayoría de los poemas se publican por primera vez en lengua española. De *Gobernadores del rocío* conocemos una versión en español publicada originalmente por la Editorial Lautaro y reeditada en 1971 por el Centro Editor de América Latina. La Imprenta Nacional de La Habana publicó en 1961 una traducción que contiene un breve prólogo de Nicolás Guillén, reeditada en años posteriores. La Editorial Casa de las Américas publicó en 1971 una traducción con el prólogo de Guillén y una cronolo-

gía al final. La traducción de Lautaro y la de Casa de las Américas son prácticamente idénticas.

La mayoría de los primeros poemas escritos entre 1927 y 1929 aparecen por primera vez en traducción española en esta edición de Biblioteca Ayacucho. De los cuatro poemas publicados en 1931, Nicolás Guillén había hecho una versión libre de “Guinée”. Hay traducción del poema “Quand bat le tambour” en *Mapa de la poesía negra de América*. De los grandes poemas de Roumain, escritos en el último exilio, hay traducción al español de “Bois d’ébène” y “L’Amour, La Mort” por Agustí Bartra. “Sales Nègre” y “Nouveau sermon noir” fueron traducidos por Fayad Jamís. Estos cuatro poemas más el poema “Guinée” (versión Guillén) fueron publicados en *Poemas de una isla y dos pueblos* por Casa de las Américas en 1974. Hemos seguido un orden cronológico en la presentación de los poemas para permitirle al lector conocer el recorrido interior y estético del poeta: del lirismo personal al Indigenismo pasando por la Negritud para culminar con su poesía combativa. Cierra la muestra el poema “El amor, la muerte”, último poema que escribió Roumain, próximo a la muerte.

En cuanto al trabajo de traducción, los cuentos, por estar escritos en un francés clásico, con algunos giros y palabras en *créole*, no ofrecieron dificultades. Con *La Montagne ensorcelée* se trataba, fundamentalmente, de recrear la atmósfera religiosa del mundo campesino. En nuestra traducción hemos restituido los signos de puntuación del relato, de acuerdo con la edición facsimilar de 1931 que nos ha servido de texto original. Muchas de las notas a pie de página aclaran al lector lo que un haitiano conoce desde su infancia, permitiéndole así un mayor acercamiento al texto. Respecto de la novela *Gouverneurs de la rosée*, la traducción al español da cuenta de las sutilezas lingüísticas del narrador, sobre todo de las imágenes que construye cuando calca la expresión y la forma del idioma francés sobre el idioma *créole* de Haití. En este sentido, se puede decir con propiedad que *Gouverneurs de la rosée* crea una lengua cuando el narrador moldea el *créole* sobre el francés (o al revés).

La cronología de Jacques Roumain está basada fundamentalmente en la información suministrada por las obras siguientes: Carolyn Fowler, *A Knot in the Thread: The life and work of Jacques Roumain*, Washington, D.C.

Howard University Press, 1980; Nicolás Guillén, Prólogo a la edición de *Gobernadores del rocío*, La Habana, Casa de las Américas, 1971; A. Vieux, “Entre nous”... (entrevista a Jacques Roumain) *Revue Indigène*, Port-au-Prince, N^o 3, septiembre, 1927 (reprd. Imprimerie Magique, pp. 102-110).

**LA PRESA
Y LA SOMBRA**

LA PRESA Y LA SOMBRA¹
(1930)

PREFACIO A LA VIDA DE UN BURÓCRATA

I

AL DESPERTARSE, Michel Rey vio un día sucio deslizarse a través de las persianas. Sonrió con esa sonrisa que le era particular: una especie de rictus doloroso, que estiraba sus labios hacia un lado con dos arrugas divergentes, y siguiendo su costumbre se preguntó en seguida porqué sonreía a esta luz muerta, a este cuarto de pobres muebles pretenciosos que era el orgullo de su mujer y donde flotaba, mezclado, el olor de un perfume violento y el áspero de su gabán de caucho mojado por el aguacero que lo había sorprendido cuando entraba el amanecer, y que transpiraba todavía gotitas espaciadas.

Mirando el pequeño charco casi seco que hacía una mancha oscura sobre el piso de madera, Michel sonrió de nuevo. Y esta vez sabía porqué.

Hacía cinco años... recordaba el día de su regreso a Haití. El sol del mediodía dominaba un mar silencioso removido por olas suaves y sin espuma. Una alegría profunda lo poseía: en la muchedumbre anónima que subía por el puente empujándose sobre la estrecha pasarela: visitantes, cargadores, se reconocía en fin, se sentía el eco feliz de ese mundo negro,

1. Este título alude a la expresión francesa *lâcher la proie pour l'ombre*, equivalente al refrán español "más vale pájaro en mano que cien volando". Por sus diversos significados, hemos preferido traducirlo literalmente.

escuchaba fundirse en él el hielo amasado en Europa, desaparecer de su corazón lo que llamaba con amargura “el Gran Silencio Blanco” y que era el abismo racial que allá sus amistades, sus amores, sus relaciones, no habían podido colmar. Ahora se hallaba entre sus hermanos y su pueblo. Hubiera querido arrodillarse, besar esta tierra amada.

Bruscamente, el puerto bailó delante de él en una neblina de lágrimas.

Sus padres, que lo llevaban hacia la ciudad, lo agobiaban con preguntas. Trataba de responder, pero hubiera querido separarse de ellos, caminar solo, en un éxtasis solemne, y abrazar a esa vendedora de mangos que pasaba, llevando sus frutos sobre la cabeza como una reina su corona, las caderas echadas hacia atrás, el pie seguro y las uvas moradas, maduras, de sus senos reventando la tela azul de su toscos vestido, sí, abrazarla con fuerza y decirle: “Hermana”; tomar en sus brazos a ese niño harapiento que le tendía la mano a un turista americano, apretarlo contra su corazón: “¡Hermano, hermanito!...”

...Un reloj de pared dio una hora cualquiera. Michel volvió al presente. Debía de ser tarde, pues su mujer no estaba a su lado. Se levantó, con mucha flojera, comenzó a andar por el cuarto, a vestirse, y pensando de nuevo en su pasado, resumió: abracé la vida con demasiada fuerza, con demasiado coraje. La agarré por el cuello, la ahogué...

Cuando terminaba de vestirse, llamaron a la puerta. La sirvienta entró, los pies descalzos, los ojos bajos, y con el aire tranquilo de las sirvientas jovencitas que van a la misa de cuatro, anunció que la señora Ballin estaba abajo, sí.

La señora viuda de Ballin es la suegra de Michel. Él detesta a esa mujer gorda que envuelve una grasa amarilla como manteca rancia en vestidos fúnebres que sus enormes camafeos no llegan alegrar. Su pequeña cabeza, huesuda, monstruosamente desproporcionada en relación al cuerpo enorme y de la cual parece que los pómulos no sobresalen sino para liberar la parte baja del rostro hendida por una boca larga, delgada y que corta las palabras como una cuchilla, le inspira una repulsión que la señora Ballin no comprendería. Está orgullosa de su rostro agudo; cuando hace alusión a él, lo hace de una manera chistosa y pretenciosa al decir: “vencí el atavismo”, lo que significa que sus rasgos no guardan nada de africano. Es, por supuesto, la hija de doña Ochsle, esa mulata que, casada con un teutón de

origen lastimoso, convertido más tarde en un riquísimo comerciante, no se designaba de otra manera sino como: “¡nosotras, las señoras alemanas!”

Michel la odia duramente y la ama a la vez con una ternura vaga. No puede ignorarla. Ella es su revancha sobre esta sociedad portoprincipiana corrompida, hipócrita, bajamente burguesa, que lo quebró y que ella sintetiza perfectamente. Siente una alegría maligna, exaltante, al herirla, al hacerle daño y lo consigue siempre y con facilidad, porque la señora Ballin, tan superficial como es, se presta a ello.

Sabe que sus propósitos serán repetidos en los salones, donde, codo con codo, estiradas en sus corsetes 1880 y contrariadas por la bilis, las Parcas de Turgeau y de Bois-Verna², deciden la felicidad de un matrimonio reciente, o la reputación de un hombre honesto.

Y de pensar que sus sarcasmos no serán ignorados por nadie, diseminados por ese proceder estupefaciente que los haitianos llaman radio-bemba, experimenta una gran alegría.

El odio de Michel a su suegra es quizás el único sentimiento poderoso que le hace la vida soportable. Se aferra a él como un ahogado a una raíz y sí, por fortuna, se le ocurre pensar que la señora Ballin morirá un día, sabe con toda certeza que llorará en su entierro.

Michel baja al salón sin chaqueta, con los pies enfundados en viejas, anchas babuchas. Su suegra le dijo un día: mi querido yerno, es inestético andar en *mangas de camisa*³. (Ella adora las palabras que terminan en *ique* y en *ise*, que no comprende muy bien, pero que encuentra distinguidas.) Se pondrá furiosa.

Se regodea pues hay en él una cosa pueril que no es, de ninguna manera, índice de frescura, sino lo que le queda de una juventud en la que no subsiste ningún candor.

En el fondo se asemeja bastante a esos niños maltratados, golpeados, que la juventud conserva traviesos pero que no sienten placer sino haciendo bromas malvadas en las que su amargura encuentra su alimento.

2. Barrios residenciales de Puerto Príncipe.

3. Con las terminaciones *-ique* (inesthétique) e *-ise* (chemise), el narrador quiere resaltar el falso refinamiento de los burgueses de Puerto Príncipe.

La señora Ballin desborda los dos lados de su silla, se sube los anteojos de la nariz hacia la frente ancha y baja. Michel, que le dio los buenos días la escucha hablar de cosas insignificantes y la examina con atención. La siente calcular el impulso de una frase venenosa, tapuzada sobre ella misma como una gruesa serpiente con lentes dispuesta a atacar.

—¿Jeanne no está aquí?

—No.

—Lo encuentro desmejorado. Usted trabaja mucho, ¿no es verdad? Es lo que todo el mundo dice.

—Dios mío, si todo el mundo lo dice, no tengo ningún problema en creérmelo.

—Sí, se espera su anunciada novela. Parece que será una obra maestra. Usted se documenta tan bien.

Michel no responde.

—Está muy cortés desde que, con el pretexto de estudiar el alma del pueblo haitiano, frecuenta los tugurios.

Las visitas de la señora Ballin a Michel duran poco. Parece que la gorda mujer experimenta el deseo de venir a ver a Michel, de vez en cuando, con el único fin de oírse lanzar a la cara invectivas que la hieren pero que ella provoca.

—Se equivoca, no es esa mi intención. Frecuento esos sitios desde que asistí a una recepción en casa del señor y de la señora Couloutte, flor y nata de la élite portoprincipiana. La franca crapulería de los unos me consuela de la hipócrita canallería de los otros.

—Yerno, no le permito...

—¡No me fastidie!, le interrumpe Michel, con arrastrada dulzura. ¡Me asquea! ¡Todos ustedes me dan asco! Yo sé lo que esconden bajo esa bella apariencia, su aristocracia, etc., etc. Son los lujosos vestidos que cubren la carne enferma de la prostituta. Le repito que estoy harto de su vida. Su remolino mundano no me tienta. No tengo ningunas ganas de girar en el vacío.

—¡Ah!, se adivina fácilmente a qué frecuentaciones se deben esas ideas. ¡Decir que le he dado mi pobre hija a un ser como éste!

—Quizás hubiese usted hecho mejor casándola con uno de esos seño-

ritos interesantes tipo standard muy comedidos, protegido de los excesos, válvula de seguridad marca Tartufo garantizada, que he tenido el desesperante honor de percibir algunas veces tan gentilmente sentados en su salón, generosamente interesados en las obras de beneficencia y progreso general de la humanidad, juntando las manos sobre los muslos con ese gesto conmovedor que deja prever que más tarde, cuando lleguen a jefes de división o miembros del consejo de fábrica, no tendrán sino que sacar y redondear los brazos para girar los pulgares sobre una virtuosa pancita sujeta por una cadena de oro con dijes colgantes. Señora viuda de Ballin, señora viuda de Ballin ¡por qué no haber escogido para Jeanne ese gran ideal de las madres de familia haitianas!

—Valen mil veces más que usted, grita la señora Ballin.

¡Su figura, verde de rabia, suda un aceite que no corre! Michel que la mira con curiosidad se pregunta cómo su rostro reseco puede secretar toda esa grasa. Con calma responde: “Entonces, no valen gran cosa”, se levanta para salir de la pieza feliz de haber provocado esa rabia.

Fuera de sí, su suegra vocifera:

—Usted no respeta nada, usted está maldito.

Y más alto, profetiza:

—¡Irá al infierno!

¡Mierda!, contesta Michel con bonhomía, y sube a su cuarto.

Pero allí, se lamenta casi de inmediato de haberse ido tan rápido, al venirle a la memoria otras cosas hirientes que hubiera podido decir, y se consuela tomando la decisión de ir al mismo día siguiente al “Todo Barato” donde su patricia de suegra tiene un comercio de quincallería bastante próspero.

II

Anuda su corbata inclinado sobre la ventana como sobre un espejo. Debajo de esta ciudad de Bolosse, el mar se extiende gris, todavía mal lavado, como una teja ondulante, a lo largo de los racimos de palmeras, esos plumeros para desempolvar los granos de lluvia.

Desde hace tiempo ese paisaje oceánico ya no lo commueve. Mira ahora el mar con los ojos del pescador que lamenta no tener una caña.

Una fibra se cortó completamente en él. ¿Cómo pescar sin ella esa rara presa, el entusiasmo?

Michel Rey piensa que de ahora en adelante su vida transcurrirá semejante a ese vaivén acuático, amargo y monótono: sin bellas tempestades; está en plena zambullida y no tiene ya la fuerza para regresar a la superficie. Su descenso se proseguirá lentamente hasta el día en que, tendido en el fondo del hoyo, no será sacudido ya por las olas humanas.

Para engañar la espera por esa calma final, le queda injuriar a su suegra, hacer desgraciada a su mujer y beber cocteles multicolores.

—Continuemos pues nuestra interesante jornada, suspira mientras se va a tomar el aperitivo en casa de Horatio Basile.

El que responde a este nombre shakespeariano es un “hijo de familia” que regresó a Haití hace algunos meses, después de una estadía en Francia adonde fue a hacer estudios de derecho. Con cinco mil francos mensuales es fácil fracasar en los exámenes. Horatio Basile lo hizo en el primer año, y como era bastante perseverante, reincidió. Bréville Basile, gran especulador de café y hombre de sentido práctico, mandó de inmediato a su hijo un cheque desprovisto de ceros y la orden imperiosa de tomar el primer barco que partiera. Horatio se separó con dolor de los brazos de su noviecita y se embarcó (como buen haitiano) con algunos trajes de confección y un sugestivo conjunto de pantalón y camisa como recuerdo. Pero no había llegado todavía a las Azores cuando el señor Basile padre, haciendo prueba de un espíritu del que se le hubiera creído incapaz, moría dejándole una treintena de casas y doscientos veinticinco mil dólares ganados en el comercio de víveres y en la aduana de Petit-Goave⁴.

Algunas vastas propiedades sembradas en cafetales y que está liquidando lo retienen lejos de la plaza Pigalle, bajo nuestro cielo tropical, donde lleva una vida desocupada, escandalosa y noble.

Físicamente es una buena muestra del tipo de bachaco⁵ que el haitiano llama “mulato obligado”: largo, estrecho, un rostro deshilado del color de nuestros cántaros de agua rojos y que creemos siempre percibir de perfil, do-

4. Puerto del sur de Haití.

5. En el original *grimaud*: mestizo de negro y mulato, de piel rojiza.

minado por una frente corta en la que se rebelan cabellos rojizos y encrespados; el cuello de culo botella, del que sube y baja sin parar, como el mercurio en el termómetro, una nuez de Adán voluminosa y sobresaliente; por su caminar vacilante, descentrado, con los pies demasiados largos, demasiado lentos en relación con los movimientos desordenados de los brazos, recuerda a un enorme crustáceo.

Tiene tres pasiones: los carros, los gramófonos y Michel a quien había querido conocer después de la lectura de su manifiesto en la revista *El Cocodrilo asesinado: Lamartine, el Cocodrilo-Poesía y la nueva Literatura afrohaitiana*.

Michel se había divertido enormemente con esta presentación en la que Horatio le había dicho:

—Lo comprendo perfectamente, señor Rey, hay que destruir nuestros sauces llorones, los cocoteros; debemos de ahora en adelante llevar ese paisaje en nosotros, ¿no es así?; las palmeras, por ejemplo no deben servirnos más para hacer indigenismo, debemos sembrarlas, si se puede decir, en nuestra alma.

—Absolutamente, había contestado Michel con una seriedad mortal, pero no hay que olvidar el tambor negro que se fabrica, como usted sabe, con la piel de los asnos.

Después, habiéndose ganado al heredero de Breville Basile, pasaba cada mediodía a tomar sus cocteles en su casa y le sustraía en los últimos días del mes, cantidades considerables de dinero.

III

—¡Hola Horatio!

—¡Hola!

Cuando Michel entró, Horatio bailaba en medio de un buffet bien adornado con frascos y cocktails-shakers, un inmenso diván y nueve gramófonos de modelos diferentes alineados por orden de tamaño como esas fotografías de familias muy numerosas que llaman “en escalera”.

Ya estaba muy borracho. Su nariz captaba las luces; en su mirada giraba incierta una llama, y que la humedad del alcohol iba a apagar pronto.

Todos los gramófonos sonaban al mismo tiempo: molinos para moler a domicilio el negro café de la depresión.

Michel iba de uno a otro, y con el gesto breve de un padre que distribuye pescozones, los apagaba. Se callaron como niños bien educados.

—Imbécil, dijo, sirviéndose un vaso lleno de manhattan, y sonrió con desprecio.

Horatio trata de fijar los ojos en un mundo borroso y cojeante en el que sólo Michel se mantiene derecho, preparando un segundo trago en medio de ese nuevo milagro, la multiplicación de los gramófonos. Su lengua tiene grandes dificultades para despegarse de una cola tenaz; articula en fin con un estupefaciente acento inglés:

—¿Pourquoi?

Con los ojos semi cerrados, Michel cojea: a cada sorbo, una araña salta con vivacidad a su cerebro desenrollando los hilos de su pensamiento.

Al vaciar por cuarta vez su vaso, habla:

—No has visto nunca una campesina bajando los senderos como cintas rojas de nuestros montes. Pasa entre los bananos rotos y colgantes por el viento los mangos pesados por la miel de sus frutos, los baobabs, en cuyas ramas se mueven chales de parásitas, las ceibas sagradas de raíces tentaculares, pasa como una bailarina sobre una cuerda, alto el busto y sus brazos balanceantes ondulan sus anchas caderas *dolce armonioso*. A veces tropieza con una piedra que rueda sobre la pendiente saltando *decreciendo*. ¡Música!

Vi en el portal de un rancho a un ignorante golpear a su mujer con su cachiporra, con medida, como un tamborero y maltratarla dejándose llevar por el ritmo de la porra sobre sus hombros y bailaba, y gritaba, y cantaba su dolor.

Vi en Amsterdam a dos acróbatas negros, bestias en fin, desnudos, colgados del trapecio como una semi corchea. La música se había callado, impotente, pues ya, por sus cuerpos tornasolados de sudor, sus piernas nerviosas y sus brazos sólidos en los que se rigidizaban las cuerdas de sus musculos, eran un salmo magnífico e insolente a la vida.

¡Cuando bajaron de su cima y sonrieron, sus almas inocentes sonaban sobre el teclado de sus dientes resplandecientes!

Pero tú, Basile, eres imbécil, asno incomprensivo...

Se detuvo: ¿Qué brusco insecto zigzagueaba bordoneando en el silencio súbito? Horatio, echado sobre el diván, duerme, las piernas separadas. Sus labios húmedos que se abren y se cierran encarcelan y liberan las abejas zumbantes del ronquido.

IV

Jeanne lo esperaba en el humilde comedor. Vio sus ojos oscuros y tristes.

—Madre me contó... Ay, Michel, ¿por qué?

Es dulce y quejosa contra él. Le acaricia los cabellos. ¿Comprenderá ella, Dios mío, este odio terrible hacia mí mismo que exige que yo atormenté lo que amo?

—Ay Michel, Michel, ¡qué desgraciado eres!

La arrulla:

—Mi niño, mi pequeñito.

—Michel, escucha...

La tranquiliza con una caricia: sus dos hijos, sentados en una esterilla de paja, recortan hombrecitos del catálogo de un gran almacén. No se parecen a él. ¡Le son tan extraños! Cuando quiere abrazarlos lloran.

He aquí mi prisión: esta casa triste; y los hierros de su cárcel; su mujer que no lo comprende, y sus hijos que le temen y no lo quieren.

Toda su vida futura se alza delante de él como un horizonte estrecho, como una pantalla espesa detrás de la cual la vida, una vida poderosa y bella será tapiada, fuera de su alcance.

¡Ay!, es posible que sea ese su destino irremediable, ser este hombre que encanece, quebrado en cuerpo y alma, sentado en este cuarto feo y mezquino al lado de una sopera que humea y una compañera que envejece y engorda.

Una risa socarrona en su interior lo desgarró.

—Todo su porvenir: ¡La espera de los reumatismos!

Es ahora ella la que lo consuela con un arrullo tibio.

Apoya su espalda, casi vencido y desde ya una blanda persuasión se insinúa en él.

Se abandona a esa voz cobarde que le dice: cede, cede, pues. Cede a la calma corriente. Los victoriosos están solos, los que saben esto: tener la fría e insensible paciencia de la esponja. No sientas ninguna vergüenza en fracasar, pues será en el puerto de una felicidad normal. Y además, ¿no eres ridículo al pretender lanzar tu pobre llama en los flujos infinitos de la vida? De verdad, me recuerdas al loco que quería incendiar el mar con una cerilla. Además, ¿qué eres tú para querer convertirte en vencedor? Echa una mirada alrededor tuyo, y el asco sumergirá tu corazón débil. La política te atrajo un tiempo; no fuiste más que un demagogo pueril; te creías literatoso (te lo crees aún), escribiste manifiestos, poemas y un libro que nadie lee. Eres un lamentable pequeño burgués consciente de tu fealdad y de tu impotencia. Esta clara visión de ti mismo, es tu único mérito. El día en que tus semejantes dejen de ser ciegos, se rebelarán contra ellos mismos, habrá en el mundo un rebaño inmenso de descontentos amargados y soberbios que se crearán genios desconocidos.

Vamos, tranquilízate; tú eres lo que llaman un tipo que tiene todo para triunfar: familia honorable, sin alquiler que pagar y un puesto ofrecido por el Departamento del Interior. Acepta ese cargo: ciento veinticinco dólares por mes, tus deudas pagadas, el malestar desaparece de tu hogar, tus hijos son felices, reanudas tus relaciones, te reconcilias con tu familia, y es la felicidad, la vida abierta frente a ti.

Luchaste. Lo quisiste. No puedes más: ¿para qué librar un combate si te sabes de antemano la víctima?

Y ahora su mujer que le habla:

—Oye Michel, vi a mamá. Me dijo que había conversado con Pralier, tú sabes, Pralier, el íntimo del ministro. El ministro le dijo esto: “Dígale a la señora Ballin que estamos completamente dispuestos a acoger a su yerno. Que nos escriba una carta solicitando el cargo en cuestión”. Michel, piensa en tu mujer, en tus hijos, en nuestra miseria. (Y con un sobresalto de rebeldía) ¡Todas mis amigas se visten mejor que yo! Acepta, Michel, no te cuesta nada; en el fondo serás tan libre como antes, y nada te impedirá pensar como tu quieras. Pero tú ves, todavía estoy joven, me gusta el mundo y vivo recluída como una pobre. Te lo ruego, te lo suplico, acepta.

Habla, habla; lo desliza en una fangosa lasitud.

Pero por Dios, que se calle. Está perdido, es cierto, y quebrado, pero que esta mujer cese de comerciar su felicidad a costa del alma suya.

La rechaza, se levanta...

—Michel ...

—¡Cállate!

Su voz ha perdido todo brillo... El dolor que cava extrañamente su rostro abre las profundidades de la desesperación en la llama de su mirada.

Se va, ridículamente derecho como un borracho que no quiere titubear.

V

Un pobre escritorio recibe su tristeza. Aquí están sus libros, sus últimos compañeros, abandonados ellos también, y cubiertos de un polvo fino, que vuela y juega, todo dorado en un rayo de sol.

Aquí están las hojas blancas amontonadas sobre la mesa, y otras más cubiertas por su escritura, amarillentas por el tiempo y la tinta ya pálida.

Toda su vida fracasada está allí.

Con la cabeza entre las manos, recapitula:

—¡Estoy limitado por mi cobardía o es más bien un deseo inhumano que sobrepasa las fronteras de un objetivo que no deseo, que no puedo proponerme sino lejano!

En el fondo, es posible que todo esto se convierta en las “uvas verdes”⁶ que persisto en despreciar, mientras que en realidad no soy capaz del salto que las pondría en mi mano.

La cuestión es simple: soy un fracasado con dentera por la vida, este racimo de frutas agrias que no puedo morder.

Pero, ¿de qué me sirve este lamentable análisis? Todo interrogatorio al que uno somete su vida deja en pie la cuestión: ¿Por qué?, y toda verdad adquirida penosamente contiene ridículamente la sencillez de su explicación en ella misma.

O bien, todo se resume en decir:

6. Alusión a la fábula de La Fontaine: La zorra y las uvas.

¿Para qué?, y justamente “¿Para qué?” no es una pregunta, sino una respuesta.

Además, ¿no es la prueba este análisis, la mejor, de mi cobardía y de mi nulidad? El vanidoso incapaz hurga sin cesar el vacío que hay en él, poseído por la esperanza feroz (y todavía más cruel porque sabe vana la esperanza) de encontrarse cualidades desconocidas. Creo que Carlyle dice que el hombre fuerte, que conoce de sí lo poco que se pueda conocer, no debe atormentarse, sino ponerse a trabajar, y entonces: “lo que puedas hacer, hazlo como Hércules”. Lástima, nunca tuve esa frotaleza: mi orgullo no era sino rencor contra mi mismo, hiel vomitada sobre los demás.

Llegado a estos momentos de entera y dolorosa sinceridad, Michel se sentía como aligerado y más libre, pero esta liberación no duraba, y pronto sentía con angustia que el veneno penetraba de nuevo y lo ahogaba: era como un vaso que se vaciaba y se llenaba ineluctablemente de angustia.

Permanecía inmóvil, la pesada frente entre las palmas.

—¡Ah!, ponerle fin a todo esto. Terminar.

Abrió una gaveta. El arma estaba volteada hacia él. Observó su pequeña boca negra y reluciente.

—Un gesto, una simple presión del dedo, y a mi sien, a mi vida, a todas mis miserias, coloco un rojo punto final.

Pero se sintió cobarde.

No cerró la gaveta, sino que, agarrando de repente una hoja blanca, comenzó pesadamente, lentamente:

“Señor Secretario de Estado,

“Tengo el privilegio...”

PROPÓSITOS SIN CONSECUENCIAS

LA PLAZA era pequeña, aclarada sórdidamente por un farol solitario. La multitud se escurría de ella por una calleja estrecha, y perros famélicos, ahuyentados, huían ladrando con rabia.

Pero detrás de la masa aplastada de las casas, en un lugar en la noche, se oía la voz siniestra y alegre de un tambor, la voz de mil dioses africanos, risueños y obscenos, que agujereaba el silencio con golpecitos frenéticos.

—¿Por qué dice usted, Daniel, que esta muchedumbre está triste?

Apoyado contra la mancha clara de un muro, se volteaba hacia un paso de la oscuridad que interrogaba.

De allí, vino la respuesta:

—Porque va hacia el placer. La alegría no atrae la alegría. Usted parece creer que le transmito a todo mi propio desencanto... No. Podríamos ir hasta ese cobertizo donde se vende una pobre felicidad: baile y aguardiente. Le mostraría a esos hombres y a esas mujeres, sus rostros, y usted comprendería entonces que una muchedumbre alegre se compone de hombres tristes. Vería la desesperanza del placer. Pero ¿quiere volver más tarde cuando todo habrá terminado? A la hora en la que no hay más muchedumbre, sino al amanecer lívido, un pequeño rebaño agobiado. A la hora en la que una muchedumbre se desagrega como un racimo que pierde sus frutos. Cada uno de los frutos es amargo.

Se calló. A lo lejos, el tambor golpeaba como un corazón batiente. Sobre el muro blanqueado de luz resplandecían, brillantes y singulares en estos lugares, flores rojas.

Esparcían un olor acre, carnal y delicioso; sangraban como una herida

voluptuosa, y su sombra que salpicaba el muro parecía un segundo ramo de rosas negras, o un poco de la sangre de las otras fijas.

Pero he aquí que un canto subía en esta noche de lento chorro: era un lamento profundo, un grito desgarrador que se elevaba alto en el cielo y se desplomaba en sollozos.

—Escucha, dijo Daniel avanzando.

Ahora, se podía distinguir el contorno de sus hombros.

—Escucha. La voz de nuestra raza. Todo el dolor del esclavo en la plantación bajo el fuste...

Bruscamente, sin transición, estalló de risa. La voz era neutra, temblaba y se rompió con una especie de rabia.

—Vamos allá. Debe ser una negra hermosa y fuerte: los ojos semi cerrados, el rostro brillante de sudor bajo el reluciente pañolón, canta la canción más atroz que se haya oído: la canción obscena, el furioso llamado forzado al olvido, al anonadamiento. Me gustan las prostitutas. Dan besos dolorosos: es por haber magullado la carne de sus bocas con tantos labios extraños, con tantas caricias infames. Al lado de ellas, me siento calmado. Soy su igual ¿No cree usted? ¿Acaso piensa que estoy borracho? Quizás. Pero no es por eso, no-es- por-eso. Semejante a ellas por el sufrimiento y el asco cotidiano. Prostituido también: semejantes a mí mismo, a mi impotencia, a mi cobardía ante la vida.

Un silencio, desmigajado por el tambor:

—Y usted sabe, hay... Esta carne morena de zapote, lisa, que se derriete. Esos ojos inmensos: como pozos sin fondo. Y los cabellos “como un rebaño de cabras suspendidas en los flancos de la montaña de Galaad”. Y párpados ceniza morada —la ceniza de las noches de amor. De verdad, muy bellas e ideales: bestias exquisitamente.

La risa cascada recomenzaba.

Jean lo interrumpió colocando sobre los hombros de Daniel una mano amiga y autoritaria.

—Cállese, le dijo. Usted se hiere voluntariamente, y eso es debilidad. Yo sé de qué amargura está hecha su vida, pero perdóneme la banalidad del consejo: hay que reaccionar. Parece que le gustara dejarse ir.

Farfullaba porque como quería a Daniel, estaba sinceramente conmovido.

Daniel hizo un movimiento casi brutal hacia él, con el hombro, como si saliera de una puerta estrecha:

—Continúe, yo sé lo que me va a decir. Que no me falta nada para “triunfar”. Triunfar, ¿qué llama usted así? Ser abogado, ingeniero, médico, o peor: político; ganar dinero a fin de poder comer bien, tener un carro y ser miembro de un club. Pero tales satisfacciones exigen una inconsciencia animal. No, no triunfaré jamás. Además, ¡olvida usted que soy negro! Vaya un mediodía a la Calle Central y vea pasar en sus carros lujosos a esos mulatos, a esos “negros importantes”, chorreando con el calor su grasa, como chocolate al sol; entonces usted comprenderá mejor la fábula del pote de tierra y el pote de hierro. Sólo que el bueno de La Fontaine ignoraba que en uno había café y en el otro cacao.

Pero no se engañe. No tengo ningún rencor contra esa gente. No me digno tenerlo. Además, no estoy en contra de ellos, sino contra el *medio*⁷ al que pertenecen. Y ese medio tiene razón. Ve usted, Jean, en Haití, las cosas son así: basta que un hombre busque su vía aparte de los demás, aparte de las ovejas de Panurge⁸, para que sea tratado como oveja negra; basta que un hombre sobresalga para que sea aplastado. El *medio* se defiende: instinto de conservación, simplemente. ¿Comprende usted?

Su voz se volvió baja y angustiada:

—¿O bien le parezco de una ridícula vanidad? Respóndame: ¿Soy un hombre acabado, un desecho? Diga: ¿No cree usted que yo pueda salir todavía del atolladero y rehacer mi vida: grande, bella, tal como siempre la soñaba? ¡Ah! esta duda me mata.

Y como el otro no respondía:

—¡Hable!, gritó con vehemencia. Usted, usted también piensa que estoy acabado, que no soy sino una raíz podrida que la corriente arrastra. Usted también me condena.

—No, Daniel. Pero quizás pide usted demasiado a la vida. La imagen que usted se ha hecho de ella es noble, cierto; pero ¿no es falsa? ¿Y no pretende usted alcanzar lo inaccesible?

7. Cursivas en el original.

8. Las ovejas de Panurge: alusión a Rabelais.

—¿Quiere usted decir que mi voluntad no está a la altura de mis fuerzas y que ese desequilibrio no me conduce sino a vanas tentativas, a estériles conclusiones?. Y todavía hay que saber resignarse, plegarse a una vida mezquina: contentarse con poco. Eso jamás; me niego a ese pobre estoicismo. No; no siga; dejemos este asunto hasta aquí, ¿quiere? Ninguna importancia tiene, además.

Jean no tuvo el valor de protestar: se sentía impotente y avergonzado ante la fuerza de esa desesperación.

Dejaron la plaza desierta, se internaron en un dédalo de callejuelas negras, bordeadas de chozas semi derrumbadas y malolientes como montones de basura, se perdieron un momento hasta un callejón sin salida, pero Daniel, que conocía bastante bien esos lugares, encontró de nuevo el camino atravesando algunos patiecitos adormecidos y llegaron al Wharf-aux-Herbes⁹.

El lugar presentaba su rostro familiar roído por la noche y por una lepra de suciedad. Aquí y allá, encima de los puestos de las vendedoras de frituras y de frijoles y arroz, vacilaba el resplandor humeante de las velas. El mar echado como una bestia apacible rumiaba un sordo y continuo rumor. Un olor dulzón de algas pútridas y de pescado se agregaba al relente graso de las cacerolas.

No se escuchaba ya el tambor sino como un lejano tartamudeo.

Fue entonces cuando un hombre vino hacia ellos, gordo y de piernas cortas. Agitaba un gran trozo dorado de batata como un pañuelo de bienvenida. Reconocieron en seguida al poeta Emilio por su aire fogoso y su cabeza redonda y sólida de torete.

Ya desde lejos, los interpelaba con su voz llena de ruido y de estallidos.

—¡Hé!, nobles caminantes, ¿qué los trae por aquí, en este zoco nocturno tan poco propicio a las sutiles especulaciones metafísicas?

— ¿Cómo le va, Emilio?

—Muy mal, gracias a Dios.

Se reía y, para apretar la mano que Daniel y Jean le tendían, agarraba

9. Wharf-aux-Herbes, literalmente “Puerto de las Hierbas” era un desembarcadero adonde los campesinos traían forraje para venderlo a los propietarios de caballos de la capital... Muy cerca se encuentra La Croi-des-Bossales, uno de los suburbios más miserable de Port-au-Prince. Ese es el lugar que el autor describe en el texto.

con la punta de los dientes su batata dorada: parecía una de esas negras africanas con labios de bandeja.

—Usted, Daniel, yo sé lo que le atrae de estos lugares. Conozco sus gustos de vendedor de especies para ciertos perfumes femeninos: pimienta, nuez moscada, incienso, axilas. Jé, jé... Pero deben tener hambre. ¡Vengan!

Y sin encontrar resistencia, arrastró a sus compañeros por su parte, en el remolino de sus palabras y de su exuberancia, hacia una vendedora ambulante.

La mujer era una masa, apilonada, de carne informe. El busto le corría sobre el vientre y el vientre sobre la grupa. Esta mota se puso en movimiento cuando llegaron y una enorme sonrisa blanca iluminó la corteza de tocino reluciente de su cara.

—*Henorme*, ¿verdad?, dijo Emilio con ternura. Ya los presento: la señora Rose Rosélis, mis amigos Daniel y Jean, uno médico y el otro abogado. Como usted ve, eminentes representantes de nuestro medio intelectual y social. Nada raro, ¿verdad? Todos los haitianos son abogados o médicos. Sobrevivencia ancestral, querida, es todo: en la tribu africana, el cuentero y el brujo eran altamente considerados.

Un sarcasmo lírico arrugaba sus pequeños ojos maliciosos y le hacía bracear con grandes gestos:

—En cuanto a la señora Rose, esta belleza notoria, es mi Musa. Mírenla bien, esta hija de Júpiter negro Ogoun¹⁰ y de algún encantador hipopótamo.

Ella, tranquila, vertía profusamente la manteca con un cucharón de madera.

—Ella me inspira, esta mujer, de esto no hay duda. Por ejemplo, escuchen este alejandrino magnífico que va a hacer rabiari nuestros queridos intelectuales afro-latinos —iba a decir: *affreux latins*¹¹— de quienes Morand escribía excelentemente que sus labios más morados que la uva no se abren sino sobre el imperfecto de subjuntivo:

10. Ogún: dios de la guerra de la mitología vodú.

11. Juego de palabras intraducible: “*affreux*” (horrible) tiene una pronunciación cercana a “afro”.

¡Tu nalga es una canoa
cargada de vituallas!¹²

Ta fesse est se oye el chisporroteo, el primer silbido de la grasa que cae en el recipiente; un *boumba*¹³: ¡oh, maravilla!, la palabra sugiere la explosión de una bomba, un trasero impetuoso, una marmita voluminosa y ennegrecida sobre el fuego; *chargé de*: es una pequeña parada preparatoria; y luego, bruscamente: *victuailles*: esto es propiamente sublime, este *tchouaille!* ¡mante-ca hirviendo en la cacerola!

Se reía a mandíbula batiente con tantas ganas que todos se contagiaron de esa alegría formidable. Incluso la impasible Rose estaba toda sacudida por un cloqueo de gallina ponedora.

—Dígame, Emilio, preguntó Daniel recobrando la seriedad, ¿por qué no escribe nada más, quiero decir: ¿no publica usted nada más?

Emilio hizo una mueca curiosa: como si su risa se hubiera refugiado en una súbita arruga que estiraba amargamente sus labios:

—No publico nada más porque no escribo más.

La mueca se acentuó:

—Me echaron a perder mi noche. Me hacen volver a mí mismo como a un antiguo camino abandonado. Desde hace tiempo, me perdía, me huía; y ahora usted remueve el polvo de mis rencores. No se excuse, querido Daniel; no lo odio.

Pareció reflexionar un momento:

—La poesía, la poesía... No se hace con la vida; en todo caso, no con la nuestra. Sin embargo, la obra está allí, madura, crecida —se reseca. Admiro la frase goethiana: se escribe una obra para librarse de ella, como el árbol da sus frutos; pero me pregunto: ¿Cómo conseguirlo? Ah, producir un libro, un poema tan perfecto que al darle nacimiento, se libere

12. Este verso es el final de un poema muy conocido del poeta indigenista Emile Roumer que lleva por título “Marabout de mon coeur...”. El verso: *Ta fesse est un boumba charge de victuailles*, equivalente en español a “Tu nalga es un boumba, cargado de vituallas” pierde al traducirlo la consonancia sobre la cual se basa toda la explicación subsiguiente.

13. *Boumba*: canoa, embarcación fluvial de dimensiones relativamente grandes, usada por los campesinos para transportar víveres y mercancías.

uno, al mismo tiempo, de una vida terminada en la grandeza!

—Perdóneme, Emilio, dijo Daniel con voz ahogada; yo pensaba que usted era feliz.

—¿Feliz?, lo creyó porque agarro apasionadamente mi existencia como se abraza a una mujer. Pero después del amor, Daniel, cuando los ojos se vuelven lúcidos, qué horrible claridad repentina ...

Jean intervino:

—Lo que más le falta a la inteligencia haitiana, es plegarse a una disciplina, es decir, tender hacia un objetivo, obstinadamente. Los esfuerzos más interesantes se dispersan. Pero haría falta una energía sobrehumana para persistir en el camino escogido, cuando la fe que lo guía a uno no encuentra como único aliciente sino la incomprensión, la forma más pérfida de resistencia pasiva.

—Y después, dijo Emilio entre dientes, ¿dónde encontrar esta disciplina? ¿En la política? En Haití, la patria es la suma de intereses particulares que se entrechocan y se rechazan.

No hablemos de matrimonio: conozco muchachas que serían encantadoras amantes, si no fueran estúpidas y honestas.

Se anunciaba el día; la noche se deslizaba como una máscara, y los resplandores que se entrelazaban ya como dedos pálidos y dejaban trazas sucias por encima de los cerros.

Se sentían llenos de tristeza y abandonados e inútiles como esas chozas derrumbadas, como esos restos de vasijas regados en el suelo alrededor de ellos.

Jean se fue primero.

Daniel tomó el brazo de su compañero:

—Emilio, ¿conoce usted ese pensamiento de Leopardi: “El hombre sería todopoderoso si pudiera estar desesperado toda su vida...”? Sí, sacaría una fuerza creadora insospechada de sí mismo si sus sufrimientos no se convirtieran en una sombría costumbre. Este es nuestro caso, sin duda: nuestra desesperación ante la pobreza de nuestra vida no es más que una mala costumbre; ningún estímulo nos viene de ella, ningún impulso surge del pensamiento; al contrario, es un fardo pesado que nos curva cada vez más hacia abajo.

Caminaron hasta el muelle.

El mar tenía reflejos metálicos.

Se quedaron allí, sin decir más nada, escuchando el susurro de seda de las olas contra los pilotes.

Al fin, se separaron, pues una lloviznita fría comenzaba a caer en la pálida mañana.

LA CHAQUETA

A Richard Constant

CUANDO entró en el bar, Saivre se sintió como un viajero que toca tierra firme. En las paredes unos afiches brillaban a través del humo de los cigarrillos. Se sentó en un rincón oscuro. Un borracho dormía a su lado. Lo empujó rudamente para acomodarse a sus anchas. El otro entreabrió los ojos vidriosos y dijo: “Napoleón murió en su cama”. Y se durmió de nuevo. Saivre no se sonrió con esta frase y miró por la ventana. La lluvia derretía la luz del farol. Finas agujas de oro caían. Detrás, la noche grande, vaga, el gran silencio negro.

—Si se dejara la puerta abierta, pensó Saivre, todo el mundo aquí se callaría. El silencio entraría y los cogería por el cuello.

Se sentía bien, pero el ruido le hacía daño. Cada estallido de voz le golpeaba en la frente.

Una prostituta subió la escalera del brazo de un marinero. Sus ademanes lucían cansados. El pensamiento de Saivre la siguió un instante. La vio blanca, crucificarse sobre una cobija roja y sucia.

—Por qué “roja”, pensó de repente. No sabía. Pero estaba seguro de que la cobija era roja.

Bebió un vaso de licor, después un segundo vaso, después un tercero. Le dio mucho calor, se quitó la chaqueta y la colgó en el muro, frente a él, en un clavo.

Una discusión se elevó al fondo de la sala. Una voz de mujer subió muy alto y se cortó completamente. Después todo se calmó en un murmullo confuso. El borracho se despertó. Tenía la cara muy delgada y la mirada ahogada. Una pequeña cicatriz en forma de V tatuaba curiosamente su

frente. Este hombre se le hizo de repente horriblemente antipático a Saivre. Sufría casi físicamente, no sabía por qué, al sentirlo cerca de él y se estremeció violentamente cuando oyó:

—Camarada, ¿quiere tomar una copa conmigo?

Pero aceptó.

Bebieron después de haber chocado sus vasos.

El borracho le dijo: —Me llamo Paul Milon, ¿y tú?

—¿Qué coño te importa?, gruñó Saivre.

Siguió un silencio, luego Milon volvió a comenzar: ¿Y los negocios?

—No tengo negocios, casi gritó Saivre. Un súbito furor le subió al cerebro y se alejó un poco del borracho como para tomar impulso.

—Bueno. Bueno. Está bien, dijo Milon.

Una calma pesada se estableció entre ellos y los separó.

Un gramófono lloró con la voz cascada de una cantante vieja.

Las paredes de la estrecha sala se enviaban la romanza tonta y triste. Una mujer lloraba dulcemente sobre sus brazos doblados. Los hombres callaban y olvidaban sus vasos.

Entonces Milon: —Mira, parece un ahorcado.

Saivre se sobresaltó: —¿Ah?, qué dices, ¿dónde?

—Ah, estoy bromeando, dijo el otro tímidamente, tu chaqueta...

Saivre miró su chaqueta con una atención tan dolorosa que sus ojos le hicieron daño. Su chaqueta, una pobre cosa ahuecada y remendada, pendía como la había colgado.

Pero la voz de Milon: —No parece, ¿no parece?

Saivre llamó al mesonero y se hizo servir. Guardó la botella y bebió trago tras trago dos grandes vasos, luego:

—Di, ¿por qué dijiste eso?

—¿Yo? Pero por nada. Una idea...

—¿Por qué dijiste eso?, dijo Saivre, los dientes apretados.

—No sé, te digo. —A lo mejor quizás me recuerda aquel que se ahorcó el mes pasado en la casa.

—¿Ah?, dijo Saivre.

—Sí. Un hombre muy joven que había vivido largo tiempo “en el extranjero”. Había dejado su familia. No se entendía con su padre. Lo habí-

amos recogido, mi mujer y yo, como pensionista. Hacía versos todo el día, leía una cantidad de libros y no pagaba. ¿Un sinvergüenza, no? Una mañana, lo encontramos ahorcado. Nos debía ocho dólares cincuenta. Jamás pagados. ¡Ah, el puerco!

—¿Entonces?, preguntó Saivre. Estaba horriblemente pálido y sus manos se agitaban alrededor de su vaso sin poderlo agarrar.

—¡Bueno! Te digo que era igualita a tu chaqueta. Colgaba como un trapo, dijo Milon que tomaba confianza. Igualita, igualita, repetía.

—No es verdad, murmuró Saivre fijando con sus ojos desorbitados su chaqueta.

Sí. Igualita. Igualita.

—No. No.

—Sí. Todavía lo veo. Absolutamente así.

—Cállate, demonio, dijo Saivre en voz muy baja.

—Pero es lo que te digo. Ex-ac-ta-men-te como tu chaqueta.

—Cállate, demonio, repitió Saivre tan bajo que Milon lo oyó apenas.

Sus ojos no se despegaban de la chaqueta. Una angustia loca bailaba en su mirada. Milon se había callado. Sorbía ávidamente, haciendo chasquear su lengua. Unos minutos se arrastraron. El gramófono estaba mudo, pero un marinero, con el brazo pasado alrededor del cuello de una mujer, cantaba:

Somebody loves me...

Bruscamente, Saivre preguntó:

—Dí, tú; después de que uno revienta, ah. ¿Qué piensas? ¿Acaso, acaso hay todavía... otra vida, qué?

Milon reflexionó un corto instante:

—No, no creo.

—Yo tampoco, dijo Saivre con tal esfuerzo que toda su cara se retorció. Se levantó dificultosamente y se dirigió hacia la puerta.

—¡Ey! No olvides tu chaqueta.

—No, no, gritó Saivre, y huyó en la noche.

Corría a pesar de la borrachera. Un perro lo persiguió por un momento en la calle desierta.

No sentía la lluvia. No veía las casas. No veía su sombra.

Huía. Las palabras bailaban en su cabeza y removían un sufrimiento atroz: la chaqueta, el ahorcado, la chaqueta, el ahorcado.

Murmuraba entre dientes:

—No, no. No puedo más. Esto tiene que terminar. Por fin llegó a su casa. La casa era un pobre barrancón de madera. La puerta se abrió con un simple empujón.

Ella, en la cama, oyéndolo venir, se refugió contra el muro.

—Dios mío, Dios mío, pensaba, con tal de que no me pegue tan duro hoy. Esperaba los golpes, pero no llegaron.

Lo oyó prender una vela, mover muebles; palabras inconexas le llegaron: “La chaqueta. Ex-ac-ta-men-te. ¡Ah demonio! Igualita a la chaqueta”.

Una silla cayó. Después más nada, sino la angustia que la pegaba del muro.

Se dijo: se durmió.

Pero esperó prudentemente. ¿Una hora? ¿Dos horas? El día no se filtraba todavía a través de las tablas mal aseguradas.

Al fin, con infinitas precauciones, se volteó. A la luz de la llama de la vela y vio el cuerpo que colgaba.

Entonces dió un enorme grito.

Los vecinos acudieron.

**LA MONTAÑA
EMBRUJADA**

PREFACIO

DOY GRACIAS a los dioses por haber levantado la prohibición con la que protegieron el misterio de su cultura permitiendo de esta manera que la curiosidad de los profanos la convirtiera en objetos de arte. Es en este estado de espíritu que consideramos hoy *La montaña embrujada* de Jacques Roumain. El joven novelista, despreciando los temas tantas veces tratados por los adúlteros mundanos, por los apareamientos de concupiscencia, las mascaradas políticas en las que se retrasó demasiado plácidamente nuestra literatura, evocó en bellas páginas la vida pintoresca y dramática de nuestros campesinos. De esta vida puso maravillosamente de relieve lo que hace de ella el encanto y el horror: la creencia.

¿La creencia? Pero si ella yugula toda la actividad humana, y mientras más cerca está el hombre de la naturaleza, se entiende, más vive en un cierto estado primitivo, es más tributario de la masa descoordinada e irreprimible de su afectividad. Lo que distingue a este hombre en cualquier medio en que viva, del tipo intelectualizado y emancipado, es su incapacidad provisoria o definitiva de distinguir en el acontecimiento de los fenómenos naturales las clases elementales que explican su mecanismo; es su sumisión pasiva a lo que cree inevitable, es su resignación muda a lo que le parece inexorable. Su espíritu, rebelde a la inquietud crítica, es inepto para sospechar la parte de determinismo biofísico que contiene el complejo de la vida. De allí que su lógica racional, aquejada de imperfecciones, se fija con complacencia en las mallas densas del misterio en el que se siente envuelto por todas partes.

El primitivo es casi obligatoriamente un místico.

Pero lo que da un valor particular al misticismo del campesino haitiano es la confusión que se ha establecido entre los misterios de la religión cristiana, cuya enseñanza formal e incompleta no ha penetrado en su alma sino muy superficialmente, y los *misterios* del animismo africano, cuyas tradiciones orales le han sido transmitidas por esoterismo. De una manera ingenua, amalgama y concilia los dos modos de creencia siendo cierto por lo demás que la sinceridad de su piedad hacia la divinidad, cualquiera sea su naturaleza, es un homenaje a la omnipotencia de lo Desconocido.

Y este misticismo da su tonalidad particular a las manifestaciones más diversas de la existencia campesina.

¿La tierra es infecunda porque la sequía ha sido implacable durante el transcurso del año? ¿La enfermedad y la muerte han entristecido y entlutado a tales familias? ¿El ganado ha diezariado por alguna epidemia? Las causas aparentes de estos diversos fenómenos pueden ser fácilmente demostradas. Incluso, si es necesario para algunos, se podría someterlos a la evidencia experimental. Qué importa. El primitivo, impermeable a la experiencia, traslada al más allá de la causa aparente la intervención de fuerzas misteriosas que son la razón de ser de las cosas. Se concibe cómo semejante estado de espíritu puede ser el móvil de las acciones más inesperadas, cómo las modalidades de la existencia sobrecargadas con tales coacciones pueden provocar el choque de malentendidos y la agresión solapada de venganzas sangrientas.

Tal es la génesis psicológica del drama que Jacques Roumain, con un arte probo y vigoroso, da la textura en *La montaña embrujada*.

La nota conmovedora que la joven literatura trae al análisis de nuestro medio es esta preocupación de servir a las posibilidades de este medio para elaborar la obra de arte. De esta manera, nuestros jóvenes escritores se ingenian para crear una estética haitiana en la que reúnen los elementos con una osadía, una decisión y un orgullo frente a los cuales me inclino humildemente. Jacques Roumain es uno de los promotores de este espléndido movimiento. Su *Montaña embrujada* no es sólo una muestra de su talento de escritor, es la visión certera de un psicólogo que sabe penetrar por encima de nuestras andanzas habituales en el resorte escondido de nuestras acciones secretas.

Lean este libro. Se sentirán subyugados por lo patético del relato desde la primera hasta la última página. No es éste el indicio de que está hecho con mano de obrero. Por eso me siento feliz de rendir testimonio.

Jean Price-Mars

LA MONTAÑA EMBRUJADA
(Relato campesino)
(1931)

A mi mujer

I

LA CHOZA rechoncha, puesta a ras del suelo rojizo y ceñida por una balastrada, se apoya en un horizonte de cerros sombríos. El sendero que conduce a ella, reluciente como una piel de culebra abandonada, se detiene bruscamente en lo alto de una pendiente de hierba de Guinea y se lanza en trampolín hacia el cielo transparente.

Un pequeño campo bordea el sendero: las espigas del maíz alisan sus barbas pelirrojas en los largos cuellos flexibles de las hojas verdes. A esta hora tierna de la tarde, el viento toca las flautas de los cercanos bambúes.

Grande es la calma y aumenta con vastos círculos de silencio que traza un zamuro en el azul; una voz de mujer que canturrea en el interior de la casa y el ruido sordo, regular, de un pilón machucando los granos.

El pueblo domina esta soledad. Agarradas al flanco de la montaña, las chozas acercan sus techos de paja y acechan la vida de abajo. El pueblo es pobre. La tierra arcillosa se desmorona como la corteza, entreabre sus labios ávidos: el pueblo tiene sed. La sequía dura desde hace días y días, quema la cosecha de mijo. El ganado enflaquece y lanza largos mugidos dolorosos.

Hoy, los hombres volvieron de los campos para la comida de la noche. En cada cabaña, las mujeres se afanan alrededor de los calderos. Solos, los niños gritan afuera jugando en el polvo. Los hombres están mudos. La fatiga aplasta el espíritu al igual que el cuerpo. Y la mano negra que se lleva a la frente humedecida de sudor está pesada por la ruda labor cotidiana bajo el sol tropical.

Désilus está sentado bajo los guayabos. Se sustenta con sus últimos frutos: los unos verdes como limones penden todavía en las ramas, los

otros demasiado maduros tapizan el suelo, aplastados y embalsaman el aire con una podredumbre azucarada.

Los jóvenes ya no respetan: dicen que Désilus tiene la mente desarreglada, pero los viejos no son del mismo parecer.

Así Tío' Jean, muerto el año pasado, y que había conocido a los blancos franceses dueños de este país de Haití², repetía a menudo que Désilus sabía muchas cosas. ¡Uhm!

Cuando el día se inclina hacia el crepúsculo, a Désilus le gusta alejarse de los hombres. Acucillado o acostado bajo un árbol, mantiene interminables soliloquios rasgando con sus dedos viejos y retorcidos una especie de guitarra de dos cuerdas compuesta de un palito de madera de sisal fijada en una hojalata.

*Zancudos cuidado con los zombis
cuidado con los zombis.*³

Eso es lo que hace reír a esos jóvenes; los tontos, tienen la cabeza repleta de aire. Se creen astutos cuando se burlan, y es aire lo que les sale por la boca.

Désilus expulsa desdeñosamente a través de la maleza gris de su barba una bocanada de su pequeña pipa tan buena.

*Zancudos cuidado con los zombis,
zanzanzam, zim, zim, zim-zim.*⁴

Si al menos supieran, hé, si supieran al menos ¿quién croa en la noche en la charca bajo la luna nueva? ¡Bichio! Él se acuerda, él, Désilus, de haber visto quién. Hace mucho tiempo el general Alexis⁵, Tonton Nord, era Presidente en esa época. Regresaba tarde en la noche, de cortar el palo de campeche en el Bois Caiman⁶. Pasando cerca de la charca, se detuvo para sacar un

1. *Tonton*: tío. Significa también anciano sabio, pero designa al mismo tiempo a un ogro.

2. Antes de 1804, fecha de la Independencia.

3. En créole en el original: *Maringouins ping'ga zombi, ping'ga zombi*. Según la tradición oral, los zancudos le tienen miedo a los zombis.

4. En créole en el original: *Maringouins ping'ga zombi, zanzanzam, zim, zim, zim-zim*.

5. Nord Alexis, presidente de Haití de 1902 a 1904.

poco de agua, cuando... ¡Ay!, todavía tiembla: cinco pequeños bakas⁷ negros como el infierno, con los ojos como brasas, estaban sentados en la hierba. La cabeza alzada hacia la luna, imitaban los sapos y tragaban luciérnagas. De verdad, verdad. Créanme si quieren.

*Primos, cuidado con los zombis.*⁸

—Además, él no le hace mal a nadie. Rasgar las cuerdas zumbadoras, eso es bien inofensivo, y le permite componer esas canciones que los tontos aprecian bastante, las noches de baile. Como esta: “Negra bella, te quiero mucho”⁹. Por ejemplo, hay instrumentos más peligrosos: el tambor vodú¹⁰. ¡Ah, con eso no se juega! Cuando Ti Malhé lo hace sonar con el dedo así, y así, entonces bajo la piel del cabrito se despiertan aquellos cuyos nombres no es prudente pronunciar demasiado a menudo. Entonces hombres y mujeres caen de repente al suelo gritando, porque han entrado en sus cuerpos y gritan en sus pechos y no los dejan sino es cara contra el polvo, sin palabras y sin movimientos.

Vino la noche. Désilus se levantó. La charca relucía al pie del cerro como un ojo maléfico. No está bien quedarse tarde afuera durante ciertas noches.

—Sobre todo en ésa, masculló volviéndose hacia la choza rechoncha de Placinette en la que una ventana se iluminaba completamente en la noche.

Los campesinos se reunían esa noche en casa de Dornéval cuyo hijo se moría. Los velorios son bien agradables: para alimentar el palabreo y combatir el sueño, se sirve tafia¹¹ y café caliente.

Bajo el cobertizo, los hombres tomaron asiento sobre los bancos y las cajas volteadas. Una vela plantada sobre una mesa aclara el círculo de ros-

6. En la noche del 14 de agosto de 1791, numerosos esclavos se reunieron en un claro del Bosque-Caimán, en el norte de Haití para celebrar una ceremonia vodú y declarar la muerte a todos los blancos.

7. Genio maléfico que sirve a los brujos. El *baka* se presenta generalmente bajo la forma de un animal.

8. En créole en el original: *Maringouins ping'ga zombi*.

9. En créole en el original: *Belle négresse, m'irinmin r'en pile*.

10. Tambor vodú: se refiere a uno de los tres tambores que componen la batería de tambores de una ceremonia vodú.

11. Tafia: *ratafia* designa en Haití el aguardiente de caña llamado también *clairin*, *ron blanco* y *agua de caña*.

tros oscuros. Más lejos están los niños. Cuando el viento sacude la luz, sombras rápidas amarillas precisan furtivamente el grupo hormigueante.

Désilus se desliza al lado de ellos. Lo quieren por sus cuentos y por sus adivinanzas. Ya la chiquillería se empuja a codazos, pues para oír cuentos hay que estar cómodo: el mentón en el hueco de la mano, la boca ancha abierta y los ojos tan atentos como los oídos.

—¿Cric?¹².

—Crac.

—Estoy aquí: agárrame¹³.

—¡La sombra!

—¿Cric?

Pero una queja profunda en la choza detuvo toda respuesta. Un ruido confuso de palabras, de sollozos ahogados.

En ese momento Balletroy, el jefe de sección¹⁴, penetró en el cobertizo.

—Honor.

—Respeto, respondieron todos en coro.

Le dieron un puesto

—¿Qué está pasando?

Dornéval colocó su pocillo con fuerza sobre la mesa. Su cara estaba impenetrable como tallada en un bloque de mármol negro:

—Las mujeres comenzaron a llorar.

Pero el pocillo temblaba en la mesa.

—Antier, estaba de buena salud. Y en estos momentos está acostado, la barriga dura y redonda como una totuma y su alma se va.

El silencio se hizo espeso.

Se oía claramente a Désilus que decía con voz extremadamente baja:

—Les voy a contar la historia de Bouqui¹⁵ y de su abuela...

12. Cric-crac: fórmula tradicional para contar cuentos y adivinanzas. El contador dice *cric*, los asistentes responden *crac*, y comienza a contar.

13. En créole en el original: *Mouin là: quimbé'm'*.

14. Militar que representa a los latifundistas de la sección (pequeña subdivisión territorial) con poderes ilimitados.

15. Bouqui y Malice, tío y sobrino, compañeros inseparables, el tonto y el listo, son los personajes más populares de la tradición oral haitiana.

—¡Carajo!, gritó de repente Dorilas.

Era un campesino alto y temible por su vigor. Sus brazos parecían troncos nudosos.

Sus ojos coléricos se inyectaban a menudo de sangre. Lo llamaban Dorilas Ojos Rojos¹⁶.

—¡La maldición sobre nosotros! Nuestros hijos y nuestras bestias reventan, y la cosecha no valdrá nada. La semana pasada me encuentro con mi compadre Manassé en la Croix des Pins. Hablamos, hablamos: compadre Manassé, le digo, necesito un toro para mi vaca.

—En el mercado de Thomonde, los toros son fuertes y gordos, compadre Dorilas.

—A la mañana siguiente antes del amanecer, agarro trescientas pias tras y me voy, con el rocío...

—Entonces Bouqui le dijo a su abuela: Un baño de hojas de guanábana, es bueno para la fiebre. Te voy a dar un baño bien caliente.

—Bueno; Bouqui puso a su abuela en una barrica y comenzó a echar agua hirviendo.

—La abuela dijo: Bouqui, mi chico, está un poco demasiado caliente. Bouqui dijo: el doctor lo recomendó.

Pero los niños se dan cuenta de que ya conocen el cuento y protestan vivamente.

Désilus se rasca el cráneo:

—¿Cric?

—Crac.

—Pase por aquí, pase por aquí, nos encontraremos¹⁷.

Redondo como una pelota, largo como la carretera¹⁸.

—¡Carrete de hilo!

—¿Redondo y sin fondo?

—¡La sortija!

16. En créole en el original: Dorilas Gé rouges. En la mitología vodú, los genios malvados y belicosos se caracterizan por tener los ojos rojos.

17. En créole en el original: passez-là, passez-là, n'a rencontré.

18. En créole en el original: Rond com'boule longue com'grand chemin.

Dorilas, por su lado, continúa su cuento. Sus frases toman caminos enrevesados y se detienen en los callejones de todos los detalles:

—Entonces, me regreso de Thomonde con mi toro negro. Camino detrás de él; veo sus patas: no muy gruesas, no muy finas; sus cuernos curvados como una hoz. Estoy contento. Me digo a mi mismo: Dorilas, ¿qué nombre le quieres dar? La Rabia es un nombre bonito. Durante todo el camino, pienso: esto es un toro de verdad, un toro serio.

Tengo que enviarle una cesta de batatas y de ñames a mi compadre Manassé: es un buen compadre.

Bueno; llego aquí. De Thomonde a la choza hay tres días de camino por las rocas de los cerros. Me digo: dos días más, y la bestia descansará. La amarro de una cuerda larga para que coma lejos y alrededor.

A la mañana siguiente, Sorélice mi mujer viene:

—Dorilas, el toro rompió la cuerda.

Agarro otra cuerda para enlazarlo. Llego sobre la loma detrás de la casa de Myrtil: veo el toro que sale de la charca de Placinette.

—¿Placinette? preguntó el jefe de sección.

Pero nadie le respondió.

—Voy y me lo traigo.

En la tarde mi mujer viene:

—Dorilas, el toro está acostado en el suelo, sí.

Salgo a ver. Su barriga estaba hinchada y su lengua colgaba, cubierta de moscas azules. Estaba muerto ya. Que la Virgen de Altagracia me reviente los ojos si miento.

Se oyó una mujer que gemía en la choza.

—¡Ay, Santiago El Mayor, San Juan de la Cruz, papá San Juan!

Dornéval empujó su silla.

—Anna, gritó con una voz sin timbre, ¿qué pasa?

Lentamente se dirigió hacia la puerta, la abrió. Todas las miradas se voltearon hacia él.

—Nada, respondió.

Y entró en el círculo.

Aurel, un joven campesino, largo como una palmera, se limpió la frente con el revés de la mano, y se atrevió:

—Hay plantas malas; el toro comió tal vez.

Hé, hé, rió socarronamente Dorilas, el viento sopla en la sabana: las hierbas se mueven y no ves el viento, entonces no hay viento.

—¿Qué quieres decir?, preguntó Aurel con desafío e inquietud.

Dorilas se levantó y golpeó el suelo violentamente con su bastón:

—La charca está verde como una sopa de arvejas. Huele mal...

Y haciendo un esfuerzo:

—... está envenenada.

Todos callaron, pero se oían las respiraciones oprimidas.

—Placinette tiene tierras, dijo Baptiste, con un tono suave, acariciándose la barbilla.

En otros tiempos, nadie se hubiera extrañado de eso: Baptiste era conocido por su codicia y había tenido un pleito con Placinette a propósito de las tierras.

Los hombres se estremecieron.

—¡Dejen de bromear!, intervino el jefe de sección.

—Sí, mientes, gritó Aurel dirigiéndose a Baptiste.

—¿Qué, qué fue lo que dije?

—Mientes.

—¿Qué fue lo que dije?, repitió Baptiste con candor.

Aurel se sentó, confuso.

Cada uno se clavó en la oscuridad.

—Si tu muchacho muere esta noche, dijo Balletroy, vienes a decírmelo: le avisaré a Jean-Marie.

—Gracias, murmuró Dornéval.

—Al fin la lluvia...

Gotas pesadas y apretadas tamborileaban sobre el cobertizo. Un murciélago que volaba en la noche se pegó contra uno de los postes, se abatió, se levantó, desapareció.

De repente un relámpago lagarteo el cielo de arriba a abajo. Hubo como una avalancha de montañas estrelladas.

Fue la desbandada, hombres y niños revueltos.

Sobre sus piernas tuertas, Dorilas se apuraba.

—¿Tonton Désilus, tonton Désilus?

Una niñita, los ojos brillantes como el ónix, lo halaba por su chaqueta.

—¿Cric?

—Crac.

El trueno ruge, en Guinea se oye¹⁹.

—La tormenta.

Y los dos huyeron en la noche y el barro.

II

Débiles humaredas se elevaban de las chozas. El alba había venido con el canto de los gallos, gris y fría. Los cerros morados se despertaban con el mugido dulce de los caracoles marinos.

Todo nacimiento es tristeza: la noche cede al día dejándole su melancolía cansada y, al fondo de los valles, sus brumas andrajosas y sucias.

El sol, cuando surge detrás de las montañas, lanza una alegría falsa y demasiado brillante: una risa roja y forzada.

Pues para el hombre de la tierra el día que asoma no es más que la certeza de largas horas penosas, de una lucha áspera, en el calor tórrido con la gleba rebelde.

Las campesinas, a pie o en burro, descienden los senderos estrechos, para llevar al mercado lejano los productos del suelo, algunas aves, leche.

Un paso balanceado las lleva rápido por los caminos empedrados o fangosos: el caer de la noche las devolverá, en el mismo orden inmutable, una detrás de la otra, tal como nuestros ancestros caminaban en la gran selva africana.

Volverán más lentas, la fatiga en las rodillas y sosteniendo, con una mano pesada, su hijito amarrado a sus espaldas.

Los hombres, ellos, se dirigen hacia los campos de batatas y de ñames. Van al alba, con un paso ágil y potente que toma posesión de la tierra.

El aire no es todavía sino luz y frescura. Los pulmones se llenan bien. Y se comienza a rastrillar o a deshierbar improvisando una canción que ritme el ruido seco del machete.

19. En créole en el original: *Le katar fait tarr, l'an Guiné tandé.*

Algunos jardines están pegados al flanco de los barrancos: a pique. El campesino se agarra con una cuerda para labrarlos. De lejos no se distingue ese hombre tenaz, luchando cuerpo a cuerpo con la naturaleza.

Désilus no trabaja en los campos; Désilus no tiene conucos. Tenía uno: Baptiste se lo quitó, es una vieja historia, no hablemos más de eso.

Bajo el umbral de su choza, teje sombreros de paja: ese es su oficio...
...y se habla a media voz.

—Un sombrero, dos sombreros, tres sombreros: son tres piastras. Podrá comprarse una docena de hojas de tabaco y una camisa azul²⁰ con botones blancos.

Después le gustaría mucho reposarse. Sus viejos huesos le duelen desde la lluvia de la víspera. Está adolorido hasta los tuétanos, pero para vivir, hay que trabajar: es la existencia. ¿Los blancos trabajan también? Ya en Guinea el negro haitiano penaba y el blanco lo conducía. Hace cien años los habían echado al mar a punta de tiros en el culo. Pero volvieron esos blancos americanos hijos de perra.

Un día en Mirebalais, entró en la iglesia. Allí vio: la Santa Virgen blanca, San José blanco, San Pedro blanco: ¡uhum! si el negro sufre así, ¿tú no crees que Dios es blanco y que tiene prejuicios raciales?

Las manos inactivas, Désilus se vuelve soñador.

—¡Hé compadre!

Es Balletroy que grita desde la carretera.

—Buenos días, jefe.

—Dornéval te necesita para ayudar a lavar el cadáver. Horatius Pierre-Antoine acaba de morir.

—Pobre diablo.

—Después sentencioso, con tristeza:

—Los grandes nombres matan a los perros chiquitos²¹.

—Apúrate; yo voy a buscar a Jean-Marie.

En la choza se apretujan como arenques ahumados las comadres del vecindario, y cotorrean, y lloran, y se lamentan.

20. Se refiere a la camisa campesina confeccionada en tela burda de color azul.

21. En créole en el original: *C'est gros noms qui tué ti chiens*. (En la edición original hay una nota que traduce el refrán créole al francés.)

La madre duerme abatida en una silla: las lágrimas trazaron surcos aceitosos sobre su rostro.

Afuera se oye un ruido de maderas claveteadas con rabia: es Dornéval que hace la urna de su hijo.

Cuatro velas en las esquinas de una mesa negra, mal pulida y vacilante, con imágenes de santos multicolores, flores polvorientas en pocillos, esperan el cadáver.

Se quema un poco de incienso, pero es más fuerte el olor del sudor y de la descomposición. El calor sube; cada nuevo visitante lo alimenta como un leño echado en un bucán. Las moscas vuelan, numerosas y gordas. Una de las mujeres protege la frente y la boca abierta de la durmiente con un periódico viejo.

En la otra pieza, separada por un tabique de juncos, están las lavadoras de muertos.

La voz de Désilus:

—Ahora voltéenlo... así, sí, así...

El agua chapotea.

Las mujeres suspiran con más fuerza:

—¡Ay Jesús, ay, Dios!

El agua chapotea.

Y en el patio, Dornéval serrucha, golpea, clava, como un condenado. Los niños se colocan en silencio a su alrededor. Le pasan el martillo o los clavos: los toma sin decir palabra, sin mirar.

Debe ser la hora del mediodía. El sol está alto en el cielo desierto. Todo está inmóvil, los árboles, el cerro, el ganado, salvo este grupo de campesinos que regresa lentamente, la azada al hombro.

Van donde Dornéval, pues Dornéval es un hombre de bien, un hombre que respeta a su prójimo, un buen cristiano que está en la desgracia, que perdió su hijo, a su primer hijo, que ni siquiera tenía tres años.

—¿Dornéval, compadre?

Se voltea, se pasa la manga sobre la cara, deja sus herramientas.

Uno tras otro le dan la mano.

—Aguantar, ¡sí, hermano!

—Dios te ayude.

—Así es la vida, compadre, valor.

La misma respuesta para todos, con una voz neutra, lejana:

—Gracias, sí, gracias.

Traen una damajuana y vasos. Cada uno, antes de tomar, echa un poco de tafia en el suelo: para los que están muertos, para los que reposan en la tierra profunda.

La urna está lista. Se la entrega a los niños.

—Llévense eso.

¿Qué hacemos? Dornéval está mudo.

Los demás miran sus chancletas zapateando. Una mujer vieja llega cojeando.

—Todo está listo, sí.

El pequeño cadáver está allí entre las velas humeantes. Un crucifijo de cobre abre sus brazos sobre su pecho. La cabeza negra se destaca con claridad sobre la sábana blanca. Los labios están hinchados y descoloridos. Las manos sobre el vientre tomaron un color cenizo: la palma está rosada. Tendremos que hacer el entierro hoy mismo. Mal olor. Hay que espantar las moscas.

Los hombres se detuvieron frente a la puerta: se persignan torpemente:

—En el nombre del Pae, y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

La madre se despierta. Mira primero toda confusa, después llora ruidosamente.

Las quejas se vuelven agudas.

Una comadre gorda se hace un puesto a codazos.

—Ay querida, déjame que te ayude a gritar.

Y lanza un alarido arrancándose el pañolón:

—¡Mi hijito, mi hijito, ay la tragedia!²².

—¿Balletroy fue a buscar a Jean-Marie?, pregunta Dornéval,

—Sí fue, responde Désilus.

(Jean-Marie es el *Padre Sabana*. En los campos haitianos apartados, allí donde no hay ni iglesia, ni cura, el Padre Sabana es a menudo un viejo sacristán de pueblo que ejerce un sacerdocio benévolo y lucrativo.

22. En créole en el original: *Pitite mouin, pitite mouin, ah la passage*.

Jean-Marie vivía en el caserío más próximo y como no había ninguna capilla, oficiaba a domicilio).

Todo el pueblo está bajo el cobertizo; los hombres, taciturnos, beben clerén²³, amontonadas aparte, las mujeres suspiran, lloriquean y sueltan sus lenguas.

Désilus titubea, se inclina como un árbol encogido por el viento. Tiene los ojos rojos de chivo lúbrico.

—¿Y para qué llorar? Es un angelito que murió. Arráncate los cabellos, querida, porque puede traerle la desgracia. Cuando llegue donde el Señor Dios, el Señor Dios le va a decir: Váyase diablito, te reclaman en la tierra; no están contentos de que estés en el cielo.

Entonces, hay que reírse. La vida es una farsa²⁴. ¿Ya vieron esto? Se echa al suelo en cuatro patas.

—Jajá. El sapo tiene novia. Dice: mujer ven acá.

Y Désilus mima con todo su cuerpo al sapo haciendo el amor.

Es bien divertido, ese viejo escandaloso, pero hoy no estamos para bromas. —¿La cosecha será buena? ¿Lloverá?— cada quien con su preocupación que le cose la boca, que le pone arrugas en la frente y la inquietud en el alma.

Un galope de caballo que se vuelve cada vez más fuerte como si un tambor llegara corriendo.

Y aquí están Balletroy y Jean-Marie.

—¿Honor?

—¡Respeto!

Se apean.

—¡Buenos días pae!, ¡buenos días pae!

Vestido con un viejo caucho negro, una especie de sotana, peinado con un bombín con reflejos verdes, el largo personaje saluda los grupos con una dignidad untuosa y penetra en la choza.

23. En créole en el original: *clairin*, aguardiente de caña fabricado en instalaciones rudimentarias.

24. En créole en el original: *La vie est un gringnindent*. (En el original hay una nota para traducir la expresión créole al francés: *la vie est un éclat de rire*. Literal: la vida es un estallido de risa.)

Todo el mundo se levanta, excepto la madre, que mira fijamente a su hijo a través de la neblina de sus lágrimas.

Jean-Marie saca de su bolsillo su misal y sus lentes enarcados de acero. Está listo: el libro tendido más alto que la cabeza inclinada hacia atrás, pues sus lentes tienden a deslizarse sobre su nariz chata y ancha.

—*De profundis clamavi ad te Domine: Domine, exaudi vocem mean. Fiant aures tuae intendentem in vocem deprecationis mae. Si uniuertates obseruaueris Domine; Domine, quis sustinebit.*

Boca abierta, Désilus lo admira: este Jean-Marie, caramba, qué gran negro.

—...*sporauit anima mea in Domino. Acustodia matutina usque ad noctem speret Israel in Domino.*

La voz de Jean-Marie se infla majestuosamente:

—...*ex omnibus iniquitatibus ejus,*

—Sí, ¡coño!, ¡carajo!²⁵, estalla Désilus entusiasmado.

—¡Cállate, macaco!, grita Jean-Marie furioso.

—...*Requiem aeternam dona eis, Domine. Et lux perpetua lecea eis. Requiescant in pace. Amen.*

OREMUS

Fidelium, Deus. Omnium conditor et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum remissionem...

¿Escucha, ella, la madre, las palabras extrañas que salmodia este hombre largo y negro como una sombra?

El dolor es otro mundo en el que ella se mueve ciega y sorda a todo lo que no es ese pequeño cadáver, esta carne de su carne, separada de ella como un fruto podrido del árbol.

¿Está muerto de verdad? No más tarde que antier, jugaba en el polvo con los otros, con los que todavía están vivos.

Un grito tiernamente herido sube de sus entrañas, un sollozo paciente que no quiere terminar, que siempre vuelve a comenzar, mojado de lágrimas. ¿Y por qué están esas velas alrededor de él, esas flores, esas hojas? Ah, hay

25. En créole en el original: *Oui, foutre, commabo!*

brujos poderosos que curan a los niños enfermos con hierbas cortadas en la sabana, en las noches malas. ¿Dónde está el brujo, donde está el hougan²⁶ que curará a su hijo?

—...*piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas Deus...*

¿Qué dice ese hombre negro? ¿Qué canta? No, no es eso. Esto es lo que hay que cantar:

—Hojas ho, hojas vengan a salvarme de la miseria en la que estoy²⁷.

Mi hijo está enfermo, me fui donde el hougan.

—Paz, ¡Anna, paz!

—Mi hijo está enfermo, me fui donde el hougan.

Si eres un buen hougan, sálvame de esta miseria²⁸.

... *in pace. Amen.*

La madre lanza alaridos a la muerte.

Jean-Marie la contempla pestañeando con sus ojos y esponjándose la frente con un pañuelo rojo.

—Dornéval, hijo, cierra la urna.

Las manos macizas de Dornéval atornillan la tapa. La luz de las velas modela su cara fija, con los labios tan duramente cimentados que en las mandíbulas hinchadas la piel es más clara.

Por encima de los sollozos y de los gemidos sube la nasalidad solemne del Padre Sabana:

—*Dies irae, dies illa, solvet saeculum in favilla, teste David cum Sibylla.*

Poco a poco los cuerpos se balancean, las cabezas oscilan y siguen la curva del canto. Mientras que Jean-Marie abre grandes sus brazos como membranas.

Allí detrás de esas luces temblorosas, adosado a la oscuridad, parece un enorme murciélago listo para emprender el vuelo.

—*Non stupebit et natura cum resurget et creatura.*

El olor de la muerte es como un abrazo alrededor de ellos, pero ellos no

26. *Hougan*: sacerdote de la religión vodú.

27. En el original: *Feuilles ho, feuilles, vini sauvé mouin dans misé mouin yé.*

28. En créole en el original: *Pitite mouin malade, m'allé caille hougan. Si ou bon hougan, vini sauver dans misé mouin yé.* Canción popular haitiana. (Nota en el original para traducir la canción del francés.)

lo sienten, prisioneros de la magia que forma parte del dolor, ese juego fantasmal sobre las paredes, el alcohol, las palabras misteriosas, el cansancio.

—*Huis ergo parce, Deus, Pie Jesu, Domine, Dona eis requiem. Amen.*

.....

Y todo ha terminado: una mujer despavorida grita interminablemente: los hombres se apuran, inclinados sobre una caja; antorchas de resina se alumbran, y hacia el cementerio de los campos con las tumbas humildes y bajas como mendigas arrodilladas, van en el viento y la noche, con un paso pesado y en silencio, Dorilas, Aurel y Dornéval.

III

Un hombre camina rápido en la noche: si hubiera luna, esa luna clara que blanquea con cal los cerros, que chorrea sobre los platanales, se desliza sobre los senderos como agua sobre lajas, si hubiera luna, una luna bella, podrías ver este hombre que anda tan rápido que parece saltar por encima de una fosa en cada zancada.

Pero el cielo está hecho a la imagen del mundo terroso, montañoso, solidificado y no es ese espejito de luna vítrea perdida en una grieta de nubes que te enseñaría lo que sea.

E ignorarías para siempre el nombre y el rostro del hombre, si no pasara justamente delante de la ventana de Placinette y no se detuviera frente a ella para llamar al interior.

—Grâce, es Aurel, soy yo, Aurel.

Porque es Aurel, el joven negro esbelto como una palmera que llama a la puerta de Placinette, y Grâce, su novia, viene a abrirle. Grâce, la hija de Placinette.

Y los dos están ahora frente a frente en la choza y se agarran de las manos, y no pueden hablarse.

Pero al fin, Aurel tendrá que decir que vino esta noche porque se encontró con la madre en el caserío y le dijo así.

—Buenos días, Placinette.

Y hablando y hablando, ella le explicó que pasaría la noche en el case-

río para arreglar unos asuntos mañana muy temprano. Y él, Aurel, le dijo: entonces, adiós; y se fue a su casa en seguida y después fue al entierro del hijo de Dornéval, y después.

—¿De quién?... Ah sí, ella oyó los gritos.

Pero no lo oye, lo mira, lo encuentra bello y sonrío.

Y él también encuentra bellos sus labios morado-caimito, sus dientes más resplandecientes que semillas de granada, y bellos, sus ojos profundos como una onda nocturna, y bella toda ella: el pañuelo blanco que ciñe sus cabellos, su vestido azul, sus sortijas.

La atrae hacia él: ay, ésta sí es una negra liviana, firme y lisa como una liana, y ella se le resbala de los brazos, y se ríe, burlona.

Pero él la retiene de nuevo contra sí, y la mantiene en sus brazos fuertes.

—Ay Grâce, Grâce, mi amor.

No la retiene más, pero ella no se puede ir, fundida toda en él, los ojos cerrados, y como si la llevaran lejos, sobre una ola que arrulla, con él, en sus brazos.

—Mira, yo soy un hombre serio: no te voy a causar vergüenza. Fui a Cerca-la-Source el martes pasado para ver a mi tío Saint-Fort. Dijo: Mi hijo, el matrimonio es una institución muy bella. ¡Pero mira, pues!

Y en efecto, tiene en la mano una carta y es la carta de petición de matrimonio, ella lo sabe, porque tiene encima flores rojas, un corazón con una flecha y alrededor de la hoja un encaje de papel²⁹.

—Le dije al tío Saint-Fort: dame la carta para enseñársela a ella solamente, para que vea que no estoy bromeando, después se la llevas a la madre.

Grâce no sabe leer y Aurel tampoco; lástima, las palabras de la carta eran muy bonitas:

A la señora Placinette Lejour.

Tenemos el honor de tomar la pluma para desearle los buenos días al

29. La carta de petición de matrimonio es una vieja costumbre campesina que contiene la confesión de amor del pretendiente, su compromiso de buena conducta hacia su futura compañera y la garantía de su familia de ser un hombre de bien. Está firmada no sólo por el pretendiente sino también por sus padres y sus padrinos. Debe estar escrita en un papel especial, calado, bordado con dibujos coloreados y sellada en un sobre del mismo color que el papel. Además, debe ser entregada a los padres de la joven por el hombre más anciano de la otra familia, cuidadosamente envuelta en un pañuelo de seda roja. La respuesta se hará con el mismo ceremonial, entonces será fijada la fecha del matrimonio.

igual que a su respetable familia, con el objeto, Señora, de acuerdo con nuestra humanidad cristiana y con la comprensión de la gente honesta cumpliendo con un deber de honestidad. Acudimos por delante de usted, con ternura, alegría, sabiduría, respeto y satisfacción pidiéndole la mano de su hija, la Señorita Grâce Lejour, que nuestro joven hijo llamado Aurel Aurélien ama tiernamente, cuyos pensamientos nos leyó queriendo crear una familia con la tuya, ya que este deber es la humilde confesión de las gentes civilizadas. Entonces, Señora, como sus gobernantes, somos sus testigos con valentía y le aseguramos que seremos responsables de lo que le ocurra y le aseguramos que nuestro hijo es un joven muy serio, dócil y lleno de respeto, obediente hacia los mayores así como hacia los pequeños, y pretendiendo satisfacer con honestidad, con fidelidad, nuestro deber, en virtud, Señora, de ese gran testimonio que le proponemos pidiéndole a la vez a Dios de protegerlos con el fin de que un día podamos testimoniar semejante satisfacción, reclamando la gloria, el respeto y la ciencia, la unión y la perseverancia. Esperando de usted una respuesta buena a fin de cumplir nuestra diligencia.

Y saludándola de una profunda y de una sublime amistad.

Fortuné Saint-Fort, su tío.

Bienaimé Pierre, su padrino.

Ahora hay un silencio vasto y bueno alrededor de ellos, un silencio en el que se está bien y al calor, como en una cama y ellos saben que nada podrá separarlos de ahora en adelante, que no tienen necesidad de decírselo, pues el silencio los une como una diadema.

O a lo mejor, sí, quisieran hablar, pero el silencio les pesa en el pecho y no pueden sino respirar profundamente, largamente.

Aurel le tomó la mano, y esto también, ah, que dulce es, sólo una angustia intolerable se le sube a la garganta, un miedo exquisito, una debilidad repentina, porque su mano es como una presa frágil en la de Aurel y la mano de Aurel le tiembla a su vez, él tan fuerte.

No fue ella la que se inclinó hacia él, tampoco fue él y sin embargo la mejilla de Aurel está contra la mejilla de Grâce, fresca como la noche, y están el uno contra el otro y sus labios se tocan.

Ella quisiera defenderse, gritar, pero sus brazos no tienen vigor sino

para abrazar a Aurel y su boca se funde en su boca, y sus senos palpitan bajo su mano, y sus puntas son duras como las bayas y es una delicia.

Baja en un abismo vertiginoso que se abre en ella, un río que extrae su fuente en su carne: no sabe adónde va, llevada en la noche de sus párpados sellados.

Está extendida en el suelo y su cuerpo quema; su desnudez descubierta es acariciada y su carne secreta dolorosamente penetrada.

IV

El pueblo tiene cara de tristeza empapada: desde hace una semana la lluvia cae sin parar. La tierra humea hasta el cielo bajo y negro; se diría un vapor que sube hacia la tapa levantada de una olla.

La tierra sedienta bebió hasta la saciedad y no puede más, se desbordó su contenido y un vómito de barro la cubre.

A los campos y los árboles los acostó inmóviles, la ráfaga.

El viento tiene garras de acero para arrancar las hojas y botarlas en remolino en los charcos donde croan las ranas.

Cada quien está encerrado en su casa bajo el techo de la choza que farfulla invariablemente la misma canción monótona y griposa.

Los hombres mascan el tubo de sus pipas. A veces se levantan y caminan de un lado al otro de la choza como bestias ansiosas.

—¿Y la cosecha?

Cuando abren la puerta, apenas tienen tiempo de percibir un pedazo de paisaje macilento empegostado en los hilos de la lluvia: un soplo violento los empuja al interior.

Pocos se arriesgan afuera en la borrasca.

Sin embargo, en ese momento, hay un hombre que llama a la choza de Placinette, y que grita su nombre a través de la puerta.

—Placinette, es Balletroy.

—¿Quién está allí?³⁰

—Balletroy, “jefe de sección”.

30. En créole en el original: *Qui mouné qui là?*

Placinette está muy vieja: está en la edad en la que los huesos se desmoronan bajo el peso de la vida, en la edad en la que la mirada, preocupada por un destino cercano, se fija continuamente sobre la tierra, impaciente.

Su rostro está rancio y amarillo; mira a Balletroy con el rabillo del ojo y de arriba abajo, con arrugas desconfiadas en las comisuras de sus labios callosos.

De su pañolón se escapan sus chicharrones³¹ grises como polvorientos.

—¿Qué hay Placinette?

—Bien, sí, gracias.

Están sentados el uno frente al otro. Los ojos de Placinette, a las sombras de sus cejas juntadas, filtran una luz inquieta.

Balletroy parece incomodado, le da vueltas y vueltas al sombrero mojado entre sus dedos.

La choza está cubierta de teja, la lluvia golpea sobre la teja con dedos de hierro.

—Placinette, vine por un asunto importante. Las cosas no andan bien por *allá*³², no...

Su pensamiento huye. Antes de venir, había machacado copiosamente lo que tenía que decir.

Sus frases se alineaban delante de él como objetos bien puestos sobre una mesa: tal, tal, tal cosa. Ahora las palabras se enmarañaban en su cerebro, revueltas, y ya no puede ordenarlas.

Placinette tiene una risita hiposa:

—Entonces, quieren que les preste dinero.

—No, no, no es eso.

Su voz se detiene, se enrolla y toma un impulso penoso.

—El hijo de Dornéval se murió

Y Balletroy sin mirarla:

—Bueno, es así: el toro de Dorilas se murió también, entonces tengo que hablar con franqueza. La cosecha se echó a perder, Placinette; después la sequía, la lluvia todo el santo día.

31. Chicharrones: cabello muy enroscado.

32. Allá: alude a un “más allá” vago y misterioso.

Los hombres están encerrados: no pueden trabajar, eso es malo que un hombre se quede con los brazos cruzados: su cabeza trabaja.

Y como tú eres como una extranjera, no estás nunca con los demás.

Están en la miseria, la cabeza les trabaja, entonces buscan-buscan un culpable. Tú los conoces Placinette, es un mundo ignorante, pero hay que tomar precauciones.

Se quedó sin aliento después de hablar. Se detiene para tragar aire:

—Te digo: tengo que hablar claro, tienes mala reputación.

Los ojos cerrados, las manos juntas sobre las rodillas, Placinette parece dormir.

—Hay hombres peligrosos. Dorilas tiene sangre caliente y se ciega cuando se pone bravo. Baptiste, ese es un cristiano malo, te odia por ese asunto de la tierra, pero tengo miedo de Dornéval, desde que su hijo está en el cementerio, no habla. Cuando tú le hablas, te dice sí, sí, como si no oyera.

—Ajá, ¿entonces la culpable soy yo?

Había saltado de su silla con una agilidad sorprendente.

Sus ojos resplandecían.

—Tú misma, dicen ellos, dijo Balletroy.

—¡Perros!, cochinadas, gritó.

De repente se sentó, acurrucada y temblando.

Balletroy, querido, no es verdad, no.

.....

—Ay, me están persiguiendo desde hace años. Dicen que soy una extranjera; ¿no me casé acaso con dos de los suyos? Es culpa de Dios, no es mi culpa si se murieron.

—Saben que tú conoces las hojas que curan; piensan: la que puede hacer el bien, puede hacer el mal; piensan: los demonios eran antes ángeles buenos.

Placinette soltó una risa estridente, que dejó toda su cara impasible, salvo las arrugas alrededor de su boca negra.

—Los imbéciles creen eso.

Su risa terminó con un cloclear frenético.

Se levantó de nuevo y correteó por el cuarto, extrañamente excitada.

—Y bueno, yo te digo Balletroy: Dios y el diablo son como el brazo y la mano.

—Mujer, no blasfemes.

—Eres tú, Balletroy, quien blasfema cuando hablas mal del diablo; pues de verdad, el diablo con Dios es una sola persona, como el pae, el hijo y el Espíritu Santo.

—Placinette, dijo Balletroy con voz baja, paz, la locura está en tu boca. Se detuvo delante de él, irónica y maluca.

—Te voy a hacer una pregunta, mi querido.

—Dí, murmuró Balletroy.

—Bueno, te voy a hacer una pregunta, Balletroy, tú eres un buen católico; tú no pasas jamás las Pascuas sin bajar a la ciudad para comulgar: tú tomas el cuerpo de Nuestro Señor; ¿eso te impide hacer tu comidita marassa?³³.

¡Jé, jé! Sin embargo, el padre blanco te dice: “el vodú es un pecado, el Dios del vodú es el diablo, si le sirves a Damballah, Legba o Erzili³⁴ el infierno te espera”. ¡Jé, jé!

La risa socarrona de Placinette tejía una angustia insoportable alrededor de Balletroy.

—No es la misma cosa, articuló con esfuerzo.

Tenía ganas de irse, se ahogaba entre las paredes estrechas y era insoportable esta Placinette que daba vueltas en la pieza como una araña.

—No respondiste, compadre.

Se levantó para irse.

—No respondiste, no, repitió Placinette duramente.

Se sentó de nuevo.

—¿Por qué estás apurado? Espera, la lluvia va a cesar, tal vez.

La lluvia no se va a parar.

¿Por qué dijo esa frase tonta? No sabía; había en él una confusión sin-

33. Ceremonia en la que se ofrece una comida en honor de los Marassa, los Gemelos sagrados del panteón vodú. (Nota en la edición original: comida ritual vodú.)

34. *Damballah* es el dios-serpiente de la mitología vodú, *Legba* es el Señor de los Caminos y *Erzili* es la diosa del amor. (Nota en la edición original: espíritus vodú. *Damballah* es el dios culebra.)

gular como si su lengua no obedeciera más a su pensamiento y a sus gestos y a su voluntad.

Placnette inscribía círculos en la pieza con pasos menudos y saltando. Al fin se detuvo delante de él, y él se extrañó de ver sus ojos tristes y llenos de lágrimas.

—Balletroy, hay muchas cosas, no se puede comprender. Veo que vienes como amigo, es por eso que te quiero contar..

Occéna Tithomme era mi papá. Era campesino de Plaisance, en la sección de Ravine Trompette, era un rico cultivador de café.

Yo, yo te digo, Balletroy, no había mucha gente como él.

A pesar de eso, nadie lo quería; lo respetaban pero evitaban su puerta a la caída de la noche.

Era también un hombre religioso y había imágenes de santos por todos lados en su casa.

Vivía tranquilamente hasta que el día.

—Ay Dios, Balletroy, hay misterios, sí.

—Hasta que el día en que eso le daba.

Una mañana lo ves levantarse y sus ojos están muy raros. Dice:

—Placnette, mi hija, ¿qué es lo que tengo? me duele la barriga.

Cada vez eran las mismas palabras. Y después se pone a llorar y no puedes consolarlo: ¿Te hago hervir un poquito de té de algodón-violeta?³⁵. Dice que no. “¿Y de jengibre?” Mueve la cabeza igual.

Se queda todo el día dando vueltas en la cama, quejándose y diciendo: “Ay, por qué me atormentan ustedes, por qué, por qué”.

Pero no es de ti de quien habla, no.

Si le presentas un rosario o un retrato de la Virgen, cae a tierra y grita como si lo asesinaran a machetazos.

Y así pasa todo el día.

Al día siguiente se levanta, con calma como si nada hubiera pasado. Sólo que sería todo el tiempo a escondidas, frotándose las manos. Y luego, habla, ha-

35. El té de algodón-violeta se prepara con las flores –de color violeta– de una planta de algodón salvaje que crece en los campos. Se le atribuyen propiedades terapéuticas, especialmente contra la locura.

bla un lenguaje que no puedes comprender, un lenguaje que te da frío, como cuando atraviesas una selva de noche.

Todo el vecindario sabe lo que pasa. Y ves venir, desde la bruma, un montón de gente.

Se encierra con cada uno de ellos y puedes oír:

—Tithomme, papá, tengo un vecino que fastidia.

—Bueno, ¿y entonces?

—Occéna, chico. Es un ruego, haz algo contra él.

—¡Jojojojo!

Tithomme está contento, dice:

—¡Toma, toma, agarra!

Y el hombre se va con una botella escondida en su chaqueta.

Viene otro y le habla a Occéna al oído y oyes a Occéna que se ríe y te da miedo.

Pero si alguno viene:

—Occéna, estoy enfermo, el frío me malogró la espalda. Dame algo.

Se enfurece y grita:

—¡Eh, tú no me conoces, eh, vete, rápido, cochino, burro!

Unos días después, te enterabas, fulano murió, zutano enferma y le preparan ya la urna.

Balletroy la miraba con ojos desorbitados, su boca se abría y se cerraba como si le faltara el aire.

Ella continuaba con los ojos perdidos:

—Un día, los soldados vinieron a prenderlo, era en tiempos del general Davilmar³⁶, lo amarraron contra un árbol, los fusiles contra su pecho...

Lloraba mucho: ¡Ah! no es mi culpa. Le dispararon tres veces.

Placinette se calló, pero todavía daba vueltas en redondo en el cuarto.

A Balletroy le parecía que sus pasos trenzaban una cuerda que se cerraba cada vez más alrededor de su garganta.

—Detente, mujer.

Ella vio su rostro helado y se estremeció.

—Balletroy, no, juro, yo no soy así, no.

36. Davilmar Théodore: presidente de Haití durante algunos meses, en 1915.

Él no respondió; sus manos temblaban violentamente.

—Balletroy, soy yo misma que jura, por San José y San Juan, yo no soy así, puedes creerme.

Sólo respondió:

“Que Dios te proteja”, y alcanzó la puerta.

—Bueno, dime, ¿Por qué viniste, como amigo, a hablarme, a prevenirme, a protegerme? ¿Por qué no me detestas como los demás, Balletroy?

Soltó el gancho de la puerta, caminó lentamente hacia su silla, la cabeza baja, y dejándose caer:

—Por Grâce, yo la quiero...³⁷

V

El cielo se lavó con agua grande, algunas nubes subsisten todavía, pero ahogadas en el azul como ropa lavada con añil.

Los barrancos agotaron su furia de agua fangosa y abren en los flancos de los cerros surcos blancos y nítidos.

Los campesinos no ven nada de esta pintura nueva sobre la faz de la tierra: la cosecha yace en el suelo, mezclada con el barro, perdida.

Deshojados y rotos los árboles extienden en la mañana soleada sus esqueletos dispersos por el viento.

Los campesinos tejieron cestos durante su reclusión, sacos de paja y sombreros; recortando la comida, llegarán hasta la estación nueva. La desgracia se transforma rápido en una costumbre resignada.

Y el hambre, la conocen, la puerca; no es la primera vez que se aprietan el cinturón contra la piel del estómago.

Pero algo más sutil pesa sobre el caserío, un terror extraño, una angustia que se confiesa cuando las madres protegen a sus hijitos en los pliegos de sus camisolas, que se precisa cuando los hombres, reuniéndose para conversar, permanecen de repente sin decir palabra, o tiran sus pipas lejos con rabia.

37. En créole en el original: *Pour Grâce, mouin r'aimain li...* (Nota en el original que traduce la expresión al francés: *Pour Grâce, je l'aime.*)

Josaphat, el hijo de Charité que está a punto de parir, ¿no vino corriendo sin aliento, a la choza de Désilus quien tamborileaba su cuero, para decirle que dejara eso porque inquietaba a su madre?

El caballo de Baptiste ¿no fue descubierto a media legua de su establo? Primero, se creyó que el torrente se lo había llevado, pero no tenía trazas de heridas sobre él, sólo su lengua pendía fuera de su hocico, verde y delgada como una hoja de malanga.

Solos, Balletroy y Aurel trataban de disipar, con palabras conciliadoras, esta atmósfera envenenada, pero uno desconfía de ellos y cuando vienen a una de esas conversas misteriosas que ocurren ahora varias veces al día, no encuentran sino figuras hostiles y taciturnas.

Hasta Désilus, el simple, complota. El viento tomó su casa por los cabellos y arrancó por mechones todo el techo de cañas.

¡Mírenlo ahora expuesto al frío húmedo de la noche! Y bien, todo eso: Horatius muerto, las bestias reventadas, la cosecha devastada, no es natural.

Sus reumatismos exasperan su mal humor.

—¿Désilus loco, Désilus inocente?

Está bien, pero él, él sabe que hay más sabiduría en los pelos de su barba que en las cabezas de ellos.

Se lo irá a decir.

Y Désilus fue, pero llegado al cobertizo de Baptiste, no se atrevió a hablar, tan encerrado en su timidez como una guarura en su concha. ¡Y cuál no fue su sorpresa! Baptiste que siempre lo despreció, ese campesino rico, ese gran *don*³⁸, lo toma por el brazo y lo introduce en el círculo...

—Désilus, compadre, toma una silla.

...¡Cónchale!³⁹ ¡quién hubiera creído semejante cosa!

Y Dorilas lo interpela con su voz que no sale de su boca, pero ruge en la enorme caverna de su pecho:

—Habla, Désilus, dinos, tú, lo que piensas del asunto.

—¿Cuál asunto? murmuró Désilus.

38. En español en el original. Don: gran propietario agrícola.

39. En el original: Tomate verte, literalmente “tomate verde”, expresión de asombro muy usada en el habla común.

—Ah, no seas animal, oyes, tú sabes qué asunto, esta miseria que nos cayó en la cabeza como una roca.

—¿Quieres hablar de tu toro negro?

—Y de mi caballo también, silbó Baptiste.

Désilus miró a Dornéval; él no decía nada.

Désilus se frota suavemente la mano contra el muslo, es así como reflexiona.

—Yo no soy un hombre con luces, no; pero hay cosas que conozco.

El otro día, Dorilas le dijo a Aurel: “Entonces tú crees que no hay viento, ya que no ves lo que mueve las hojas y las hierbas”.

Dicen que Dorilas es tonto, yo no lo creo...

—¿Quién dijo eso?, vociferó Dorilas.

Desilus se tragó a salivazos las palabras que estaban sobre sus labios.

Se calló apenado.

—Dejen hablar, intervino alguien.

—Entonces quería decir, desde que soy muchacho, pienso: hay cosas que el hombre no puede agarrar con su cabeza, como un pedazo de casa-be con la mano.

Yo no sé leer en los libros, pero he estudiado, sí.

Su voz tenía una seguridad extraordinaria.

—¿Vieron ya el viento, hé? Yo, yo he visto el viento, de verdad, lo he visto como los veo a ustedes.

Hace ya tiempo de eso: pasaba con mi sobrino Origène bajo el matapalo⁴⁰ que está cerca de la casa de Placnette. Había mucho viento esa noche. De repente, veo y digo:

—Sobrino, ¿qué ves tú allá arriba en las ramas?

Alza la cabeza:

—Nada, no, tío.

Le digo:

—Sobrino, ¿no ves una figura enorme con una boca abierta, con ojos de candela?

Se ríe:

40. En el texto *figuier maudit*, literalmente “higuera maldita”. Árbol correspondiente al matapalo, al higuérón o al copeu en otras partes de América.

—¿Tío Désilus, bebiste demasiado hoy? Son las estrellas que brillan. Pero yo, yo sabía lo que sabía. Muchas veces después, me encontré con el viento cara a cara.

—¿En el mismo lugar?, interrogó Baptiste.

—No, otro día, lo ví que pasaba sobre el agua, otro día, en la sabana, sobre los cujjes.

Bueno, para responderles, digo: si un toro está muerto, y un caballo también, y el hijo de Dornéval, la causa, es tal vez la enfermedad, pero puede ser también algo oculto, que no podemos saber.

Pero hay hougans, son negros fieros, ellos saben.

Los campesinos admiraban que Désilus, evidentemente loco, pudiera poseer una sabiduría tan grande.

—Que el rayo me parta, exclamó Dorilas, es más inteligente que nosotros. Lo oyes decir una cantidad de cosas sin pies ni cabeza y el consejo que te da es la pura verdad. Es como un hombre que toma un camino apartado; tú, tú vas en la dirección correcta, pero él llega antes que tú.

—Iremos a consultar a Cénove, es más que un hougan, más que un papáloi⁴¹, es un Papa.

—¿Cénove? protestó Baptiste. Ah no. ¿Te has vuelto loco? Placinette y él son compadre y comadre, ¡espalda y camisa!

—Entonces, habrá que ir hasta Mamaye. Allí vive Cyrus, no es un hombrecito tampoco, no.

Balletroy ignoraba lo que se tramaba; se daba cuenta claramente de que una inquietud creciente se apoderaba del caserío: al salir de ciertas reuniones o justo cuando llegaba él todos se callaban obstinadamente, había pensado a veces en ir al pueblo a prevenir a las autoridades, pero *basta*⁴², todo se arreglaría una vez que los hombres volvieron a los campos.

¿Y Aurel?

41. *Papá-loi* = *Papá loa*: término afectivo para dirigirse a los sacerdotes de la religión vodú destacados por su autoridad y por el conocimiento que tienen de los ritos. (Nota en la edición original: brujo.)

42. En español en el original.

Cada noche Grâce se reúne con él bajo la ceiba.
En la hora escogida, la estancia de sus amores se aísla en el silencio.
Nada la interrumpe; todo reposa: el viento está adormecido en las ramas y la culebra enrollada bajo las hojas muertas.
Su choza, es la morada oscuridad, su cama, la tierra olorosa.
¡Cómo la ama! Nada iguala su perfume de lavanda, de sudor y de ámbar, y qué bueno tenerla toda volcada contra él, la cesta de sus brazos ofreciendo los frutos tan dulces de su cuerpo.
¡Cómo lo ama! No hay cadena más tierna que la caricia de su mano para atarla a él, esclava de su deseo, dueña de su placer.
No se separan hasta tarde, cuando el fresco del alba cercana pasa sobre la tierra embotada y hace estremecer las hierbas:
—Adiós, Grâce.
—Entonces, adiós, Aurel.
Se separan si ninguna tristeza, con la certeza de que la noche siguiente les pertenecerá.

VI

Los hombres retornaron a los campos. Trabajan en la tarde ardiente.
Todo lo que les rodea está abrumado, adormecido. Del sol no se ve sino lo blanco del ojo en el cielo metálico.
El resplandor de las azadas hierde la mirada como una astilla.
Un niño sube corriendo el sendero rocoso; de lejos tu dirías una hormiga sobre una brizna de paja; es Chiquitte, el hijo de Chéri Lazare.
Va apurado; va corriendo hacia el conuco de su padre dándose golpes con los talones en el trasero.
El padre está aplanando su conuco de maíz: las largas hojas enredadas relucen en el suelo como machetes rotos.
—¡Papá, papá!
—Bueno, hijo, ¿qué pasa?
—Mamá me dijo que viniera corriendo a decirte que mi hermanito Pierrelien como que se va a morir.
—Qué, muchacho, ¿qué es lo que dices?

—Está acostado y vomita, vomita todo el tiempo, se va a morir, sí, papá.

—¿Altidor, Dumarce, Helvé, Myrtil?

—¿Hoo...?

—¿Dorilas, Baptiste, Dornéval?

—¿Señor?

Los llama a todos voltéandose hacia ellos, y todos enderezan sus espaldas curvadas sobre la tierra, dirigiéndose hacia él.

—¿Platide, Monfiston, Sylla?

—¿Hoo...?

Recogen rápidamente sus herramientas y se vienen dando zancadas.

Aquí están reunidos y se apretujan unos contra otros.

—Habla, dice Lazare a su hijo.

El niño despacha rápidamente su cuento.

—Mi hermanito Pierrelien, esta mañana no estaba enfermo, y ahorita, vomita mucho, mucho⁴³. Mamá dice que se va a morir.

—¿Ustedes están oyendo?

De estupor, la bamba de Dorilas colgaba como una caja abierta.

—Misericordia, suspiró Helvé, ¿por qué Dios está disgustado con nosotros los negros?

Dornéval no decía nada. Bruscamente, se separó del grupo y tomó el camino del caserío.

Todos le siguieron.

Luména, la mujer de Lazare, gritó:

—¡Socorro, ayuda, socorro, socorro!⁴⁴

Como si unos enemigos se encarnizaran contra ella.

El niño estaba acostado sobre una especie de pesebre, todo sucio de baba verdosa.

Las lágrimas cavaban cicatrices grises en sus mejillas.

Helvé, el protestante, lo miró y dijo con dolor:

—*Y uno tiene hijos cuyos ojos se consumen.*

Pero Dornéval se inclinó hacia el enfermo, descubrió su vientre madu-

43. En créole en el original: *Pile, en pil*, mucho, mucho.

44. En créole en el original: *A moué, mes amis, à moué, à moué.*

ro como uno de sus labios y —mientras que la mirada permanecía fija, sin luz— se le retorció la cara.

—Placinette, dijo simplemente.

—No, respondió una voz fuerte.

Y Balletroy penetró en el cuarto. Los midió con una cólera que los dominaba. Dornéval alzó la cara hacia él, pero parecía que no mirara, que sus ojos persiguieran a través del jefe de sección una imagen sobre el tabique.

—Están allí, continuó Balletroy, hablando como una vieja, chachareando por nada.

¿Qué es lo que pasa? Contesten. El hijo de Dornéval se murió y Pierrelien está enfermo. ¿Por qué se ponen a inventar? ¿Nunca han oído hablar de fiebres intestinales? Los niños comen cualquier cosa, mangos llenos de gusanos, carnes rancias, eso es todo.

Y además, ¿quién tiene derecho a quejarse? Dornéval y Lazare. Ustedes, ¿qué carajo andan haciendo aquí? Ah, ya sé lo que tienen: la avaricia les roe el corazón como un chancro; necesitan descubrir un responsable, porque la cosecha está mala, porque tú, Baptiste, perdiste tu caballo, tú, Dorilas, porque tu toro reventó.

Quisieron protestar.

No, tranquilos, cierren la jeta. Y después sálganse, despejen la atmósfera o los pongo presos en seguida.

Luména querida, no les hagas caso, Pierrelien se va a curar. No grites así: eso no es un remedio. Dale algo para aflojarle la panza y eso es todo.

Ustedes, fuera.

Obedecieron con la cabeza hundida en los hombros, como si soplara el viento. Solo Helvé se volteó y dijo gravemente:

—*Pero la felicidad no es pá el malo, y no prolongará más sus días, no más que la sombra, porque no tiene miedo delante de Dios.*

—Te digo: sal, Balletroy. No me calientes o te vuelvo sopa tu cabeza de hereje.

Sólo que, en el patio, el grupo se volvió a formar, y cuando Balletroy pasó, gruñeron sordamente como perros listos para morder.

—¡Cuidado!, amenazó. A la menor zoquetada, les zampo un coñazo.

Pero en la noche se produjo un acontecimiento extraordinario. Hom-

bres y mujeres estaban reunidos para el velorio cuando llegó Désilus; estaba borracho y se bamboleaba como velero en mal tiempo.

Se detuvo en todo el medio del cobertizo, se balanceó de izquierda a derecha, hipeó.

Se reían.

—¡Jája, gritó, ustedes se ríen! Entonces Désilus está loco.

—Sí, sí.

Y las risas prosiguieron aún más.

Pero ahora es Désilus el que se pone a reír y adentro de su boca está negro como un horno—se ve la llama de la lengua que se mueve toda roja— y no es una voz lo que sale de allí, sino otra cosa, otra cosa, les digo: es la verdad. Myrtil que estaba presente contaba después: “Cada sonido era un diablito que caía a tierra y corría y se te montaba encima”.

Todos se estremecieron y Choute, la mujer de Sylla, que se reía con todo su pecho enorme, se calló súbitamente.

Ahora, doblado, los brazos separados del cuerpo, Désilus daba vueltas en redondo apostrofándolos: “¡Hé, Hé, Hé!” Y cada vez se echaba hacia atrás como si una bala lo alcanzara.

—Désilus está loco, jája, pero mírenlo, pues, es sobre sus cabezas que está la locura; sí, una pequeña pulga que los pica desde hace quince días, desde que el hijo de Dornéval está en el cementerio, y se revuelcan y se atormentan y se rascan el alma hasta la sangre.

Los perforó con una mirada de aire victorioso.

—Y a pesar de todo. Désilus, él sabe, sólo él sabe porque es un negro conocedor⁴⁵, un negro que ve más lejos que el mismo Antoine Langommier⁴⁶.

¿Quién mató a Horatius Pierre Antoine? ¿La fiebre? Cómo no, cuerda de inútiles⁴⁷. ¿Quién le reventó el hígado⁴⁸ al toro de Dorilus? ¿La enfermedad? cuás, cuás, ¡negros tontos!

45. En créole en el original: *nègre-l'esprit*: el que conoce de cosas ocultas.

46. Antoine Langommier, legendario sacerdote del vodú que poseía el don de la clarividencia, grado más alto de la iniciación en esta religión.

47. En el original: *bande de nombrils*, lit. faja de ombligos. Se refiere a la faja hecha en tela con la que se recubre el ombligo de los recién nacidos. Esta faja se cae cuando el ombligo está seco y se bota, pues ya usada y sucia no sirve para nada.

48. En créole en el original: *Pété le fiel*: reventar el hígado.

Mandaron a Damoclés en casa del hougan, ¿Por qué? ¿Quién los aconsejó?, ¿quién, quién? Yo, Désilus Borome.

—¡Ajá!

¡Fue inútil!

Los miró de soslayo, la cara crispada por una alegría demencial:

—Les voy a decir, ya que...

En ese momento, Balletroy se abrió brutalmente una brecha en las faldas apretadas y se dirigió hacia Désilus.

—Si vuelves a abrir la jeta, vas preso.

Pero Dorilas, Myrtil, Sylla y Dornéval lo rodearon.

—Lo vas a dejar hablar.

—Que el rayo me parta, no le vas a impedir decir lo que tiene que decir. La mano de Dorilas temblaba sobre la manga de su cuchillo.

—Está bien, masculló Balletroy.

Había que prevenir a Placnette en seguida. Atravesando el muro de cuerpos, alcanzó la salida y se puso a correr a campo traviesa.

Désilus permaneció un instante atontado. Dorilas lo sacudió por los hombros.

—Continúa ahora.

Con un dedo sobre los labios, como si fuera a hacer una confidencia, Désilus comenzó de nuevo:

—Placnette, ah, la mujer terrible, ¡ho, ho, hoo!, oigan bien, amigos, pero denme un trago primero.

Le trajeron un pocillo de tafía que acabó de un trago.

—La sangre de Désilus está fría⁴⁹, le hace falta una buena bebida para refrescarla. Désilus está viejo, es por eso que conoce más cosas que ustedes.

Dorilas, la fuerza del hombre no está en sus músculos, no, Baptiste, compadre, la malicia no es nada tampoco, sólo te da una cabeza plana de perro flacucho.

¡Si no es verdad, díganle a Désilus, cuyos brazos son débiles y la cabeza sin malicia, de donde les vienen las desgracias a ustedes!

49. En créole en el original: *frète*, “frío, fría”.

Bueno, les hablaba de Placinette. Un palo de mujer, ah, eso sí, una negra que te puede hacer ver azul cuando es rojo, que te puede enrollar en los pliegues de sus mentiras como un niño en unas sábanas.

¿Placinette? Ah, pídanle a Dios la gracia de no tener jamás problemas con ella.

Entonces, ¿ustedes pasaron a menudo delante de su casa y no se dieron cuenta de nada?

¿No vieron el camino que pasa delante de su puerta?

El camino no tiene ni comienzo ni fin. Sí, como les digo. Va del pie de la ceiba a la pendiente de hierba de Guinea. ¿Y no se dieron cuenta de la forma que tiene? No va derecho, no. Corre como una culebra.

Echó una mirada miedosa detrás de él.

—Entonces en la noche, ¡zape! ¿Tú crees que sigue siendo un camino? Ah, no, de ningún modo. ¿Nunca han oído decir que se puede amarrar un espíritu, encadenarlo?: sólo hay que recitar las palabras debidas. Y bueno, la noche, oigan, sí, el camino, es una culebra y espera que un niño llegue y, crapp, te lo ahoga, o un caballo viene a tomar del agua de la charca y, crapp, crapp, te lo ahorca.

¡Ho Damballah⁵⁰, Damballah ho!

¿Por qué pronunció esas palabras?

Y con qué voz extraordinariamente aguda: te hacía daño hasta en los huesos.

—Myrtil me contaba —es otra historia, pero no importa— que se encontraba, una vez, en Léogane. Allí vivía una mujer llamada Julia: todo el mundo decía que era una chupa sangre⁵¹. Un buen día Julia muere y se la llevan

50. Damballah: dios serpiente de la mitología vodú. Cuando se manifiesta el poseso no habla, silba como una serpiente y se arrastra en el suelo.

51. En el original: *Loup-garou*: término con que se designa a los hombres y mujeres iniciados en las sociedades secretas del vodú. Estas sociedades formadas por brujos terribles cuyas numerosas fechorías y atentados contra las personas y sus propiedades repugnan y atemorizan a los campesinos, funcionan generalmente durante la noche. Se les acusa de antropofagia y de tener el poder de revestir la forma de un animal cualquiera. Cuando se refiere a una mujer, el término *loup-garou* alude casi exclusivamente a una mujer-vampiro que chupa la sangre de los niños pequeños. El poder oculto que le permite viajar por los aires y posarse en la noche sobre los techos de las casas buscando su presa humana es, a menudo, la consecuencia de una tara hereditaria que se transmite de madre a hija. Hemos traducido por “chupa-sangre” al *loup-garou* femenino, esto es, a la mujer vampiro.

al cementerio. Atraviesan la ciudad con el cuerpo. En el momento en que la urna llega a la carretera, una mujer se pone a correr dando gritos, y fue como si un gran viento pasara sobre la gente, todas las mujeres caían a tierra forcejeando: –se diría que fueran gallinas que uno acaba de sangrar– y los niños huían a toda carrera llorando, sin saber por qué.

Entonces vean lo que pasó esa noche.

Vimos a Choute avanzar hacia Désilus. Los ojos cerrados y tiesa como una estaca.

—Damballah, Damballah, dijo ella bajito. ¡Oh Damballah, papá!

Lanzó sus dos brazos en cruz con un movimiento brusco; temblaba como una hoja y sus labios estaban agitados de un tartamudeo mudo.

Permaneció así algunos segundos, después murmuró:

—¡Damballah, Damballah!

Con un tono suplicante, torturado.

Y de repente con una fuerza que la proyectó hacia lo alto, como si su voz le arrancara la garganta del cuerpo, con un impulso irresistible que la giró sobre ella misma, sin que sus piernas se movieran de modo que, por el cielo que no miento, de modo que su busto se torció como un trozo de culebra, gritó:

—¡Damballah-aah!

O mejor no, en verdad no gritó ese nombre, pero su boca lo dibujó⁵² tan visiblemente que todos lo oyeron, y temblaron, y sintieron un miedo glacial deslizarse en sus espaldas, pues la boca de Choute se volvió delgada y puntiaguda –una vez más, pongo a Dios por testigo, no hay falsedad en mis palabras– sí, delgada y puntiaguda como la jeta de una culebra, y se abría y se cerraba y ningún sonido salía de ella, así como sucedió cuando el Señor Dios maldijo el Reptil en el Paraíso terrestre.

La miraron en un silencio lleno de terror, sin osar enfrentar al dios que la poseía.

Durante ese tiempo, Balletroy alcanzó la ceiba y saltó con los pies juntos sobre el sendero, cuando una voz lo interpeló en la oscuridad:

52. El narrador pone la palabra “dibujó” en cursivas para aludir al Vèvè, dibujo ritual del dios que el hougan o sacerdote vodú traza en el piso para convidar la presencia del mismo. También, durante la posesión, la boca del poseso del dios-serpiente Damballah adopta la forma de la mandíbula de una serpiente.

—¿Quién anda allí?

—Balletroy.

—¡Ah qué tal! ¡Es Aurel!

Un ruido de hojas ajadas, una huida rápida en la hierba.

—Algún animal debió romper su cuerda, notó Balletroy, sondeando la noche. Con tal de que no sea mi yegua baya, esa es su costumbre, no se puede quedar quieta.

Aurel estalló en risa:

—No creo que sea tu becerra.

—¿Y por qué no? ¿Qué sabes tú? Pero dime, qué haces tú aquí a semejante hora? Con tus aires de santico, eres un redomado vagabundo. Ah, te entiendo: las muchachas de hoy en día son calientes como el carey. Y apenas se les ponen sus teticas redondas, tienen un novio. ¡Por lo menos van más rápido que las tortugas!

Satisfecho de su salida, Balletroy golpeó el hombro de Aurel con una mano alegre. Y Aurel le devolvió amigablemente el golpe.

Se quedaron así, medio enlazados y sonrientes.

—Bueno, pidió Balletroy, ¿me dices su nombre?⁵³

Aurel se balanceaba en su abrazo, como un pollo amarrado y no podía decidirse.

—Balletroy, es un secreto, sí; pero tú eres un amigo.

—Tú conoces a Grâce, la hija de Placnette: chico, ya para el mes que viene, me caso con ella.

—Ahorita estábamos juntos, creíste que era tu yegua. Ja, ja, es por eso que me reía.

La mano de Balletroy se puso tan pesada como un mazo sobre el hombro de Aurel y respiró como un soplete de herrero.

—Ajá, ¿qué opinas?, dice Aurel.

—Yo, este, este, nada. Grâce, la conozco. Es una bella muchacha.

Le da golpecitos al hombro de Aurel y se ríe con una risa extraña.

—Chico, esa muchacha es pimienta, cuando la ves, la boca se te hace agua, pimienta, te digo.

53. En créole en el original: *Dis-m'nom à li*.

La mano se apartó del hombro de Aurel:

—¿Para dónde vas tú?

—¿Y tú?

—Yo me voy. Adiós, te dejo.

Hizo un gesto con la mano y dijo otra vez: ¡Adiós!, pero Aurel lo volvió a llamar.

—Balletroy, compadre, te pido un favor.

Le volvió a poner la mano en el hombro con una ternura ruda.

—Balletroy, ¿quieres ser mi padrino de matrimonio?

—Aurel, respondió Balletroy gravemente: no, yo no puedo.

—¿Y por qué? Ah no, no hagas eso. Le dije a Grâce, estaba contenta.

Decía: “hiciste bien: Balletroy es un hombre de edad, un hombre importante, un buen tío”.

Balletroy emitió una risa corta y sacudida.

—¿Grâce dijo eso? Ah, la negrita, ¡qué gentil!

—¿Aceptas?

—Bueno, claro. Te doy las gracias. Adiós.

Y de un salto se hundió en la oscuridad. Todo volvió al orden en casa de Lazare: la velada seguía su curso; eran siempre las mismas lamentaciones entrecortadas de risas y de largos tragos de tafia. Désilus roncaba en una esquina. Se habían llevado a Choute a su casa.

Pero cuando Balletroy hizo irrupción bajo el cobertizo, todos los hombres estaban reunidos alrededor de una mesa y escuchaban a Dorilas cuyos brazos gigantescos apoyaban las palabras con gestos vehementes en el aire, como si golpeará a un enemigo.

Se voltearon hacia él y se sorprendieron de su máscara ávida y cruel.

Se sorprendieron aún más cuando, dejando caer su mano sobre la mesa sonora, les dijo con una voz rauca:

—Hay que acabar con esa perra de Placnette. Mañana vamos a arreglarle las cuentas a esa chupa-sangre.

Y todos volvieron la cabeza en silencio, pues la mirada de Balletroy los quemaba como un hierro al rojo.

VII

Dorilas dijo:

—Vámonos de una vez; le sacaremos los maleficios del cuerpo a bastonazos.

Se apoyaba con los dos puños sobre la mesa y la mesa gemía como un hombre que dobla las rodillas bajo un fardo demasiado pesado.

Helvé dijo:

—*Y morirás como los que caen traspasados por los golpes.*

Baptiste dijo:

—Es peligroso, esperemos la noche: si el Juez de paz y los policías vienen, se meterán en problemas; la noche no tiene ojos, no tiene oídos.

Pero Myrtil protestó:

—¿La noche? ¡Ah, no!, la noche es todavía más peligrosa que el día, el Juez de paz y los policías.

—Tienes miedo, Myrtil, dijo Balletroy mordiendo los labios. Arrugas de preocupación cavaban su frente.

—Claro, no podemos ir a su casa así, sin excusa. Desde hace meses no puso los pies aquí.

Dornéval no decía nada. Dorilas iba y venía maldiciendo. Balletroy reflexionaba.

Al fin, Baptiste insinuó con rabia:

—No hay nada que hacer. Nos decidiremos cuando Placnette sea suficientemente atrevida para venir a provocarnos.

—¿A provocarnos, a nosotros, hasta aquí? Baptiste, compadre: no digas tonterías.

Pero Balletroy se había levantado, el rostro distendido y casi alegre.

—¿Ah no? ¿No es posible que ella, Placnette?

El mismo Dios no lo permitiría.

Todos aprobaron con gran refuerzo de gestos y de maldiciones:

—¡Que la Virgen me reviente los ojos!

—¡Carajo!

¿Provocarnos Placnette? ¡Ah, la puerca!

Ninguno de los campesinos del mundo hubiera creído que el Adversario, que el Enemigo, entraría por las puertas de Jerusalem.

—¡Helvé!, dijo Balletroy con impaciencia, siempre estás dispuesto a decir tonterías.

E imperiosamente:

—Esperen aquí. Quédense aquí. Voy a arreglar el asunto.

—¿Pero para dónde vas corriendo?

Respondió con una risa que los desconcertó:

—¡No les interesa!

Todos los hombres del pueblo estaban allí, salvo Sylla que bajó al pueblo y que estaría pronto de vuelta; Désilus que tenía resaca⁵⁴ y Aurel que había llevado su vaca al corro, allá en lo alto del cerro.

Y mientras que se calentaban en la discusión y con el tafía, Balletroy, para no ser visto, tomaba un atajo a través de las breñas y llegaba a la casa de Placnette. La encontró remendando un vestido viejo, ajado como ella, con largas arrugas: esos rotos, una cosa muerta entre sus dedos flacos con uñas moradas de cadáver.

Se parecía cada vez más a una araña, tejiendo su trampa minuciosamente.

—Sigue halando tus hilos, pensaba Balletroy, no seré yo la mosca que vas a atrapar.

—Placnette, vengo a decirte que estás en peligro. Yo te había prevenido: esa gente está contra ti. Qué fue lo que no oyeron mis oídos: ¡te llaman chupa-sangre! Están furiosos, ah, Placnette, furiosos, sí, hay gente mala entre ellos.

Placnette alzó hacia él una mirada opaca detrás de la que se escondía su pensamiento como un animal en acecho.

—¿Y qué es lo que quieren?

—¿Qué es lo que quieren? bueno, por el momento, hablan mucho, pero no se puede saber lo que saldrá de ese palabrerío. En todo caso.

—Balletroy, déjame decirte: tú no conoces tu deber. ¿Por qué no arrestaste a esos bandidos; por qué no hiciste tu informe a las autoridades del pueblo?

54. En créole en el original: *mal macaque* equivale a resaca, ratón. (Nota en el original que traduce la expresión al francés: “avoir mal aux cheveux” que se traduce a su vez como: tener dolor de cabeza por haber bebido demasiado.)

—¿Arrestar? Pero no hacen sino hablar, hablar, hablar. Las palabras no son armas, jamás han matado a nadie. Es sólo una amenaza. En cuanto a las autoridades, yo las vi y el teniente también, el teniente Gros-Claude. Dijo así: “Llámenme al Juez de paz y cuando vino el Juez de paz, conversaron largo al oído. Por fin, me dijo: “Si todo ese zaperoco no termina pasado mañana miércoles, cuando vengas a hacer tu informe, hago arrestar a toda esa cuerda de envenenadores⁵⁵, todos esos brujos, esos coños conspiradores⁵⁶ y makandal⁵⁷, comenzando por Placinette. Tengo malos informes de ella”. Sí, así fue como dijo.

La labor cayó de las manos de Placinette, y sus ojos ya no disimulaban su angustia.

Dijo débilmente:

—¿Arrestarme a mí? Pero ¿qué fue lo que hice Balletroy, qué es lo que he hecho?

—Ah, nada, estoy seguro, pero el lugarteniente es un hombre brutal. Tu lo conoces, bebe mucho⁵⁸, y después no es un hombre del lugar, no nos quiere. Además, hay un medio, Placinette, si quieres, arreglamos eso.

—Te ruego, Balletroy, dijo ella suplicante, te lo ruego haz eso por mí⁵⁹.

Balletroy disfrutó un rato de su triunfo; saboreaba su venganza por venir como se humea un plato.

55. En el original: *Ouagateur*: Brujo (bokô) que fabrica los “ouanga”, sustancia u objeto cargado, luego de una operación mágica, para actuar nocivamente contra una persona o un grupo de personas. En Haití el “ouanga”, llamado también “veneno” es el arma mágica por excelencia. Su historia se remonta a la época colonial, cuando los blancos obsesionados por el miedo a los negros tomaron al pie de la letra las interpretaciones mágicas de estos sobre la enfermedad y la muerte. No olvidemos tampoco que el envenenamiento (de las aguas, de los animales, de los alimentos y de los blancos mismos) fue un arma real de los esclavos.

56. En créole en el original: *capalatas*.

57. Alzados: Makandal, precursor de la independencia haitiana, tenía como proyecto expulsar a todos los blancos de Saint-Domingue y constituir un reino de negros independientes. Su arma favorita era el veneno. Había huído de la plantación en la que trabajaba como esclavo y dirigía un grupo de esclavos cimarrones. En el año 1757 los esclavos rebeldes, guiados por Makandal quemaron las plantaciones y envenenaron las aguas... Condenado a la hoguera, el nombre de Makandal se conserva en la memoria colectiva más como sinónimo de “veneno” y “envenenador” que como el de un precursor de la independencia haitiana... Estas cosas ocurren cuando se oculta la Historia.

58. En créole en el original: *Li boué en pile*.

59. En créole en el original: *t'en prie, fais ça pou'moué*.

—Bueno, mira lo que tienes que hacer. Esa gente te acusa, ¿por qué, porque tú no vas jamás a verlos, vives como si no fueras uno de sus semejantes.

Es lo que el mismo Dornéval me decía esta mañana. Decía así:

“Si ella viniera, uno la oiría, uno vería que no es una mujer mala, que es una mujer como las otras”. Y Dorilas decía: sí, sí; y Helvé decía: sí, sí; y Chéri Lazare decía: “sabes, Balletroy, es una mujer que sabe curar las enfermedades, ella podría curar a Pierrelien”.

Ves, Placinette, es fácil, el pueblo está a diez minutos a caballo. Yo podría ir a anunciar que todo terminó, que todo va bien, que era sólo un asunto, y que está arreglado y que no hay lugar para procurar, como dice Johannès, al Juez de paz.

—¿Tu crees, Balletroy?

—Eh, pero por eso vine. Dorilas, Dornéval, Baptiste, todos te esperan. Es, por decirlo de algún modo, una comisión que me dieron para ti.

Solamente, te prevengo una última vez: si no quieres hacer como te explico, no soy responsable de lo que te pueda pasar.

Placinette recogió el vestido, se volvió a sentar y tomó su aguja, pero al cabo de un momento se puso a cojear por la pieza.

—Entonces, adiós, dijo Balletroy.

—Espera, pues, compadre.

—¿Y para qué? ¡Allá tú!

Le tomó la mano:

—Iré, Balletroy, querido, pero ¿tú estarás allí?

—Claro, ¡cómo no! Iré después al pueblo, cuando todo haya acabado, cuando todo esté arreglado. Gracias, Placinette, oíste mis consejos, hiciste bien.

VIII

Lazare puso la damajuana en el suelo.

—¿Y entonces, Balletroy?

El jefe de sección se limpió el rostro. Había corrido.

—Un poquito de clerén, estoy sudando.

Lo interrogaron con los ojos, ya no osaban pronunciar el nombre de

Placinette. Ellos mismos no sabían por qué.

—¿Y entonces, Balletroy?

Se balanceaba lentamente, examinándolos con el rabillo del ojo; su mirada entre los párpados entrecerrados lanzaba un delgado resplandor de estilete.

—¿Y por qué te ríes?, preguntó Dorilas con tono altanero.

—Yo, yo no me río, pero estoy contento. Vamos a agarrar a Placinette como un pescado en una red.

—¿Y cómo?

—Eres impaciente, sí, compadre Dorilas. No por mucho madrugar amanece más temprano⁶⁰. Despacito, despacito, o sin eso: *adió*⁶¹. No digo más nada.

Ya estás borracho, eso no es bueno para ti, tienes la sangre demasiado caliente.

(Malo para ti, pero bueno para Placinette, se dijo riéndose socarronamente en su interior).

En fin, miren lo que tienen que hacer. Se van a quedar aquí muy tranquilos. Verán lo que van a ver.

Se levantó:

—Hasta luego, voy a la choza. Ustedes, quédense aquí, todos: si no, la combinación se echó a perder.

—Pero Balletroy.

—No, te digo. Yo soy el que sabe. Quédense aquí. ¡Siéntense!⁶²

Cuando se alejó, Altidor dijo:

—No le tengo confianza a Balletroy en nada, en nada. Se llevaba demasiado bien con Placinette. En cuanto a mí, yo creo que nos quiere reventar. Es un negro tramposo, sí.

Y Helvé agregó con gran energía:

—Entonces caerá con los malos.

Baptista mordisqueaba su puño como un perro roe un hueso.

—Yo tampoco le tengo confianza a Balletroy. Es un hombre con dos

60. En créole en el original: *Trop pressé pas fait jou'l'ouvri*.

61. En español en el original: sin *s* final, como corresponde al habla caribeña.

62. En créole en el original: *Restez 'icitte. Chita!*

caras. Con él, sí es no y no es sí. Y además, ¿viste como nos trata? Parece un papá con sus niñitos: Haz esto, no hagas esto. Quédense aquí. Jojó, pero ¿qué es lo que cree, pues?

Y recuerden cómo defendía a Placinette, quería ponernos preso, ¿se acuerdan?

A nosotros Dorilas no nos decía nada, pero la furia lo ahogaba. Sus ojos le brillaban en la cara como chispas en un montón de carbón.

Al fin, se levantó como un bloque y vociferó:

—Y pensar, coño, que esa cochina está aquí cerquita, cerquita de aquí.

Dio algunos pasos fuera del corbetizo y tendió el brazo hacia la choza de Placinette.

Pero, ¿qué fue, pues, lo que le pasó? Los otros miraban estupefactos. Dorilas plantado delante de ellos, el brazo levantado, la boca abierta, como atontado.

—¿Qué es lo que pasa, Dorilas?

Se dio vuelta y gritó como un loco.

—Placinette, aquí está, ¡viene para acá!

—Qué, no puede ser ¿Placinette? No es verdad. —Es demasiado.

Todos hablaban a la vez, ni siquiera se levantaban, aplastados por la increíble noticia.

Sólo Dornéval brincó hasta Dorilas, su enorme bastón en la mano.

Entonces, ellos también se precipitaron fuera del cobertizo y, en efecto, era verdad que Placinette subía penosamente el cerro, con pasitos de insecto, toda vestida de negro, salvo un pañolón blanco alrededor de la cabeza.

Las mujeres acudieron y Luména, la mujer de Lazare, señalándola con un dedo tembloroso, dijo como perdida:

—Viene a ver si Pierrelien se murió, es una chupa-sangre, viene a comerse a Pierrelien.

Dornéval saltó hacia la pendiente: todo el caserío, hombres, niños, mujeres, corrieron como una tromba hacia la loma.

Placinette se detuvo, sorprendida. Las piedras comenzaron a llover a su alrededor, y oía claramente los gritos y las maldiciones que salían de ese torrente humano como una espuma mortal. Huyó.

Cuando el primer proyectil la golpeó en la espalda, emitió un gemido sordo, pero siguió corriendo.

Vaciló. Una piedra silbó en su oído; la vio caer una veintena de metros delante de ella. Supo que no iría más lejos y que la muerte había puesto allí un límite a su vida.

Dio la cara, una saliva blancuzca ensuciaba sus labios, el corazón le latía contra las costillas como un pájaro entre los barrotes de una jaula.

Estaban cerca, reconoció a Baptiste y a Dornéval a la cabeza de una masa sombría erizada de bastones y de machetes.

Entonces gritó con una voz increíble:

—*¡Vodoudobo!*

Se detuvieron, completamente cortado el impulso. Chocaban con esta maldición como contra una roca.

Pero cuando ella se puso otra vez a huir, la persecución volvió. Sentía detrás de ella sus respiraciones jadeantes, sus rugidos de perros de caza. Ya sus ojos completamente abiertos no veían sino una noche cebrada de relámpagos, deslumbrante de estrellas. Tropezó, osciló un segundo, se cayó. Una ola aullante se estrelló contra ella, los bastones se abatieron, no tuvo ni una queja, pero sus huesos crujían bajo los golpes como madera seca. No dejaron de golpear hasta que no fue sino un saquito blando de barro sangrante.

Dornéval no había tocado siquiera a Placinette. Todo el tiempo que había durado la siniestra tarea, se mantuvo apartado, silencioso, con una expresión espantosa en la cara.

Pero cuando todo acabó, ordenó:

—*¡A Grâce, ahora!*

Y se puso a la cabeza de la jauría.

.....

Aurel había visto todo desde lo alto del cerro. Amarró su vaca a un tronco y se lanzó a través de las rocas y de las breñas al caserío; la angustia lo empujaba hacia adelante a puños en la nuca.

A esta hora ya habían acabado con Placinette, pero Grâce, Grâce, había que salvar a Grâce.

Un rumor confuso subía del valle. En un claro del cerro, divisó todavía a Placinette y, detrás, una masa negra que rodaba hacia ella como un derrumbe.

Iba rápido, pero le parecía que no avanzaba en nada, que estaba atrapado en la viscosidad de un sueño.

Nadie en el caserío, salvo un bebé desnudo, abandonado delante de una choza y que chillaba.

Aurel penetró como un bólido en casa del jefe de sección.

—¿Balletroy?

Balletroy bruñía tranquilamente sus espuelas.

—Balletroy, asesinaron a Pla-ci-net-te...

Las palabras salieron dolorosamente de su pecho, cortadas al ras de los labios por un soplo jadeante.

—¿Cómo, ya?

Abrió la puerta:

—¡V o d o u d o h o!

La maldición de la vieja resonó hasta ellos.

—Todavía no, viste, dijo con calma y entró en la pieza.

—Pero qué quiere decir esto, Balletroy, ¡compadre Balletroy! ¿Tú no entiendes, estás loco? Van a matar a Grâce, entiendes, a Grâce; hay que prevenir a la gendarmería.

—¿Quién? ¿Yo?

—Claro, ¡tú mismo!

—Bueno, digo: ¡no!

Aurel recuperó de inmediato su sangre fría.

—Balletroy, explícame.

El jefe de sección lo miró derecho a la cara, y sin despegar los labios:

—En cuanto a casarte con Grâce, estás loco, si crees eso.

—Ah, es por eso, ¿tú también la quieres?

—Sí, respondió Balletroy con una placidez terrible.

Y su mano buscaba su machete. Pero el bastón de Aurel lo alcanzó de un vuelo en el cráneo, y se desplomó.

No hay tiempo que perder. El caballo de Balletroy está en el patio, sin ensillar. ¡No importa! Una cuerda basta.

Empujó el caballo a talonazos en el valle.

La casa de PlacINETTE está tranquila como de costumbre.

—¿Grâce, Grâce?

La montará en la grupa y camino al pueblo.

—¿Grâce, ho Grâce?

Nadie responde.

—¿Grâce?... Carajo, coño de la madre de Dios.

Pero si ella no oye, es que está lejos. ¿Cómo enfrentar, detener esa ola furiosa? Lo sumergiría. En diez minutos se puede hacer el camino hasta el pueblo, ida y vuelta. Tendrá tiempo. Y volvió atrás.

Grâce no estaba lejos: fue a recoger leña. Un ruido confuso le llegó pero no prestó atención. Regresaba en el momento en que Aurel ganaba el camino hacia el pueblo.

Fue Baptiste el que la percibió;

—Altidor, toma por este lado, tú, Helvé por la izquierda. ¡Dornéval, Dorilas, derecho!

Cayeron sobre ella, el grueso del tropel, en medio, lanzaba sus tentáculos a derecha y a izquierda.

Se metió en el bosquecillo. Las ramas, las zarzas, las espinas bloqueaban su huida. La jauría se enredaba en la maleza y ella ganaba terreno. Si alcanzara la sabana estaría salvada. Esta misma mañana, había atado allí un caballo. Se volteó varias veces para percibir a través del follaje su hocico sudoroso, sus fauces abiertas.

Como el bosque se aclaraba, se acercaban rápido y ella oía cerca, detrás de ella, el ruido de las ramas quebradas y el pisoteo sordo.

No podía más, la tierra se hundía bajo sus pasos, pero una angustia horrorosa se la llevaba con los árboles girando hacia ese hueco azul enrejado de ramas, hacia la sabana...

Ellos vigilan su presa. En un momento, ya al alcance de sus brazos, la agarran ya, cuando Dorilas tropieza con un tronco, se cae, los arrastra en su caída, cortando el camino al impulso que traía.

Grâce desapareció, o mejor no, aquí está, pasa volando por la sabana, derecho hacia el caballo, y ellos se quedan allí, atontados de rabia impotente.

Pero, ¿por qué se detiene para volver sobre sus pasos, darle la espalda a la salvación, por qué de repente lanza ese alarido extraviado?

Se precipitan.

Altidor y Helvé llegan con sus bandas, cortando toda retirada y cerrando sus tenazas asesinas.

Grâce flaquea de un lado a otro, ebria de terror, como un animal enloquecido.

Implora.

Grita con las manos juntas:

—¡Piedá, piedá, no me hagan daño!

Su frente sangra, pues se han dispuesto a su alrededor, lanzándole piedras, invectivas.

Busca un camino por donde escapar: Mi Dios, San José, Virgen Santa; busca su camino como una ciega, las manos tendidas, tanteando el vacío.

Pero un muro de piedras la empuja y cae sobre sus rodillas.

—Aurel, Aurel.

Una piedra le rompe los dientes: Baptiste apuntó bien.

—Socorro, Aurel, socorro.

Una piedra la golpea en mitad del estómago, fue Dorilas el que la golpeó. En la espalda, sin un gemido. Dorilas es muy fuerte, sí.

Se echan sobre ella.

Pero una voz terrible resuena:

—Quédense quietos.

Dornéval los miró de hito en hito, extrañamente amenazador, el machete al aire.

Aterrados, no se mueven; ¿está loco Dornéval?

Dornéval ríe; de repente una risa espantosa lo sacude.

De una vez, se voltea hacia Grâce. Su boca se cierra como una trampa sobre su risa.

—(Ho, pero Dornéval está loco.)

Rodea en silencio a la joven, con pasos lentos, como si escogiera su puesto.

Todas las mujeres gritaron: Dornéval levantó su machete, el busto ligeramente girado sobre el costado como los leñadores, los dientes apretados;

Se oyó claramente su ¡zuás!

El resplandor se abatió silbando, la cabeza despegada rueda un poco sobre la hierba.

Todos huyen, salvo Balletroy que mira, con los ojos vacíos, su machete, el cadáver, el cadáver, el machete.

.....
.....

Por el camino del caserío, la gendarmería conducida por Aurel acude como el viento.

POESÍA

CIEN METROS

A mi excelente camarada Silvio Cator, campeón

Cuatro. Agrupados como
fieras. Cuatro hombres.
Las energías tendidas como cuerdas
se sienten fluídicas, chocan con fuerza
de embrocación,
nerviosamente se estrujan.
Angustia. Angustia
de la espera. Invocación:
Starter. Oh Starter dispara,
libera
¿Listos?
Brazos, hélices bruscamente
en marcha por el disparo
dando vueltas locamente
en cuartos de círculo. Veinte metros.
Todos de frente. Bienestar;
voluptuosidad del viento
entre los dientes.
Cincuenta metros: dos abandonan
cortan el aire. Leñadores
de la fatiga que clava
los músculos al suelo.
Desesperación.
Los otros dos, de frente.
Ochenta metros. Uno piensa
“¿Llegaré o no llegaré?”
Sufrimiento.
Sufrimiento del martillo
contra el yunque de mi sien.
Sufrimiento del hoyo negro

entre la miseria de mis piernas
y la llegada. Quiero:
Llego... No...
Quiero. Llego”.
El otro: “¡Ah! Mi cuerpo cansado
¡Ah! Mis pulmones
carburadores dolorosos
de mi pecho en llamas”.
Último esfuerzo del cuerpo lanzado
contra la línea. Rictus de Prometeo
liberado. Tromba.
Al fin.
(Diario del día siguiente:
Fulano ganó por un palmo.)
La hierba es una verde y fresca tumba.

NEGRO

Amiga mía, siéntate en el piano
largo y sombrío como un ataúd:
esta noche mi alma está de luto.
Toca una melodía vieja, y triste,
infinitamente triste, Chopin o Liszt
¡qué importa! Quiero escuchar mi dolor
sollozar. Luego pon tu mano, ay
muy dulcemente sobre mi corazón;
y toda la noche escucharé melancólica
llorar muy bajo dentro de mí, amarga, una música.

DANZA DEL POETA-PAYASO

*¡Ob Agni! ¡Tú que flameas en
la sangre del danzarín loco!...*
Amarou

Salta en medio de ellos y baila
Con tus piernas finas y tu corazón triste.
Baila alrededor de la pista:
aéreo, desnudo – y lanza
a sus odios el insulto
de tu sonrisa. Gira sobre ti mismo, oh puro,
para calentar tu desesperación,
gira hasta no verlos más
gira, ya no son más
que bruma. Escuchas
ahora vivir la herida
de tu corazón: fueron
¡Fueron! Gira hasta la muerte,
baila, gira, oh poeta, oh llama, oh payaso.
Y canta también la muerte
que aruña tu cuerpo.
Tus labios palidecen,
pero igualmente canta,
tus pies se vuelven pesados, el lazo
se rompe. Ve, poeta, revienta en el nicho del perro.

EL PAPEL SECANTE¹

INSOMNIO

*Y de no tener ya más nada con que escribir
su pena sino un pedazo de papel secante
iluminado por la luna.*

Jules Romains

Claridad indecisa.
La noche
entra en el cuarto, sombrío velo
bordado de estrellas.
La luna es una fruta enorme
balanceándose en mi insomnio.
Los ruseñores de Hafiz² están muertos. Silencio azulado.
Noche interminable. Cada hora
se estira monótona como una letanía.
Me inclino fuera de mí
para escuchar una voz
tenue, y triste como un perfume.
Tengo miedo del sueño.
Quiero pensar en mi dolor
y mecerme en él como en una canción.
Tiendo las manos
hacia ti y abrazo
el cielo
-y el vacío.

1. Pertenecen al poemario *El papel secante* los poemas: “Insomnio”, “Tormenta”, “El canto del hombre” y “Calma”.

2. Poeta persa del siglo XIV.

TORMENTA

Para Pb. Thoby Marcellin

El viento espantó un rebaño de bisontes blancos en la
[vasta pradera
del cielo. Silenciosos y poderosos aplastaron
el sol: el sol se apagó.
El viento aulló como una mujer en mal de parto:
La lluvia acudió, hija del fuego y del mar;
llegó danzando
y lanzó sobre el mundo cortinas de bruma.
Las hojas cantaron
temblando como debutantes de music-hall;
vino el trueno
y aplaudió. Entonces todo se calló para dejar
aplaudir al trueno; las flores
murieron sin haber vivido; las palmeras agitaron
sus abanicos contra el calor.
Un rebaño de bisontes emigra del oriente al
occidente, y la noche llegó como una mujer de luto.

EL CANTO DEL HOMBRE

*Esta es la canción de los soñadores
que se habían arrancado el corazón
y lo llevaban en la mano derecha.*

G. Apollinaire

*Para A. Vieux*³

I

Quise para mi tristeza
la caricia de las calles estrechas,
para mis hombros sólidos muros duros.
Pero vosotros los habéis, oh hombres
ensanchado con vuestros pasos,
con vuestros deseos,
de tufos de ron,
de sexo y de “draught-beer”⁴
ando por vuestros laberintos
multicolores y estoy cansado
de mi queja.

II

Así:
Vine hacia vosotros
con mi gran corazón desnudo
y rojo, y mis brazos pesados
de brazadas de amor
y vuestros brazos hacia
mí se han tendido muy abiertos
y vuestros puños duros

3. Poeta haitiano.

4. Restos de la cerveza.

golpearon duramente mi faz.
Entonces vi:
vuestras bajas muecas
vuestros ojos babosos
de injurias
Entonces oí
alrededor de mí, croar pustulentos
los sapos-. Así:
solitario, sombrío,
ahora fuerte y mi sombra
mi única compañera fiel
proyecto el arco de mi brazo
por encima del cielo.

CALMA

*Lámparas que se encienden
Esperanzas que se apagan.*
Omar Khayyam

El sol de medianoche
de mi lámpara. El tiempo que huye
no hiere mi quietud.
He aquí el minuto
raro donde el dolor se cansa
y al fin, furtivo, traspasa
el umbral. Una gran indiferencia entra
en mí con un gusto de ceniza.
Mi mesa es una isla luminosa
en la manta negra de la silenciosa
noche. Afuera
un hombre curvado sobre sus deseos muertos
Ya no soy más nada...
la ruta se detiene con los pasos del peregrino.

CORRIDA

El polvo de oro de la arena, la vida inmóvil de las flores en los chales. Las mantillas evocadoras de claustro o de harem. Las naranjas y los chistes que vuelan. El gesto romano del que alquila cojines.

Pasión, pasión que desencadena en los brazos de la multitud resortes bruscos. Círculo mágico de la arena y tú, oh Armillita, el centro adonde todo viene a irradiar y desde el que todo irradia.

¡Toda esta vida para ti solo, oh indiecito!

La muerte se planta delante de ti con cuernos puntiagudos. Tus brazos prolongados por las banderillas, avanzas; eres un joven dios azteca alimentado de sol, y del corazón de los vencidos.

Ahora corres, corres hacia la muerte de ojos rojos y la encuentras, y la tocas y la vences con el desencadenar de tus jóvenes caderas.

—¡Bendito sea el vientre de la mujer que te llevó!—

Sobre la arena la sangre riega banderitas españolas púrpura y oro; pero tú vas pisando las banderas y subes una escalera invisible por encima de la multitud, por encima de las manos entusiastas, por encima de las mujeres desmayadas, con una sonrisa ambigua en las comisuras de los labios.

Luego la muleta roja en tus manos morenas, caminas de nuevo a la muerte, te ofreces a ella, le imploras con tu pie y ella acude negra y poderosa.

Entonces tú la rodeas, la provocas, te apartas, regresas a ella, hasta que ella pierde el aliento y baja la cerviz.

El instante grave, el minuto supremo que fija los gestos.

Los corazones pesan pesados, pesados y sin embargo suben a la garganta.

¡Oh Sacrificador, golpea!

¡Relámpago! ¡Choque!

El monstruo vacila, sacude con todo el resto de vida la muerte que lo invade. Caer, se levanta sobre las rodillas, cae.

Oh noble muerte, encontrada en la lucha noble y leal.

Palomas palpitan de repente en todas las manos. Entonces tú, Armillita el

azteca, presentas con el gesto hierático del sacerdote de Huitzilopochtli la oreja de la víctima a la adoración de la multitud española.

Madrid, mayo de 1926.

JUGANDO METRAS

*Compuse esta historia –simple-simple-simple
para enfurecer a las gentes serias-serias-serias y
contentar a los niños pequeños-pequeños-pe-
queños.*

Charles Cros

-1-

Las golondrinas que pasan parecen tijeras volantes. Al mirarlas recogemos las horas cortadas en pedacitos.

-2-

A quienes gustó mucho El Último de los Mohicanos ven las grandes nubes amontonadas olear pesadamente en el cielo como un rebaño de bisontes en el Farwest. El último rayo de sol es el relámpago de la lanza del guerrero indio.

-3-

En medio de la calle desierta un joven se detuvo. Mira su sombra larga y piensa: cuando sea grande seré más grande que mi sombra.

-4-

El cielo es demasiado vasto para que un niño pueda agarrarlo en sus pequeñas manos. Pero dile: cielo, sombrero melón; entonces tenderá sus manitas hacia el firmamento colgado de la percha de la palmera, cortará la luna y se la meterá en el bolsillo.

¡Oh poeta niño!

-5-

En la “galette”⁵ esta morena lavandera tiene los senos floridos de violetas. Esto le da un gran aire de modestia.

5. *Galette*: en créole, una enorme piedra calcárea, o en general, las piedras que se encuentran en el lecho de los ríos después de la crecida.

Qué bello ese amante transido que sin cesar piensa en su amada. Aun ase-
ándose la evoca, y como es un amante desesperado, mirándose al espejo, frí-
amente, hace el gesto de saltarse los sesos con su cepillo de dientes.

ANTOLOGÍA DE LA POESÍA “Indigène”⁶

LLUVIA

La lluvia, monótona teclea, golpetea
en las ventanas cerradas.
Las luces temblequean
rosas
en la oscuridad densa
relámpagos, serpentinatas gigantes,
bailan
retorcidas en los lienzos
del cielo negro.
La noche
despliega sus velos tornasolados
sobre los lejanos
jardines
donde llueve sin ruido
el luto
de las rosas que se deshojan.

6. Pertenecen a esta *Antología de la poesía haitiana “Indigène”*, los siguientes poemas de J. Roumain: “Lluvia”, “Mediodía”, “Cien metros”, “Tormenta”, “Angustia”, “Espera”, “Ausencia”, “Espejismo” y “Surgido de una estera de mimbre pintada”.

MEDIODÍA

Las palmeras velan sobre el paisaje
cansadas. Los naranjales llevan racimos de sol
de oro madurados en el mediodía bermejo.
Una palma barre solitaria
las nubes en el azur
donde fulguran
insectos, destellos
súbitamente
nacidos de incandescentes
rayos. Escucho el ritmo del silencio
embalsamado de incienso
de flores irreales.
Mi alma es atraída por la tangencia
de los deseos pesados que atormentan
divinamente inasequibles
la sombra de fantasmas implacables.

ANGUSTIA

Pero tu caro rostro
pero
 cómo alzar la cortina
 caída sobre la forma de tus sueños
el alma
 es demasiado pesada para subir
 hasta el espejo de los ojos
y permanezco con las manos tendidas.

ESPERA

El plomo de la noche se escurre en el silencio,
El sufrimiento de estar limitado y la tentación pueril
de avanzar el péndulo que roe el tiempo con dientes irrisorios.
El viento está ciego de transportar murciélagos
y se golpea gimiendo a las puertas del cuarto.

Oh los ojos dolorosos de espiar el arroyo de oro
que vierte el farol tuerto sobre el asfalto
y por el que vendrás milagrosamente pálida
y dulce y los ojos llenos de pétalos.
He aquí la lluvia
que cae, cae, cae, cae.
El arroyo ríe y rueda
con imaginarias pepitas de oro pero tu no vendrás más.
La lluvia
cae, cae, cae.

AUSENCIA

Estás allí y allí...
pero mis ojos están ciegos de ti.
El dolor me ha lanzado
en medio
del Camino de los cuatro senderos.
No hay salida.
Hacia donde tienda los brazos
estoy crucificado.

ESPEJISMO

Cerrar la puerta,
Abrirla:
la felicidad se queda siempre afuera.
Si estuvieras aquí
tus manos prolongarían mi vida
pero no hay sino el Río
deslizándose entre los árboles sin sombras.
(En la noche
no volverá a encontrar su camino.)
Miro
 la Vía Láctea temblar.
Oh inclinarse
 cortar las estrellas
 y un pedazo del cielo.
Adiós
 adiós
mis brazos son una cruz demasiado pesada.

SURGIDO DE UNA ESTERA DE MIMBRE PINTADA

¿Qué mano sacrílega colgó por las barbas a los profetas
del Antiguo Testamento en las ramas de los baobabs?
La luna de miedo de ser empalada por las lanzas
de las palmeras se esconde detrás de una nube.
Noche opaca apenas horadada por el vuelo de las luciérnagas.
Los sapos en los huecos de los bananeros creyendo
ver estrellas fugaces formulan deseos gargarizados
con notas falsas.

El grito de un pájaro de la noche abole lo irreal.
El crujido de mi pluma sobre el papel.

(Paisajes irreales)

ATARDECER

Pabilos ennegrecidos, mandolinas
minúsculas. Azagayas finas
de palmeras –abanicos
inmóviles en el Tiempo detenido.
El sol filtra a través de los árboles, lingotes
de oro. Un niño en alguna parte
grita.
Cada minuto como un siglo de hastío
bosteza.

MIRAGOANE⁷

Sobre la carretera que disimula los hoyos
el auto como un cojo
da saltos. Espantados por los faros
los perros huyen, famélicos. Muy bajas
acuclilladas sobre la loma
las chozas
miran con indiferencia.
De repente: rojos
los ojos del monstruo agazapado en la sombra
El calor de mil vidas intensas
sube brutal hasta mí. Pesado

7. Ciudad del sur de Haití.

contra mi corazón, un corazón inmenso
late. Percibo con angustiosa agudeza
el pensamiento en vivo, los miembros entumecidos
insospechados de múltiples existencias.
Sobre la incógnita negra, los ojos muy abiertos
siento los gritos en los tugurios
rampando por la estrecha calle
trepar la recia costa
hasta mí –Allá, invencible, el mar
duerme.

CUANDO SUENA EL TAMBOR

Tu corazón tiembla en la sombra, como el reflejo
de un rostro en la onda agitada
El antiguo espejismo se levanta en el vacío de la noche
Conoces el dulce sortilegio del recuerdo
Un río te lleva lejos de las riberas,
Escuchas esas voces: cantan el amoroso dolor
Y en el cerro, oyes ese tambor jadar
como la garganta de una muchacha negra.

Tu alma, es el reflejo en el agua murmuradora donde
tus padres inclinaron sus oscuros rostros
Y el blanco que te hizo mulato, es este poco de espuma
lanzada, como un escupitajo, en la orilla.

CRÉOLE

Bajo el cobertizo,
La encontraste, bajo el cobertizo
La negra vestida de muselinas blancas
–Virginia, me llamo
A sus órdenes, señor–

Al borde del agua,
La viste al borde del agua, bajo las trinitarias
La negra, fresca y desnuda como la sombra.

Virginia. Graciana
vestidas de muselinas blancas o de sombra en flor,
Mis reilonas negras
Cuánto han sido bendecidas por este corazón siempre
insatisfecho.

LANGSTON HUGHES

Conociste en Lagos a esas muchachas melancólicas
Llevan collares de plata en los tobillos y se ofrecen
desnudas
Como la noche cercada de luna

Viste a Francia sin pronunciar palabras históricas
–Lafayette henos aquí–
El Sena pareció menos bello que el Congo

En Venecia, buscabas la sombra de Desdémona
Se llamaba Paola
Le decías: Amorosísima

Y a veces Babe, Baby
Entonces ella lloraba y te reclamaba veinte liras

Paseaste tu corazón nómada como un Baedeker, de
Harlem a Dakar
El mar prestó a tus cantos un ritmo dulce y rauco, y
sus flores de amargura nacieron de la espuma.
Ahora en este cabaret donde murmuras al alba:
toquen este blues para mí
Ay toquen este blues para mí
¿Sueñas con palmeras y con cantos de canoeros en el
crepúsculo?

GUINEA

Es el lento camino de Guinea:
La muerte te conducirá.
He aquí las ramas, los árboles, la selva
Escucha el ruido del viento en los largos cabellos de
eterna noche.
Es el lento camino de Guinea:
Tus padres te esperan sin impaciencia
En la ruta: palabrean
Te esperan
Es aquí donde los arroyos tiemblan
Como rosarios de huesos
Es el lento camino de Guinea:
No se te hará una acogida luminosa
En el negro país de los hombres negros:
Bajo un cielo humeante, atravesado de gritos de pájaros
Alrededor del ojo de la charca
Las pestañas de los árboles se apartan en la claridad que se pudre
Allí te esperan al borde del agua un pueblo apacible y

La choza de tus padres y la dura piedra familiar
Donde reposarás tu frente.

ÁFRICA

tu tiara solar hundida a culatazos hasta el cuello
la transformaron en carcán⁸; a tu videncia
le reventaron los ojos; prostituyeron tu faz púdica;
amordazaron, aullando que era gutural,
tu voz, que hablaba en el silencio de las sombras.

África,
no tiembles el combate es nuevo,
el flujo vivo de tu sangre elabora sin decaer
constante una estación; la noche está hoy en el fondo de
las charcas
la formidable espalda de un astro casi dormido,
y persecuciones y combates –así no tuvieras tú para conjurar el espacio
sino el espacio de tu nombre irritado por la sequía.

hozadero hozadero
tierras horadadas de hozadero
zapadas
 tatuadas
 cuerpo grande
maciza desfigura allí donde el duro hocico hurgó

África los días olvidados que caminan todavía
con conchas curvadas en las dudas de la mirada

8. Carcán: anillo de hierro colocado alrededor del cuello del esclavo.

brotarán a la faz pública entre felices ruinas,
en la sabana
el árbol blanco de manos rescatadoras
será cada árbol
una tempestad de árboles entre la espuma sin igual y las arenas
las cosas escondidas remontarán la pendiente de
músicas adormecidas,
una llaga de hoy es caverna de oriente,
un temblor que sale de los negros fuegos olvidados es
los estigmas salidos de la ceniza de las palabras amargas
de cicatrices, todo liso y nuevo, un rostro
de antes, escondido pájaro escupido,
pájaro hermano del sol.

MADRID

Esa arruga siniestra de la sierra y el horizonte ojeroso por
[una tormenta de hierro:
el cielo ya no tiene ni una sonrisa más ni un solo tiesto de azur
ni un solo arco para lanzar la esperanza de una flecha de sol
los árboles despedazados se yerguen, gimen como violines desafinados
todo un pueblo dormido en la muerte se va a la deriva
cuando la ametralladora acribilla el colador del silencio
cuando explota la catarata de estruendo
la cáscara del cielo se desplome
y las llamas retorcidas lamen en la ciudad las heridas de los lagartos
[calafateados de noche
y en la pequeña plaza abandonada donde reina ahora el apacible espanto hay
pero sí hay en el rostro sangrante de este niño una sonrisa
como una granada aplastada a talonazos

No más pájaros de dulce canto, pájaros de las colinas
de la era del fuego y del acero nació la estación de las langostas apocalípticas
y los tanques lanzan la invasión obstinada de grandes abejorros devastadores

y el hombre está aterrado con su odio y su alegría para mañana
y cuando se alza
la muerte te siega Hans Beimler
la muerte que agita sobre el harnero de la llanura una cosecha de gritos
He aquí con la nieve la dentadura cariada de las montañas
el enjambre de balas zumbando sobre la carroña de la tierra
y el miedo al fondo de los embudos es como el gusano en
una pústula reventada

Quién recuerda la increíble estación la miel de los huertos y
el sendero bajo las ramas
el murmullo ajado de las hojas y la risa tierna y buena de la joven mujer
la herencia del cielo y el secreto de las aguas
—Hace tiempo que cayó en los olivares Lina Odena
allá en el Sur.

Es aquí el espacio amenazado del destino
la huelga a la que acudieron del Atlas y del Rin
la ola confundida de la fraternidad y del crimen se estrella
contra una esperanza acosada por los hombres,
pero es también a pesar de los sagrados corazones
bordados en el estandarte de Mahoma
los escapularios las reliquias
los amuletos del lucro
los fetiches del crimen
los totems de la ignorancia
todas las vestimentas de la mentira los signos demenciales del pasado
aquí el alba se arranca retazos de la noche
que en el atroz parto y la humilde sangre anónima del campesino y del obrero
nazca el mundo de donde será borrada de la frente de los hombres
la deshonra amarga de la sola igualdad del desespero.

(Commune, abril de 1937)

MADERA DE ÉBANO⁹

A Francis Bradley

Preludio.

Si el verano es lluvioso y triste
si el cielo nubla el estanque con un párpado de nube
si la palma se desanuda en jirones
si los árboles permanecen orgullosos y negros en el viento y la bruma
si el viento abate sobre la sabana un pedazo de canto fúnebre
si la sombra se acurruca alrededor del fuego apagado del hogar
si un velamen de alas salvajes lleva la isla hacia los naufragios
si el crepúsculo ahoga el vuelo desgarrado de un último pañuelo
y si el grito hiere al pájaro
tu partirás

abandonando tu pueblo
su laguna y sus uveros amargos
la huella de tus pasos sobre la arena
el reflejo de un sueño en el fondo de un pozo
y la vieja torre atada a la vuelta del camino
como un perro fiel al extremo de su correa
y que ladra en la noche
un llamado cascado en los pastizales...

Negro propalador de rebelión
conoces todos los caminos del mundo
desde que fuiste vendido en Guinea
una luz vacilante te llama

9. Para algunos críticos el Preludio de este poema es considerado como un poema aparte. Nosotros, por el estilo y el contenido, creemos que es un preludio al poema en su totalidad.

una piragua lívida
encallada en el hollín de un cielo de suburbios

Chimeneas de fábricas
palmeras decapitadas de una hojarasca de humo
liberan una firma vehemente

La sirena abre sus válvulas
las prensas de las fundiciones cuela un vino de odio
un oleaje de hombros la espuma de los gritos
y se extiende por las calles
y fermenta en silencio
en los tugurios cubas de motines

He aquí para tu voz un eco de carne y sangre
negro mensajero de la esperanza
porque conoces todos los cantos del mundo
desde aquellos de los senderos inmemoriales del Nilo.

Recuerdas de cada palabra el peso de las piedras de Egipto
y el impulso de tu miseria levantó las columnas de los templos
Como un sollozo de savia el tallo de las cañas

Cortejo titubeante ebrio de espejismos
En la pista caravanas de esclavos
elevan
delgadas ramas de sombras encadenadas de sol
brazos implorantes a nuestros dioses

Mandingos Aradas Bambara Ibo¹⁰
gimiendo un canto que estrangulan los carcanes
(y cuando llegamos a la costa

10. Se refiere a grupos étnicos africanos que la trata de esclavos suministró a América.

Mandingas Bambara Ibo
de nosotros no quedaba
Bambara Ibo
más que un puñado de granos dispersos
en la mano del sembrador de la muerte)

Ese mismo canto retomado hoy en el Congo
pero ¿cuándo, pues, oh pueblo mío
los cauchos¹¹ en llamas dispersando una tormenta
de pájaros de ceniza
reconoceré la rebelión de tus manos?

y que escuchaba en Las Antillas
porque este canto negra
quién te enseñó negra ese canto de inmensa
pena negra de las islas negra de las plantaciones
esta queja desolada

Como en la concha el soplo oprimido de los mares

Pero sé también de un silencio
un silencio de veinticinco mil cadáveres negros
de veinticinco mil travesaños de Madera de Ébano

Sobre los rieles del Congo-Océano
pero yo sé
de sudarios de silencio en las ramas de los cipreses
de pétalos de negros coágulos en las zarzas
de ese árbol donde fue linchado mi hermano de Georgia
y pastor de Abisinia

11. Llantas de automóviles incendiadas durante las revueltas callejeras.

Qué espanto te hizo pastor de Abisinia
esa máscara de silencio mineral
qué rocío infame de tus ovejas un rebaño de mármol
en los pastos de la muerte

No no hay ni canga ni hiedra para ahorcarlo
ni cárcel de tumba para encerrarlo
ni elocuencia para disfrazarlo con las pacotillas de la mentira

El silencio

más desgarrador que un simún de azagayas
más rugidor que un ciclón de fieras
y que aúlla
se eleva
convoca
venganza y castigo
maremoto de pus y de lava
sobre la felonía del mundo
y el tímpano del cielo reventado bajo el puño
de la justicia

África he guardado tu memoria África
tu estás en mí
Como la astilla en la herida
como un fetiche tutelar en el centro del pueblo
haz de mí la piedra de tu honda
de mi boca los labios de tu llaga
de mis rodillas las columnas rotas de tu sumisión...

SIN EMBARGO

no quiero ser sino de vuestra raza
obreros campesinos de todos los países
lo que nos separa
los climas la extensión el espacio
los mares
un poco de espuma de veleros en una cubeta de índigo
una lavada de nubes secándose en el horizonte
aquí chozas una marisma impura
allá estepas podadas con tijeras de hielo
pastos de montaña
el sueño de una pradera mecida de los álamos
el collar de un río en la garganta de una colina
el pulso de las fábricas martillando la fiebre de los veranos
otras playas otras selvas
la asamblea de las montañas
habitada por el elevado pensamiento de los gavilanes
otros pueblos

¿Es todo esto clima extensión espacio
que crea el clan la tribu la nación
la piel la raza y los dioses
nuestra diferencia inexorable?

¿Y la mina
y la fábrica
las cosechas arrancadas a nuestra hambre
nuestra común indignidad
nuestra servidumbre invariable bajo todos los cielos?

Mineros de Asturias minero negro de Johannesburgo
metalúrgico de Krupp duro campesino de Castilla viñador
de Sicilia paria de las Indias

(franqueo réprobo tu umbral-réprobo
tomo tu mano en mi mano-intocable)
guardia roja de la China soviética obrero alemán de la
prisión de Moabit indio de las Américas

Construiremos de nuevo
Copán
Palenque
y los Tiahuanacos socialistas

Obrero blanco de Detroit peón negro de Alabama
pueblo innumerable de las galeras capitalistas
el destino nos alza hombro con hombro
y renegando del antiguo maleficio de los tabúes de sangre
hollamos los escombros de nuestras soledades

Si el torrente es frontera
arrancaremos al arroyo su cabellera
inagotable
si la sierra es frontera
quebraremos las mandíbulas de los volcanes
afirmando las cordilleras
y la llanura será la explanada de la aurora
donde se juntan nuestras fuerzas dispersas
por la astucia de nuestros amos

Como la contradicción de los rasgos
se resuelve en la armonía del rostro
proclamamos la unidad del sufrimiento
y de la rebelión
de todos los pueblos en toda la superficie de la tierra

y agitamos el mortero de los tiempos fraternales
en el polvo de los ídolos.

(Bruselas, junio de 1939)

NUEVO SERMÓN NEGRO

A Tristan Rémy

Le escupieron la Faz con su helado desprecio
Como una bandera negra flota al viento golpeada por la nieve
Para convertirlo en el pobre negro el dios de los poderosos
De sus harapos los adornos del altar
De su canto dulce de miseria
De su queja temblorosa de banjo
El tumulto orgulloso del órgano
De sus brazos que halaban pesadas chalanas
En el río Jordán
El arma de los que golpean con la espada
De su cuerpo agotado como el nuestro en las plantaciones de algodón
Como un carbón ardiente
Como un carbón ardiente en un zarzal de rosas blancas
El escudo de oro de su fortuna
Blanquearon Su Faz negra con el escupitajo de su helado desprecio
Escupieron Tu Faz negra
Señor, nuestro amigo, nuestro camarada
Tú que apartaste del rostro de la prostituta
Como una cortina de cañas sus largos cabellos
Sobre la fuente de sus lágrimas

Hicieron

los ricos los fariseos los terratenientes los banqueros

Hicieron del Hombre sangrante el dios sangriento

Oh Judas ríe sarcástico

Oh Judas ríe sarcástico:

Cristo entre dos ladrones como una llama desgarrada

En la cima del mundo

Encendía la rebelión de los esclavos

Pero Cristo está hoy en la casa de los ladrones

Y sus brazos despliegan en las catedrales la sombra extendida del buitre

Y en las cavas de los monasterios el sacerdote cuenta los intereses de los

[treinta denarios

Y los campanarios de las iglesias escupen la muerte sobre

[multitudes hambrientas

No los perdonaremos porque saben lo que hacen

Lincharon a John que organizaba el sindicato

Lo persiguieron con perros como a un lobo extraviado a través del bosque

Lo ahorcaron mientras se reían en el tronco del viejo sicomoro

No, hermanos, camaradas

No rezaremos más

Nuestra rebelión se alza como el grito del pájaro de tempestad

por encima del chapoteo podrido de los pantanos

No cantaremos más los tristes spirituals desesperados

Otro canto brota de nuestras gargantas

Desplegamos nuestras rojas banderas

Manchadas con la sangre de nuestros justos

Bajo este signo marcharemos

Bajo este signo marcharemos

De pie los condenados de la tierra

De pie los presidiarios del hambre.

SUCIOS NEGROS

Y bien aquí estamos:
nosotros
los negros
los niggers
los sucios negros
no aceptamos más
está claro
se acabó
ser en África
en América
sus negros
sus niggers
sus sucios negros
no aceptamos más
les extraña
decir: sí señó
lustrando sus botas
sí pae
a los misioneros blancos
sí mi amo
cosechando para ustedes
la caña de azúcar
el café
el algodón
el maní
en África
en América
como buenos negros
como pobres negros
como sucios negros
que éramos
que no seremos más

se acabó ya verán
nuestros yes Sir
sí blanco
sí Señor
y
cuidado, cazador¹²
sí, mi Comandante,
cuando nos den la orden
de ametrallar a nuestros hermanos árabes
en Siria
en Túnez
en Marruecos
y a nuestros camaradas blancos huelguistas
reventando de hambre
oprimidos
explotados
despreciados como nosotros
los negros
los niggers
los sucios negros
Sorpresa
cuando la orquesta de sus cabarets
de rumbas y de blues
les toque algo completamente distinto
que no esperaba la putería hastiada
de sus gigolós y putas endiamantadas
para quienes un negro
no es sino un instrumento
para cantar, claro,
para bailar, of course
para fornicar natürlich

12. En el original: *tirraillleur*: soldado de ciertas tropas de infantería organizadas fuera del territorio metropolitano francés, e integradas por autóctonos comandados por franceses.

nada sino una mercancía
que se compra y se vende
en el mercado del placer
nada sino un negro
un nigger
un sucio negro
sorpresa
jesús maría José
sorpresa
cuando atrapemos
riendo terriblemente
al misionero por la barba
para enseñarle a nuestra vez
a patadas en el culo
que nuestros ancestros
no son
Galos
que nos importa un carajo
un Dios que
si es el Padre
entonces es que nosotros
los negros
los niggers
los sucios negros
tenemos que creer que no somos sino sus bastardos
y es inútil gritar
jesús maría José
como una vieja cuba reventada por las mentiras
es necesario
que te enseñemos
lo que cuesta en definitiva
sermonearnos a golpe de látigo y de confiteors
la humildad
la resignación

a nuestra maldita suerte
de negros
de niggers
de sucios negros
Las máquinas de escribir masticarán las órdenes de represión
rechinando los dientes
fusilen
ahorquen
degüellen
a esos negros
a esos niggers
a esos sucios negros
pegados como moscas enloquecidas a la carne
en la tela de araña de las gráficas de las pérdidas de las
[cotizaciones de la bolsa
los gordos accionistas de compañías mineras y forestales
los propietarios de fábricas de ron y de plantaciones
los propietarios
de negros
de niggers
de sucios negros
y el telégrafo delirará
en nombre de la civilización
en nombre de la religión
en nombre de la latinidad
en nombre de Dios
en nombre de la Trinidad
en nombre de Dios carajo
tropas
aviones
tanques
gases
contra esos negros
esos niggers

esos sucios negros
Demasiado tarde
hasta el corazón de las junglas infernales
retumbará precipitado el terrible tartamudeo
telegráfico de los tam-tam repitiendo incansables
repitiendo
que los negros
no aceptan más
no aceptan más
ser sus niggers
sus sucios negros
demasiado tarde
porque habremos surgido
de las cuevas de ladrones de minas de oro del Congo
y de Sur África
demasiado tarde será demasiado tarde
para impedir en los algodones de Luisiana
en las centrales azucareras de las Antillas
la cosecha de la venganza
de los negros
de los niggers
de los sucios negros
será demasiado tarde les digo
porque hasta los tam-tam habrán aprendido el lenguaje
de la Internacional
porque habremos escogido nuestro día
el día de los sucios negros
de los sucios indios
de los sucios hindúes
de los sucios indochinos
de los sucios árabes
de los sucios malayos
de los sucios judíos
de los sucios proletarios

Y aquí estamos de pie
todos los condenados de la tierra
todos los justicieros
marchando al asalto de sus cuarteles
y de sus bancos
como un bosque de antorchas fúnebres
para acabar
de
 una
 vez
 por
 todas
con este mundo
de negros
de niggers
de sucios negros.

EL AMOR, LA MUERTE

Para su desesperación un ídolo venenoso

Mirada extraviada de ceniza de golondrina

Sonrisa apuñaleada

Marchitez afilada de sangre

La araña hala el hilo de una arruga:

Toda vergüenza bebida en el suspiradero de esta boca

Un parpadeo del alba

Y el polen del sol cubre tu mejilla

Un nido de alas tu cabellera
Si el hálito del viento la roza
Belleza arrebatada al movimiento de la sangre
Tus manos ofrecen un sacrificio de palomas
Sobre tus rodillas invencibles.

**GOBERNADORES
DEL ROCÍO**

GOBERNADORES DEL ROCÍO

I

NOS MORIREMOS todos... –y hunde su mano en el polvo: la vieja Délira Délivrance dice: nos moriremos todos: los animales, las plantas, los cristianos, ay, Jesús-María, Virgen Santa; y el polvo se cuele entre sus dedos. El mismo polvo que el viento abate con aliento seco sobre el campo devastado de miijo, sobre la alta barrera de cactus roída de cardenillo, sobre los árboles, esos cujies herrumbrosos.

El polvo sube de la carretera y la vieja Délira, en cuclillas delante de su choza, no levanta los ojos, mueve lentamente la cabeza, su pañoleta resbaló hacia un lado y deja ver un mechón gris empolvado, se diría, del mismo polvo que se cuele entre sus dedos como un rosario de miseria: entonces repite: nos moriremos todos –y llama a Dios. Pero es inútil porque hay tal cantidad muchísima de pobres criaturas que llaman a Dios con todas sus fuerzas que se siente un gran ruido molesto y Dios lo oye y grita: ¿Qué carajo es todo ese ruido? Y se tapa los oídos. Esa es la verdad y el hombre está abandonado.

Bienaimé, su marido, fuma su pipa, la silla calada contra el tronco de un taparo. El humo o su barba algodonada vuela al viento.

—Sí, dice, de verdad el negro es una pobre criatura.

Délira parece no oírlo.

Una bandada de cuervos se abate sobre los candelabros¹. Su graznido

1. En el original *chandelier*, especie de cactus en forma de candelabro, común en zonas áridas de la Española, llamado *cayuco* o *cardón de cayuco* en Santo Domingo.

ronco desgarrar el oído, luego se dejan caer de una sola vez sobre el campo calcinado, como pedazos de carbón dispersos.

Bienaimé llama: ¿Délira? ¡Delira, ho!

No responde.

—Mujer —grita.

Ella alza la cabeza.

Bienaimé esgrime su pipa como un signo de interrogación:

—El Señor es el creador, ¿verdad? Contesta: el Señor es el creador del cielo y de la tierra, ¿verdad?

Ella dice: sí, pero de mala gana.

—Bueno, la tierra está en el dolor, la tierra está en la miseria, entonces el Señor es el creador del dolor, es el creador de la miseria.

Unas chupaditas triunfantes y lanza un largo chorro de saliva sibilante.

Délira le lanza una mirada llena de cólera:

—No me atormentes, maldito. ¿No tengo ya bastantes preocupaciones? Yo la miseria me la conozco. Me duele todo el cuerpo. Mi cuerpo entero pare la miseria, sí señor. No necesito que, además, me echen la maldición del cielo y del infierno.

Después, con una tristeza muy grande y los ojos llenos de lágrimas, dice tiernamente:

—Ay, Bienaimé, mi negro...

Bienaimé tose bruscamente. Tal vez quisiera decir algo. La desgracia trastorna como la bilis, se sube a la boca y entonces las palabras son amargas.

Délira se levanta a duras penas. Es como si hiciera un gran esfuerzo para ajustar su cuerpo. Todas las tribulaciones de la existencia han ajado su cara negra, como un libro abierto en la página de la miseria. Pero sus ojos tienen una luz de manantial y por eso Bienaimé desvía la mirada.

Délira dio algunos pasos y entró en la casa.

Más allá de los cújites, un vapor se eleva, en el que se pierde, como en un dibujo nublado, la línea medio borrosa de los cerros lejanos. El cielo no tiene ni una fisura. No es sino una plancha de zinc ardiente.

Detrás de la casa, la colina redondeada parece la cabeza de una negrita con los cabellos como granos de pimienta: una maleza escasa, esparcida en manojos, a ras del suelo; más lejos, como un hombro oscuro contra

el cielo, se alza otro cerro recorrido por zanjones centelleantes; las erosiones han puesto al desnudo largos ríos de rocas: han sangrado la tierra hasta el hueso.

Por supuesto que hicieron mal en cortar los árboles. En vida todavía del difunto Josaphat Jean Joseph, padre de Bienaimé, los árboles crecían tupidos allá arriba. Incendiaron el bosque para hacer conucos: sembrar los frijoles-congo sobre la planicie, el maíz en la ladera del cerro, trabajaron duro como negros consecuentes, como trabajadores de la tierra que saben que no podrán llevarse un pedazo a la boca si no lo extrae del suelo una labor viril. Y la tierra había respondido: es como una mujer que al principio se resiste, pero la fuerza del hombre es la justicia, entonces dice: goza...

En ese tiempo, vivíamos todos en armonía, unidos como los dedos de la mano y el *cumbite*² reunía al vecindario para la cosecha o para desbrozar la tierra.

Bienaimé se levanta, camina con pasos indecisos hacia el campo. Una hierba seca como estopa invadió el canal. Hace tiempo que los altos tallos de caña se doblaron mezclados con la tierra. El fondo del canal se resquebrajó como una loza vieja, verdosa de materias vegetales podridas. Antes, el agua corría libremente al sol: su murmullo y su luz eran como risa dulce de cuchillos. El mijo crecía apretado, disimulando la choza desde la carretera.

“Ah, esos *cumbites*”, recuerda Bienaimé... Desde el amanecer estaba allí, como jefe de escuadrón, serio, con sus hombres, todos campesinos de mucho valor: Dufontaine, Beauséjour, el primo Aristhène, Pierrilis, Dieudonné, el cuñado Mérilien, Fortuné Jean, el compadre Boirond, y el Simidor³ Antonio: un negro hábil para el canto, capaz de remover con su lengua más malicias que diez comadres juntas, pero sin mala intención, sólo para divertir, ¡palabra de honor!

2. Palabra procedente del español “convite”, el *cumbite* es una especie de cooperativa en la que los miembros de la “sociedad” se comprometen voluntariamente y sin remuneración alguna a realizar trabajos agrícolas. El beneficiario tiene la única obligación de suministrar comida y bebida abundante a los trabajadores convidados. Este tipo de asociaciones de ayuda mutua se conoce bajo nombres diversos en toda América. En Venezuela: *cayapa*.

3. *Simidor*: Personaje popular de los campos. Anima las fiestas, los velorios y la reuniones cantando, tocando tambor y contando cuentos. Durante el *cumbite* el *Simidor* ritma con su canto y al son del tambor el trabajo agrícola colectivo.

¡Entrábamos en la hierba de Guinea! (los pies descalzos en el rocío, el cielo pálido, la frescura, el repiquetear de las gallinetas a lo lejos...). Poco a poco, los árboles ennegrecidos, su follaje todavía cargado de jirones de sombra, retomaban su color. Un aceite de luz los bañaba. Un pañolón de nubes azufradas ceñía la cima de los cerros elevados. El país emergía del sueño. En el patio de Rosanna, el tamarindo lanzaba de repente, como un puñado de guijarros, un torbellino chillón de cornejas.

Casamajor Beaubrun, su mujer Rosanna y sus dos varones los saludaban. Decían: gracias, hermano; por pura cortesía, porque un favor se hace con gusto: hoy, yo trabajo tu campo, tú, mañana, el mío. La ayuda mutua es la amistad de los desgraciados, ¿no es verdad?

Un rato después llegaban Siméon y Dorisca por su lado, con una veintena de negros gallardos.

Dejábamos a Rosanna afanarse a la sombra del tamarindo, alrededor de sus calderos y de sus grandes recipientes de hojalata, de los que subía ya el burbujeo voluble del agua que hierve. Dékira y las otras vecinas vendrían más tarde a darle una mano.

Los hombres se alejaban, la azada al hombro. El conuco que debían limpiar estaba a la vuelta del sendero, protegido por un cerco de bambúes entrecruzados. Lianas con flores moradas y blancas se agarraban en manojos desordenados; en los capullos dorados de los cundeamores se abría una pulpa roja como terciopelo de mucosas.

Apartaban los listones móviles de la empalizada. A la entrada del conuco, el cráneo de un buey blanqueaba sobre un poste. Medían ahora el trabajo con la mirada: ese cuadrado⁴ de hierbas locas mezcladas con matas rastreras. Pero era tierra buena: la entregarían tan lisa como la superficie de una mesa recién pulida. Beaubrun quería probar este año con las berenjenas.

¡En fila! gritaban los jefes de escuadrón.

El Simidor Antoine pasaba por sus hombros las correas de su tambor. Bienaimé ocupaba su puesto de comandante delante de la hilera de sus

4. En el original *carreau*, antigua medida francesa de superficie de las tierras equivalente a 1,32 ha.

hombres. El Simidor preludiaba un breve toque, en seguida el ritmo crepita-
ba bajo sus dedos. Con un impulso unánime levantaban las azadas en el
aire. Un resplandor de luz golpeaba el hierro: esgrimían por un segundo, un
arco de sol.

La voz del Simidor subía ronca y fuerte:

—*Abajo...*

De un solo golpe, las azadas se abatían con un ruido sordo, atacando el
pelaje malsano de la tierra.

*La mujer dice: señor no se atreva
a tocarme no se atreva*⁵.

Los hombres avanzaban en línea. Sentían el canto de Antoine en
sus brazos, las pulsaciones precipitadas del tambor como una sangre
más ardiente.

Y de repente, el sol estaba allí, se esponjaba como espuma de rocío so-
bre el campo de hierbas. Honor y respeto, señor sol, sol naciente. Más
acariciador y cálido que el plumón de un polluelo sobre la espalda redon-
da del cerro, todo azulado, todavía un instante, en el frío del amanecer.
Estos hombres negros te saludan con un balanceo de azadas que arranca
al cielo astillas vivas de luz. Y el follaje recortado de los árboles del pan,
remendado de azul, y el fuego del flamboyant, largo tiempo cobijado ba-
jo la ceniza de la noche y que ahora estalla en un bucán de pétalos en el lin-
dero de los cujíes.

El canto obstinado de los gallos alternaba de un conuco a otro.

La línea movediza de los campesinos retomaba el nuevo refrán en una
sola masa de voz:

*Abajo
Yo pregunto quién
quien está en la casa
mi compadre responde:
yo con mi cuñada
¡zafrisco!*⁶

5. En créole en el original: *Femme-là dit, mouché, pinga/ ou touché mouin, pinga-eh.*

6. En créole en el original: *A tè/ M'ap mandé qui moune / Qui en de dans caille là/ Compè
répond./ C'est mouin avec cousine mouin/ Assez-é.*

Esgrimiendo las azadas, completamente enmangadas, coronadas de resplandor y dejándolas caer con una violencia precisa:

*Ya yo estoy adentro
¡Arriba ho!
No hay más toro
Que el toro
¡Arriba ho!*⁷

Una circulación rítmica se establecía entre el corazón batiente del tambor y los movimientos de los hombres: el ritmo era como una corriente potente que penetraba hasta en lo profundo de sus arterias y alimentaba sus músculos con un vigor renovado.

El canto llenaba la mañana inundada de sol. El viento lo llevaría más allá de las colinas hacia la meseta de Bellevue, y la comadre Francilla (está delante de su choza, bajo el cobertizo de uva salvaje, en medio del batir de alas y del picoteo de las aves a las que lanza granos de maíz) y digo: que mi comadre Francilla se voltearía hacia el rumor de la llanura: –sí que lo haría, es la época buena– y levantaría la cabeza para ver el cielo sin una escama de nube, mostrar, como un bol de porcelana volcado, que no contiene ni una sola gota de lluvia.

El canto tomaría el camino de las cañas, a lo largo del canal, remontaría hasta la fuente encerrada en el hueco de la axila del cerro, en el pesado olor de los helechos y de las malangas maceradas en la sombra y en el rezumar secreto del agua.

Ojalá que una de las muchachas del vecindario: Irézile, Thérèse, Georgina... termine de lavar sus taparas. Cuando sale de la corriente, brazaletes de frescura se deshacen alrededor de sus piernas. Las coloca en una cesta de mimbre que equilibra sobre su cabeza. Camina en el sendero húmedo. A lo lejos el tambor libera una colmena de sonidos zumbadores.

“Iré más tarde, piensa. Fulano estará allá” (es su enamorado).

Un calor la invade, una languidez feliz. Se apresura a grandes pasos, los brazos balanceados. Sus caderas ruedan con dulzura maravillosa. Sonríe.

7. En créole en el original: *Mouin en dedans déjà/ En l'ai-ob/ Nan point taureau/ Passé taureau/En l'ai, ob.*

Encima de los cujies flotan retazos de humo. En los claros, los carboneros aplanan la tierra donde se ha quemado a fuego lento la leña.

Un árbol está hecho para vivir en paz en el color del día y la amistad del sol, del viento, de la lluvia. Sus raíces se hunden en la fermentación grasosa de la tierra, aspirando los zumos elementales, los jugos fortificantes. Parece siempre perdido en un gran sueño tranquilo. El oscuro subir de la savia lo hace gemir en los atardeceres calientes. Es un ser vivo que conoce el curso de las nubes y presiente las tormentas porque está lleno de nidos de pájaros.

Estival se limpia con el dorso de la mano los ojos enrojecidos. Del árbol mutilado no queda sino el esqueleto calcinado de las ramas esparcidas en la ceniza: una carga de carbón que su mujer irá a vender en el pueblo de Croix des Bouquets.

Lástima que no pueda responder a la invitación del canto. El humo le ha resecado la garganta. Su boca está amarga como si hubiera rumiado una pasta de papel. Claro que le haría bien una bebida de canela, no: de anís, es más refrescante, un trago largo hasta el fondo mismo del estómago.

—Rosanna, mi amor... diría.

Ella conoce sus debilidades y riéndose le serviría la medida de tres dedos en abanico.

Escupe grueso y se pone de nuevo a remover el montón de tierra mezclada con ceniza.

* * *

Hacia las once, el mensaje del cumbite se debilitaba: ya no era el bloque macizo de voces sosteniendo el esfuerzo de los hombres; el canto vacilaba, se elevaba sin fuerzas, las alas roídas. Se reponía a ratos, horadado por el silencio, con un vigor decreciente. El tambor tartamudeaba todavía un poco, pero ya no le quedaba nada de su llamado alegre, cuando al alba, el Simidor lo martilleaba con sabia maestría.

No era sólo la necesidad del reposo: la azada se volvía cada vez más pesada de manejar, el yugo de la fatiga sobre la nuca rígida, el recalentamiento del sol; es que el trabajo terminaba. Y eso que apenas habíamos inte-

rrumpido para tragar un sorbo de tafía⁸ y aflojar los riñones—lo más recalci-trante que hay en el cuerpo son los riñones—. Pero estos campesinos de monte y de llanura, por más que los burgueses de la ciudad los llamen, para más burla, negros-pata-en-el-suelo, negros-descalzos, negros-dedos-de-los-pies (demasiado pobres que son para comprarse zapatos), no importa y mierda con ellos, porque en cuanto al coraje para el trabajo, somos irrepro-chables, y cuenten con nosotros, nuestros grandes pies de trabajadores de la tierra, se los meteremos un día por el culo, puercos.

Habían cumplido con una tarea ruda. Raspar, rastrillar, limpiar la faz es-pesa del campo; la mala hierba cubría el suelo. Beaubrun y sus hijos la reco-gerían para prenderle fuego. Lo que había sido hierba inútil, espina, mato-rral, leña enredada de bejuocos rastreros se convertiría en ceniza fertilizante en la tierra removida. Beaubrun estaba bien contento.

Gracias vecinos, repetía Beaubrun.

—A la orden, vecino, le respondíamos nosotros. Pero rápido: no había tiempo para cortesías. La comida esperaba. Y qué comida, qué comilona. Rosanna no era una negra pichirre, había que reconocerlo. Todos los que por despecho habían hablado mal de ella; porque era una mujer hecha y derecha a la que no se le debía intentar siquiera faltar el respeto, una atre-vida a la que no se le podía tomar el pelo, hacían su mea culpa. Y es que a la vuelta del sendero, un olor venía a su encuentro, los saludaba positiva-mente, los envolvía, los penetraba, les abría en el estómago el agradable va-cío de las ganas de comer.

Y el Simidor Antoine, que anteayer no más, en respuesta a una broma vulgar, había recibido de Rosanna detalles de una precisión sorprendente sobre el desenfreno de su propia madre, suspiró con solemne convicción, aspirando con toda la nariz el humo de las viandas:

Beaubrun, hermano, tu señora es una bendición.

En los calderos, cacerolas, coladores, se apilaba el cochino frito condi-mentado picando que daba gusto, el maíz molido con bacalao, y si querías arroz, había también: arroz-sol con frijoles rojos revuelto con tocino y plá-tanos, batatas, ñames para regalar.

8. Véase la nota de la p. 35. (N. del E.)

Bienaimé da unos pasos y está al borde de la carretera, se apoya contra los listones móviles entrecruzados de la empalizada. Del otro lado, el mismo desaliento: el polvo sube, forma remolinos espesos y se abate sobre los candlabros, la hierba mala y esparcida, roída a ras del suelo, como una pelambre.

Antaño, en esta época, desde la mañana el cielo se ponía gris, las nubes se reunían hinchadas de lluvia, no una lluvia grande, no, suficiente, no cuando las nubes reventaban como sacos demasiado llenos, sino una lloviznita pequeña pero persistente, con algunos claros de sol. No bastaba para saciar la tierra, pero la refrescaba, la preparaba para los grandes aguaceros, lustraba los retoños del maíz y del mijo: el viento y la luz ayudando. Las ramas del palo de campeche⁹ soltaban a cada rato bandadas de hortelanos y al Ángelus las gallinetas salvajes venían friolentas a beber a lo largo de los charcos en los linderos del camino, y si uno las espantaba huían pesadamente embotadas e hinchadas de lluvia.

Después, el tiempo comenzaba a cambiar: hacia el mediodía, un calor grasoso envolvía los campos y los árboles agobiados; un vapor fino danzaba y vibraba como un enjambre en el silencio que sólo interrumpía el chillido agrio de los grillos.

El cielo se disgregaba en lívidas hinchazones que, hacia el atardecer, oscurecían y se movían pesadamente por encima de los cerros, atravesados de relámpagos y de rugidos sordamente repetidos. El sol no aparecía en los pocos descosidos de las nubes sino como un resplandor lejano, de una palidez plomiza y que lastimaba la vista.

Al fondo del horizonte subía, de repente, un rumor confuso y creciente, un soplo enorme y rabioso. Los campesinos que volvían retardados de los campos apresuraban el paso, la azada al hombro; repentinamente, los árboles se doblegaban; una cortina de lluvia acudía violentamente agitada por el ladrido incesante de la tormenta. La lluvia ya estaba aquí: primero unas cuantas gotas calientes y precipitadas, luego, traspasado de

9. Árbol originario de México de cuya madera, dura y compacta, se extraen bellos tintes negro y violeta. El *campeche* se conoce en otras partes de América como *Palo de Brasil*.

relámpagos, el cielo negro se abría al aguacero, al chaparrón, a la avalancha, al torrente.

Sobre la estrecha veranda cerrada por una balaustrada y protegida por el saliente del techo de cañas, Bienaimé contemplaba su tierra, su buena tierra, sus matas chorreando agua, sus árboles balanceándose en el canto de la lluvia y del viento. Sería una buena cosecha. Había trabajado de sol a sol largos días. Esta lluvia era su recompensa. La veía con amistad caer en hilitos apretados, la escuchaba chapotear sobre las baldosas de piedra delante del cobertizo. Tanto y tanto de maíz, tanto de frijoles-congo, el cochino cebado: eso equivaldría a una nueva chaqueta¹⁰, una camisa y tal vez la yegua baya del vecino Jean-Jacques, si accedía a rebajarle el precio.

Se había olvidado de Délira.

—Caliente el café, mujer.

Sí, le compraría un vestido y un pañolón.

Llenó su pipa de arcilla. Eso era lo que se llamaba llevarse bien con la tierra.

Pero todo eso pertenecía al pasado. De ese pasado no quedaba sino el sabor amargo. Ahora estábamos muertos en este polvo, en esta ceniza tibia que recubría lo que en otro tiempo había sido vida, ay, no una vida fácil, por cierto que no, pero teníamos ánimo y después de habernos peleado con la tierra, después de que la habíamos abierto, volteado y revuelto, mojado de sudor, preñado como a una hembra, venía la recompensa: las plantas y los frutos y todos los granos.

Se había acordado de Jean-Jacques y mira que viene por el sendero, tan viejo ahora y tan inútil como él, llevando un burro flaco y dejando que la cuerda se arrastre en el polvo.

—Hermano, saludó.

Y el otro le respondió lo mismo.

Jean-Jacques pregunta por su comadre Délira.

Bienaimé dice: “¿cómo está mi comadre Lucía?”

Y se dan las gracias.

10. *Vareuse*: camisa de tela gruesa que, por ordenanza real, llevaban los esclavos en la colonia de Saint-Domingue (Haití).

El burro tiene una llaga enorme en la espalda que se estremece con las picadas de las moscas.

—Adiós, pues, dice Jean-Jacques.

—Adiós, mi negro, dice Bienaimé.

Y mira a su vecino que se va con su asno al bebedero, esa charca de agua estancada, ese ojo de barro cubierto por una mancha verdosa donde todos beben, hombres y animales.

* * *

Hace tanto tiempo que se fue, debe estar muerto ahora, piensa. La vieja Délira piensa en su hijo. Manuel, así se llama, ido hace años a cortar caña en Cuba. Debe estar muerto ahora, en país extranjero, se repite. Le dijo una última vez: mamá... Lo abrazó. Tuvo en sus brazos a ese joven robusto que era suyo desde lo profundo de su carne y de su sangre, que salió de ella, de su carne y de su sangre, y que se convirtió en el hombre al que ella murmuraba a través de las lágrimas: “váyase, mi hijo, la Virgen de Altagracia lo proteja”; y volteó al codo del camino y desapareció, ay hijo de mi vientre, dolor de mi vientre, alegría de mi vida, pesar de mi vida, mi hijo, mi único hijo.

Deja de moler el café acucillada en el suelo. No tiene ni una lágrima pero le parece que su corazón se le endureció en el pecho y que se vació de toda vida, salvo de este tormento incurable y que le hace un nudo en la garganta.

Debía regresar después de la *zafra*¹¹, como llaman esos españoles a la cosecha, pero no había regresado. Lo esperó, pero no había llegado.

A veces se le ocurría decirle a Bienaimé:

—Me pregunto por dónde andará Manuel.

Bienaimé no respondía. Dejaba que su pipa se apagara y se iba a los campos.

Más tarde le decía otra vez:

—Bienaimé, papá, ¿por dónde anda nuestro hijo?

Respondía rudamente:

11. En español en el original.

—Cállate. Pero se apiadaba de sus manos que temblaban.

Vació la gaveta del molino, echó más granos, le dio a la manivela. No era una tarea pesada, pero se sentía agotada, a punto de quedarse allí sin movimientos, su cuerpo viejo usado abandonado a la muerte se confundiría al fin con este polvo, en una noche eterna y sin memoria.

Se puso a canturrear. Era como un gemido, una queja del alma, un reproche infinito a todos los santos y a esas divinidades sordas y ciegas de África que no la habían oído, que se habían apartado de su dolor y de sus tribulaciones.

Ay Virgen Santa, en nombre de los santos de la tierra, en nombre de los santos de la luna, en nombre de los santos de las estrellas, en nombre de los santos del viento, en nombre de los santos de las tempestades, protege, te lo ruego, por favor, a mi hijo en país extranjero, Señor de las Encrucijadas, ábrele un camino sin peligros. Amén.

No oyó a Bienaimé llegar. Se sentó a su lado. En la espalda del cerro se veía un rubor confuso. Pero el sol estaba ausente. Se tambaleaba ya detrás de los árboles. Pronto llegaría la noche, envolviendo en el silencio esta tierra amarga, ahogando en la sombra apaciguadora del sueño a estos hombres abandonados a la desgracia, y después, el alba llegaría con el canto ronco de los gallos, comenzaría un día semejante al otro y sin esperanza.

II

“Deténgase“ dijo al chofer del camión.

El chofer lo miró sorprendido pero aminoró la marcha. Ni una choza a la vista: estábamos en el medio de la carretera. No había sino una llanura de cujjes, de cauchos y de matorrales regada de cactus. La línea de las montañas corría al este, no muy alta y de un gris violáceo que se desteñía en la lejanía y se confundía con el cielo.

El chofer hundió el freno. El extranjero bajó, haló un saco que echó sobre sus hombros. Era un tipo grande, negro, vestido con chaqueta abotonada y con unos pantalones de gruesa tela azul, metidos en unas polainas de cuero. A un lado le colgaba en su vaina un largo machete. Tocó el ancho borde de su sombrero de paja y el camión arrancó.

Con la mirada, el hombre saludó una vez más el paisaje recobrado: por

supuesto que reconoció bajo el macizo de enebros el sendero apenas visible entre el conjunto de rocas del que brotaban los tallos de los sisales engalanados con un racimo de flores amarillas.

Respiró el olor de los enebros exaltado por el calor: su recuerdo del lugar estaba hecho de este olor pimientoso.

El bulto era pesado pero no sentía la carga. Ajustó la correa que lo sujetaba a su espalda y se internó en el monte.

Si uno es de un país, si uno nació allí, como quien dice: nativo-natal, bueno, uno lo lleva en los ojos, la piel, las manos, con la cabellera de sus árboles, la carne de su tierra, los huesos de sus piedras, la sangre de sus ríos, su cielo, su sabor, sus hombres y sus mujeres: es una presencia imborrable en el corazón, como la mujer que uno ama: conocemos el manantial de su mirada, el fruto de su boca, las colinas de sus senos, sus manos que se defienden y se entregan, sus rodillas sin misterios, su fuerza y su debilidad, su voz y su silencio.

—¡Hoo! —dijo— (un gato salvaje atravesó el sendero de un salto, se engrifó bruscamente y desapareció en un ruido de hojas revueltas).

No, no se había olvidado de nada y ahora otro olor familiar venía a su encuentro: el relente del humo enfriado del carbón cuando, de la carbonera, no queda en el claro del monte sino un montón de tierra dispersada en círculo.

Un quebrada angosta y poco profunda se abría delante de él. Estaba seca y matorrales y toda clase de hierbas picosas invadían su lecho.

El hombre levantó la cabeza hacia ese pedazo de cielo empañado de vapor caliente, sacó un pañuelo rojo, se esponjó el rostro y pareció reflexionar.

Bajó por el sendero, apartó algunos guijarros, raspó la arena ardiente. Raíces muertas se desmoronaron en sus dedos cuando consultó al borde del zanjón la tierra granulosa, inconsistente y que se deslizaba como polvo.

—*Carajo*¹², exclamó.

Remontó lentamente la otra ladera, el rostro inquieto, pero no por mucho tiempo. Estaba demasiado contento hoy. El agua cambia, a veces, de curso, como un perro de amo. Quién sabe por dónde se colaría ahora, la vagabunda.

12. En español en el original.

Tomó el camino de una loma coronada de palmas. Sus abanicos ajados colgaban inertes: no había un soplo de brisa para abrirlos, para liberarlos en el juego descabellado de luz reluciente. Para el extranjero esto suponía un desvío pero quería, desde lo alto, abrazar el país, la llanura extendida y entre los claros de los árboles, los techos de paja, las manchas irregulares de los campos y de los conucos.

Su cara se endureció chapada en sudor: lo que veía era una extensión quemada, de un color sucio roído, en ninguna parte la frescura que esperaba, y aquí y allá las chozas dispersas como hongos.

Dominaba completamente el pueblo, el cerro descarnado, desfigurado por largos jirones blanquecinos, allí donde la erosión había desnudado sus flancos hasta la propia roca. Trató de acordarse de los robles altos y de la vida agitada en sus ramas, de las palomas golosas de sus bayas negras, los caobos bañados por una luz oscura, los frijoles-congo cuyas vainas secas zumbaban con el viento, los cerros alargados de los sembradíos de batatas: todo eso lo había lamido el sol, borrado de un solo soplo con su lengua de fuego.

Se sintió abatido y como traicionado. El sol pesaba en sus espaldas como un fardo. Bajó la cuesta, retomó el sendero alargado. Entraba en una sabana donde erraba, entre matorrales espinosos y como buscando una hierba escasa, un ganado enflaquecido. Sobre los altos cactus se posaban bandadas de cuervos que al acercárseles, huían en un negro alboroto de graznidos interminables.

Fue allí donde la encontró. Tenía un vestido azul recogido en la cintura con un chal. Las puntas anudadas de un pañuelo blanco que le ataba el pelo cubrían su nuca. Llevando en la cabeza un cesta de mimbre, caminaba rápido, sus caderas robustas se movían al compás de sus largos pasos.

Al ruido de sus pasos, volteó sin detenerse, dejando ver su rostro de perfil y respondió a su saludo con un “buenos días señor” tímido y algo inquieto.

Le preguntó, como si la hubiera visto ayer, —pues había olvidado las costumbres—, cómo estaba.

—Con el favor de Dios, sí, respondió.

Le dijo:

—Yo soy de por aquí: de Fonds-Rouge. Hace mucho que me fui del país, espera: en Semana Santa hará quince años. Estaba en Cuba.

—Ah... sí, dijo ella, calladito. No se sentía tranquila con la presencia de ese extranjero.

—Cuando me fui, no había esta sequía. El agua corría en la quebrada, no mucha, para decir la verdad, pero siempre lo necesario hasta, a veces, si la lluvia caía en los cerros, bastante como para una pequeña crecida.

Miró a su alrededor.

—*Parece*¹³ una verdadera maldición.

No dijo nada. Había aminorado la marcha para dejarlo pasar, pero él le dio paso a su vez y caminaba a su lado.

Disimuladamente, le echó una mirada furtiva.

“Es mucho atrevimiento” pensaba, pero no osaba decir nada.

Como él caminaba sin mirar por donde iba, se dio contra una roca gruesa que afloraba y que se deshizo en brinquitos ridículos.

—¡Ago!, exclamó ella estallando en risa.

Se dio cuenta, entonces, de que tenía unos dientes blancos, bellos, ojos muy francos y la piel negra muy fina. Era una negra alta y fuerte y le sonrió.

—¿Hoy es día de mercado? Le preguntó él.

—Sí, en la Croix-des-Bouquets.

—Es un mercado grande. En mis tiempos, los campesinos venían de todas partes para ir el viernes a ese pueblo.

—Hablas de los tiempos de antes como si ya fueras un hombre mayor. Se asustó, ahí mismo, de su osadía.

Le respondió, arrugando los párpados como si viera desplegarse un largo camino ante él:

—No es tanto el tiempo lo que cuenta para la edad, son las tribulaciones de la existencia: quince años que pasé en Cuba, quince años tumbando caña, todos los días, sí, todos los días, desde el amanecer hasta el atardecer. Al principio uno siente los huesos de la espalda retorcidos como un trapo. Pero hay algo que te hace *aguantar*¹⁴ que te permite soportar. ¿Sabes lo que es, dime: sabes lo que es?

Hablaba con los puños cerrados:

13. En español en el original.

14. En español en el original.

—La rabia. La rabia que te hace apretar las quijadas y ajustarte el cinturón contra la piel del estómago cuando tienes hambre. La rabia es una gran fuerza. Cuando hicimos *la huelga*¹⁵, cada hombre se preparó, cargado como un fusil, con su rabia hasta los dientes. La rabia era su derecho a la justicia. Nadie puede contra eso.

Comprendía mal lo que decía, pero era toda oídos a esa voz sombría que acompañaba las frases mezclándolas de vez en cuando con el brillo de una palabra extranjera.

Suspiró:

—Jesús María Virgen Santa, para nosotros, los desgraciados, la vida es un tránsito sin misericordia en la miseria. Sí, hermano, así es: no hay consuelo.

—Pues sí hay un consuelo, te lo voy a decir: es la tierra, tu pedazo de tierra hecho para el valor de tus brazos; con tus árboles frutales alrededor, tus animales en el pasto, todas tus necesidades al alcance de la mano y la libertad que no tiene más límites que la estación buena o mala, la lluvia o la sequía.

—Dices la verdad, contestó ella, pero la tierra ya no da nada y cuando por suerte le has arrancado algunas batatas, algunos granos de mijo, los víveres no valen nada en el mercado. Entonces la vida es una penitencia, eso es lo que es la vida hoy.

Bordeaban ahora los primeros cercados de cactus-candelabros. En los claros entre cujíes se agazapaban las chozas miserables. Sus techos ajados cubrían una delgada mezcla de bahareque y de cal resquebrajada. Delante de una de ellas, una mujer trituraba unos granos con la ayuda de un largo pilón de madera. Se detuvo, el gesto suspendido, para verlos pasar.

—Comadre Saintèlia, buenos días, sí, gritó desde la carretera.

—Eh, buenos días cuñada Annaïse, ¿cómo está tu gente, mi negra bella?

—Todos bien, mi comadre, ¿y tú?

—Ahí vamos, no, menos mi marido que está acostado con fiebre. Pero se le va a pasar.

—Sí, se le va a pasar, mi amor, con el favor de Dios.

Caminaron un rato.

15. En español en el original.

—Entonces, dijo él, tu nombre es Annaïse.

—Sí, Annaïse es mi nombre.

—Yo me llamo Manuel.

Se cruzaron con otros campesinos con los que ella intercambió largos saludos, y a veces se detenía para pedir y dar noticias, porque en Haití es costumbre de buena vecindad.

Por fin, llegó frente a una empalizada. Se veía la choza al fondo del patio, a la sombra de los campeches.

—Aquí mismito vivo yo.

—Yo no voy muy lejos tampoco. Te doy las gracias por la presentación. ¿Nos volveremos a ver?

Ella apartó la cabeza sonriendo.

—Porque vivo, como quien dice, puerta con puerta contigo.

—¡Verdad!, ¿y dónde?

—Allá, a la vuelta del camino. Seguro que conoces a Bienaimé y a Délira: soy su hijo.

Casi le arrancó la mano de la suya, la cara alterada por una especie de cólera dolorosa.

—¡Eh!, *¿qué pasa?*¹⁶, le gritó.

Pero ya ella traspasaba la empalizada y se alejaba rápidamente, sin voltear.

Permaneció algunos segundos clavado en el suelo: “una mujer rara, compadre, se dijo, sacudiendo la cabeza; un momento te sonrío con simpatía y luego, en un parpadeo, te deja sin siquiera un hasta luego. Lo que ocurre en la mente de las mujeres ni el diablo mismo lo sabe”.

Para no perder la compostura prendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo acre que le recordaba a Cuba, la inmensidad extendida de un horizonte al otro, de los campos de caña, el batey del Central azucarero, la barraca maloliente donde, al caer la noche, después de una jornada agotadora, se acostaba revuelto con sus compañeros de infortunio.

Al entrar al patio un perrito arisco saltó hacia él ladrando con rabia. Manuel hizo como si se agachara, como si recogiera y le lanzara una piedra. El perrito huyó con la grupa gacha y gimiendo sin parar.

16. En español en el original.

—Paz, paz, decía la vieja Délira saliendo de la choza.

Se protegió los ojos con la mano para ver mejor al extranjero. Venía hacia ella y en la medida en que avanzaba, una luz deslumbradora se elevaba en su alma.

Sintió el impulso de ir hacia él, pero sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo y vaciló, la cabeza echada hacia atrás.

La apretaba contra él.

Los ojos cerrados, apoyaba la cara contra su pecho y con la voz más débil que un soplo, murmuraba:

—Hijito, ay hijito mío.

Las lágrimas corrían de sus párpados marchitos. Se abandonaba completamente a la lasitud de interminables años de espera, sin fuerzas ni para la alegría ni para la amargura.

De la sorpresa, Bienaimé dejó caer su pipa. La recogió y la limpió cuidadosamente con su chaqueta.

—Dame la mano, muchacho, dijo. Te quedaste largo tiempo por fuera. Tu mamá rezó mucho por ti.

Contempló a su hijo, la mirada nublada por las lágrimas y agregó en tono hosco:

—De todos modos, hubieras podido avisar que llegabas, enviar un vecino delante con el recado. Por poco se muere la vieja de pasmo. De verdad, no tienes consideración, hijo.

Sopesó el bulto.

—Estás más cargado que un burro.

Trató de quitarle el bulto a Manuel, se dobló con el peso y el bulto casi que se le cae. Manuel lo agarró por las correas.

—Deje, papá, este bulto es muy pesado.

—¿Pesado? Protestó Bienaimé, confuso. A tu edad yo cargaba bultos y mucho más considerables. La juventud está echada a perder, no tiene fuerzas. La juventud no vale nada, lo digo yo.

Buscó en su bolsillo con qué llenar su pipa.

—¿Tienes tabaco? Dicen que del país de donde vienes, el tabaco cunde como el monte en nuestros cerros. De todas maneras, la maldición les caiga a esos españoles. Se llevan a nuestros hijos por años y cuando los de-

vuelven no tienen consideración para con sus viejos. ¿De qué te ríes? ¡Ahora se ríe este sinvergüenza!

Indignado tomaba a Délira como testigo.

—Pero papá, dijo Manuel, conteniendo la risa.

—Nada de pero papá; te pregunté si tenías tabaco. Me has podido responder, ¿no?

—Es que no me diste tiempo, papá.

—¿Qué quieres decir con eso?, que hablo todo el tiempo, ¿verdad?, ¿que las palabras se me salen de la boca como agua por un colador?, ¿quieres faltarle el respeto a tu propio padre?

Délira trató de calmarlo con un gesto, pero el viejo se hacía el furioso y eso le gustaba:

—Y además se me quitaron las ganas de fumar: me has contrariado demasiado y el día de tu llegada, para colmo.

Pero como Manuel le ofrecía un cigarro, lo agarró, lo olió con veneración, hizo un gesto fingido como de asco:

—Me pregunto si es bueno. A mí me gustan los cigarros fuertes, sí señor.

Fue a buscar un tizón en el cobertizo cubierto de hojas secas de palma que hacía de cocina.

—No le hagas caso, dijo Délira, tocando la cara de su hijo con ademán de tímida adoración. Él es así, es la edad, pero tiene buen corazón, sí.

Bienaimé volvió. Tenía su cara de buen tiempo.

—Gracias, hijo mío, por el cigarro. Es un cigarro de verdad, verdad. Eh Délira, ¿por qué te da por pegártele al muchacho como bejuco trepador?

Aspiró una bocanada profunda, contempló el cigarro con admiración, escupió un largo salivazo.

—Sí, carajo, es un verdadero cigarro; merece su nombre. Vamos a tomar algoito contra las emociones, hijo.

Manuel volvió a encontrar la casa fiel de su memoria: la veranda estrecha con la balaustrada, el suelo apisonado, empedrado, los muros vetustos de bahareque en los que transparentaba la paja.

Recobró su antigua mirada, una mirada en la que se desvaneció la ola amarga de los campos de caña y la tarea que cumplir cada día para el cansancio sin fin del cuerpo agobiado.

Se sienta; está en su casa, con los suyos, devuelto a su destino: esta tierra rebelde y su barranco alterado, sus campos devastados, y, sobre su colina, la crin arisca de las plantas alzadas contra el cielo intolerable como un caballo encabritado.

Toca la vieja despensa de roble: buenas, buenos días y volví; sonrío a su madre que limpia los vasos; su padre está sentado, las manos en las rodillas y lo mira: se olvida de fumar su pipa.

—La vida es la vida, dijo al fin, sentenciosamente.

—“Sí, es verdad, piensa Manuel, la vida es la vida: por más que tomes por el atajo, des un largo desvío, la vida es un continuo retorno. Los muertos, dicen, vuelven a ella en Guinea y la muerte misma no es sino otro nombre para la vida. El fruto se pudre en la tierra y alimenta la esperanza del nuevo árbol”.

Cuando bajo la golpiza de los Guardias Rurales sentía sus huesos quebrarse, una voz inflexible le soplabá: estás vivo, estás vivo, muerde tu lengua y tus gritos porque eres un hombre de verdad, con lo que hace falta en donde hace falta. Si caes, serás sembrado para una cosecha invencible.

*Haitiano maldito, negro de mierda*¹⁷ gritaban los Guardias. Los golpes ni siquiera le dolían ya. A través de una neblina atravesada de golpes fulgurantes, Manuel oía, como una fuente de sangre, el rumor inagotable de la vida.

—¿Manuel?

Su madre le servía de beber.

—Tienes un aire distraído, como quien ve espantos en pleno día, dijo Bienaimé.

Manuel bebió el vaso de un solo trago.

El alcohol perfumado de canela le lamió el hueco del estómago con una lengua ardiente y su ardor se precipitó en sus venas.

—Gracias mamá. Es un buen cleren¹⁸ y calienta bastante.

Bienaimé bebió a su vez, después de haber vertido algunas gotas en el suelo.

17. En español en el original.

18. En el original *clairin*: aguardiente de caña fabricado en instalaciones rudimentarias.

—Olvidaste las costumbres, lo regañó. No tienes consideración para con los muertos; ellos también tienen sed.

Manuel se ríe.

—Oh, no tienen que temerle a un resfriado. Yo sudé y mi garganta estaba seca de escupir polvo.

—No es insolencia lo que te falta y la insolencia es el don de los tontos.

Bienaimé empezaba a disgustarse de nuevo pero Manuel se levantó y le puso la mano en el hombro:

—¿Como que no estás contento de volverme a ver?

—¿Yo?, ¿quién dijo eso?

De la emoción, el viejo tartamudeaba.

—No, Bienaimé, dijo Délira calmándolo, nadie dijo eso. No, querido papá, tu tienes tu alegría y tu satisfacción. Aquí está nuestro hijo. Dios nos dio la bendición y el consuelo. Ay gracias Jesús María Virgen Santa, gracias mis santos, les doy las gracias tres veces.

Lloraba; sus hombros se movían débilmente.

Bienaimé se aclaró la voz:

—Voy a avisar al vecindario.

Manuel rodeó a su madre con sus largos brazos musculosos:

—Ya está bueno de tristeza, te lo ruego, mamá. Desde el mismo día de hoy, me quedo aquí mismito para el resto de mi vida. Durante todos esos años pasados, yo era como una raíz arrancada en la corriente del río; deambulé por países extranjeros; vi la miseria cara a cara; me debatí con la existencia hasta encontrar de nuevo el camino de mi tierra y para siempre.

Délira se limpió los ojos:

—Anoche estaba sentada aquí donde tú me ves; el sol se había acostado, la negra noche estaba ya allí; había un pájaro en el monte que gritaba sin parar; tenía miedo de una desgracia y pensaba: ¿Me voy a morir sin volver a ver a Manuel? Es que estoy vieja, mi hijo; tengo dolores, el cuerpo no anda bien y la cabeza peor. Y después, la vida es tan difícil. El otro día le decía a Bienaimé, le decía: ¿Bienaimé, cómo vamos a hacer? La sequía nos invadió; todo muere: los animales, las plantas, los cristianos. El viento no empuja las nubes, es un viento maldito que arrastra el ala a ras de la tierra como las golondrinas y que levanta una humareda de polvo: mira esos re-

molinos sobre la sabana. Del levante al poniente no hay ni un solo grano de lluvia en todo el cielo: entonces, ¿es que acaso Dios nos abandonó?

—Dios no tiene nada que ver con esto.

—No digas locuras, hijo. No blasfemes.

La vieja Délira, aterrada, se persignó.

—No hablo mal, mamá, están los asuntos del cielo y los asuntos de la tierra: son dos, pero no son la misma cosa. El cielo es el jardín de los ángeles; son felices; no tienen que molestarse por la comida y la bebida. Y seguro que hay ángeles negros para hacer el trabajo pesado de lavar las nubes o barrer la lluvia y limpiar el sol después de la tormenta, mientras los ángeles blancos cantan como ruisñores todo el santo día o tocan trompeticas como aparece en las imágenes que uno ve en las iglesias.

Pero la tierra es una batalla día a día, una batalla sin descanso: desbrozar, sembrar, escardar, regar, hasta la cosecha y entonces, tú ves tu campo maduro, acostado cada mañana delante de ti, bajo el rocío, y dices: “yo, Fulano, gobernador del rocío”, y el orgullo penetra en tu corazón. Pero la tierra es como una mujer buena, a fuerza de maltratarla, se rebela: vi que talaron los cerros, la tierra toda está desnuda y sin protección. Son las raíces las que hacen amistad con la tierra y la retienen: son los mangos, los robles, los caobos, que le dan las aguas de lluvia para su enorme sed y su sombra contra el calor del mediodía. Es así y no de otro modo, si no, la lluvia descarna la tierra y el sol la escalda: no quedan sino las rocas.

Digo la verdad: no es Dios que abandona al hombre, es el hombre que abandona la tierra y recibe su castigo: la sequía, la miseria y la desolación.

—No quiero oírte más, dijo Délira, moviendo la cabeza. Tus palabras se parecen a la verdad y la verdad es tal vez un pecado.

El vecindario llegaba. Eran los campesinos: Fleurimond Fleury, Dieuville Riché, Saint-Julien Louis, Laurélien Laureore, Joachin Eliacin, Lhérison Célhomme, Dorélien Jean-Jacques, el Simidor Antoine y las comadres Destine, Clairemise y Mérillia.

—Primo, dijo uno, te quedaste mucho tiempo por allá.

—Hermano, dijo el otro, estamos contentos de verte.

Y un tercero lo llama: cuñado, y todos le toman la mano entre sus grandes manos rugosas de trabajadores de la tierra.

Destine lo saludó con una reverencia:

—No es por reprocharte, pero a Délira se le roía la sangre, la pobre.

Y Clairemise lo abraza: somos parientes. Délira es mi tía. El otro día le contaba un sueño: veía un hombre negro, un hombre de mucha edad. Estaba plantado en la carretera, allí en el cruce del camino de las palmas y me dijo: busca a Délira. No entendí lo demás. Los gallos cantaban, me desperté. Tal vez era Papá Legbá¹⁹.

—O era yo, dijo el Simidor: soy viejo y negro, pero le sigo gustando a las mujeres. Saben que con los bastones viejos se hace mejor camino. Hasta me ven en sueños.

—Cállate ya, dijo Clairemise. Tienes un pie en la tumba y todavía vives en el desorden.

El Simidor se rió un buen rato.

Estaba todo doblado ahora y se bamboleaba como un árbol podrido en la raíz, pero afilaba su lengua todo el día con la piedra de las reputaciones y te contaba una cantidad de cuentos y de chismes sin ahorrar saliva.

Miró a Manuel con un destello de malicia por el rabillo del ojo y descubriendo sus pocos dientes descarnados:

—Con permiso, el refrán dice: *piedra movediza no cría moho*²⁰, pero mal rayo me parta si no eres un negro bien plantado.

—¡Está siempre diciendo tonterías en sociedad!, le espetó Destine ¡Y ahora maldiciendo otra vez! ¡Maleducado, eso es lo que es usted!

—Sí, dijo Bienaimé con orgullo. Es un negro fuerte. Reconozco mi raza; los años me han encogido, pero en mi juventud le llevaba una cabeza.

—Délira, interrumpió Mérillia, Délira querida, te voy a preparar un té contra el pasmo. Tuviste suficientes emociones hoy.

Pero Délira contemplaba a Manuel, su frente dura y pulida como una piedra negra, su boca con un pliegue terco que contrastaba con la expre-

19. *Legba*: dios de la mitología vodú, equivale a *Eleguá* en la santería cubana. *Legba* es el intérprete de los dioses y por esto es invocado en primer lugar en toda ceremonia. Guardián de la puerta que separa el mundo místico del mundo de los hombres es, por extensión, protector de los caminos y de los senderos.

20. En créole en el original: *Pissé qui gaillé pas cumin*. Lit.: orín regado no fermenta.

sión velada y como lejana de sus ojos. Una alegría algo dolorosa se movía en su corazón como un niño.

—Bueno, comenzó Laurélien Laure, —era un campesino rechoncho, de movimientos y hablar lentos; cuando hablaba cerraba los puños como para retener el hilo de las palabras—, bueno; dicen que en Cuba hablan una lengua distinta a la de nosotros, como quien dice una jerga. Dicen también que conversan tan rápido que puedes abrir enorme el pabellón de la oreja y no entiendes nada de nada, como si montaran cada palabra sobre las cuatro ruedas de una carretilla a toda velocidad. ¿Tú la hablas, esa lengua?

—Claro, respondió Manuel.

—Y yo también, gritó el Simidor. Acababa de tragar, uno tras otro dos vasos de clerén. Pasé la frontera varias veces: esos dominicanos son gente como nosotros, pero tienen un color más rojo que los negros de Haití y sus mujeres son unas mulatas de larga crin. Conocí a una de esas pícaras, estaba bien sabrosa, para decir la verdad. Antonio me llamaba, así era como me llamaba. Y bueno, en cuestión de comparación con las mujeres de por aquí, no le faltaba nada. Tenía todo y de buena calidad. Podría jurarlo, pero Destine me insultaría después. Destine, mi amor, la lengua no es lo que cuenta, no, es lo demás, créeme.

Ahogó la risa en una tosecita.

—Yo no soy tu amor y tú eres un vagabundo, un hombre sin palabra.

Destine estabas fuera de sí, pero todos se pusieron a reír. Este Antoine, francamente...

La botella de clerén circulaba. Manuel bebe pero observa a los campesinos, descifrando en las arrugas de sus rostros la escritura implacable de la miseria. Se mantienen a su alrededor; están descalzos y por los rotos de sus trapos remendados se les ve la piel seca y terrosa. Todos llevan el machete a un lado, por costumbre, sin duda, porque ¿qué trabajo se ofrece ahora a sus brazos desempleados? Cortar un poco de monte para reparar las cercas de los conucos, tumbar algunos cujíes para el carbón que sus mujeres van a vender sobre el lomo de un burro hasta el pueblo. Es con eso que deberán prolongar sus existencias hambrientas, agregando la venta de las aves y, por aquí y por allá, una novilla flaca cedida a bajo precio en el mercado de Pont Beudet.

Pero, por los momentos, parecían haber olvidado su suerte: envalentonados por el alcohol se reían con el parloteo incansable de Antoine:

Caramba, que lo digo yo, –¿tengo la costumbre de decir mentiras? Digo que esa negrita, esa señorita Hèloïse se redondea cada día más. Eso es lo que pasa cuando uno se pone a jugar gárgaro²¹ con los muchachos del vecindario. En mis tiempos esos asuntos de muchachas eran un problema y una dificultad. Había que maniobrar, disimular, hablar francés, en fin, todas las payasadas, todos los simulacros y al final de cuentas, te encontrabas colocado²² de verdad y para decirlo como es, amarrado como un cangrejo, con una casa por construir, muebles por comprar, sin contar la vajilla.

Me acuerdo de Mélie. La diabla esa hubiera podido prenderle fuego a un confesionario. Una piel negra sin reproches, gracias a Dios, ojos con cejas de seda y largas como cañas al borde de un estanque, dientes hechos a propósito para la luz del sol y con aquello bien redondito, bien gordito como a mi me gusta. La mirabas y un sabor de pimienta se te subía a la boca. Caminaba con un contoneo sabroso: era una danza para la perdición del alma. De verdad te trastocaba hasta los tuétanos.

Una tarde me encuentro con Mélie que regresaba de la fuente, cerca del conuco de maíz del compadre Cangé. El sol se iba a acostar: era casi el anochecer. El camino no era transitado.

Conversa que te conversa, le agarro una mano a Mélie; ella baja los ojos y dice solamente: “Antoine, ho, eres atrevido, sí, Antoine”. En esos tiempos éramos más cultos que ustedes negros de hoy, teníamos instrucción: comienzo entonces en mi francés-francés: “Señorita, desde que yo la he visto, en el porche de la casa parroquial, tuve una transportación de amor por ti. Ya corté palos y paja para construir esa casa de usted. El día de nuestro matrimonio, las ratas saldrán de sus ratoneras y los cabritos de Minnaine vendrán a berrear delante de nuestra puerta. Entonces, para asegu-

21. En el original: Jouer à qui l’aura: se refiere probablemente al juego de niños y adolescentes denominado gárgaro.

22. En el original: *Placé* (colocado). El “*Plaçage*” es, en su origen, una unión poligámica, importada de África que se criollizó. Esta unión que corresponde a un matrimonio, representa para la mayoría de la población haitiana la forma de fundar un hogar.

rar nuestro compromiso de amor, pido permiso, Señorita, para una pequeña sinvergüencería”.

Pero Mélie me quita la mano, sus ojos relampaguean y me responde: “no señor, cuando los mangos florecen y los cafés maduros, cuando el cumbite atraviesa el río al son de los tambores, entonces, si usted es un hombre serio, usted irá a conocer mi papá y mi mamá”.

Para comer hay que sentarse a la mesa, para tener a Mélie tuve que casarme. Era una buena mujer, está muerta hace tiempo ya. Descanso eterno para ella. Así sea.

Y se empujó de un solo trago un pocillo de clerén. Los campesinos se echaron a reír.

—Ah, la canalla, murmuró Destine torciendo su boca con desprecio.

Pero Laurélien Laureore con una especie de paciente dedicación en su rostro plácido, interrogaba a Manuel:

—Bueno: te pregunto otra vez, ¿tienen agua?

—En cantidad, *viejo*²³. El agua corre de un lado a otro de las plantaciones y es una caña hermosa la que crece allí y de mejor rendimiento que nuestra caña criolla.

Todos escuchaban ahora.

—Podrías caminar de aquí a la ciudad sin ver más nada sino la caña, la caña por todos lados, salvo a ratos, una palmera sin importancia, como una escoba olvidada.

—Entonces dices que tienen agua, dijo Laurélien Laureore como pensativo.

Y Dieuville Riché preguntó:

—¿Y de quién es esa tierra y toda esa agua?

—De un blanco americano, Mister Wilson se llama, y la fábrica también y todos los alrededores son de su propiedad.

—Y los campesinos, ¿hay campesinos como nosotros?

—¿Quieres decir con un pedazo de tierra, aves, algunos animales con cuerno? No; solo trabajadores para cortar la caña a tanto y tanto. No tienen sino el valor de sus brazos, ni un puñado de tierra, ni una gota de agua,

23. En español en el original.

sino su propio sudor. Y todos trabajan para Míster Wilson y ese Míster Wilson, durante todo el tiempo está sentado en el jardín de su bella casa, bajo un parasol, o juega con otros blancos, a lanzar y lanzar una pelota blanca con una especie de paleta de lavar.

—Eh... dijo el Simidor, amargamente esta vez, si el trabajo fuera bueno, hace ya tiempo que los ricos se lo hubieran acaparado.

—Bien dicho, Simidor, aprobó Saint-Julien Louis

—Dejé miles y miles de haitianos del lado de Antilla. Viven y mueren como perros: *Matar a un haitiano o a un perro*²⁴ es la misma cosa, dicen los tipos de la policía rural, verdaderos animales feroces.

—Es una insolenciatez, exclamó Lhérissou Celhomme.

Manuel permaneció un rato silencioso.

Se acordaba de aquella noche. Iba camino a la reunión clandestina.

Se preparaba la *huelga*²⁵. ¡*Alto!*²⁶, gritó una voz. Manuel se echó a un lado, adosándose a las tinieblas. A pesar del rumor tembloroso del viento en las cañas, percibía no lejos de él, una respiración excitada. Invisible, contraído, las manos listas, esperaba. Alto, alto, repetía nerviosamente la voz. Un débil reflejo rasgó la noche. De un salto, Manuel se apoderó del revólver, quebró el puño del guardia. Rodaron por el suelo, el hombre quiso gritar socorro, Manuel con un golpe de cacha le partió los dientes y golpeó cada vez más fuerte hasta hundirle el arma en los tuétanos.

Sonrió con satisfacción al recordarlo.

—Sí, dijo el Simidor, así es y es una injusticia. Los desgraciados trabajan al sol y los ricos gozan en la sombra, unos siembran, los otros cosechan. La verdad, nosotros, el pueblo, somos como el caldero, es el caldero el que cocina toda la comida, es él el que conoce el dolor de estar sobre el fuego, pero cuando la comida está lista, le decimos al caldero: tú no puedes venir a la mesa, ensuciarías el mantel.

—Es la pura verdad, gritó Dieuveille Riché.

Una tristeza pesada caía sobre los campesinos. La segunda botella de

24. En español en el original.

25. En español en el original.

26. En español en el original.

clerén estaba vacía. Habían vuelto a su condición y a los pensamientos que los atormentaban: la sequía, los campos devastados, el hambre.

Laurélien Laureore tendió la mano a Manuel.

—Me voy hermano. Descansa después de ese largo camino. Me gustaría hablar contigo otra vez sobre ese país, Cuba. Entonces te digo: adiós, sí.

—Adiós *compadre*²⁷.

Uno tras otro lo saludaron, salieron de la choza repitiendo:

—Délira, prima, adiós, sí, Bienaimé, hermano, adiós, sí.

—Adiós vecinos, respondían los viejos, gracias por la cortesía.

En la puerta, Manuel los veía desaparecer por los senderos que, a través del monte, los conducían a sus chozas.

—Debes tener hambre, le dijo su madre. Te voy a preparar de comer: no hay gran cosa, tú sabes.

Bajo el cobertizo de hojas de palma se acuclilló delante de las tres piedras ennegrecidas, prendió el fuego y avivó pacientemente la llama naciente aventándola con la palma de la mano.

Hay luz en su frente, pensaba con éxtasis.

El sol declinaba en el cielo: no faltaba mucho para el Ángelus, pero un vaho de calor espeso de polvo persistía en el horizonte de los cujíos.

III

Debe estar amaneciendo, piensa Manuel. Sobre la puerta trepaba con un ligero frío, la claridad neblinosa del alba. Oía en el patio el canto expresivo de los gallos, el batir de alas y el picoteo afanoso de los pollos.

Abrió la puerta. El cielo bañado por la noche palidecía al levante, pero el monte, todavía dormido, reposaba en una masa de sombra.

El perrito lo recibió de mala gana y mostrando los dientes con rabia, no dejaba de gruñir:

—Pero qué perro tan fastidioso, perro odioso, gritaba la vieja Délira, alejándolo con su voz y con sus gestos.

Se ocupaba ya en calentar el café.

27. En español en el original.

—Te levantaste muy temprano, hijo mío, ¿dormiste bastante?

—Buenos días mamá, papá te doy los buenos días, sí.

—¿Cómo estás hijo?, respondió Bienaimé.

Mojaba un pedazo de casabe en el café.

Délira le ofreció a Manuel un pocillo de agua fresca. Se lavó la boca y los ojos.

—No dormí, se quejaba Bienaimé, no dormí bien. Me desperté en mitad de la noche y no hice sino dar vueltas y vueltas hasta el amanecer.

—Es, tal vez, la alegría que te picaba, subrayó Délira sonriendo.

—¿Cuál alegría? retrucó el viejo. Seguro que eran las pulgas.

Mientras Manuel bebía su café, un rubor subía poco a poco y se alargaba por encima del cerro. La sabana y su maleza encrespada con la luz se apoderaba del espacio, se extendía hasta el borde indeciso donde el alba se soltaba lentamente del abrazo confuso de la noche.

En el monte, las gallinetas salvajes lanzaban su llamado vehemente.

Y sin embargo, la tierra es buena, pensaba Manuel. El cerro se perdió, es verdad, pero la llanura puede dar todavía su buena cantidad de maíz, de mijo y de víveres de toda clase. Lo que haría falta es el riego.

Veía como en un sueño el agua corriendo en los canales como por una red de venas que transportaban la vida hasta lo profundo de la tierra, los plátanos inclinados bajo la caricia cuidadosa del viento, las espigas barbudas del maíz, los cuadrados de patatas alineados en los huertos, toda esta tierra quemada renovada con los colores del verdor.

Se dirigió a su padre:

—¿Y la fuente Fanchon?

—¿Qué, la fuente Fanchon?

Bienaimé desmigajaba en su pipa lo que le quedaba de la colilla de la víspera.

—Hablo del agua.

—Seca como la palma de mi mano.

—¿Y la fuente Lauriers?

—Eres porfiado, hijo. Ni una gota tampoco. No queda sino el claro Zombi pero es una charca de mosquitos: un agua podrida como una culebra muerta enroscada, un agua espesa y sin fuerzas para correr.

Manuel guardó silencio; un pliegue terco le contraía la boca.

Bienaimé arrastró su silla hasta el taparo y se sentó apoyándola contra el tronco. Miraba hacia el camino por donde pasaban los campesinos conduciendo sus asmáticas bestias de carga.

—“Eh, burro, eh”, sus gritos agrios se elevaban en la calma matinal.

—Mamá, ¿cómo van a vivir ustedes?

—Con el favor de Dios, murmuró Délira.

Agregó tristemente:

—Pero no hay misericordia para los desgraciados.

—La resignación no sirve para nada.

Manuel movió la cabeza con impaciencia:

—La resignación es traidora, es casi tan parecida al desaliento. Te parte los brazos; uno espera los milagros y la Providencia con el rosario en la mano, sin hacer nada. Uno pide por la lluvia, uno pide por la cosecha, uno reza las oraciones de los santos y de los loas²⁸, pero la Providencia, déjame decirte, es el propio deseo del hombre de no aceptar la desgracia, de domar todos los días la mala voluntad de la tierra, de someter el capricho del agua a su necesidad, entonces la tierra lo llama: mi amo querido, y el agua lo llama: mi amo querido, y no hay otra Providencia sino su trabajo de campesino serio, ni otro milagro sino el fruto de sus manos.

Délira lo miró con una ternura inquieta.

—Tienes la lengua hábil y viajaste en país extranjero. Aprendiste cosas que sobrepasan mi entendimiento. Yo no soy sino una pobre tonta. Pero tú no le haces justicia a Dios. Él es el Señor de todas las cosas; tiene en sus manos el cambio de las estaciones, el hilo de la lluvia y la vida de sus criaturas. Él es el que le da la luz al sol, y el que alumbró la candela de las estrellas, sopla sobre el día y se hace noche oscura, dirige los espíritus de las fuentes, del mar y de los árboles. Papá Loko²⁹, dice, Señor Agoué³⁰ dice, ¿me oyen? y Loko-Atisou responde: Hágase tu voluntad, y Agoueta-Woyo responde: amén. ¿Ya te olvidaste de estas cosas?

28. *Loa*: nombre genérico de los dioses de la mitología vodú.

29. *Loko*: dios de la vegetación en la mitología vodú, dios de la curación y protector de los curanderos, *Loko* es el que confiere a las plantas sus propiedades curativas y sus virtudes rituales.

30. *Agoueta-Woyo*: dios del mar, de su fauna y de su flora en la mitología vodú. Los barcos que navegan en el mar y los que viven de sus recursos están bajo su protección.

—Hace tiempo que no las oía, mamá.

Manuel sonreía y Délira desconcertada, suspiró:

—Ay, hijo mío, es que es la verdad, sí.

Había amanecido completamente. El sol, de un rojo colérico abrazaba la cresta de los cerros. Las erosiones se avivaron con una luz cruda y los campos aparecieron en toda su desnudez. En la sabana, los bueyes hostigados por los tábanos mugieron largamente. La humareda de los bucanes de las carboneras flotaba por encima de los cujíes.

Manuel fue a buscar su machete.

—Voy a dar una vuelta por el monte, mamá.

—¿Y por dónde?

—Por ahí.

Hizo un gesto vago hacia la colina.

—Te estaré esperando, no te quedes demasiado por el camino, hijo mío.

Mirándolo irse hacia el monte, Bienaimé masculló:

—No ha llegado y ya se pone a vagabundear.

Manuel atravesaba el monte todavía ensombrecido y los ramajes se inclinaban sobre el sendero bordeado de cactus. Pero se acordaba: después de unas curvas y de unos cruces, el sendero desembocaría en el vallecito estrecho donde Bienaimé hace tiempo había desbrozado un pedazo de tierra para sembrar algodón, y después por la escotadura del cerro, subiría hasta el manantial.

Se topó con una bandada de gallinetas que volaron ruidosamente a través de una espesura de palos de campeche: “podría tratar de agarrar a la gaviñana, pero las gallinetas son más astutas que las tórtolas y los hortelanos”. Se sentía lleno de alegría, a pesar del pensamiento obstinado que lo atormentaba. Tenía ganas de cantarle un saludo a los árboles: plantas, oh mis plantas, les digo: honor. Ustedes me responderán: respeto, para que yo pueda pasar. Ustedes son mi casa, ustedes son mi país. Plantas, digo: lianas de mis montes, yo estoy sembrado en esta tierra, estoy ligado con esta tierra: plantas, oh mis plantas, les digo: honor. Respóndanme: respeto, para que yo pueda pasar.

Volvió a tomar ese paso alargado y casi negligente, pero que tiene el garbo de los negros de la llanura, limpiando a veces su camino con un ma-

chetazo rápido y canturreaba todavía cuando llegó a un claro. Un campesino preparaba su carbonera. Era un negro espeso y como prensado en un pilón. Sus manos enormes pendían al final de sus brazos como paquetes de raíces. Su cabello le llegaba hasta la frente terca en pequeñas breñas enrolladas y esparcidas.

Manuel lo saludó pero el otro lo miraba sin contestar: bajo el saliente de sus cejas su mirada se agitaba como un animal desconfiado en una madriguera cubierta de maleza. Por fin, dijo:

—¿Tú eres el negro que regresó ayer de Cuba?

—Yo mismo soy.

¿Tú eres el hijo de Bienaimé?

—Yo mismo soy.

Con la mirada afilada hasta no ser más que un carboncillo ardiente, el campesino midió a Manuel, después, con una lentitud calculada, volteó la cabeza, escupió y se puso a preparar su carbón.

Manuel se debatía entre la sorpresa y la rabia. Un segundo más de ese vuelo rojo sobre los ojos y le hubiera metido al desconocido su insolencia en el cráneo a machetazo limpio pero se dominó.

Siguió su camino remachando su cólera y su malestar: *El hijo de puta...*³¹ ¿pero qué pasa? Se acordó del cambio brusco de actitud de Annaïse. “Hay algo que no está claro en todo esto”.

El vallecito se extendía al pie del cerro, las aguas rodando desde lo alto lo habían zanjado y por la pendiente, la tierra rodada había ido a perderse a lo lejos. Los huesos de las piedras perforaban su piel y las tunas que son, entre las plantas, como arañas velludas de espinas, lo habían invadido.

Manuel tomó el flanco del cerro. Subía en la llamarada del sol. Echó un vistazo hacia la llanura, su color enfermo, la crin grisácea de sus cujjes, la quebrada mostrando al sol la larga hilera de las piedras. Volteó en el sendero que descendía en la curva hacia la falla donde en otro tiempo corría la fuente Fanchon.

Las losas de las piedras alisadas por el agua sonaron bajo sus pasos. La había conocido venosas de musgo húmedo; se acordaba del agua pura con su

31. En español en el original.

fraseo largamente desahogado, sin comienzo ni fin y el soplo del viento roto por los gritos del aire como ropa mojada. Venía de lejos, la fuente, recordaba Manuel, venía de los riñones mismos del cerro, caminando secretamente, filtrándose con paciencia en lo oscuro, para aparecer por fin, en la brecha de la colina, limpia de limo, fresca y clara como la mirada de un ciego.

No quedaba de ella sino una cicatriz de grava y de maraña, y más lejos, allí donde comenzaba la parte llana del vallecito, bloques de rocas que habían rodado del cerro, reposaban como ganado apacible alrededor de un arenal.

Había querido cerciorarse, y bueno, ahora sabía, y con la fuente Lauriers debía ser parecido: un hueco de barro cuajado y eso era todo; entonces había que resignarse a empeorar lentamente, a hundirse sin remedio en la arena movediza de la miseria y decirle a la tierra: “adiós, renuncio”. No, detrás de los cerros, había otros cerros, y que un rayo lo parta si no excavaba las venas de sus barrancos con sus propias uñas hasta encontrar el agua, hasta sentir su lengua húmeda sobre la mano.

—¿Compadre, no viste una yegua rucia por estos parajes?

Era la voz de Laurélien.

—La maldita rompió la cuerda.

Bajó pesadamente la pendiente hacia Manuel.

—Así que vuelves a conocer tu país, hermano.

—Oír y ver son dos, respondió Manuel, para eso vine aquí desde tempranito. Me decía a mí mismo, me decía: tal vez quede un hilito escondido. A veces pasa que el agua se pierde en el colador de la arena y después se escurre hasta encontrar lo duro y hace su camino en el fondo de la tierra.

Extrajo un terrón con su machete, lo estrelló contra una piedra. Estaba lleno de ramitas y de detritus de raíces secas que se desmoronaban en los dedos.

—Mira, no hay más nada, el agua se secó desde las entrañas del cerro. No vale la pena buscar más lejos porque es inútil.

Y con una cólera repentina:

—Pero por qué, carajo, cortaron los árboles: los robles, los caobos y todo lo que crecía allá arriba. Qué negros tan irresponsables, negros sin comedimiento.

Laurélien luchó un momento con las palabras:

—Qué querías hermano... clareamos por la leña, cortamos para construir y reparar las chozas, reparamos las cercas de los conucos, no sabíamos, la ignorancia y la necesidad van juntas, ¿no es verdad?

El sol raspaba la espalda despellejada del cerro con uñas rutilantes, la tierra jadeaba en su barranca alterada, y el campo horneado en la sequía, comenzaba a calentarse.

—Se hace tarde, dijo Laurélien... Mi yegua debe estar corriendo por ahí; está en celo y me da miedo que la desgraciada se haga cubrir por el alazán cojo del compadre Dorismond.

Treparon juntos la cuesta.

—¿Vienes mañana, si Dios quiere, a la gallera?

—Si me provoca, dijo Manuel.

Estaba preocupado por una sola cosa de la que no sacaba sino rabia. Laurélien se dio cuenta confusamente y guardó silencio. Llegados al lugar donde el sendero se bifurca en una subida y una bajada, Manuel se detuvo.

—Laurélien, dijo, te voy a hablar franco, compadre. Óyeme, te ruego, óyeme bien. Este asunto del agua es de vida o muerte para nosotros, la salvación o la perdición. Pasé parte de la noche con los ojos abiertos: no tenía sueño ni reposo de tanto pensar. Yo, Manuel, calculaba cómo salir de esta miseria. Mientras más examinaba la cosa en mi cabeza, más veía que no había sino un solo camino y derecho: hay que encontrar el agua. Cada quien tiene sus convicciones, ¿no es verdad? Bueno. Juré: yo encontraré el agua y la llevaré a la llanura, con la cuerda de un canal al cuello. Soy yo quien lo dice, yo mismo, Manuel Jean-Joseph.

Laurélien le miraba los ojos agrandados:

—¿Y cómo vas a hacer?

—Espera y verás. Pero por el momento, confianza por confianza, es un secreto entre los dos.

—Que la Virgen de Altagracia me reviente los ojos si digo una palabra.

—Bueno, y si te necesito, ¿puedo contar contigo?

—Puedes estar seguro, juró solemnemente Laurélien.

Se dieron la mano.

—¿De acuerdo?, dijo Manuel.

—De acuerdo.

—¿De verdad?

—De verdad, tres veces.

Mientras bajaba la loma, Laurélien le gritó todavía:

—Compadre Manuel, ho.

—Señor, sí, compadre Laurélien.

—Puedes apostar mañana por mi gallo: no hay uno mejor.

Manuel bordeó el monte, el último desmonte lo había roído en sus linderos aunque retomaba ahora sus derechos con el crecimiento tenaz de los cactus arborescentes, erizados de agujas, sus largas hojas carnosas, insensibles al movimiento del aire, espesas y lustrosas como la piel de los caimanes.

Cuando llegó a su casa, el cielo que se había vuelto gris plomo, pesaba como una tapa ardiente sobre la abertura de los árboles. La choza apoyada contra el cobertizo parecía abandonada desde una época sin años. Bienaimé dormitaba bajo el taparo. La vida se había descompuesto, paralizada en su curso, el mismo viento barría los campos con ráfagas de polvo; más allá de la sabana, el mismo horizonte cortaba la vista a toda esperanza y zurciendo un vestido mil veces usado, la vieja Délira repasaba, como en un tormento, los pensamientos de todos los días: la reserva de víveres disminuía, estábamos reducidos a unos puñados de mijo y de frijoles-congo, ay Virgen María, no era culpa suya, había cumplido con su deber y tomado las precauciones según la sabiduría de los ancianos. Antes de sembrar el maíz, al amanecer, frente al ojo rojo y vigilante del sol, le había dicho al Señor Jesucristo, dirigiéndose hacia el levante, a los ángeles de Guinea, dirigiéndose hacia el sur, a los muertos, dirigiéndose hacia el poniente, a los santos, dirigiéndose hacia el norte, les había dicho, dejando caer los granos en las cuatro direcciones sagradas: Jesús Cristo, los ángeles, los muertos, los santos: he aquí el maíz que les doy, denme en cambio el ánimo para trabajar y la satisfacción de la cosecha. Protéjanme contra las enfermedades y a mi familia también: Bienaimé, mi hombre, y mi hijo en país extranjero. Protejan este conuco contra la sequía y los animales voraces, es un favor que les pido, por favor, por la Virgen de los Milagros, amén, y gracias.

Alzó sus ojos cansados hacia Manuel:

—¿Ya regresaste hijo?

—Tengo algo que preguntarte mamá, pero primero me voy a lavar.

Vertió agua de la jarra y llenó una ponchera. Torso desnudo, detrás de la choza, su piel, frotada con vigor, tenía una luz lustrosa y sus músculos se estiraban con soltura como lianas hinchadas de savia.

Volvió refrescado y puso el banco debajo del cobertizo. Su madre se sentó a su lado. Le contó su extraña aventura en el monte.

—Dime, ¿cómo era ese negro? preguntó Bienaimé que se había despertado.

—Es un negro, negro, chaparro, membranoso, con los cabellos como granos de pimienta.

—¿Y los ojos hundidos, profundos?

—Sí.

—Es Gervilen, declaró Bienaimé, ah, el maldito, el perro, el vagabundo.

—Y ayer, caminaba con una muchacha y conversábamos amistosamente, pero cuando le dije quién era me dio la espalda.

—¿Qué tipo de negra era?

—De buena estatura, con ojos grandes, dientes blancos, la piel fina. Me dijo su nombre: Annaïse se llama ella.

—Es la hija de Rosanna y del difunto Beaubrun: una caña para pescar imbéciles, con ojos de vaca lechera; en cuanto a su piel, me importa poco, y en cuanto a sus dientes, nunca me he reído con ella como para darme cuenta.

Bienaimé hervía de cólera y las palabras se le enredaban en los copos de su barba.

—¿Por qué somos enemigos? preguntó Manuel.

Sin contestar, Bienaimé fue a buscar su silla.

Bajo el cobertizo había un juego de sombra que venía del follaje de la palma que lo cubría.

—Es, comenzó el viejo, una historia antigua pero no olvidada. Para esa época tu estabas en Cuba.

Mascó el tubo de su pipa.

—La sangre corrió.

—Cuenta papá, lo escucho, dijo Manuel con cortesía.

—Bueno, mi hijo, cuando el difunto Johannes Lonjeannis murió, —lo llamábamos General Lonjeannis porque hizo la guerra con los cacos³² tuvimos que repartir las tierras. Era un verdadero *don*³³, si tienes memoria, ese General Lonjeannis, un hombre de muchos modales, un patriarca: ahora ya no hay: botaron el molde. A través de él, por decirlo de un modo, éramos todos parientes. Había hecho montones de hijos. Con mi propia tía-abuela había tenido a Dorisca, el papá de ese Gervilén, la maldición del infierno sobre su cabeza sarnosa. Un reparto se hace con grandes discusiones, es verdad, pero se trata de la familia, ¿verdad? y uno termina poniéndose de acuerdo. Uno dice ¿entiendes, compadre Fulano? y un compadre Fulano contesta: entiendo y cada uno toma su parte de tierra. La tierra no es una sábana, hay puesto para todos, pero Dorisca se pone sordo como una mula reacia y un buen día llega con su familia y una escolta de seguidores y toma posesión. Nosotros, los otros, vamos a ver lo que pasa. Ya Dorisca y su banda estaban en pleno cumbite y no habían regateado el clérén. Mi hermano, el difunto Sauveur Jean-Joseph, Dios tenga piedad de su alma, no era capón, se acerca el primero: Compadre Dorisca, le dice, no estás en tu derecho. Pero Dorisca responde: Quítate de mi tierra o te corto en pedacitos que hasta los perros van a vomitar. Entonces me insultas, dijo el difunto Sauveur. Mierda, responde Dorisca y tu mamá esto y tu mamá lo otro. No has debido decir eso, dice Sauveur y saca su machete antes que el otro y lo tiende tieso, muerto.

Entonces la batalla comenzó. Hubo heridos en cantidad. Yo mismo...

Bienaimé se levantó la camisa³⁴ y señaló con el dedo la huella de una cicatriz entre los pelos blancos de su pecho.

—Y Sauveur murió en prisión, era mi hermano menor y era un hombre bueno.

Bienaimé se limpió una lágrima con el puño cerrado.

32. Durante la ocupación americana en Haití (1919-1934) se designó con el nombre de *cacos* a los campesinos revolucionarios que lucharon contra esta ocupación.

33. *Don*: palabra proveniente del español que designa en créole a los personajes influyentes y prestigiosos de una comunidad.

34. Véase nota 10 del capítulo I.

—Te escucho, dijo Manuel.

—Terminamos por separar la tierra con la ayuda de un juez de paz, pero compartimos también el odio. Antes éramos una sola familia. Se acabó ahora. Cada uno guarda su rencor y alimenta su rabia. Estamos nosotros y están los otros y entre los dos: la sangre. No se puede saltar por encima de la sangre.

—Ese Gervilen es un hombre lleno de maldades, murmuró Délira, y cuando bebe, el clerén le echa a perder la mente.

—Es un negro sin conciencia, agregó Bienaimé.

Cabizbajo, Manuel oía. Así que un nuevo enemigo se alzaba en el caserío y lo dividía tan netamente como una frontera. Era el odio y su rumiar amargo del pasado ensangrentado, su intransigencia fratricida.

—¿Qué dices? preguntó Bienaimé.

Manuel se había levantado. Delante de sus ojos, los techos de las chozas aparecían entre los árboles y en cada choza se maceraba el veneno negro de la venganza.

—Digo que es una lástima.

—No te entiendo, hijo.

Pero Manuel se alejaba lentamente hacia el campo, caminaba en el sol, pisoteaba las matas secas y encorvaba un poco la espalda como si llevara un fardo.

IV

Unos días más tarde, Manuel reparaba el cobertizo. Remplazaba un travesaño carcomido por un tronco joven de palo de campeche. Lo había podado, desvestido de su corteza y puesto a secar, pero la madera transpiraba un poco de humedad roja.

—Está bien que lo arregles, dijo su madre.

—Estaba podrido, respondió Manuel distraídamente.

Su madre esperó un poquito.

—Porque ya le avisé a Dorméus.

—¿Dorméus?

—El houngan³⁵, hijo.

35. *Hougan*: sacerdote de la religión vodú.

Manuel aseguró el travesaño.

—¿Me oyes, hijito?

—Te oigo, sí.

Hundía los clavos en la carne tierna del palo de campeche.

—Será para pasado mañana, si Dios quiere, dijo Délira.

—Si Dios quiere, repitió Manuel.

—Bienaimé fue a buscar hojas nuevas para tapar el cobertizo. Es un gran deber que debemos cumplir.

Manuel se bajó del banco. Había terminado.

—Es él, Papá Legba, el que te abrió el camino de regreso. Clairemise lo vio en sueños, Atíbon-Legba, Señor de las Encrucijadas. Tenemos que agradecerle. Ya invité a la familia y al vecindario. Mañana irás al pueblo a comprar cinco galones de clerén y dos botellas de ron.

—Iré, respondió Manuel.

En la noche de pasado mañana, los campesinos esperaban bajo el cobertizo recién reparado. Pedazos de vela sujetos al poste ardían con un olor acre y según el batir de alas del viento, lamían la sombra con una lengua humeante.

Un rumor de voz en el camino anunció la llegada de Dorméus. Bienaimé lo esperaba ya en la empalizada. El hougan se adelantó, era un negro grande, rojizo, con la seriedad en cada uno de sus movimientos. Lo seguía la teoría de sus hounsi³⁶, peinadas y vestidas de blanco immaculado, llevando en sus manos ramitas de pino encendido. Precedían al La Place³⁷, encargado del ceremonial, los abanderados, los tocadores de tambor y de gong.

Haciendo una reverencia, Bienaimé le ofreció a Dorméus un cántaro de agua. El hougan lo recibió con gravedad, lo levantó lentamente con sus dos manos juntas hacia los cuatro puntos cardinales. Sus labios murmuraban palabras secretas. Regó luego el suelo, trazó un círculo mágico, enderezó su alta figura y se puso a cantar acompañado de todos los asistentes.

36. *Hounsi*: hombre o mujer que ha pasado por los ritos de iniciación, y que asiste al *hougan* (sacerdote) o a la *mambo* (sacerdotisa) de la religión vodú, durante las ceremonias.

37. *La Place*: título que lleva en una cofradía vodú el maestro de ceremonias. Armado de una espada o de un machete, conduce las procesiones, rinde los honores a los loas y asiste al oficiante. Su título proviene de “comandante general de la plaza”.

Papá Legba, ábrenos la empalizada, ago ye
Atibon Legba, oh, ábrenos la empalizada para poder pasar
Al llegar daremos gracias a los Loas
Papá Legba, Señor de las tres Encrucijadas, Señor de los tres
caminos, Señor de las tres cunetas
Ábrenos la empalizada para que podamos entrar
*Al entrar, daremos gracias a los Loas*³⁸.

—Pase, papá, pase, dijo Bienaimé cediendo humildemente el paso al houngan.

Dorméus se adelantó seguido de su gente. Las antorchas lanzaban una luz furtiva sobre los vestidos blancos de las hounsi, sacaban chispas a las lentejuelas doradas de las banderas. El resto avanzaba en un movimiento más espeso que la noche.

Y Legba ya estaba allí, el viejo Dios de Guinea. Bajo el cobertizo había tomado la forma de Fleurimond pero lo había remodelado a su imagen venerable, de acuerdo con su edad inmemorial: los hombros encorvados y apoyado, jadeante de agotamiento, sobre el bastón de una rama torcida.

Los campesinos abrieron el camino del respeto frente al houngan. Los abanderados balancearon por encima del poseso un palio de banderas desplegadas. Dorméus dibujó el *vêvê*³⁹ mágico a sus pies, plantó en medio una vela encendida.

—Tus hijos te saludan, le dijo a Legba. Te ofrecen este servicio en agradecimiento y en acción de gracias.

Señaló un saco de mimbres que colgaba del poste central:

—Ahí está tu mochila, con los víveres que necesitarás en tu viaje de regreso: la mazorca de maíz tostado, rociada de sirop y de aceite de oliva, tocinos, tortas y el licor para tu sed.

38. En créole en el original: *Papa Legba, l'ouvri barrié-a pou nous, ago yé! / Atibon Legba, ah l'ouvri barrié-a pou nous, pou nous passer / lo n'a rivé, n'a remercié loa yo / Papa Legba, mait'e trois carrefours, mait'e trois chemins, mait' trois rigoles / L'ouvri barrié-a pou nous, pou nous entrer / Lo n'a entré, n'a remercié loa yo.*

39. *Vêvê*: dibujo simbólico que representa los atributos del dios y que el *houngan* traza en suelo al comienzo de la ceremonia vodú con harina de maíz, ceniza, borra de café o con el polvo de ladrillos pilados, para convocar la presencia del dios en cuestión.

—Gracias, dijo el loa con voz apagada. Gracias por la comida y la bebida. Veo que las cosas van mal con esta sequía. Pero va a cambiar, va a pasar. El bien y el mal forman una cruz. Yo, Legba, soy el Señor de esa Encrucijada. Haré que mis hijos criollos vayan por el buen camino. Saldrán del sendero de la miseria.

Un coro de plegarias lo rodeó.

—Hazlo por nosotros, papá, te ruego, ay, papá querido, por favor. La penitencia es muy grande y sin ti estamos indefensos. Piedad, piedad, misericordia.

El poseso asintió con un movimiento senil. Su mano temblaba sobre el bastón y pronunció algunas palabras aún, jadeantes e ininteligibles.

Dorméus hizo una señal: el batir entrecortado de los tambores preluvió, se amplificó en un volumen oscuro, percutido, que rompía la noche y el canto unánime subió, apoyado en el ritmo ancestral y los campesinos se pusieron a bailar su súplica, doblando la rodillas, con los brazos abiertos.

*Legba, hazles ver eso
Alegba-sé, somos los dos*⁴⁰.

Sus padres habían implorado a los fetiches de Whydah⁴¹ bailando este Yanvalou⁴², y en sus días de infortunio se acordaban de él, con una fidelidad que resucitaba de la noche de los tiempos el poder tenebroso de los viejos dioses dahomeyanos:

*Somos los dos, Kataroulo
Valiente Legba, somos los dos*

Las hounsi giraban alrededor del poste central mezclando la espuma de sus vestidos en la ola agitada de los campesinos vestidos de azul y Délira baila-

40. En créole en el original: *Legba, fais leur voir ça / Alegba-sé, c'est nous deux.*

41. Templo de la costa africana dedicado al culto del dios-serpiente Damballah.

42. Yanvalou: danza consagrada al dios Damballah que imita los movimientos de una serpiente.

ba también, el rostro recogido, y Manuel, vencido por la pulsación mágica de los tambores en lo más secreto de su sangre, bailaba y cantaba con los demás.

*Griten abobo*⁴³, *Atibon Legba*
Abobo Kataroulo, Valiente Legba.

Dorméus agitó su *asson*, la maraca ritual, hecha con una calabaza vaciada, adornada con un hilo ensartado de vértebras de culebra y perlas de vidrio de colores entrelazadas. Los tambores callaron. En medio del *vêvê*, el La Place había depositado un gallo color de llama sobre una servilleta blanca a fin de concentrar todas las fuerzas sobrenaturales en un solo nudo viviente, en una zarza ardiente de plumas y de sangre.

Dorméus agarró el gallo y lo sacudió abanicándolo por encima de los sacrificantes.

Mérlia y Clairemise vacilaron temblorosas, el rostro descompuesto. Bailaban ahora, debatiéndose por los hombros en el abrazo furioso de los loas que las poseían en carne y en espíritu.

Santa Maria Gratia

Los campesinos entonaron la acción de gracias, pues era el signo visible de que Legba aceptaba el sacrificio.

De una torsión violenta, Dorméus arrancó la cabeza del gallo y presentó el cuerpo a los cuatro puntos cardinales.

Abobo

Ulularon las hounsi.

El houngan volvió a hacer el mismo gesto de orientación y dejó caer tres gotas de sangre en tierra.

Sangra, sangra, sangra

43. *Abobo*: grito de júbilo religioso.

Cantaron los campesinos.

Durante todo el tiempo Délira se mantenía arrodillada al lado de Bienaimé, las manos juntas, a la altura de su rostro. Buscaba a Manuel con los ojos, pero él, en ese momento, bebía en la choza un vaso de aguardiente con Laurélien y Lhérisson Célhomme.

—Ah, hay que servir a los viejos de Guinea, sí, decía Laurélien.

—Nuestra vida está en sus manos, respondió Lhérisson.

Manuel vació su vaso. El martilleo rauco de los tambores sostenía la exaltación del canto.

—*Vamos*⁴⁴, vamos a ver qué está pasando, dijo.

La sangre del gallo goteaba, alargando un círculo rojo en el suelo.

El houngan, las hounsi, Délira y Bienaimé se mojaron el dedo y se persignaron.

—Te busqué por todos lados, dijo la vieja con un reproche en la voz.

Apenas lo oyó: en un torbellino frenético, las hounsi bailaban y cantaban alrededor del animal sacrificado y al pasar le arrancaban las plumas por puñados hasta desplumarlo completamente.

Antoine recibió la víctima de manos del houngan. Ya no era el Simidor pícaro erizado de malicia como un cactus espinoso: ceremonioso y penetrado de su importancia, representaba ahora a Legba-viejos-huesos encargado de cocinar, sin ajo ni grasa de cochino, lo que ya no era un gallo ordinario sino el *koklo* del loa, revestido con ese nombre ritual y con la santidad que le confería su muerte sagrada.

—Cuidado, compadre, le dijo a un campesino que lo empujaba.

Ahí mismo se calló aterrorizado. Porque ya no era Duperval. Jean Louis ese hombre que saltaba salvajemente, el rostro convulsionado: era Ogoun, el loa temible, dios de los herreros y de los hombres de sangre y gritaba con una voz de trueno:

—Soy yo, soy yo, soy yo, Negro Olichá Baguítá Wanguítá.

Dorméus se le acercó, blandiendo el *asson*. Recorrido por grandes temblores, el poseso gritaba:

—Soy yo, soy yo, soy yo, Negro Batala, Negro Ashadé Bokó.

44. En español en el original.

Entre las manos del houngan, el *asson* sonaba con seca autoridad.

—Papá⁴⁵ Ogoun⁴⁶, dijo Dorméus, no seas entrometido: este servicio no es para ti, con todo el respeto. Un día viene, un día va, tu turno será para la próxima. Déjanos continuar con esta ceremonia.

El poseso echaba espuma, dando saltos violentamente a la derecha y a la izquierda, haciendo retroceder el círculo de campesinos que se encontraban a su alrededor.

—No seas insistente, continuaba Dorméus, pero con menos seguridad ya, porque no había nada que hacer. Ogoun se empeñaba, no se iría, reclamaba su parte en los homenajes y el La Place le presentó su sable que besó, y las hounsi le anudaron un pañuelo rojo alrededor de la cabeza, le ataron otros en el brazo y Dorméus dibujó un *vêvê* en el suelo para permitirle la entrada al loa. Le trajeron una silla y se sentó, una botella de ron y se la bebió a grandes sorbos, un cigarro y se puso a fumar.

—Ah, dijo, el Manuel ese volvió. ¿Dónde está el Manuel ese?

—Estoy aquí, sí, dijo Manuel.

—Contéstame: sí papá.

—Sí papá.

—Como que eres impertinente, ¿no es verdad?

—No

—Contéstame: no papá.

—No papá.

El poseso se levantó de un salto, empujó bruscamente a las hounsi y se puso a bailar mientras cantaba.

Bolada Kimalada, oh kimalada

Vamos a cavar el canal, ago

Vamos a cavar el canal, digo: tengan cuidado

La vena se abre, la sangre corre

45. El creyente del vodú llama Papá a los dioses en señal de respeto y de cariño. En una religión basada en el culto a los ancestros, padres, abuelos, ancianos y dioses (ancestros religiosos) merecen el mayor respeto y veneración.

46. *Ogoun*: dios de la guerra en la mitología vodú.

*La vena se abre, la sangre corre, ho
Bolada kimalada, oh kimalada*⁴⁷.

Se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, en una danza Nago, solo, en medio de los campesinos confusos, después fue disminuyendo con sobresaltos, soplando todavía pero ya más débilmente, pues el loa se iba, y bajo la máscara guerrera de Ogoun, reaparecía lentamente el rostro embrutecido de Duperval. Algunos pasos indecisos, unas sacudidas espasmódicas con la cabeza y Duperval se derrumbó: el loa se había ido. Manuel, ayudado por Dieuveille Riché, levantó al hombre y lo puso aparte. Estaba pesado e insensible como el tronco de un árbol.

—Bienaimé, dijo Délira, Bienaimé, mi negro, no me gusta lo que cantó Papá Ogoun, no. Se me puso pesado el corazón. No sé lo que me pasa.

Pero Dorméus continuaba el servicio de Legba con la ceremonia del *asogwé*. Bienaimé, Délira y Manuel juntaron sus manos alrededor de la mochila y la presentaron sucesivamente a los cuatro puntos cardinales. El hougan plantó las plumas del gallo alrededor del poste central, trazó un nuevo *vêvê*, prendió una vela en el centro.

Las banderas ondulaban, el llamado sordo del tambor disminuyó, precipitando el canto con un nuevo impulso, la voz de las mujeres surgía desde lo bajo horadando la espesa masa coral:

*Legba-si, Legba sangra, sangra
Abobo
Valiente Legba
Los siete Legba kataroulo
Valiente Legba
Alegba-se somos nosotros dos
Ago ye*⁴⁸.

47. En créole en el original: *Bolada Kimalada, o Kimalada / N'a fouillé canal la, ago / N'a fouillé canal la, mouin dis: ago yé / Veine l'ouvri, sang couri / Veine l'ouvri, sang coulé, ho / Bolada Kimalada, o Kimalada.*

48. En créole en el original: *Legba-si, Legba saigné, saigné / Abobo / Vaillant Legba / Les sept Legba Kataroulo / Vaillant Legba, c'est nous deux / Ago yé.*

Manuel se abandonaba a la resaca del baile, pero una tristeza singular se deslizaba en su espíritu. Se encontró con la mirada de su madre y le pareció ver que le brillaban las lágrimas.

El sacrificio a Legba había terminado; el Señor de los Caminos había regresado a su Guinea natal por las vías misteriosas que recorren los loas.

Sin embargo, la fiesta continuaba. Los campesinos olvidaban su miseria; el baile, el alcohol los anestesiaban, arrastrando y ahogando sus conciencias naufragadas en esas regiones irreales y turbias donde acechaba la sinrazón salvaje de los dioses africanos.

Y cuando vino el alba, los tambores sonaban todavía como un corazón inagotable en el insomnio de la llanura.

V

La vida comenzaba de nuevo pero no cambiaba: seguía el mismo camino, el mismo surco, con una indiferencia cruel. Nos levantábamos justo al amanecer; por las resquebrajaduras del cielo oscuro pasaban y se derramaban las primeras claridades confusas. Más tarde, se dibujaba la línea del cerro, con franjas de una luz pálida. Justo cuando el sol tocaba el monte, lo suficiente como para alumbrar, a través de los cujíes, los senderos entrecruzados, Manuel se iba. Abatía los árboles, preparaba en el claro la carbonera donde la leña se quemaría a fuego lento. Después, tomaba el camino del monte. Volvía de su recorrido empapado en sudor y con las manos llenas de tierra. Délira le preguntaba dónde había estado. Respondía con evasivas. Tenía ese pliegue terco en las comisuras de los labios.

Todos los sábados, Délira cargaba el carbón sobre los burros y se iba a la ciudad. Volvía al caer la noche con algunas provisiones miserables y unas pocas monedas. Se sentaba en la choza, agotada, bajo el peso de una inmensa fatiga. Bienaimé reclamaba su tabaco y nunca le parecía suficientemente fuerte.

—A veces, la vieja contaba sus contrariedades. Los inspectores de los mercados, apostados en las inmediaciones de la ciudad, se abatían sobre los campesinos y les robaban sin piedad.

—Viene y me pide que pague, le muestro que ya pagué. Se pone furio-

so y comienza a insultarme. Mira, le digo, si no tienes vergüenza, mira mis cabellos blancos. ¿No tienes mamá para tratarme así? Cierra la jeta, grita —eso es lo que grita— o te arrastro hasta la cárcel por rebelión y escándalo público. Tuve que darle el dinero. No, no hay consideración para nosotros los desgraciados.

Manuel apretaba los puños hasta reventar.

—Bandido, negro sin perdón, gruñía Bienaimé.

Más tarde decía:

—Anda a dormir, mi vieja. Se te cierran los ojos. Hiciste un largo camino.

Délira desenrollaba su estera, la extendía en el suelo. A pesar de las protestas de Manuel, se empeñaba en que ocupara, en el otro cuarto, la cama de caoba.

A veces, venía Antoine en el transcurso de la mañana.

Se acucillaba al lado de Bienaimé.

—Ah, simidor, simidor, decía el viejo, ¿qué miseria es esta?

El Simidor movía la cabeza.

—Esto no se ha visto nunca y agregaba con voz ahogada, mirando con tristeza los campos quemados:

—No me llames simidor. Llámame Antoine; ese es mi nombre. Mira compadre, cuando dices simidor, me acuerdo de los viejos tiempos; esos recuerdos son amargos, amargos como la hiel.

En las tardes, Manuel tejía en la veranda sombreros de palma. Se venderán bien a treinta centavos la pieza en el pueblo vecino. La ceremonia vodú había devorado el poco dinero que trajo de Cuba. Dorméus sólo costó cuarenta piastras.

A menudo, Laurélien venía a verlo. Se sentaba en el banco; sus grandes manos retorcidas hechas para manejar la azada reposaban sobre sus rodillas; decía en voz baja:

—¿Y el agua esa?

—Todavía no, todavía no, contestaba Manuel, pero le estoy siguiendo la pista.

Sus dedos hábiles iban y venían mientras sus pensamientos volaban hacia Annaïse. Varias veces la había apercibido en el pueblo. Cada vez, ella se apartaba; se alejaba con ese paso indolente y balanceado.

Laurélien pedía de nuevo:

—Háblame de Cuba.

—Es un país cinco veces, no, diez, no, veinte veces quizás más grande que Haití. Pero tu sabes, yo estoy hecho de esto, yo.

Tocaba el suelo y acariciaba los terrones.

—Yo soy esto, esta tierra y la llevo en la sangre. Mira mi color, parece que la tierra hubiera desteñido sobre mí, sobre ti también. Este país es el lote de los negros y cada vez que tratan de quitárnoslo, hemos extirpado la injusticia a machetazos.

—Sí, pero en Cuba hay más riqueza, se vive más cómodo. Aquí hay que pelearse duro con la existencia, y ¿de qué sirve? No hay ni siquiera con qué llenarse la barriga y uno no tiene ningún derecho contra los abusos de las autoridades. El juez de paz, la policía rural, los agrimensores, los especuladores de víveres viven de nosotros como pulgas. Pasé un mes preso con toda una partida de ladrones y asesinos porque bajé al pueblo sin zapatos. ¿Y de dónde hubiera sacado el dinero?, te pregunto compadre. Entonces, ¿qué es lo que nosotros somos, los campesinos, los negros-pata-en-el-suelo, despreciados y maltratados?

—¿Lo que somos?, si eso es una pregunta, te voy a contestar: bueno, somos este país y él no es nada sin nosotros, nada de nada. ¿Quién siembra, quién riega, quién cosecha el café, el algodón, el arroz, la caña, el cacao, el maíz, los plátanos, los víveres y todos los frutos si no lo hacemos nosotros?, ¿quién los hará crecer? y con eso, somos pobres, es verdad; somos desgraciados, es verdad, somos miserables, es verdad. Pero ¿sabes por qué, hermano? a causa de nuestra ignorancia: no sabemos todavía que somos una fuerza, una sola fuerza: todos los campesinos, todos los negros de la llanura y de los cerros reunidos. Un día, cuando hayamos comprendido esta verdad, nos levantaremos de un extremo al otro del país y reuniremos la asamblea general de los gobernadores del rocío, el gran cumbite de los trabajadores de la tierra para deshierbar la miseria y sembrar la vida nueva.

—Son palabras consecuentes, sí, dijo Laurélien.

Estaba como ahogado siguiendo a Manuel. Una arruga marcaba sobre su frente el esfuerzo de la reflexión. En el lugar más retirado e inarticulado

de su mente acostumbrada a la lentitud y a la paciencia, allí donde las ideas de resignación y de sumisión se habían formado con una rigidez tradicional y fatal, una cortina de luz empezaba a levantarse. Alumbraba una esperanza repentina, todavía oscura y lejana, pero tenaz, cierta y verdadera como la fraternidad.

Lanzó un chorro de saliva entre los dientes.

—Lo que dices es claro como el agua que corre al sol.

Estaba de pie y sus manos se cerraban como para tratar de retener el hilo huidizo de las palabras.

—¿Ya te vas?

—Sí, no hacía sino pasar antes de ir por los animales. Voy a pensar en tus palabras; tienen peso, eso es seguro. Entonces adiós, jefe.

—¿Por qué me llamas jefe?, dijo Manuel extrañado.

Laurélien bajó la cabeza, reflexionó:

—No lo sé, dijo.

Se fue con su paso tranquilo y sólido y Manuel lo siguió con la mirada hasta el lugar donde desapareció entre los árboles.

Un solo resplandor ciego abrazaba la superficie del cielo y de la tierra. El gorgojeo quejoso de una tórtola se oía. No se sabía de dónde venía. Rodaba en medio del silencio con notas opresivas. El viento se había apaciguado, los campos estaban tendidos bajo el peso del sol, con su tierra sedienta, sus plantas agobiadas y roídas. Sobre la loma lejana, dominando la extensión enmarañada de los kujies, las hojas de palmas pendían inertes como alas rotas.

Delante de cada choza, a la sombra de los pocos árboles que la sequía había perdonado, los campesinos contemplaban su desgracia. Las querellas explotaban sin motivo aparente, el parloteo de las mujeres se agriaba y se convertía fácilmente en pelea. Los niños se mantenían alejados de los pescozones, pero la prudencia no les servía de nada. Se oía una voz irritada que decía:

—Philogène, ho? Señorito Philogène, ¿no oye que lo estoy llamando?

Y el susodicho se acercaba con la muerte en el alma y recibía su merecido en plena calabaza, porque así sonaba.

—Es que las cosas tomaban un mal cariz, el hambre se hacía sentir de

verdad, el precio del gros-bleue⁴⁹ subía en el pueblo, entonces remendábamos la ropa en vano; en algunos el trasero, con el perdón, aparecía en los bostezos del pantalón como un cuarto de luna negra en las rasgaduras de las nubes, lo que no era honorable, no, había que confesarlo.

El domingo en la gallera, el clerén de canela, de limón o de anís se les subía rápido a la cabeza a los campesinos, sobre todo a los perdidosos y hubo momentos en que los garrotes entraban en el juego, gracias a Dios, la cosa no iba más lejos de ahí, no hasta el machete, felizmente y algunos días después nos reconciliábamos pero no era muy seguro de que no guardáramos en el fondo un resto de rencor tenaz.

—Manuel, dijo Bienaimé, ¿si fueras a ver por dónde se fue la becerra pinta, si te fijaras?

Manuel dejó su trabajo, desató la cuerda que colgaba de un clavo y midió su resistencia.

—Amárrala a una estaca pero déjale cuerda para que no se enrede.

—¿Por qué no esperas a que crezca, dijo Délira, que para un ternero para venderlo más tarde en su lugar?

—¿Y de qué viviremos de aquí a allá? Tendremos tiempo de comernos nuestros propios dientes hasta las encías, replicó el viejo.

Como las cercas de los conucos la rodeaban y la alambrada de madera la cerraba al poniente, la sabana servía para encerrar el ganado. Los campesinos sacaban de las vacas un poco de leche de mala calidad. Pero en general, las bestias vivían en libertad salvaje y no se las capturaba sino para marcarlas con el hierro al rojo o para venderlas en el mercado de Pont-Beudet cuando apremiaba la necesidad de tener algunas piastras en la mano.

Una especie de gramínea corta y seca crecía allí en pequeños manojos como el pelo malo de las verrugas y salvo bajo la sombrilla de algunos palos de campeche, el sol ejercía allí su dominio sin límites. “Con el riego, veo todo esto espeso de hierba de Guinea”, pensaba Manuel.

Divisó la becerra: se destacaba en la sabana con su pelaje rojizo y blanco. Hizo un nudo con la cuerda para agarrarla por el lado más corto, cor-

49. *Gros-bleue*: tela gruesa de color azul con la que los campesinos confeccionan sus trajes.

tarle la retirada y empujarla contra el cerro de cactus-candelabros que bordeaban el conuco de Saint-Julien.

Ella se dio cuenta de la maniobra y comenzó a trotar a lo largo. Manuel se precipitó dando grandes zancadas y la enlazó en plena carrera. Lo arrasó, pero él se apostaba firme tironeando la cuerda, tranquilizándola imperiosamente con la voz.

—Oh turbulenta, oh, bandolera, oh mi vaca linda, oh...

Logró enlazar la punta de la cuerda alrededor de un tronco. La becerra se debatió, dando cornadas por todos lados, pero al fin, tuvo que darse por vencida. Manuel esperó un rato y después la condujo a un palo de campeche y la ató a su sombra. “Vas a cambiar de amo, le dijo, acariciándole el hocico. Vas a dejar la gran sabana. Así es la vida, qué quieres”.

La becerra lo miró con sus grandes ojos lacrimosos y mugió. Manuel le acarició el lomo y los flancos con la palma de la mano. “Parece que no eres muy gorda, uno te toca y siente los huesos. No harás mucho dinero, no, seguro que no”.

El sol se deslizaba ahora por la pendiente del cielo que, bajo el vapor diluido y transparente de las nubes tomaba el color del añil en el agua jabonosa. Pero allá, por encima del monte, una empalizada alta flameante lanzaba flechas de azufre en la sangría del poniente.

Manuel volvió a la carretera y atravesó el pueblo. Las chozas se alineaban al azar de los caminos, en el desorden de los senderos. Algo más que los árboles, los conucos, los setos, las separaba. Una rabia sorda y contenida que una chispa haría estallar en violencia y que la miseria exacerbaba, dando a cada campesino esa boca cosida, esa mirada evasiva, esa mano siempre lista contra el vecino.

Pareciera que el pasado no estuviera enterrado desde hace años con Dorisca y Sauveur. Lo refrescaban sin cesar como se aviva con la uña una llaga mal cerrada.

Las mujeres eran las más rabiosas. Estaban completamente desenfrenadas. Es que eran las primeras en saber que no había nada que poner al fuego, que los niños lloraban de hambre, que empeoraban, los miembros flacos y nudosos como madera seca, la barriga enorme. A veces, se ponían mal de la cabeza y se insultaban a la menor ocasión con palabras que no es-

taban permitidas. Pero los insultos de las mujeres no tienen consecuencias, no es sino ruido hecho con el viento. Lo más grave era el silencio de los hombres.

Manuel pensaba en todo eso, caminando por el pueblo. Había algunos que saludaba: Adiós hermano, decía; eh, adiós Manuel, respondía el otro. ¿Y el ánimo?, preguntaba Manuel. Peleando con la vida, respondía aquél. Pero algunos se apartaban o miraban derecho a través de él, como si fuera de humo.

Sin embargo, los conocía bien. ¿No estaban allí Pierrilis, Similien, Mauléon, Ismaël, Termonfis, Josaphat? Había crecido con ellos en medio de esos montes, compartido sus juegos, puesto trampas en la sabana a los hortolanos, robado juntos las mazorcas de maíz. Más tarde, habían mezclado su voz y su fuerza de negros gallardos en los cumbites. ¡Ah! cómo habían limpiado ese conuco del hermano Mirville, y eso que ese día habían bebido más de la cuenta, pero sí, se acordaba, y de todo, no había olvidado nada.

Le daban ganas de adelantarse y decir: eh, primos, no me reconocen, soy yo, Manuel, Manuel Jean-Joseph, el mismo y no otro.

Pero sus rostros eran como murallas negras y sin luz.

No, no había justicia ni razón en esta historia. Había que dejar a los muertos reposar en la paz del cementerio bajo las amapolas. No tenían nada que hacer en la existencia de los vivos, esos aparecidos de a plena luz del día, esos fantasmas ensangrentados y obstinados.

Y además, si encontraba el agua, haría falta el concurso de todos. No sería un asunto fácil llevar el agua hasta la llanura. Habría que organizar un gran cumbite con todos los campesinos y el agua los uniría de nuevo, su aliento fresco dispersaría el olor maligno de la rabia y del odio; la comunidad fraternal renacería con las plantas nuevas, los campos cargados de frutos y de espigas, la tierra colmada de vida simple y fecunda.

Sí, iría a verlos y les hablaría: tenían entendimiento, comprenderían.

Delante de la puerta, Hilarion, el oficial de policía rural, jugaba al tres y siete⁵⁰ con su adjunto.

Por encima de sus barajas miró de reojo a Manuel.

50. *Tres y siete*: juego de cartas que consiste en reunir 21 puntos para ganar.

—Hola, dijo. Tenía ganas de hablar justamente contigo, quédate un momento, tengo algo que decirte.

Y a su adversario:

—Diez de diamante, dame tu as.

—No tengo ases.

—Dame ese as, gritó Hilarion amenazador. El adjunto puso el as.

—Tramposo, usted es un impertinente, dijo triunfante Hilarion.

Recogió las barajas en un paquete en el hueco de su mano y se volteó hacia Manuel.

—Como que te la pasas conversando con los campesinos, ¿no es verdad? Manuel esperaba.

—Hablas de muchas cosas, según parece. Un resplandor malintencionado pasó por sus ojos fruncidos.

—Bueno, no son del gusto de las autoridades, son palabras de rebelión. Desplegó sus cartas en abanico.

—No dirás que no te previne.

Manuel sonrió.

—¿Es todo?

—Es todo, respondió Hilarion, la cabeza metida en sus cartas. Diez de trébol, nueve de trébol, dame tu as.

—Pero no tengo ases, gimió el otro desesperado.

—Dame ese as, en seguida.

El adjunto puso el as de trébol.

—¡Idiota!, fanfarroneó Hilarion, creías que ibas a poder con Hilarion Hilaire, esto te enseñará, pillo.

Su risotada se inflaba todavía cuando Manuel se alejaba. No estaba inquieto. Había conversado con Laurélien, Saint-Julien, Riché y con los demás. Por supuesto que no habían soplado nada, sino sólo discutido y repetido sus palabras y éstas habían llegado a los oídos peludos de ese Hilarion como una mosca se prende a una telaraña. En el fondo era buen signo: la cosa se extendía.

Los niños seguían su porte, fascinados. Para ellos era el hombre que había atravesado el mar, que había vivido en ese país extraño, Cuba; estaba rodeado de misterio y de leyenda.

Manuel alzó a uno por los brazos; era un negrito todo negro, los ojos redondos y pulidos como metras. Le acarició el coco pelado como culo de botella.

—¿Cómo es tu nombre?

—Monpremier, sí.

Pero una voz de mujer gritó con rabia:

—Monpremier, ven acá.

El muchacho salió en carrera hacia la choza; en su precipitación los talones le martilleaban las nalgas desnudas.

Manuel se fue con el corazón intranquilo. Dejó tras él las últimas chozas. Los cardones dorados cubrían con sus soles minúsculos los declives del camino. Un reflejo de luz oblicua se arrastraba sobre la llanura, pero la sombra se anidaba ya en los árboles y manchas moradas se extendían en las laderas de las colinas. Lo que a la luz era áspero y hostil, se apaciguaba y reconciliaba con el final del día.

En la prolongación de la carretera la vio venir. La reconoció en seguida por su vestido oscuro, su pañoleta blanca y porque era alta y solamente ella tenía ese movimiento puro y ágil de sus piernas y ese balanceo suave de caderas, y porque la esperaba.

Caminó lentamente hacia ella:

—Te doy las buenas tardes, sí, Annaïse.

Estaban separados por unos pasos.

—Quítate de mi camino.

Respiraba con fuerza; su pecho se levantaba.

—Cuéntame lo que te hice y dime por qué somos enemigos.

Se sustraía a su mirada.

—No tengo que darte explicaciones. Estoy apurada, déjame pasar.

—Respóndeme primero. No quiero molestarte Annaïse. Te tengo simpatía, créeme, es verdad.

Ella suspiró.

—Ay, Dios mío, qué hombre tan terco, como que no tiene orejas para oír. Te digo que me dejes seguir mi camino, sí.

Se veía que hacía un esfuerzo por acabar con su paciencia y disgustarlo.

—Te busqué por todas partes, pero tú te escondías como si yo fuera el propio diablo. Quería hablarte porque sé que tú puedes ayudarme.

—¿Ayudarte yo?, ¿y cómo?, dijo ella sorprendida.

Por primera vez lo miró y Manuel vio que no había rabia en sus ojos, sino sólo una gran tristeza.

—Te lo diría si quisieras escucharme.

—La gente nos va a ver, murmuró débilmente.

—Nadie vendrá y aun si... ¿No estás cansada, Annaïse, a estas alturas, de todo este odio entre nosotros?

—Ya tenemos bastante con esta existencia, es verdad, ¡ah, es que la vida se ha vuelto difícil, Manuel!

Se contuvo rápidamente:

—Déjame, déjame que me vaya, por la gracia de Dios.

—Entonces no se te había olvidado mi nombre.

Respondió con voz apagada:

—Te ruego, no me atormentes.

Le tomó la mano. Quiso retirarla pero no tenía fuerzas.

—Se ve que eres una buena trabajadora.

—Sí, dijo con orgullo, mis manos están gastadas.

—Tengo que conversar largo contigo, sabes.

—No tendremos tiempo; se acerca la noche, mira.

El camino se borraba, los árboles ennegrecían y se fundían en la sombra. El cielo no tenía sino un resplandor dudoso, ensombrecido y lejano. Sola, en lo más bajo del horizonte, una nube roja y negra se disolvía en el vértigo del crepúsculo.

—¿Me tienes miedo Annaïse?

—No sé, respondió en un soplo oprimido.

—Mañana, hacia el final de la tarde, cuando el sol esté al pie del cerrote esperaré en la loma de las palmas, ¿vendrás?

—No, no.

Su voz era baja y apagada.

—Anna, dijo

Sintió su mano temblar en la suya.

—¿Vendrás, verdad Anna?

—Ah, no me atormentes; es como si hubiera perdido mi ángel de la guarda, ¿por qué me atormentas, Manuel?

Vio sus ojos llenos de lágrimas, y entre sus labios que suplicaban, el resplandor húmedo de sus dientes.

Soltó su mano.

—Llegó la noche, Anna, vete en paz, ve a descansar, mi negra.

Ya no estaba allí, sus pies descalzos no hacían ruido al irse.

Le dijo otra vez

—Te voy a esperar, Anna.

VI

Bajo las palmas había un poco de frescura: un suspiro del viento apenas exhalado se deslizaba sobre las hojas en un largo murmullo ajado y un poco de luz plateada las alisaba con un ligero temblor, como a una cabelle-
ra desenredada.

En la carretera, las campesinas conducían sus asnos cansados. Los animaban con la voz y el eco debilitado de sus gritos monótonos llegaba hasta Manuel. Las perdía de vista por el capricho de una cortina de cujíes, pero aparecían más lejos: era día de mercado y regresaban teniendo todavía por delante un largo trayecto antes de que el sol se acostara. A esta distancia no podía reconocerlas, pero sabía que eran las comadres de su propio pueblo, Fonds-Rouge; de Ravine Sèche que se encontraba más lejos, en el hundimiento del Cerro Crochu, y de los caseríos de las llanuras de Bellevue, Mahotièrre y Boucan Corail.

Iban en fila casi ininterrumpida en el polvo que se levantaba, y a veces una de ellas corría detrás de su bestia que se apartaba y la hacía volver a la fila, con gran cantidad de maldiciones y fuetazos.

Separada de las demás, venía una campesina montada en un caballo alazán. A Manuel la sangre le golpeó en el corazón con latidos precipitados y ardientes. Se detuvo ella, volvió la cabeza varias veces hacia atrás y se internó en un sendero de lado. “Toma el camino de la quebrada, llegará por la curva de la loma”. Prestó oídos y percibió el ruido de los cascos sobre las piedras, era un trote dudoso que se ahogaba en una pisada más rápida cuando el caballo encontraba arena. El terreno inclinaba su maleza raquí-
tica hacia la quebrada. “Por aquí va a pasar, entre estos olmos; saldré y me

verá”. Oía ahora el choque y el rebote seco sobre los guijarros, piedras que rodaban por la pendiente. Apareció por el sendero estrecho. El caballo alargaba el cuello y resoplaba con fuerza. Llevaba un vestido de algodón con flores y un sombrero grande de paja agarrado por una cinta. ¡*Huie!*, decía, animando su bestia con el talón, ¡*huie!*

Manuel dejó su retiro y ella lo vio. Se paró y con un movimiento vivo de caderas saltó de su montura.

El alazán espumaba, sus flancos jadeaban, se veía que Annaïse lo había obligado a un trote considerable a pesar de las rocas y de la subida. Lo conducía por las riendas y lo amarró en la horquilla de un árbol.

Avanzaba hacia él con su paso ágil y parejo, su pecho alto y lleno y bajo el desplegar de su vestido, sus piernas se adelantaban noblemente, desplazando el dibujo floreciente de su cuerpo joven.

Hizo una reverencia delante de él.

—Te saludo Manuel.

—Te saludo, Anna.

Tocó la punta de los dedos de su mano tendida. Bajo el ala de su sombrero un pañuelo de seda azul apretaba su frente. Anillos de plata brillaban en sus orejas.

—Entonces viniste.

—Ya ves, vine, pero no he debido.

Bajó la frente y apartó la mirada.

Luché toda la noche, toda la noche dije no, pero en la mañana me vestí con el canto del gallo y fui al pueblo, cosa de tener una excusa para salir.

—¿Tuviste buena venta en el mercado?

—Ay, Dios, no, hermano, un poquito de maíz, eso fue todo.

Permaneció un rato silenciosa, después:

—Manuel, ho.

—Te escucho, sí, Anna.

—Soy una mujer seria, tú sabes, ningún varón me ha tocado. Vine porque estoy segura de que tu no abusarás.

E interrogándose ella misma, pensativamente:

—¿Por qué tengo confianza en ti, por qué te escucho?

—La confianza es casi un misterio. No se compra y no tiene precio. No

puedes decir: véndeme confianza por tanto de dinero. Es como se dice, una complicidad de corazón a corazón: viene natural y verdaderamente, con una mirada quizás, y el tono de la voz, con eso basta para conocer la verdad o la mentira. Desde el primer día, óyeme Anna, vi que no tenías nada falso, que todo era claro en ti y limpio como una fuente, como la luz de tus ojos.

—No empieces con las galanterías. No te sirve de nada y no es necesario. Yo también, después de nuestro encuentro en el camino, me decía: no es como los otros y se ve bien sincero, pero, ¡cómo habla!, ¡Jesús María y José!, es demasiado profundo para que una infeliz como yo lo entienda.

—No empieces con los cumplidos. No te sirve de nada y no es necesario.

Rieron los dos. La risa de Annaïse rodaba en su garganta echada hacia atrás y sus dientes se mojaban con una blancura resplandeciente.

—Te ríes como las tórtolas, dijo Manuel.

—Y como ellas voy a volar si continúas con tus piropos.

Su rostro negro se aclaraba con una hermosa sonrisa.

—¿No quieres sentarte? Aquí no te ensuciarás el vestido.

Se sentó a su lado, apoyada en el tronco de una palma, su vestido desplegado a su alrededor y juntó las manos sobre sus rodillas.

La llanura se extendía frente a ellos cernida por las colinas. De aquí veían la maraña de los cujíos, las chozas distribuidas en sus claros, los campos abandonados a los estragos de la sequía y en la reverberación de la sabana, el movimiento disperso del ganado. Sobre esta desolación planeaba el vuelo de los cuervos. Regresaban a los mismos circuitos, se posaban sobre los cactus y alertas por no se sabe qué, arañaban el silencio con sus graznidos chirriantes.

—¿Cuál es esa gran conversa que me debías, y quisiera saber cómo yo, Annaïse, podrá ayudar a un hombre como tú?

Manuel se quedó un rato sin contestar. Miraba hacia adelante con una expresión tensa y lejana.

—Mira el color de la llanura, dijo, parece paja en la boca de un horno en llamas. La cosecha se perdió, no hay esperanza. ¿Cómo viven uste-

des? Sería un milagro si viven, pero lo que están haciendo es muriéndose lentamente. ¿Y qué han hecho ustedes contra eso? Una sola cosa: gritarles su miseria a los loas, ofrecerles ceremonias para que hagan caer la lluvia. Pero todo eso son tonterías y necesidades. Eso no vale nada, es inútil y es un gasto.

—Entonces, ¿qué es lo que vale, Manuel? ¿Y tú no tienes miedo de faltarle el respeto a los viejos de Guinea?

—No, respeto las costumbres de los viejos, pero la sangre de un gallo o de un cabrito no puede cambiar las estaciones, cambiar el curso de las nubes e inflarlas de agua como vejigas. El otro día, en ese servicio a Legba, bailé y canté con todas mis ganas. Soy negro, ¿verdad?, y me divertí como negro verdadero. Cuando los tambores suenan, me pega en el hueco del estómago, siento una comezón en mis caderas y una corriente en mis piernas, tengo que meterme en la rueda. Pero es todo.

—¿Es en ese país de Cuba donde agarraste esas ideas?

—La experiencia es el bastón de los ciegos y aprendí que lo que cuenta, ya que me preguntas, es la rebeldía y saber que el hombre es el panadero de la vida.

—Ah, a nosotros es la vida la que nos amasa.

—Porque ustedes son una masa resignada, eso es lo que son.

—¿Pero qué podemos hacer, acaso no estamos sin recursos y sin remedio frente a la desgracia? Es la fatalidad, ¿qué quieres tú?

—No, hasta que uno no esté privado de sus brazos y uno tenga el deseo de luchar contra la adversidad. ¿Qué dirías tú, Anna, si la llanura se pintara de nuevo, si en la sabana la hierba de Guinea creciera alta como un río en crecida?

—Diría gracias por el consuelo.

—¿Qué dirías tú si el maíz creciera en la frescura?

—Daría gracias por la bendición.

—¿No ves los racimos de mijo y los mirlos pillos que hay que espantar? ¿Ves las mazorcas?

Cerró los ojos:

—Sí, las veo.

—¿Ves los plátanos inclinados por el peso de los racimos?

—Sí.

—¿Ves los víveres y los frutos maduros?

—Sí, sí.

—¿Ves la riqueza?

Abrió los ojos.

—Me haces soñar. Veo la pobreza.

—Y sin embargo, es lo que sería, ¿si hubiera qué, Anna?

—La lluvia, pero no una lloviznita, grandes, enormes lluvias seguidas.

—¿O el riego, verdad?

—Pero la fuente Fanchon está seca y la fuente Lauriers también.

—Supón, Anna, supón que descubra el agua, supón que la traiga hasta la llanura.

Alzó hacia él una mirada embelesada:

—¿Harías eso Manuel?

—Se agarraba a cada uno de sus rasgos con un intensidad extraordinaria, como si lentamente él se le revelara, como si por primera vez, ella lo reconociera.

Dijo con una voz ensordecida por la emoción:

—Sí lo harás. Tú eres el hombre que encontrará el agua, tú serás el amo de las fuentes, caminarás en el rocío y en medio de tus plantas. Siento tu fuerza y tu verdad.

—Yo sólo no, Anna. Todos los campesinos tendrán su parte, todos gozarán del beneficio del agua.

Dejó caer sus brazos con desaliento.

—Ay, Manuel, ay hermano, todo el día se la pasan afilando sus dientes con amenazas; uno detesta al otro, la familia está en desacuerdo, los amigos de ayer son los enemigos de hoy y cogieron dos cadáveres como banderas y hay sangre sobre esos muertos y la sangre no está seca todavía.

—Yo sé, Anna. Pero óyeme bien: será un gran trabajo llevar el agua hasta Fonds-Rouge. Se necesitará del concurso de todo el mundo y si no hay reconciliación, no será posible.

Te voy a contar: al principio, en Cuba, estábamos indefensos y sin fuerzas: este se creía blanco, aquél era negro y no había acuerdo entre nosotros; estábamos regados como la arena y los patronos caminaban sobre esa arena.

Pero cuando reconocimos que éramos todos iguales, cuando nos reunimos para la *huelga*...⁵¹

—¿Qué palabra es esa: la huelga?

—Ustedes dicen más bien: paro.

—Tampoco sé lo que quiere decir.

Manuel le enseñó su mano abierta:

—Mira este dedo lo flaco que es y este otro tan débil y este otro no muy valiente y este desgraciado no muy fuerte tampoco y este último solito y por su cuenta.

Cerró el puño:

—Y ahora, ¿no es bien sólido, bien macizo, bien agarrado? Parece que sí, ¿verdad? Bueno, la huelga es eso: un NO de mil voces que no hacen sino una y que se abate sobre la mesa del patrón con el peso de una roca. No, te digo: no y es no. No al trabajo. No a la *zafra*⁵², ni una sola brizna de hierba cortada si no nos pagan el precio justo del valor y del dolor de nuestros brazos. Y el patrón, ¿qué puede hacer el patrón? Llamar a la policía, eso es. Porque los dos son cómplices como la piel y la camisa, y acabe usted con esos bandidos. No somos bandidos, somos trabajadores, proletarios, así es como se llama, y nos quedamos en fila, tercios bajo la tormenta; algunos caen pero el resto aguanta, a pesar del hambre, la policía, la prisión y durante ese tiempo, la caña espera y se pudre de pie, el Central espera con los dientes de su molino desocupados, el patrón espera con sus cálculos y con todo lo que había contado para llenar sus bolsillos y al fin del fin, tiene que conversar. Entonces qué, dice, ¿no podemos conversar? Claro que podemos conversar. Hemos ganado la batalla. ¿Y por qué? porque estamos soldados en una sola línea como los hombros de las montañas y cuando la voluntad del hombre se hace alta y dura como las montañas no hay fuerza sobre la tierra o en el infierno que pueda moverla y destruirla.

Miró a lo lejos, hacia la llanura, hacia el cielo alzado como un acantilado de luz:

51. En español en el original.

52. En español en el original.

—Ves, la cosa mejor del mundo es que todos los hombres son hermanos, que tienen el mismo peso en la balanza de la miseria y de la injusticia.

—Ella dijo humildemente:

—¿Y yo, cuál es mi papel?

—Cuando haya desenterrado el agua, te haré saber y comenzarás a hablarle a las mujeres, es lo más irritable, no lo niego, pero lo más sensible también y llevadas por el corazón, a veces, tú sabes, el corazón y la razón, es igualito. Tú les dirás: Prima Fulana, ¿supiste la noticia? ¿Cuál noticia?, responderá. Como que el hijo de Bienaimé, ese negro que se llama Manuel descubrió una fuente. Pero dice que es un trabajo traerla a la llanura, que habría que hacer un cumbite general, y como estamos disgustados no es posible y la fuente se quedará allá donde está sin provecho para nadie. Y después enfilas la conversación hacia la sequía, la miseria y cómo los niños se debilitan y se enferman y que de todos modos si hubiera el riego eso cambiaría completamente, y si parece que todavía te oye, dirás entonces que esta historia de Dorisca y de Sauveur ya ha vivido quizás su tiempo, que el interés de los vivos va antes que la venganza de los muertos. Tú le haces la ronda a las comadres con esta conversa, pero ve con precaución y prudencia, ve con “es una lástima, sí; y sin embargo, quizás a pesar de todo”. ¿Entiendes mi negra?

—Entendí y te obedeceré, mi negro.

—Si prende, las mujeres no le darán reposo a sus hombres. Los más recalcitrantes se van a cansar de oírlas machacar todo el santo día, sin contar la noche: agua, agua, agua... va a ser una maraquita sin parar en sus oídos: agua, agua, agua... hasta el momento en que sus ojos van a ver realmente el agua correr en los conucos, las matas crecer solitas, entonces dirán: bueno, sí, mujeres, está bien, aceptamos.

Por mi lado, yo respondo por mis campesinos, les hablaré como se debe y comprenderán. Estoy seguro y convencido y veo llegar el día cuando los dos partidos estén frente a frente:

“Entonces, hermanos, dirán unos, es que no somos hermanos”.

“Sí, somos hermanos, dirán los otros”.

“Sin rencor”.

“Sin rencor”.

“De verdad”.

“De verdad”.

“Adelante con el cumbite”.

“Adelante con el cumbite”.

—Ah, dijo ella con una sonrisa maravillada, qué malicioso eres. No tengo ingenio qué va, pero soy astuta también, sí; tú verás.

—¿Tú? tú eres muy viva y como prueba vas a responder a esta pregunta. Es una adivinanza.

Señaló la llanura con la mano estirada.

—¿Ves mi choza? *Bueno*⁵³. Ahora sigue por la izquierda, traza una línea derecha a partir del cerro hasta ese emplazamiento en el lindero del monte. *Bueno*⁵⁴. Es un buen emplazamiento, ¿no? Se podría construir una casa allí, con una balaustrada, dos puertas y dos ventanas y quizás una pequeña escalinata, ¿no? Las puertas, las ventanas, la balaustrada, las veo pintadas de azul. Se ve limpio el azul. Y delante de la casa se sembrarán laureles, no son muy útiles los laureles, no dan sombra ni frutos, pero no es sino por el placer de la decoración.

Pasó su brazo alrededor de sus hombros y ella se estremeció.

—¿Quién será la dueña de la casa?

—Déjame, dijo con voz ahogada, tengo calor.

—¿Quién será la dueña del jardín?

—Déjame, déjame, tengo frío.

Se soltó de su abrazo y se levantó. Había bajado la cabeza, no lo miraba.

—Es tiempo de que me vaya.

—No respondiste a mi pregunta, no.

Comenzó a bajar la pendiente y él la siguió. Desató la rienda del caballo.

—No respondiste a mi pregunta.

Se volvió hacia Manuel.

Una luz iluminó su rostro, no era un rayo de sol poniente, era una alegría grande.

—Oh, Manuel.

53. En español en el original.

54. En español en el original.

Manténíabrada la cálida y profunda dulzura de su cuerpo.

—¿Es sí, Anna?

—Es sí, mi amor. Pero déjame ir. Te lo ruego.

Oyó su ruego y ella se deslizó de sus brazos.

—Entonces adiós, mi señor, dijo con una reverencia.

—Adiós, Anna.

Con un impulso ágil saltó sobre su montura. Le sonrió por última vez y luego espoleando el caballo con el talón, bajó hacia la quebrada.

VII

La noche comenzaba a envolver las cercanías de Fonds-Rouge, pero el alazán, por haberlo hecho tantas veces a esta hora, conocía el camino. Su paso acompasado adormecía los pensamientos de Annaïse; estaba todavía alterada por la languidez que se había apoderado de ella, esa sorpresa deslumbradora de su carne, ese movimiento giratorio de los árboles y del cielo delante de su mirada perdida y al que se hubiera entregado, si su voluntad no se hubiera asido a un pánico oscuro, rota y entregada en los brazos de Manuel.

“Había perdido su alma, ay Dios, Dios bendito, ¿qué era este sortilegio? Algunos desgraciados, hago la señal de la Cruz, protégame, Virgen de Altagracia, conocen los conjuros que transforman a un hombre en animal, en planta o en roca, en un momentico, es verdad, sí. Y yo no soy la misma, qué es lo que me pasa, es una dulzura que casi me hace daño, es un calor que quema como hielo, cedo, me abandono. Oh Dueño del Agua, no hay mala magia en tí, pero tú conoces todas las fuentes, incluso la que dormía en el secreto de mi vergüenza, la has despertado y me arrastra, no puedo resistir, adiós, aquí estoy. Tomarás mi mano y te seguiré, tomarás mi cuerpo en tus brazos y te diré: “tómame y te dará placer y cumpliré tu voluntad. Es el destino”.

El caballo tropezó bruscamente. Alguien o algo acababa de saltar en el camino.

—¿Quién está allí?, gritó alarmada. Hubo una risa socarrona enmohecida:

—Buenas tardes, prima.

—¿Quién está ahí, cuál es tu nombre?

—¿No me reconoces?

—¿Cómo quieres que te reconozca en estas tinieblas?

—Soy yo, Gervilen.

Caminaba a su lado, una sombra encogida, apenas diferente de la noche, y ella sentía una vaga amenaza con su presencia.

—Como que te tardaste en el pueblo.

—Sí, el maíz no se vendía y no se qué le ha dado a este caballo por andar tan lento hoy. Es una ruina este caballo.

—¿Y no temes llegar después de la oscurecida?

—No, no hay malhechores en este camino.

—Los bandidos de la carretera no son los más peligrosos.

Y con la misma risa siniestra:

—Están, sobre todo, los malos espíritus, los demonios, los diablos, una cantidad de Luciferes.

—Pido perdón a Dios, Santiago, San Miguel, ayúdenme, murmuró aterrada.

—¿Tienes miedo?

—La sangre se me puso helada.

Gervilen se calló un momento y en ese silencio Annaïse sentía una angustia insoportable.

—Dicen que hay uno por estos parajes.

—¿Y por dónde?

—¿Quieres saber?

—Sí, dime rápido.

Silbó entre los dientes:

—Sobre la loma de las palmas.

Comprendió ahí mismo que Gervilen los había sorprendido, el malhechor, el Judas.

Dijo con una indiferencia fingida:

—A lo mejor no es verdad.

—Y de todas maneras, tú no pasas por ahí, ¿verdad? No es tu camino.

—No.

—Mientes.

Haló tan violentamente la rienda que el alazán se encabritó y caracoleó los cascos en el aire.

Habría gritado; pero su voz se había quedado en el fondo de su garganta, ronca e hinchada de rabia. Ella respiró un aliento envenenado de aguardiente.

—Mientes, desvergonzada. Los vi con mis propios ojos.

—Suelta esa rienda, estás borracho, estoy apurada.

—¿Borracho? ¿Vas a decir que no me fijé que te puso sus patas encima y que no hiciste nada por impedirlo?

—Y aunque fuera verdad, ¿con qué derecho te metes en mis asuntos? ¿Qué autoridad tienes sobre mí?

—Es mi asunto, carajo. Somos de la misma familia; ¿acaso Rosanna no es la propia hermana de la difunta Miranise, mi mamá?

—Hueles a tafia, dijo con asco. Me mareas.

—Eres bien despreciativa, pero te comportas como una cualquiera y, ¿con quién?, con un inútil que vagabundeó en países extranjeros como un perro sin amo, el hijo de Bienaimé, el sobrino de Sauveur, para decirlo de algún modo, el peor enemigo entre los enemigos.

Hablaba con una ávida vehemencia, pero en voz baja, como si la noche escuchara.

Iban al encuentro de las luces vacilantes. Los perros se pusieron a ladrar. En los patios, las sombras de los campesinos se movían alrededor del rubor de las cocinas al aire.

—¿Annaïse, ho?

No respondió.

—Te estoy hablando, sí, Annaïse.

—¿No has terminado de recriminarme?

—Es que estaba furioso.

—Entonces dime: excúsame.

Murmuró como si cada palabra le fuera arrancada con tenazas:

—Digo: excúsame.

Retenía el caballo por la rienda todavía.

—Annaïse, ¿te has olvidado de lo que te hablé el otro día?

—En cuanto a eso, jamás.

—¿Es tu última palabra?

—La última.

—¿No necesito mandar a Dorismé, mi tío, para que te pida a Rosanna?

—No, es inútil.

Dijo lentamente y con un esfuerzo ronco, como si se ahogara:

—Te arrepentirás Annaïse, y lo juro: que el rayo me reduzca a cenizas y la Virgen me reviente los ojos, sí no me vengo.

Adivinaba en la oscuridad su rostro convulsivo.

—No me das miedo.

Pero la inquietud se apoderó de su corazón.

—Soy un hombre de palabra, acuérdate bien de lo que te digo: ese negro se arrepentirá de haber cruzado el camino de Gervilen Gervilis. Maldito.

—¿Qué es lo que pretendes hacer?

—Maldito, repito. Un día comprenderás esta frase y te morderás los puños hasta el hueso.

—¡Huu!, gritó bruscamente al caballo, pegándole en la grupa con rabia con la palma de la mano.

El alazán partió al galope y Annaïse tuvo dificultad en dominarlo.

Cuando llegó a su casa, Rosanna la esperaba. Era una negra de forma grande: ocupaba todo el marco de la puerta.

—¿Por qué llegas tan tarde?

—Annaïse bajó del caballo y Giles, su hermano, se adelantó para desensillarlo.

—Le hablo a esta muchacha, y ¿es que no me oye?, dijo Rosanna furiosa.

—Buenas noches, hermana, dijo Giles. Te preguntan por qué llegas tarde.

—Ah, gimió extenuada, si supieran lo cansada que estoy.

VIII

—Estás inquieto, tú crees que no me doy cuenta, sí estás, te pregunto por qué y no me contestas, no está bien, mi hijo, no, no está bien. ¿Será que no me tienes confianza? Desde chiquito eras así: resbaloso y cerrado como una muralla cuando uno se te acercaba, pero a veces, ay Dios, parece que fuera ayer y sin embargo, ha pasado tanto tiempo, venías en la tarde a mí

lado: mamá, cuéntame un cuento, y yo fingía estar ocupada y tú decías: mamá, por favor. Estábamos sentados en este mismo sitio, cuando caía la noche yo comenzaba ¿Cric? Crac⁵⁵ y al final tú dormías con la cabeza en mis rodillas, así era mi hijo, te lo dice tu vieja mamá.

Délira puso un pedazo de ñame en el plato de Manuel, es todo lo que había para comer hoy, con un poco de mijo.

—Estás chocha, mujer, dijo Bienaimé.

—Tal vez, tal vez que estoy chocha. Es que entre el tiempo pasado y el tiempo presente no hay mucha diferencia; no te enojas Manuel, si la vieja se descarrila: para mí, ya ves, eres siempre mi hijito y cuando estabas perdido en el extranjero y yo te esperaba, tenía un peso en el corazón como si todavía te llevara en mi vientre, la carga de las penas, ay Manuel, qué tristeza tenía, y ahora has vuelto y no estoy tranquila, no, y desde hace unas noches, tengo malos sueños.

Manuel comía en silencio. Su madre sentada a sus pies en un taburete lo miraba, los ojos bañados de tristeza.

—No tengo nada, mamá, no estoy enfermo, ¿verdad? No te atormentes.

—Claro que no estás enfermo, intervino Bienaimé. ¿Quién ha visto un negro más robusto? Délira, ¿no vas a dejarlo en paz, por fin? ¿Y si me pusiera a hablar yo también? Diría: ¿quién le enseñó a manejar la azada y el machete, a deshierbar, a sembrar e incluso a hacer trampas para cazar pájaros? No terminaría nunca.

Prendió su pipa con un tizón.

—¿Terminaste de comer?, preguntó Délira.

—Sí, estoy hasta aquí.

Mentira; el hambre le perforaba el estómago, pero la vieja no había probado bocado todavía y no quedaba gran cosa en la olla.

Como siempre, arrastró su silla hasta el taparo y la recostó mirando hacia la carretera. El sol trepaba por sus pies, pero tenía la cabeza en la frescura de la sombra.

Délira tocó humildemente el brazo de Manuel.

55. ¿Cric? Crac: fórmula tradicional para contar cuentos y adivinanzas. El contador dice *cric* y los asistentes contestan *crac*, y comienza a contar.

—Perdón, mi hijo, te digo: perdón por todas esas quejas. No tienen sentido, pero me he preocupado tanto por ti que mi cabeza continúa trabajando en el vacío, da vueltas y vueltas: es un verdadero molino de inquietudes. Cuando te vas por esos montes, ¿qué es lo que buscas? Es un misterio: te veo desaparecer detrás de los cujés y de repente mi corazón se para: ¿Y si no vuelve, si se va para siempre? Sé muy bien que no es posible pero le rezo a mis ángeles y a mis santos como si tuvieras un peligro encima y en la noche me despierto, abro la puerta de tu cuarto y te veo acostado: duermes, respira, está aquí, gracias, Virgen de los Milagros.

Es que hijo mío, tú eres mi único bien sobre esta tierra, junto con mi viejo, con todo y lo desagradable que es, pobre Bienaimé.

Manuel le acarició la mano. Estaba profundamente conmovido.

—No te preocupes por mí, ¿oyes mamá?, y pronto te daré una gran noticia, ¿sabes, mi amor? Parezco inquieto porque todos los días espero el acontecimiento y estoy impaciente.

—¿Cuál noticia, cuál acontecimiento, pero de qué estás hablando Manuel?

—Es demasiado pronto para decirlo. Pero será una alegría. Tu verás.

Délira lo miró desconcertada, después una sonrisa tierna borró lo que quedaba de ansiedad sobre su rostro:

—¿Escogiste una muchacha? Ay Manuel ya es hora de que te establezcas y con una negra seria y trabajadora, no una de esas cualquiera como las que hay en el pueblo. Cuántas veces me he dicho: ya no tengo mucha vida, ¿me moriré sin ver los hijos de mi hijo? Dime su nombre, porque, adiviné, ¿no es verdad? Espera: ¿es Marielle, no? entonces: Céline, la hija de la comadre Clairemise, es buena muchacha también.

—Ni la una ni la otra, mamá, y esa no es la noticia, es decir...

—¿Es decir?

—Pero podría ser y hasta es seguro; las dos cosas están ligadas como el bejuco y la rama, pero no me preguntes, mamá; con todo el respeto que te tengo, es todavía un secreto, a causa de ciertas circunstancias.

—Y a esta hora tú tienes secretos con tu propia mamá.

Estaba decepcionada y algo mortificada.

—¿Y cómo es esa muchacha, no es una de esas impertinentes, al menos?

—Es una negra que no tiene comparación en todo el país.

—¿De qué color es?, ¿es negra negra o más bien, digamos, bachaca⁵⁶?

—Negra, negra. Pero no me vas a preguntar si tiene los ojos grandes o no, una nariz así o asao y esto otro: cuánto mide, si es gorda o flaca, si es una negra con trenzas largas o con el pelo corto, porque tendrías su retrato como si estuviera delante de ti.

Se rió:

—Ah mamá, eres tramposa, sí.

—Bueno, bueno, dijo Délira como si estuviera enfadada, digo: cállate boca, no quiero saber nada, no me meto en nada. Váyase señor. Tengo que lavar estos platos.

Pero se veía que la aventura la intrigaba y le encantaba. Y Manuel le pasó los brazos alrededor del cuello y se rieron los dos; la risa de Délira era extremadamente joven, es que no tenía la costumbre de hacerla oír, la vida no es lo suficientemente alegre como para eso: no, no había tenido jamás el tiempo de usarla mucho: la había conservado fresquecita, como el canto de un pájaro en un nido viejo.

—¿No parecen novios?, exclamó Bienaimé. Sus brazos levantados tomaban al cielo por testigo.

—Ahorita se estaba quejando y ya se está riendo. ¿Qué comedia es esta caramba? Las mujeres cambian como el tiempo. Pero ese es un refrán que no es verdad, porque ya quisiera yo que una buena lluvia cayera después de toda esta sequía.

Fumó su pipa.

—Una época maldita como ésta, jamás he visto igual.

El cielo color pizarra ofrecía una superficie desnuda nublada por un duro resplandor solar. Los pollos abrumados buscaban la sombra. El perrito dormía, la cabeza entre las patas. Se le podían contar los huesos: si los cristianos no tenían casi nada que comer, vaya usted a saber los perros.

56. En el original *rougeâtre*, rojiza. Lo hemos traducido por “bachaca”, ya que la piel rojiza y el pelo chicharrón corresponden al tipo físico de personas denominadas bachacos en otras partes de América.

Bienaimé cerró los ojos, agarraba todavía su pipa apagada pero su cabeza le colgaba de lado; se deslizaba en ese sopor que lo tomaba ahora a toda hora del día y que repetía el mismo sueño: un campo de maíz hasta el infinito, las hojas rutilantes de rocío, las mazorcas tan hinchadas que rompían sus envolturas con hileras de granos que parecían reír.

Délira lavaba los platos y cantaba, era una canción semejante a la vida, quiero decir que era triste: no conocía otra. No cantaba en voz alta y era una canción sin palabras, con la boca cerrada y que se quedaba en la garganta como un gemido y, sin embargo, su corazón se había apaciguado desde que habló con Manuel, pero no conocía otro lenguaje sino esa queja dolorosa, entonces, qué quiere usted, ella cantaba como las negras; es la vida la que le enseñó a las negras a cantar como ahogando una lágrima y es una canción que termina y vuelve a empezar porque es parecida a la miseria, y dígame, ¿es que la miseria termina alguna vez? Si Manuel oyera sus pensamientos, la regañaría; él ve las cosas bajo una luz alegre, una luz roja; dice que la vida está hecha para que los hombres, todos los hombres, tengan su satisfacción y su alegría; quizás tenga razón: un día va y otro día vendrá que traerá esta verdad, pero mientras, la vida es un castigo, eso es lo que es la vida.

Durante un buen rato, todo pareció adormecerse y sólo el canto mecía el silencio que es el sueño del ruido.

Pero la voz exaltada del Simidor despertó a Bienaimé.

—Bienaimé, ho Bienaimé. Hay noticias, dijo.

El viejo bostezó, se frotó los ojos, botó las cenizas de su pipa.

—Chismes que me vienes a contar. Si tus piernas se movieran como tu lengua, irías de aquí a Puerto Príncipe en un parpadeo.

—No, lo que te digo es la verdad, por Dios Santo: Saint-Julien se fue y el compadre Loctama también.

—Bueno, ya volverán. El caballo conoce la medida de su cuerda.

—Pero se fueron en serio. Erzulie, la señora de Saint-Julien dice que van a pasar la frontera por los lados de Grand Bois para ver si consiguen trabajo en República Dominicana. La desgraciada llora y se lamenta. Dentro de poco no le quedará ni una sola gota de agua en el cuerpo. Saint-Julien la dejó con seis negritos chiquitos. Qué quieres, esta sequía desani-

ma y hay algunos que no se resignan a morir; prefieren dejar la tierra de sus abuelos para buscar la vida en países extranjeros. Y Caridad, la hija de la comadre Sylvina se fue también.

—No me digas.

—Sí, así es, y otras la seguirán, seguramente. Se fue a la ciudad. ¿Tú sabes como va a terminar? En el pecado y en las malas enfermedades. Pero más vale feo que muerto, dice el refrán, y nos vamos todos a morir si esto continúa. Yo no pido otra cosa: estoy viejo, ya cumplí. ¿Y para qué vivir si ya no puedo colgarme un tambor y dirigir el cumbite cantando y bebiendo mi ración de clerén después? Nací para eso, con dedos como varitas y en lugar de cerebro, una nidada de pájaros músicos. Entonces, te pregunto. ¿por qué sigo viviendo? Mi papel ha terminado.

Había bebido un poco, el Simidor, y ahora, tenía la resaca amarga.

—Jesús y la Virgen, suspiró Délira. Si los jóvenes se van, ¿quién enterrará nuestros viejos huesos para que el día del Juicio sean convocados entre Satán y el Padre Eterno?

—No me fastidies Délira, gruñó Bienaimé. Y Dios se va a cansar de oír su nombre por un sí y por un no.

Se dirigió a Antoine:

—Hay que impedir que se vayan. Esta tierra nos ha alimentado durante generaciones. Todavía es buena, no pide sino un poco de agua. Diles que la lluvia vendrá, que tengan un poco de paciencia. No. Yo mismo voy a hablarles.

Sabrán Dios si los campesinos oirán a Bienaimé. Estaban cebados por la miseria, no podían más. Los más razonables perdían la cabeza, los más fuertes vacilaban. En cuanto a los débiles, se abandonaban, que venga lo que venga, decían. Se los veía acostados, tristes y silenciosos sobre sus esteras, delante de sus chozas, rumiando su pena, perdida toda voluntad. Otros gastaban sus últimos centavos en comprar clerén en casa de Florentine, la mujer del oficial de policía rural, o lo compraban a crédito, lo que tarde o temprano les jugaría una mala pasada. El alcohol les daba un aire de vigor, una breve ilusión de esperanza, un olvido momentáneo. Pero se despertaban con la cabeza atormentada, la boca seca; la vida adquiría un sabor a vómito y no tenían ni siquiera un pedazo de tocino para rehacerse el estómago.

Fonds-Rouge se iba en pedazos y esos pedazos eran esos campesinos de bien, esos negros consecuentes y de mucho coraje con la tierra, ¿por más que sea, no es lamentable?

—Manuel, ¿dónde está ese Manuel? —gritó Bienaimé.

—Salió, respondió Délira.

—Siempre salió, siempre afuera, siempre corriendo por esos cerros. Un verdadero cimarrón tu hijo, Délira.

—Es tu hijo también, Bienaimé.

—No me contradigas. Esas tendencias debió cogerlas del lado tuyo.

—Sí, porque tú no tienes defectos.

—No te respondo porque sería jactancia.

—Hay, dijo el Simidor, los que tienen el trasero livianito como los papagallos, no se quedan quietos, no es su culpa.

Pero Délira estaba disgustada. Cuando eso sucedía, y era raro, enderezaba su cuerpo descarnado y parecía muy grande, su voz no se alzaba, permanecía calmada y reposada, pero las palabras eran como un hilo cortante.

—Así es: fui una vagabunda, no trabajé para ti todos los días de mi existencia, desde el amanecer hasta la noche negra. Me la pasé cantando y bailando. La miseria no me aruñó la cara, mira mis arrugas, la miseria no me lastimó, mira mis manos, la miseria no me sangró, si sólo pudieras mirar en mi corazón.

En cuanto a tí, tú eres un hombre sin defectos, un negro sin igual, un negro sin comparación. Gracias, mi Dios, que una persona con tan pocos méritos sea la mujer de un hombre como él.

—Bueno, basta, digo: basta, mujer, suficiente para mis oídos. Compadre Antoine, vamos a ver lo que pasa.

Délira mirándolos alejarse, movió la cabeza y sonrió; su ira había pasado.

—Ay Bienaimé, ah, mi pobre negro, murmuró.

Su pensamiento volvió en seguida hacia Manuel: “¿Qué es lo que puede andar buscando por esos cerros? ¿Quizás un tesoro?” La idea le vino en seguida: los blancos franceses vivieron por estos lados, se veía todavía por aquí y por allá las huellas de sus añilerías, y ¿no contaban que un campesino de Boucan Corail había encontrado por azar cavando en su conuco una

tinaja llena de monedas de plata? ¿Cómo es que se llamaba ese campesino? Ah, bah, se me olvidó, pero no importa, la cosa era verdad y Bienaimé vio una de esas morocotas, era así de grande y pesada; un italiano de la ciudad lo compró todo por una buena suma y ese campesino, ¿pero cuál era, pues, su nombre? Ciriaque, eso es; Ciriaque compró tierras del lado de Mirabelais y se convirtió en un gran propietario.

Pero dicen que para tener un tesoro hay que tener compromisos con el diablo. Manuel no será capaz, en cuanto a eso, seguro que no.

...Esa meseta de Chambrun donde se encontraba Manuel se elevaba en medio de una pequeña llanura que la apartaba, como una isla, del movimiento de las colinas circundantes. Desde allí, la mirada abarcaba en redondo todo el país: al levante, ese promontorio inclinado de donde subían humaredas era Bellevue, esas chozas en contrabajo, Boucan Corail, y más allá, en el azul de la distancia, escalonada sobre una pendiente suave, Mahotièrre y la hermosa avenida de sus conucos a la sombra de los mangos y de los aguacates. Sus campesinos tenían la suerte de tener una fuente de agua buena para beber que alcanzaba también para lavar. Surgía en una garganta donde crecían malangas, berros e incluso yerbabuena. Es allí donde se aprovisionaban los de Fonds-Rouge, pero les quedaba lejos, y de regreso, las taparas llenas pesaban bastante en el camino.

Es lo que llamaban las Tierras Frías, en contraste con la llanura. Sus campesinos eran más recios que nosotros y tenían una manera de arrastrar el trasero al caminar: Negros Congo les decíamos pero nos llevábamos bien con ellos.

Más arriba de Mahotièrre, a una jornada, llegábamos al cerro Villefranche; los bosques de pino comenzaban en sus flancos, con largas estelas de neblina, jirones húmedos como la lluvia, penetrantes hasta la médula de los huesos. Es una montaña a pique, desgarrada por precipicios a los que no se les ve el fondo, coronada de picos que se pierden en el cielo turbado; los árboles allí son negros y severos, el viento se queja noche y día en sus ramas, porque son sensibles y cantores, los pinos.

Oi decir que la meseta daba un buen pasto y que el ganado engordaba que daba gusto, pero no fui nunca más lejos de Les Orangers donde vive

mi comadre –Finélia la llaman– y ya, allí, hace un frío que no podemos soportar nosotros, negros de la llanura.

Ante la mirada de Manuel, la línea de los cerros corría hasta el poniente en una sola ola de un azul mustio y tierno; si a veces el hundimiento de un valle la rompía, como con esa meseta de Chambrun, retomaba pronto, en un nuevo oleaje, otros cauchos rojos, otros robles y la misma maleza confusa de donde se entrelazaban las palmeras.

Un movimiento de aire rápido y sedoso le hizo levantar la cabeza hacia un vuelo de palomas. “Son palomas salvajes”⁵⁷. Siguió su estela cenicienta hasta que se zambulleron dispersas en un cerro vecino.

De pronto una idea lo golpeó y lo hizo ponerse de pie: “las palomas prefieren el fresco. *Caramba*⁵⁸, ¿si fuera como quien dice una señal del cielo?”. Bajó el cerro casi corriendo. El corazón le latía con fuerza. “¿Qué te pasa, ah Manuel?” se decía. “Pareciera que vas a tu primera cita con una mujer. Te hierva la sangre.” Una angustia especial le anudaba la garganta. “Tengo miedo de que sea como las otras veces, una equivocación y una decepción y siento que si no la encuentro esta vez, tendré una gran desilusión. Tal vez hasta diré: y bueno, no importa. No, no es posible. ¿Puede uno desertar de la tierra, puede uno darle la espalda, puede uno divorciarse de ella, sin perder también la razón de existir y el uso de sus manos y el gusto por vivir? Claro que volvería a buscar, lo sabía, era su misión y su deber. Esos campesinos de Fonds-Rouge, esos cabeza dura, esos cabeza de chorlito, necesitaban esa agua para volver a encontrar la amistad entre hermanos y rehacer la vida como debe ser: una ayuda de buena voluntad entre hombres igualados por la necesidad y el destino”.

Atravesó el corredor de la llanura, iba rápido, estaba apurado, estaba impaciente y le parecía que la sangre se le atascaba y trataba de escapársele por ese alboroto sordo en el medio de su pecho.

“Es allí donde las palomas se posaron”⁵⁹. Un cerro lleno de árboles, hay

57. En el original *millet*, nombre dado en lenguaje popular a una paloma salvaje, de tamaño grande y de plumaje sedoso color gris-pizarra. Para el campesino el *millet* anuncia la abundancia pues siempre está donde hay agua y granos.

58. En español en el original.

59. En créole en el original: *C' est là que les ramiers ont jouqué. Jouquer*: posarse en las ramas.

hasta caobos y ese follaje gris que se vuelve plateado al sol, no me equivoco: son de verdad yagrumos y naturalmente, no faltan los cauchos, pero ¿de qué lado voy a entrar?”

Más que la vista, su oído lo guiaba. Cada vez que limpiaba a machetazos la maraña de plantas y de lianas, esperaba el vuelo espantado de las palomas.

Se abría camino hacia un lado, hacia lo más tupido del cerro. Se había dado cuenta ya de ese rincón, de ese asentamiento sombreado donde los árboles se recogían en una luz espesa.

Una falla abrupta se abría ante él. Descendió por ella agarrándose a los arbustos. Las piedras que rodaban delante suscitaban rápidamente un batir múltiple de alas, las palomas se desprendían de las ramas y por los rotos del follaje las vio dispersarse a todos los vientos.

“Estaban más arriba: estaban sobre ese matapalo, allá”.

Manuel se encontraba bajo una especie de quebrada angosta recubierta por las lianas que caían de los árboles en paquetes desenrollados. Una corriente de frescura circulaba y era quizás la razón de que las plantas volubles y desordenadas crecieran tan tupidas y apretadas. Subió hacia el matapalo, sentía ese hálito bienhechor que le secaba el sudor, caminaba en un gran silencio, entraba en una penumbra verde y un último machetazo le reveló el cerro contenido alrededor de una plataforma ancha y el matapalo gigante se alzaba allí con un impulso de torso poderoso; sus ramas cargadas de musgo flotante cubrían el espacio con una sombra venerable y sus raíces monstruosas extendían una mano autoritaria sobre la posesión y el secreto de ese rincón de la tierra.

Manuel se detuvo. Apenas creía lo que sus ojos veían y una especie de debilidad se apoderó de sus rodillas. Es que percibía malangas, tocaba incluso una de sus largas hojas lisas y heladas, y las malangas son plantas que viven en compañía del agua.

Su machete se hundió en el suelo, cavaba con furia y el hueco no era todavía profundo y ancho, cuando de la tierra blanca como la tiza, el agua comenzó a subir.

Recomenzó más lejos, atacaba las malangas con frenesí, las deshiera por brazadas, arrancándolas por puñados con las uñas: cada vez había

un burbujeo que se esparcía en un pequeño charco y se convertía en un ojo claro una vez que reposaba.

Manuel se extendió en el suelo. Lo abrazaba con todo el cuerpo:

“Está aquí, la dulce, la buena, la fluida, la cantarina, la fresca, la bendición, la vida”.

Besaba la tierra con sus labios y reía.

IX

—¿Te has fijado en Manuel? Desde hace dos días anda como si se hubiera caído en un hormiguero. Anda por aquí, anda por allá, pero nunca en el mismo sitio. Se va a la carretera, se sienta en la veranda, se levanta de pronto. Lo llamas, no oye, lo vuelves a llamar, parece salir de un sueño; ¿ah, sí? dice, pero te das cuenta de que no te oye. En la noche lo oigo dando vueltas sobre su colchón y se agita y se debate, busca el sueño y no lo consigue. Esta mañana oí que se reía solo y por su cuenta mientras se lavaba detrás de la choza. ¿Estará en su sano juicio nuestro hijo? Bienaimé, mi hombre, contéstame, Bienaimé.

—¿Qué quieres que te diga?, dijo el viejo de mal humor. No estoy en su pellejo, no estoy en su cabeza. Es un negro intranquilo, ese Manuel, un negro acelerado. Eso es todo. Algunos son lentos por naturaleza, otros vivos como el rayo. ¿Qué le ves de raro o de preocupante? Tú, tú quisieras tenerlo todo el tiempo en los pliegues de tu camisola como un niño y que él te cuente: mamá tengo esto, mamá tengo aquello, como si no hubiera crecido, como si no fuera un hombre con toda su conciencia y con toda su razón. Ya déjalo, déjale, pues, su libertad: los potros están hechos para galopar en la sabana. Dame un pedazo de carbón para prender mi pipa.

—¿No eras tú el que te quejabas el otro día de que estaba todo el día dando carreras?

—¿Yo, cuándo?

El viejo se hacía el sorprendido.

—¿Quieres pelearte conmigo, Délira?

—¿Y esa pala que fue a comprar ayer al pueblo, me dirás para qué la ne-

cesita, y por qué se fue esta mañana con ella para el cerro y también que a su regreso estaba llena de una tierra blanca como no hay por estos parajes?

—¿Pero cómo quieres tú que yo te conteste a todos esos por qué? Pregúntame de una vez la razón de por qué la luna ciertos días parece un pedazo de melón de España, y otros se pone redonda como un plato. Es que tú eres una mujer rezongona, sí, Délira. ¿Qué es lo que te da por pellizcarme las costillas con tus preguntas todo el santo día? En tu juventud, eras más bien poco habladora, se te sacaba difícilmente una palabra. Para decirte la verdad, lamento esos tiempos de antes.

Se clavó en su silla, gruñón y disgustado, los labios apretados en el tubo de su pipa.

Las preocupaciones se acumulaban. Cuando un hombre está empujado⁶⁰, dicen que hasta la leche cuajada puede romperle la cabeza. La becerria pinta se había enredado en su cuerda y torcido una pata. Dorméus la trató por tres piastras, el sinvergüenza, pero tardaba en sanar y Bienaimé tendría que esperar todavía antes de ir a vender. Lhérisson se fue a trabajar por los lados de la Croix des Bouquets en una cuadrilla de Trabajos Públicos. Otros soñaban con seguir su ejemplo e incluso con dejar Fonds-Rouge de una vez por todas. Y ahora este Manuel que se comportaba como si le fuera a dar mal de San Vito, cuándo, caramba, por las barbas del Espíritu Santo, perdón, Dios mío, he blasfemado, no lo haré más, mea culpa, ¿cuándo, caramba, terminarán todas estas preocupaciones?

Y mira que llega la comadre Destine. Cómo hará ella para conservar toda esa grasa, se pregunta Bienaimé. Su cara gorda, negra, brilla como un cuero bien pulido.

—Pasé para saludarte, comadre Délira. Compadre Bienaimé, buenos días, sí.

—Buenas querida, responde el viejo.

Y después hace como si durmiera. No tiene ganas de hablar.

60. En el original: *avoir du guignon*: prácticamente, cada país de la América española tiene un nombre para la mala suerte. En Venezuela se le llama “pava” o “pavita” (en desuso), por atribuir su anuncio al silbido de un ave así llamada.

Délira le alargó el taburete a Destine. Ella se queda de pie. Destine se acomoda y se desborda por todos lados.

—Cómo va la vida, dice.

—La penitencia continúa, suspira Délira.

Con un movimiento de cabeza señala los campos y alza los ojos hacia el cielo implacable.

Estamos en el momento más caluroso del día y no es mediodía, es más bien como las dos de la tarde cuando la tierra comienza a soltar un vapor que sube y baila y arruga los párpados, de tanto que enceguece.

Hay en los cujíos un arrullo triste de tórtola y el macho responde con un acento rauco, llamando. Pero su diálogo no interrumpe el silencio, lo acompaña y lo vuelve más pesado y más presente.

—Me voy yo también, declara Destine.

—No me digas, exclama Délira aterrada.

—Sí, querida, así es. Vamos a dejar la tierra de los viejos, mi negro Joachim y yo. Tenemos familia por los lados de Boucan Corail, es familia lejana pero quizás nos hagan la caridad de un pedazo de tierra, de algo para construir una choza y sembrar un conuquito. Con la gracia de Dios, Délira, pero qué dolor tan grande.

Lloraba: las lágrimas trazaban sucios surcos en sus mejillas.

La vida se había secado en Fonds-Rouge. No había sino que oír ese silencio para escuchar la muerte, dejarse llevar por ese sopor para sentirse amortajado. El golpe regular y repetido de los pilones en los morteros se había callado, no había ni un grano de mijo y qué lejos estaba el tiempo de los cumbites, del canto viril y alegre de los hombres, el balanceo resplandeciente de las azadas al sol, los tiempos felices cuando bailábamos el minuet bajo los cobertizos y las voces despreocupadas de las muchachas surgían como una fuente en la noche, adiós, digo adiós al tiempo de la gracia y de la misericordia, adiós, adiós, nos vamos, se acabó. Oh loas, mis loas de Guinea, no midieron bien el trabajo de nuestras manos y nuestra ración de miseria, la balanza de ustedes tiene pesas falsas y por eso morimos sin socorro y sin esperanza, ¿es justo?, respóndanme, no, de verdad, no es justo.

Délira habla y su voz es tranquila:

—El día de Todos los Santos, limpié las tumbas de mis muertos. Todos

están enterrados aquí: me esperan. Mi día empieza a terminarse, mi noche se acerca. Yo no me puedo ir.

Destine lloraba todavía:

—Tengo dos hijos en el cementerio.

Délira le tocó el hombro:

—Ten valor, Destine, volverás, prima, volverás con la lluvia y la buena estación.

Destine se limpió los ojos con el dorso de su mano grasa, blanda y como deshuesada.

—Esta mañana había una culebra enrollada en la techumbre de la choza, Joachim se subió en la mesa y le partió la cabeza de un machetazo. Joachim, le dije, con tal de que no nos traiga una desgracia, ¿me oyes Joachim? Pero alzó los hombros sin decir una palabra; lo roe, a Joachim, esta situación, lo roe por dentro como una enfermedad, entonces, ahora, apenas si abre la boca. Y Florentine le reclama el dinero de su clerén con amenazas y palabras que no pueden repetirse, la escandalosa, hembra de policía.

Se levantó:

—Nos volveremos a ver, Délira querida. No me voy antes del fin de esta semana. Me encontré con Manuel en el camino: ese sí es un negro bien plantado. Tienes suerte prima, yo, mis dos varones están en el cementerio, pero es la vida, no se puede hacer nada contra la desgracia, hay que resignarse.

Cuando se fue, Bienaimé abrió los ojos; basculó su silla hacia adelante y golpeó el piso con rabia:

—Ah negros ingratos que son, gritó. Esta tierra les dio de comer, día tras día, durante años y ahora la dejan con unas lamentaciones para guardar las apariencias y un poco de agua en los ojos a guisa de lavado para la mala conciencia y el remordimiento. Cuerda de hipócritas. En cuanto a nosotros, nos quedamos. ¿Verdad Délira? ¿Verdad mi vieja?

—¿Y, a dónde podríamos ir? respondió Délira.

* * *

Por fin, después de dos días de impaciencia, Manuel pudo encontrarla. Caminaba hacia la carretera a la vista de las chozas. Pero le sopló al pa-

sar, cruzándola sin detenerse, así como entre los dientes: espérame delante de la cerca del compadre Lauriston, bajo el tamarindo.

Y ahora la llevaba a la fuente. Le costaba seguirlo por lo rápido que iba, tenía miedo también de que la hubieran visto, pero Manuel aseguraba que no: el lugar estaba abandonado desde hacía tiempo, era un antiguo campo de algodón en el flanco de los cujíes, mira: está lleno de hierbas y de espinas ahora.

Se internaron en el monte. El sol pasaba por el tamiz de los árboles y se agitaba en el sendero con el movimiento del viento en las ramas altas.

—¿Tú crees que haya agua suficiente?, preguntó Annaïse.

—Excavé hasta aquí.

Trazó con la mano una línea a la altura de su cintura.

—Y no un hueco solamente. Varios. A todo lo largo de la plataforma. Está lleno. Un estanque grande, te digo.

Estaba sin aliento, menos por la caminata rápida que por el recuerdo.

—Si no hubiera tapado los huecos, creo que el agua se habría desbordado, tanta hay.

—Eres fuerte, sí Manuel.

—No, pero tengo fe.

—¿Fe en qué?

—Fe en la vida, Anna, fe en que los hombres no pueden morir.

Ella reflexionó un instante.

—¿Qué quieres decir? Es como con el agua, hay que cavar profundo en tus palabras para encontrarles el sentido.

—Ah, claro que un día todo hombre vuelve a la tierra, pero la vida misma es un hilo que no se rompe, que no se pierde, ¿sabes por qué? Porque cada hombre durante su existencia hace un nudo: es el trabajo que ha cumplido y es lo que hace que la vida viva durante siglos y siglos: la utilidad del hombre sobre la tierra.

Lo miró con fervor:

—Jesús-María-La Virgen, qué sabio eres, y todas esas ideas, ¿vienen de tu cabeza?

Se echó a reír:

—¿No te duele la cabeza a veces?

—Ajá, te estás burlando.

La tomó por el brazo y en seguida el rostro de Annaïse se alteró, la luz vaciló en sus ojos y dijo con una voz ahogada, porque el corazón le latía en la garganta:

—Llévame a la fuente.

El monte se aclaraba, los árboles se esparcían; al final del sendero se abría el espacio libre de la llanura.

—¿Ves ese cerro? dijo Manuel, ese no, el otro, lleno de árboles, el azul oscuro porque está justo bajo una nube. Allí es. Espera. Voy a ver si viene alguien.

Salió del monte, echó una ojeada alrededor. Le hizo una señal y ella lo alcanzó.

—Vamos rápido, Manuel. Me da miedo que nos vean.

No le dijo que desde que se encontraron en la loma de las palmas, Gervilen la espiaba. A la vuelta de un camino aparecía bruscamente. No decía nada pero sus ojos rojizos tenían un resplandor siniestro. Hoy había ido al pueblo, lo sabía porque su hermano Gille tenía que acompañarlo como testigo delante de un juez de paz, por un asunto de una mula robada o perdida, ya no se acordaba.

Gille le había preguntado:

—¿Tuviste un problema con el primo Gervilen? Anoche cuando vino a verme te miraba muy raro.

No había respondido.

—Parece que estuvieras soñando, dijo Manuel, no dices nada, mi negra.

—Me gustaría haber llegado. Esta llanura es larga de atravesar, siento en mi espalda que me miran, son como puntas de cuchillo.

Manuel volteó la cabeza para todos lados.

—No seas miedosa. No hay nadie. Pronto no tendremos que escondernos. Todo el mundo sabrá para quien voy a construir esa casa. Tres piezas tendrá, tres; ya calculé, los muebles los voy a hacer yo mismo, hay buena caoba por aquí, soy un poco carpintero.

Y habrá también un cobertizo con una enredadera para la sombra. Podríamos probar con la uva, ¿te parece? Con una buena cantidad de borra de café en la raíces, prende, ¿no es verdad?

—Será como tú quieras, murmuró ella.

“Sí, yo seré la dueña de tu casa. Yo sembraré tus campos, y te ayudaré en la cosecha. Saldré en el rocío, cuando se levante el sol, a cortar los frutos de nuestra tierra; iré en el sereno de la tarde a ver si los pollos reposan en las ramas de los árboles, si la bestia salvaje y voraz no se los llevó. Llevaré al mercado nuestro maíz y nuestros víveres. Esperarás mi regreso en el umbral de la puerta. La luz de la lámpara se hallará detrás de ti, sobre la mesa, pero oiré tu voz: ¿tuviste una buena venta, mujer? Y yo te responderé de acuerdo con la buena o mala suerte del día. Te serviré de comer y me quedaré de pie mientras tú comes y me dirás: gracias, mi negra y te responderé: a tus órdenes, mi señor, porque yo seré la servidora de la casa. En la noche me tenderé a tu lado, tú no dirás nada, pero a tu silencio, a la presencia de tu mano responderé: sí, mi hombre, porque yo seré la servidora de tu deseo. Habrá un canal de agua en nuestro jardín y cañas y laureles en sus orillas. Me lo prometiste. Y habrá niños que yo te daré, soy yo quien lo promete, en nombre de los santos que están en la tierra, en nombre de los santos que están en las estrellas”.

Su rostro se había vuelto grave, a semejanza de su alma.

—Tienes las cejas fruncidas, dijo Manuel extrañado; tus ojos miran a lo lejos. Dime lo que te pasa, mi negra.

Le sonrió, su boca temblaba.

—¿De qué lado está la fuente, Manuel?

—Llegamos. Dame la mano. Hay una subida que no es nada fácil.

Siguieron el camino despejado por el machete de Manuel en el sofocamiento de las plantas.

Manuel bajó primero por la falla. Ella vaciló, resbaló un poco y él la recibió en sus brazos. Sintió el peso y el calor de su cuerpo contra el suyo. Pero ella se soltó.

—Se siente el fresco, dijo ella, se siente el viento y lo húmedo.

Las palomas batían el ala, se abrían paso en las hojas hacia el cielo.

Levantó la mirada hacia las ramas que se cerraban en el silencio.

—Hay sombra, qué sombra hay. No parece que afuera haya ese solazo. Aquí se filtra gota a gota, el sol, oigo, no oigo ningún ruido, estamos como en una isla, estamos lejos, Manuel estamos en el fin del mundo.

—En el comienzo del mundo, quieres decir. Porque en el comienzo de

los comienzos había una mujer y un hombre como tú y yo; a sus pies corría la primera fuente y la mujer y el hombre entraron en la fuente y se bañaron en la vida. Le tomó la mano:

—Ven.

Apartó las lianas. Él penetró en el misterio del matapalo⁶¹.

—Es el guardián del agua, murmuró ella, con una especie de terror sagrado.

—Es el guardián del agua.

Contempló sus ramas cargadas de musgo plateado y flotante.

—Tiene muchos años.

—Tiene muchos años.

—Su cabeza no se ve.

—Su cabeza está en el cielo.

—Sus raíces son como patas.

—Agarran el agua.

—Enséñame el agua, Manuel.

Cavó en la tierra:

—Mira.

Se arrodilló, mojó su dedo en el charco, hizo la señal de la Cruz.

—Yo te saludo, agua bendita, dijo.

—Y aquí, mira: hay agua por todas partes.

—La veo, dijo.

Apoyó la oreja contra la tierra.

61. En el original *figuier-maudit*, “higuera maldita”. La descripción del árbol en el texto podría corresponder a los árboles silvestres conocidos en Venezuela por los nombres *higuerón*, *matapalo* y *copey*. El descubrimiento del agua en la novela se halla impregnado del simbolismo religioso de la higuera: fue con hojas de higuera que Adán y Eva cubrieron su desnudez, después de haber comido del fruto de aquel árbol (Génesis, III, 7). Sabemos, además, que con el olivo, la vid y la granada, la higuera es símbolo de abundancia y fertilidad (Deut. VIII, 8). El texto de Paul Claudel: “Soy yo, la higuera, el alimento de Israel cuyas hojas salen de todas partes y son como dedos alargados” (P. Claudel, Tobías y Sara, 1940, II, 7, p. 1255) recuerda la descripción que hace J. Roumain en las páginas 108-109 de esta edición. Aunque en *Gobernadores del rocío* la atmósfera de la novela destaca la simbología fasta del “figuier-maudit” el símbolo incluye también su parte funesta contenida en la parábola de la higuera estéril, maldita por Jesús (Mat., 21, 19).

—La oigo.

Escuchaba, el rostro recogido, alumbrado por un éxtasis infinito.
Estaba a su lado.

—Anna.

Sus labios se tocaron.

—Mi negro, suspiró.

Cerró los ojos y él la tumbó. Estaba tendida sobre la tierra y el rumor profundo del agua arrastraba en ella una voz que era el tumulto de su sangre. No se defendió. Su mano tan pesada le arrancaba una dulzura intolerable, me voy a morir. Su cuerpo desnudo ardía. Desató sus rodillas y ella se abrió a él. Entró en ella una presencia desgarradora, y exhaló un queja herida, no, no me dejes o me muero. Su cuerpo iba al encuentro del suyo en una ola afiebrada, una angustia indecible nacía en ella, una delicia terrible que tomaba el movimiento de su carne, un lamento anhelante le subía a la boca, y ella se sintió deshacer en la liberación de ese largo sollozo que la dejó anonadada en el abrazo del hombre.

X

—El sol se levanta, dijo Délira.

—Está en el cerro, respondió Bienaimé.

Los pollos picaban, inquietos. Esperaban que les echaran maíz pero los campesinos no tenían nada más que comer o casi nada. Guardaban los últimos granos, los aplastaban con el pilón y preparaban un caldo espeso y pesado, pero llenaba, le daba consistencia al estómago.

Los gallos se enfrentaban, una gorguera de plumas erizadas alrededor de sus cuellos. Intercambiaban picotazos, espuelazos.

—Chhhh... y Bienaimé daba palmadas. Se separaban para alzarse más lejos y pregonar su reto a voz en cuello.

Y en cada corral era igual. El día empezaba así, con una luz que no se decide, los árboles entumecidos y la humareda que sube detrás de las chozas, pues es el momento del café y no está mal mojar un pedazo de galleta si el café está bien endulzado con melado de caña, por supuesto, porque el azúcar, incluso el rojo, el barato, ya no hay con qué, por los tiempos que corren.

—Manuel dijo que iba a buscar a Laurélien.
 —Eso fue lo que dijo.
 —¿Pero qué es lo que pasa, Bienaimé?
 —Pregúntame, no te contestaré.
 —Hace tiempo que no escucho una palabra amable de tu boca.
 Bienaimé tragó un sorbo de café. Se sintió apenado.
 —Es que mis reumatismos empiezan, dijo como excusa. ¿Si me frota-
 ras con un poco de aceite? Es en las coyunturas donde me agarra.
 —Pondré a calentar el aceite con sal. Entrará mejor en el mal.
 El viejo prendió su pipa. Acarició su barba blanca.
 —¿Délira, ho?
 —Sí, Bienaimé.
 —Te voy a decir una cosa.
 —Te escucho, sí, Bienaimé.
 —Eres una buena mujer, Délira.
 Volteó la mirada y se aclaró la voz.
 —Te voy a decir otra cosa.
 —Sí, querido.
 —Soy un negro desagradable.
 —No Bienaimé, oh no, mi hombre, tú tienes solamente tus días difícil-
 les, la culpa es de toda esta miseria. Pero desde el tiempo en que camina-
 mos juntos por la vida, y hace ya un largo camino, con ay Dios, muchos ma-
 los pasos y tribulaciones en cantidad, tú me has protegido siempre, me has
 sostenido, me has socorrido, me he apoyado en ti y he estado protegida.
 Pero el viejo insistía:
 —Te digo que soy un negro desagradable.
 —Conozco el fondo de tu corazón, no hay mejor que tú.
 —Eres respondona, sí Délira, palabra, nunca he visto mujer más terca
 que tú.
 —Bueno, Bienaimé, está bien.
 —¿Está bien, qué?
 —Eres un negro desagradable.
 —¿Yo?, dijo Bienaimé sorprendido y furioso.
 Délira emitió su risita clara.

—Eres tú quien lo dice.

—Pero no es necesario que lo repitas. Todo el vecindario lo va a oír: Bienaimé es un negro desagradable, Bienaimé es un... y bueno, sí, ¿y después?

La rabia era la única savia que le quedaba en las venas, y hacía gran uso de ella.

Manuel y Laurélien llegaban a grandes pasos. Salían del monte. Se reían y Laurélien generalmente tan calmo, le daba cada golpe en el hombro a Manuel como para estropear un buey.

—La encontró, gritaba desde lejos, la encontró.

—¿Qué dice ese Laurélien, está loco, no?, refunfuñó Bienaimé y míralo como brinca, como si caminara sobre espinas. ¿No habrá bebido ya, tan de mañana?

Délira fue a buscar sillas.

—Servidor, dijo Laurélien, llevándose la mano a la frente.

—Saludo, hijo, respondió el viejo.

Lo miró con desconfianza.

—El ajenjo, dijo, no hay que abusar. Un vaso para despertar el estómago, no lo niego, pero no más.

—Estoy borracho, es la verdad, dijo Laurélien. Retorcía sus grandes manos y se reía.

—Pero no he tomado ni una gota, eso sí. Délira, ¿cómo va la vida?, ay comadre, va a cambiar, la vida, desde el día de hoy, va a cambiar.

Se volteó hacia Manuel. Su rostro se tornó serio.

—Habla, jefe. Explícales el asunto.

—Se trata del agua, dijo Manuel.

Respiró profundamente. Cada palabra tenía su peso de emoción.

—Desde mi regreso a Fonds-Rouge, la busco.

Abrió los brazos, su rostro estaba lleno de sol, casi gritó.

—La encontré. Una fuente grande, un estanque lleno hasta el borde, capaz de regar la llanura. Cada quien tendrá para sus necesidades y sus gastos.

Bienaimé saltó sobre sus pies. Su mano temblorosa se colgó de la camisa de Manuel.

—¿Hiciste eso?, ¿encontraste el agua?, ¿es verdad?

Se reía con una mueca extraña, una voz que se quebraba y las lágrimas rodaban por su barba blanca.

—Mis respetos, mi hijo, tu papá te dice: mis respetos, porque tú eres un negro grande. Sí, me quito el sombrero delante de ti, Manuel Jean-Joseph. Dékira oíste, mi hijo encontró el agua. Él solo, con sus propias manos. Reconozco mi sangre, reconozco mi raza. Así somos en la familia: negros emprendedores y no es inteligencia lo que nos falta.

No soltaba a Manuel. Tartamudeaba, los ojos anegados:

—Ah muchacho, muchacho.

Délira apretaba sus manos sobre su corazón. Miraba a Manuel. No decía nada. Se sentía tan débil como aquel día cuando vino al mundo: desyerbaba en el conuco cuando la sorprendieron los dolores. Se arrastró hacia la choza. Había mordido sus gritos en la carne de sus brazos y él nació con un inmenso desgarramiento de su ser. Había cortado el cordón ella misma, lavado y acostado al niño en sábanas limpias antes de dejarse hundir hasta el fondo de ese pozo negro de donde vinieron a sacarla más tarde la voz de Bienaimé y el parloteo de las comadres. Y hoy, estaba delante de ella, este hombre tan grande, tan fuerte, con esa luz en su frente y que conocía el misterio del sueño del agua en las venas de los cerros.

Estaba cerca de ella. Su brazo rodeaba sus hombros. Le preguntaba:

—¿Estás contenta, mamá?

Oyó una voz que respondía, lejana, lejana y que era la suya, sin embargo:

—Estoy contenta por nosotros, estoy contenta por la tierra, estoy contenta por las plantas.

El mundo daba vueltas a su alrededor: la choza, los árboles, el cielo. Tuvo que sentarse.

Bienaimé presionaba a Manuel con preguntas:

—Cuenta, hijo mío, ¿donde está esa agua?, ¿cómo es?

Y con brusca inquietud:

—¿Pero no es una agüita, al menos, un arroyito, justo para beber?

—No, dijo Manuel, es un agua consecuente. Hay que ver el lugar: una terraza grande de tierra blanca como la tiza, esa clase de tierra se bebe fácilmente el agua, pero el agua ha debido encontrar más lejos la roca dura, alguna resistencia y entonces se infló. Seguro que en algunos años habría

reventado por sí sola. Entonces, lo que hay que hacer es, primero, sembrar una hilera de postes, pero pegados, para que agarren la tierra, porque si se comienza a cavar en pleno estanque, será como si se rajara una jarra y el agua se perdería sin guía. Después, trazaremos un canal principal, atravesando el llano y por los cujies y en cada conuco cada quien construirá su canal para el riego. Cuando el gran canal y los otros estén listos, abriremos el estanque y será bueno también nombrar un síndico de confianza de todos los campesinos para la distribución del agua según las necesidades de cada quien, en fin, como ustedes ven, es un trabajo enorme.

—El síndico serás tú, jefe, dijo Laurélien. Ya está votado.

—¿Lo oyes Délira?, exclamó Bienaimé con un inmenso orgullo. Ya calculó todo en su cabeza y lo que dice es la pura razón.

Pero un pensamiento pareció de pronto ensombrecerlo:

—Dijiste: todos los campesinos. No estarás contando con... los otros.

Manuel se esperaba esa pregunta:

—¿Puedo hablar claro y de acuerdo con la verdad?, dijo. Y ustedes, ¿ustedes me escuchan, mamá? ¿Compadre Laurélien?

—Oímos, sí, Manuel.

—Bueno, ¿cuántos del lado nuestro son negros válidos? Espera.

Contó con sus dedos:

—Catorce. Y los otros, los herederos y los partidarios del difunto Dorisca, deben ser más o menos lo mismo. Papá, mamá, consideren bien; compadre Laurélien, reflexiona. Solos, no terminaremos nunca ese trabajo: cortar los postes, transportarlos, sembrarlos; un canal bastante largo por la llanura y aclarar el monte para que pueda pasar y después, el agua no es propiedad de nadie, no se mide, no se marca en el papel del notario, es el bien común, la bendición de la tierra. ¿Qué derecho tendríamos nosotros...

Bienaimé no lo dejó terminar:

—El derecho de que tú la encontraste, gritó, el derecho de que los enemigos no tienen derecho.

Hizo un esfuerzo por dominarse:

—Pero dime con franqueza lo que quieres hacer.

—Ir a buscar a los otros. Compadres, diré, es verdad lo que repiten, sí compadres. Encontré una fuente que puede regar todos los conucos de la

llanura, pero para traerla hasta aquí, hace falta el concurso de todo el mundo, un cumbite general, eso es lo que hace falta. Lo que una mano no es capaz, dos pueden hacerlo. Démonos la mano. Vengo a proponerles la paz y la reconciliación. ¿Qué ventaja tenemos siendo enemigos? Si necesitan una respuesta, miren a sus hijos, miren sus plantas: la muerte está sobre ellos, la miseria y la desolación destrozaron Fonds-Rouge. Entonces dejen que hable la razón. La sangre corrió entre nosotros, yo sé, pero el agua lavará la sangre y la cosecha nueva crecerá sobre el pasado y madurará sobre el olvido. No hay sino un medio de salvarnos, uno solo, no dos: volver a formar la buena familia campesina, rehacer la asamblea de los trabajadores de la tierra entre hermanos y hermanos, compartir nuestra pena y nuestro trabajo entre camaradas y camaradas...

—Cierra la jeta, charlatán, rugió Bienaimé. No quiero oírte más. Y si sigues, te voy a moler a palos con el bastón.

Quebró su pipa y la tiró violentamente al suelo y se fue al monte a darle aire y espacio a su rabia.

La furia de Bienaimé sorprendió a los otros como un torrente. Guardaron silencio. Délira suspiró, Laurélien levantaba sus pesadas manos y las miraba como útiles extraños. Manuel tenía ese pliegue obstinado en las comisuras de la boca.

—Mamá, dijo por fin, ¿qué piensas tú de todo esto?

—Ay mi hijo, es que me pides que escoja entre tú y Bienaimé.

—No, entre la razón y la sinrazón, es una cuestión de vida o muerte.

Délira luchaba con ella misma, se le notaba en su rostro irresuelto, las palabras se detenían en sus labios, sus dedos atormentaban el cordoncillo de su escapulario.

Pero tuvo que responder ciertamente:

—Dorisca y Sauveur son ya polvo y ceniza, hace años que reposan en paz; el tiempo pasa, la vida continúa. Guardé mucho luto por Sauveur, era mi cuñado y un hombre de bien, pero nunca hubo lugar para el odio en el corazón de Délira Délivrance, Dios me oye.

—¿Y tú Laurélien?

—Estoy contigo, jefe. La reconciliación es la única manera de salir de esta situación. Y los otros aceptarán también, si les hablas como se debe, y

nunca he visto un hombre con una lengua más hábil que tú. Seguro que sí.

Bienaimé estaba apoyado contra la empalizada. Les daba la espalda: les demostraba su rechazo.

Manuel dijo:

—Se sentía la podredumbre desde hace tiempo en Fonds-Rouge; el odio le da al alma un aliento envenenado, es como una marisma de barro verde, de bilis cocida, de humores rancios macerados. Ahora que el agua va a regar la llanura, que va a correr en los conucos, lo que era enemigo se volverá amigo, lo que estaba separado se va a unir y el campesino no será más un perro rabioso para el campesino. Cada hombre va a reconocer en su semejante, su igual y su prójimo y aquí está el valor de mis brazos si te hace falta para trabajar tu conuco y golpeas a mi puerta: honor y respondo: respeto, hermano, entra y siéntate, mi comida está lista, come, es un placer.

Sin la concordia la vida no tiene sabor, la vida no tiene sentido.

—Es palabra cierta, aprobó Laurélien.

Conozco a mis negros, continuó Manuel, tienen el entendimiento más duro y recalcitrante que miijo bajo el pilón, pero cuando un hombre no razona con su cabeza, reflexiona con su estómago, sobre todo si está vacío. Es allí donde los voy a tocar: en el lugar sensible de sus intereses. Voy a ir a verlos y a hablarles uno a uno. No puede uno tragarse un racimo de uvas de un solo golpe, sino grano a grano. Es fácil.

—Pero quedan los otros, dijo Délira con inquietud.

—¿Las gentes del difunto Dorisca?

—Sí, hijo mío.

Manuel sonrió:

—Dices “los otros” como si fueran una escolta de demonios. Bueno, mamá, te lo digo con toda confianza, no está lejos el día en que no habrá más ni “los otros” ni “nosotros”, sino únicamente los buenos campesinos unidos para el gran cumbite del agua.

—No sé cómo vas a hacer, pero toma tus precauciones, sí. Anteayer, en la noche, oí un ruido en el patio, me levanté y entreabrí la puerta. Era luna llena. El hombre debió oír la llave morder en la cerradura, porque ya se iba, no le vi sino la espalda, pero era Gervilen, su tamaño, su caminar. Podría jurarlo si no fuera pecado.

Manuel se encogió de hombros con indiferencia.

—A lo mejor estaba borracho. Se perdió. Eso es todo.

Una sola vez le había hablado a Gervilen, en el monte de los cujies, al día siguiente de su regreso a Fonds-Rouge. Desde entonces, Manuel no había tenido nada que ver con él. Salvo que últimamente, en la gallera, aquel lo había mirado fijamente de una manera extraña con sus ojos de brasa roja, pero se veía que estaba lleno de clerén como una damajuana, el pobre huevón.

—Manuel tiene razón, dijo Laurélien. Ese Gervilen es un negro borrachón, el tafia ha debido confundirle la mente y se perdió en el patio como un ladrón de gallinas.

Pero Délira no parecía muy convencida. El hombre que ella vio no vacilaba. Caminaba derecho y rápido hacia la empalizada.

Laurélien le estrechó la mano a Manuel:

—Voy a dar la noticia, pero para ese asunto de reconciliación, te toca a ti hablarles.

—*Bueno*⁶², dijo Manuel, los veré más tarde.

—Servidor, Délira, saludó Laurélien.

—Adiós, ho, Laurélien, respondió la vieja.

Hizo un esfuerzo, un movimiento para levantarse. “¿Qué es lo que me pasa? Es como si me hubieran molido. No tengo fuerzas”.

Manuel la retuvo:

—Espera un momentico.

—Dime hijo.

—El otro día querías saber el nombre de esa muchacha, ¿verdad? Bueno, te lo voy a decir: es Annaïse.

—La hija de Rosanna, exclamó Délira.

—Ella misma. Pero parece contrariada.

—Es que no es posible, Manuel. Piensa, somos enemigos.

—En unos días, no habrá más enemigos en Fonds-Rouge.

—¿Y Bienaimé, tú crees que él estará de acuerdo?

—Seguro. Por supuesto, se va a poner primero furioso, pero es él quien llevará la carta de petición a Rosanna. Mañana voy a comprarla en el

62. En español en el original.

pueblo, y también el pañuelo de seda verde para envolverla, obedeciendo a las costumbres de la gente honesta. Falta buscar la persona que la escriba. Yo no soy muy bueno en eso. ¿Tienes una idea?

—A la izquierda de la iglesia del pueblo, en la plaza del mercado, hay una casa con una pieza alta cubierta de teja. Pregunta por el señor Paulma, de parte de su comadre Délira. Es un mulato gordo que tiene una quinca-llería. Lo encontrarás detrás del mostrador. Conoce de escrituras.

Sonrió casi soñando:

—Ay Manuel, escogiste una linda muchacha, y seria y trabajadora, según lo que he oído. La vi crecer y antes de esta historia de Dorisca y de Sauveur me ayudaba a cargar mis taparos de regreso de la fuente. Títa, me llamaba, así es como me llamaba. Era una negrita muy respetuosa, esa Annaïse.

Me pondré de rodillas, si hace falta, delante de mi negro Bienaimé para suplicarle de no llevar la contraria y le rezaré a la Virgen de los Milagros. Virgen de los Milagros, diré, socorre a mis hijos, pon tu mano sobre sus cabezas para protegerlos contra la desgracia y guía sus pasos en la vida, porque la vida es difícil y la miseria es grande para nosotros, pobres campesinos.

—Gracias mamá, querida mamá, dijo Manuel.

Bajó la cabeza para esconder su emoción.

—Cuando hayas terminado de complotar con él, Délira, me vas a comprar otra pipa a casa de Florentine.

Era Bienaimé que regresaba. No parecía tranquilo, Bienaimé. Se nota- ba por su manera de masticar las palabras.

—Sí, Bienaimé, se apuró Délira, sí papá, voy ahora mismo.

* * *

Antes del mediodía, el barullo de que Manuel había descubierto una fuente se extendió por todo el pueblo. Tenemos una palabra para eso, nosotros, los negros de Haití: el radio-bemba decimos, y no hace falta sino eso para que una noticia, buena o mala, verdadera o falsa, agradable o malin- tencionada, circule de boca en boca, de puerta en puerta y pronto le ha da- do la vuelta al país, y uno se asombra de lo rápido que va.

Y como Fonds-Rouge no era muy grande, corrió tan rápido como el fuego de un bucán en la hierba seca y a la hora en que el sol da de lleno sobre la llanura, los campesinos no hablaban sino del acontecimiento, unos asegurando que era verdad, otros que no, algunos llegaban incluso a afirmar que el Manuel ese había traído un bastón de Cuba que descubría las fuentes y hasta los tesoros, en fin, cada quien agregaba un poco de sal y sazónaba la noticia a su gusto.

Annaïse había cumplido bien la misión que Manuel le había encargado. Había ido de casa en casa, a conversar con las comadres. Algunas se mostraban reticentes, pero la mayoría, con suspiros y con Ah Dios, Dios mío, se pusieron a calcular el cambio y el beneficio que el riego traería y cuánto de maíz podría dar el conuco, cuánto de mijo y de víveres, y qué precio tendría en el mercado y necesito unas varas de tela para un vestido y mi hombre un pantalón y una camisa⁶³, en cuanto a los niños, no hay ni qué hablar, vivían todos casi desnudos que era una vergüenza y un pecado, más todavía, pues a pesar de la miseria crecían altos como la mala hierba. (Es rebelde para morir el negro. Es duro como ninguno.)

En cuanto a los hombres, no sabíamos. Algunos se habían reunido en casa de Larivoire, un hombre de edad, un notable reputado por sus buenos consejos. Incluso que habían visto a Similien, su hijo, salir de la casa de Florentine con una botella de clerén, porque, se sabe, el aguardiente vuelve la lengua ligera y las ideas más flexibles.

Antoine se vino renqueando tan rápido como pudo a casa de Bienaimé. Resplandecía. No tenía sino la palabra cumbite en la boca, pretendía componer para Manuel una canción que, de memoria de hombre, nunca se hubiese escuchado una más bella ni que animase más en el trabajo.

Pero Bienaimé lo mandó al diablo. Eso no echó a perder el humor de Antoine. Ahora, sentado frente a su puerta, apretaba las cuerdas de su tambor para darles un buen temple, para que los sonidos pudieran llegar lejos y zumbar en toda la llanura el mensaje de la buena vida que comenzaba.

63. *Vareuse* en el original: camisa de tela gruesa que llevaban los esclavos de Saint-Domingue (Haití).

—Eh, el Simidor se decía a sí mismo. A ver si no estás oxidado, a ver si tus dedos no están entumecidos, a ver si tu cabeza tiene tantas canciones como un panal de miel.

Probaba el tambor, prestaba oído, su boca desdentada reía a todo lo ancho.

Pronto conduciría la escuadra de campesinos, tambor al hombro, al amanecer.

Ya las palabras comenzaban a injertarse en la cadencia de un son naciente.

General Manuel, salú ho, salú ho

Su voz dirigía el retumbar de las azadas:

Salú ho

Salú ho

Los niños acudieron para oírlo, lo rodearon, pero despachó a esos negritos: quería estar solo y que nada lo molestara mientras el canto maduraba en el batir del tambor.

XI

Manuel atacó a los campesinos uno por uno. Durante años, el odio fue para ellos una costumbre. Les había servido de objetivo y de blanco a su ira impotente contra los elementos. Pero Manuel había traducido en buen créole el lenguaje exigente de la llanura sedienta, la queja de las plantas, las promesas y todos los espejismos del agua. Los paseó por adelantado a través de sus cosechas: sus ojos brillaban, sólo de oírlo. Había solamente una condición: la reconciliación y, ¿qué les costaba?, un gesto, algunos pasos como para saltar un puente y se dejaba detrás los malos días de miseria, se entraba en la abundancia. Ah, compadre, ¿qué piensas? El otro, los pies descalzos en el polvo, los trapos rotos, enflaquecido y hambriento, escuchaba en silencio. Es cierto que estábamos cansados de esa vieja historia. ¿Para qué serviría a fin de cuentas? ¿Y si hiciéramos cantar una misa por

Dorisca y Sauveur, al mismo tiempo, para el descanso de sus almas? Eso los reconciliaría a ellos también en la tumba y dejarían tranquilos a los vivos. Porque los muertos descontentos fastidian, es hasta peligroso. Lo que era cierto y seguro es que no nos podíamos dejar morir. ¿Entonces? Entonces, si es así, estamos de acuerdo, pero, ¿quién le hablará a los otros? Yo, respondía Manuel.

... Los otros se habían reunido en casa de Larivoire. La noticia era grave, necesitaba consejo. Larivoire acariciaba los pocos pelos de su barba de chivo. Su mirada era tranquila y astuta, su boca prudente: lo que vía lo medía, lo que decía lo había ya sopesado según el pro y el contra. Su avanzada edad le había enseñado esa sabiduría. En el conflicto sangriento que dividía a Fonds-Rouge había tomado partido por razones de parentesco pero lo había hecho con moderación, cuidándose de no exaltar los ánimos, calmándolos si era necesario. Su palabra era escuchada y respetada, su consejo tenía valor de sentencia.

—Así que van a tener el agua, dijo Mauléon.

No dijo más. Su mirada iba más allá de la carretera, hacia su conuco, abrumado por el sol. Debía quince piastras a Florentine. Hilarion reclamaba su yegua baya en pago. Un animal tan bueno y que valía cuatro veces más. Y Cía, su mujer, acostada con esa fiebre que la roía, y todas las medicinas no habían servido de nada para detenerla. Dorméus pretendía que un malhechor le había hechado un muerto encima⁶⁴, pedía una gran cantidad de dinero para liberarla, el rapaz, para liberarla. Sí, las preocupaciones sobrababan, había que reconocerlo.

El sol atravesaba las hojas de palma del cobertizo y dibujaba sobre el suelo una estera rayada. Una botella de clerén y unos pocillos esmaltados estaban sobre la mesa mal pulida.

Pierrilis se sirvió, echó algunas gotas en el suelo y se mandó el resto de un solo trago.

64. El “envío de muertos” o “expedición” es la más temible operación de magia haitiana. La persona que ha sido presa de uno o varios muertos “enviados sobre él” adelgaza, escupe sangre y muere rápidamente. El desenlace de esta brujería es siempre fatal, a menos que un *boungan* muy hábil diagnostique el mal a tiempo y pueda lograr que los muertos suelten a su presa.

—¿Y si era cierto?, preguntó.

Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Sí, repitió, si es cierta la noticia.

Larivoire columpió su silla hacia atrás, apoyando el espaldar contra un poste del cobertizo. Arruga los párpados. En la sabana, la luz presentaba una danza de agujas calentadas al rojo: era insoportables.

—La mentira, dijo, es como el dinero colocado a interés. Tiene que producir. ¿Qué interés tendría ese Manuel en mentir? ¿Qué beneficio le traería?

—Entonces, van a poder regar sus conucos, suspiró Termonfis.

—Y nosotros nos quedaremos mirando, el pico seco, dijo Ismaël.

Acuclillado sobre sus talones, Gervilen no decía nada. Sus ojos pequeños, hundidos bajo el amparo de sus cejas, alimentaban un fuego inquietante.

—Tienen suerte, los malditos, murmuró Josaphat.

Acababa de juntarse con una negra joven de Mahotièrre. Desde hacía dos días, no vivían sino de galletas rancias mojadas en un poco de melado. No se quejaba Mariana, pero estaba silenciosa como una sombra. Era peor que todos los reproches.

—No, gritó Nérestan.

Dejó caer el puño con todas sus fuerzas sobre la mesa.

—Digo: no.

Su pecho espeso jadeaba. El sudor bañaba su rostro.

—¿No qué?, preguntó Larivoire halando los pelos de su barba.

Nérestan se sentó de nuevo.

El discurso jamás fue su fuerte. De allí su violencia de toro salvaje. Lo que no podía explicar con las palabras, te lo ponía delante de tus narices con el puño. Sus manos eran como paletas de lavar, capaces de azulear a un hombre, sin necesidad de añiles.

Hubo un silencio. El gallo de pelea de Larivoire batió sus alas y cantó. Otros gallos al fondo de los patios vecinos le respondieron.

—Mejor dejar Fonds-Rouge, dijo Josaphat, que quedarse mirándolos gozar de la vida, mientras nosotros continuamos comiendo miseria.

—¿Te vas a ir entonces por las carreteras pidiendo la caridad de puerta en puerta?, se burló Louisemé Jean-Pierre.

—Mi conuco daba treinta sacos de maíz bien contados, dijo Ismaël.

En cuanto a las batatas, había suficiente para engordar a los cochinos. La tierra está siempre allí, una tierra buena que sólo espera un poco de agua. Desde cuándo no cae la lluvia, me pregunto.

—Todo eso son habladurías inútiles, lo interrumpió Mauléon. ¿Qué vamos a hacer?

—No hay nada que hacer, dijo Josaphat, alzando los hombros con desaliento.

—¿Ustedes son hombres o perros?

Gervilen había saltado. Una rabia enorme lo sacudía. Sus ojos lanzaban chispas en el carbón de su cara. Un poco de espuma le blanqueaba la boca.

—Sentados allí como solteronas desgranando el rosario de sus miserias. Ni un solo negro valiente hay entre ustedes.

Escupió con desprecio:

—Cuerda de capones.

Nérestan se levantó. Le llevaba una talla a Gervilen.

—No tienes derecho, no, no hay derecho, tartamudeaba.

—Siéntate⁶⁵, vociferó Gervilen.

Al asombro de los otros, Nérestan obedeció. Se balanceaba en su silla como un oso, la cabeza metida entre los hombros.

—Les voy a decir lo que vamos a hacer.

La voz de Gervilen era ahora acre y rechinaba como un rallo. Las palabras pasaban con dificultad entre sus dientes apretados:

—Cogeremos el agua, la cogeremos por la fuerza.

—Cómo es la cosa, muchacho, exclamó Nérestan.

Un tumulto se elevó. Cada quien quería hacerse oír. Las mujeres se asomaron a la empalizada a ver lo que ocurría.

Larivoire levantó los brazos.

—Hablo, dijo.

Esperó que el alboroto se calmara.

—Hablo. Y ustedes harían bien en escucharme si evitar una desgracia. Tú, Gervilen, heredaste del difunto Dorisca una sangre demasiado calien-

65. En créole en el original: *chita*, “siéntate”.

te. No es por reprocharte, pero desde que eras un tipo joven, dejabas ver ya ese carácter. Mi comadre Miramise, tu mamá, tendría que haberte fustigado, pero al mono nunca le parece que su hijito es feo, sea dicho sin querer disgustarte. Hablas de tomar el agua por la fuerza, pero la fuerza está siempre del lado de la ley. Terminarán todos en la cárcel.

Hay otra noticia, es importante. Annaïse vino a ver a mi señora no más tarde que esta mañana.

Al oír el nombre de Annaïse, a Gervilen le tembló todo el cuerpo y sus rasgos se fijaron como tallados en una roca negra.

—Vino, pues, Annaïse y parece que, según lo que ha oído, para traer el agua hasta la llanura se necesitaría un cumbite con todos los campesinos de Fonds-Rouge, porque es una tarea grande, un trabajo demasiado difícil y la gente de Manuel no podrá hacerlo sola. Entonces, si no hay reconciliación, el agua se quedará allí donde está. Forzosamente.

Gervilen estalló en carcajadas. Su risa aterraba al oírla. Era como si uno rompiera una teja oxidada.

—Pero es que no ven, gritó, que Manuel y Annaïse son cómplices.

—Cuidado, dijo Gille, estás hablando de mi hermana.

—Cierra la jeta, imbécil, gritó Gervilen.

—Primo...dijo Gille, con una voz lenta y como adormecida.

Su mano agarró bruscamente el mango del machete.

—¿Ustedes están locos?

Larivoire se lanzó entre los dos.

—Negros sin respeto, ah, negros maldecidos. Quieren, pues, que corra la sangre en mi casa, sin respetar mis canas.

—Perdón, dijo Gille. Fue él que insultó a mi hermana.

—Dije la verdad, replicó Gervilen, y si sabe a sangre la verdad, me importa, me importa poco.

—Tú Gervilen, ponte allá; Gille, siéntate aquí, ordenó Larivoire.

Se dirigió a los campesinos:

—Los oídos escucharon. ¿Qué dicen?

—Hermanos, gritó Gervilen, los quieren comprar, quieren cambiar sus conciencias contra un poco de agua.

—Silencio, dijo Larivoire. Deja hablar a los demás.

Pero los campesinos callaban. Sentían en sus rostros la mirada de Gervilen roer el camino hasta el fondo de sus pensamientos.

El agua. Su estela asoleada en la llanura, su chapoteo en el canal del conuco, su rumor cuando en su curso encuentra cabelleras de hierba; el reflejo diluido del cielo envuelto en la imagen huidiza de las cañas; las negras llenando en las fuentes sus taparos rutilantes y sus cántaros de arcilla roja; el canto de las lavanderas; las tierras saciadas, las altas cosechas madurando.

Se debatían contra la tentación.

—Eso merece reflexión, murmuró Ismaël.

—Hay negros sin sentimientos, como los perros, dijo Gervilen amargamente.

Ismaël no respondió: “treinta sacos de maíz, pensaba, y las batatas, los víveres”.

Y los otros campesinos calculaban también el posible beneficio de sus conucos y hacían proyectos y contaban el porvenir. Pero no osaban decir nada. La presencia de Gervilen los molestaba. Estaba plantado en medio de ellos. Su mirada corría de uno a otro como una rata furiosa.

Larivoire se dio cuenta de la irresolución de ellos:

—Bueno; no hay apuro. Al contrario, habrá que examinar este asunto con la cabeza fría. Mañana, si Dios quiere, nos reuniremos para tomar una decisión.

Los campesinos se levantaron. Fiero, Gervilen se fue primero sin saludar a nadie, ni siquiera a Larivoire.

En la empalizada, Nérestan lo alcanzó y con esa voz humilde que usan los gigantes para hablar con los hombres pequeños que los dominan:

—Compadre Gervilen, tengo que decirte algo.

—Vete a la mierda, contestó el otro sin voltearse.

XII

Por su parte, Bienaimé se mostraba intratable. Apenas si le dirigía la palabra a Manuel y sólo para darle órdenes: “haz esto, haz lo otro; tráeme la becerra pinta: la voy a vender yo mismo en Pont Beudet”.

Por Annaïse, Manuel se enteró de lo que pasó en casa de Larivoire.

Gille regresó ahogándose de rabia contra Gervilen y no hablaba sino de cortarle la cabeza a ras del culo para curarlo de su insolencia. La gorda Rosanna que ya veía a su hijo en manos de la policía sufrió un pasmo. Se desmayó, lo que asustó a Gille hasta más no poder y al mismo tiempo lo calmó. Pero se declaraba partidario de la reconciliación; se había puesto en campaña para persuadir a los otros, los jóvenes, y había logrado convencer más o menos a Mauléon, Ismaël, Termonfils y Pierrilis. Larivoire los alentaba en sordina. En contra verdaderamente no estaban sino Gervilen y Nérestan. Los otros dudaban todavía, pero cada vez más débilmente, porque lo que Manuel había previsto, había ocurrido: las negras comenzaron a volverles la vida imposible. Los hostigaban sin piedad, zumbándoles los oídos con mil preguntas y cantidad de quejas; eran peores que avispas. En vano escapaban para tragar un poco de aire o un *grog*⁶⁶ en la tienda de Florentine, cuando volvían los esperaban en la empalizada o bajo el dintel de la puerta y las recriminaciones volvían que daba gusto.

Louisimé Jean Pierre se había impacientado y había hecho incluso el gesto de imponer silencio al alboroto de su mujer con una buena cachetada, pero aquella había amenazado con gritarle: “asesino” y por miedo al escándalo, Louisimé se abstuvo, lo que le dejó una comezón en el hueco de la mano.

Entonces aquella, viendo su triunfo, se puso a fastidiarlo con toda clase de refranes como que los dientes podridos no tienen fuerza sino para los plátanos maduros, lo que quería decir que él la trataba así porque era una mujer débil y sin defensas; continuó con ese tono durante un buen rato, de tal manera que, al fin, Louisimé no pudo contenerse y le lanzó su merecido directamente en medio de su molino de palabras, y en lugar de agitar al vecindario, se deshizo en lágrimas, lo que ablandó el corazón de Louisimé y lo puso todo avergonzado y arrepentido.

Hasta Marianna, la mujer de Josaphat, salió de su mutismo:

—En Mahotièrre, decía, tenemos agua, nosotros. Pero para los conucos el riego ni siquiera hace falta. La frescura basta, el rocío de la mañana. Cuando uno se levanta, todo está brillante y mojado. Hay que ver eso: es como una espuma de sol.

66. *Grog*: bebida hecha de agua caliente azucarada y de aguardiente o ron.

Suspiró:

—Sí señor, la vida es fácil en Mahotière, gracias a Dios.

Josaphat le preguntaba:

—¿Qué opinas tú de esa historia de la reconciliación?

—Ustedes son los amos, ustedes los hombres. Será como ustedes digan.

Estaban en la choza. La atrajo hacia él, su joven negra, la apretó en sus brazos.

—Josaphat, mi amor, dijo, desde hace varios días quería decírtelo. Estoy embarazada, mi amor. Pero no tendré fuerzas para llegar con este hijo hasta el final si seguimos viviendo en esta miseria.

Josaphat la soltó, la frente surcada por una arruga:

—Entonces tú crees que...

—Sí, dijo ella, firmemente.

Pareció reflexionar, luego su rostro se aclaró:

—El es el que manda, ese negrito. Voy a decirle que sí a Gille.

—La vida es la que manda, dijo Marianna, y el agua es la respuesta de la vida.

... De tal manera que las cosas parecían arreglarse y tomar por el buen camino. Gervilen se daba perfecta cuenta y se desbordaba en imprecaciones. Además, desde el día de la reunión en casa de Larivoire no paraba de beber, Nérestan le hacía compañía. Pero, contrariamente a Gervilen, el tafia predisponía a Nérestan a ver el lado alegre de las cosas. No le quedaba nada de su violencia. Se volvía manejable como un barrilito. No había sino que empujarlo por la pendiente y rodaba hasta el fondo de una borrachera beatífica. Gervilen había tratado de animarlo. Nada que hacer. El otro abría su boca y se reía. ¿De qué? De una historia que le habían contado hace tiempo. La había olvidado pero estaba seguro de que era cómica. Al final, Gervilen lo había insultado y Nérestan se había ido muy enojado, inclinado bajo el efecto de los tragos como el mástil de un velero por una gran borrasca y repitiendo a todo el que se encontraba que sólo su buen carácter le había impedido a él, Nestor Nérestan, aplastar a Gervilen como a una pulga.

Naturalmente que todo este asunto había llegado a los oídos de Hilarion. No le había gustado nada. El Manuel ese echaba a perder sus pla-

nes y de qué manera. Si los campesinos llegaban a regar sus tierras, rehusarían cederlas en pago de las deudas y de los préstamos con intereses usurarios que se acumulaban en casa de Florentine. Había que poner a Manuel bajo llave en la cárcel del pueblo y hacerle confesar dónde estaba la fuente. Teníamos la forma de hacerlo hablar. Después, dejaríamos a los campesinos secarse en la espera y cuando perdieran todo ánimo y toda esperanza, él, Hilarion, les robaría sus conucos y se convertiría en propietario de algunos buenos cuadrados de tierra bien regada. Lo malo era que había que compartir con el teniente y el juez de paz. Eran voraces, pero Hilarion se las arreglaría para sacar la mejor parte.

Lo primero que había que hacer era arrestar a Manuel. De todos modos era un elemento malo, un negro peligroso que hablaba de rebelión a los campesinos.

—Cumplirás con tu deber, le dijo Florentine, una vieja putona de la Croix des Bouquets que Hilarion había recogido en el arroyo y que la ambición del dinero devoraba con una fiebre maligna, ese Manuel está contra la ley y el orden establecido, está contra el Gobierno.

—Con la mano en el corazón, juró Hilarion, y cubrió con su ancha pata peluda la placa de oficial de policía rural que brillaba en su pecho, —la mano en el corazón y la verdad sea dicha, es mi deber.

... ¿Quién diría que la vida iba a renacer pronto en Fonds-Rouge?

En el llamear de la tarde, el cerro se alzaba con sus flancos sangrados al rojo por la colada de las rocas. Los árboles de pan, enfermos de sequía, servían de percha a los cuervos. Cuando sus graznidos vehementes se calmaban por un instante, se oía el grito jadeante de las gallinetas en los cujíes. El pantano Zombi exhalaba un olor caliente y descompuesto que el viento abatía sobre el pueblo con nubes de zancudos.

—¿Está bien cinchada?, gritó Bienaimé.

—Sí, respondió Manuel, halando un poco más la correa.

Délira alzó la cabeza hacia el sol.

—Llegarás antes de que caiga la noche.

Suspiró. Había hecho todo para disuadirlo de ese viaje.

El alazán cojo que Dorismond le había prestado para la ocasión esperaba bajo el taparo. Bienaimé puso el pie en el estribo y se montó en la silla

con un poco de esfuerzo. Esa silla de montar era el último esplendor que le quedaba. Pero faltaba la manta. Un saco la reemplazaba.

—Adiós, Délira, dijo Bienaimé.

Y a Manuel:

—Desata la bestia. Dame la cuerda. Anda a abrir la empalizada.

—Adiós mi hombre, dijo Délira.

Bienaimé chasqueó la lengua y empujó al alazán con un talonazo. La becerra seguía dócilmente.

Manuel quitó los gruesos bambúes que hacían de empalizada.

—Que tengas buen viaje, sí, papá, le dijo.

—Gracias, respondió Bienaimé secamente, sin mirarlo.

Manuel regresó a la choza. Las lagartijas arrastraban sus vientres grasos y blancos en el polvo del sendero y se alargaban persiguiéndose bajo la cerca de los cactus en el conuco abandonado a los carbones.

—De que es terco, es terco, se quejaba la vieja. Como si tú no hubieras podido ocuparte de esa venta en su lugar. ¿Es que no se da cuenta de su edad?, y mira que ahora se va a ver obligado a pasar la noche en Beudet, en una veranda cualquiera y el frescor de la noche no es bueno para sus reumatismos. Sin contar que mañana por la tarde tendrá que reanudar todo ese largo camino. De verdad que Bienaimé es un hombre sin juicio.

A pesar de que Manuel hubiera querido evitarle a su padre las fatigas de ese viaje, no había insistido mucho en persuadirlo a renunciar. Quería aprovechar de su ausencia para asistir a la reunión que tendría lugar esa misma noche en casa de Larivoire, sorprender a los campesinos con su presencia inesperada, no darles tiempo de reponerse y convencerlos de que no había otra salida a su situación, sino la reconciliación.

Para mitigar su impaciencia, se puso a tejer un sombrero de palma. Su madre se sentó a su lado en la veranda.

—Esta mañana, dijo, me encontré con Annaïse. Iba seguramente a Mahotièrre a lavar; llevaba una cesta llena de trapos. Me dio los buenos días; buenos días mamá, me dijo.

Los dedos diligentes de Manuel tejían y tejían la palma.

—¿Y sabes lo que le contesté? Buenos días nuera, así le contesté. Me mostró sus dientes con una sonrisa. Y mira qué bellos dientes blancos, mi-

ra qué ojos tan grandes y una piel negra, fina como la seda, y además, es una negra con trenzas largas; me fijé por el mechón de pelo que sobrepasaba de su pañuelo. La verdad es que Dios la adornó con sus propias manos.

Pero fíjate, lo que cuenta en realidad no es tanto una linda figura, sino las buenas costumbres y esta Annaïse es como debe ser, no se puede decir lo contrario. En estos días eso no se encuentra fácilmente, no. Hay demasiadas jóvenes que han perdido el respeto por las costumbres de los viejos. La ciudad les trastornó la cabeza. Parece que les hubieran frotado la planta de los pies con ají. No se quedan quietas, las desvergonzadas. La tierra ya no les sirve, prefieren irse a trabajar como cocineras en casa de los mulatos ricos. Como si eso fuera un trabajo.

La vieja hizo una mueca de desprecio:

—Un pecado, digo que es un pecado, es lo que yo misma digo.

* * *

—¿Compadre, tú no conoces la fuente de Mahotièrè? Es que no eres de por aquí, hermano. En la entrepierna del cerro es donde corre esa fuente. Dejas las chozas y los conucos y por lo fácil de la pendiente, llegas al zanjón. Es un zanjón fresco a causa de un acantilado escarpado y de las ramas de un ciruelo que le dan sombra. Helechos hay dondequiera que rezuma la humedad y una estera de berros y de yerbabuena se remoja en la corriente lenta. Bajo las rocas se pescan camarones, no de los grandes, y son del color del agua soleada, para que uno los vea menos, animales tramposos, pero se cogen por canastos y con arroz es una comida rica, puedes creerme.

Parece que el sol se complaciera en jugar sobre las piedras y el agua es un palabreo continuo que se mezcla con el chasquido de las paletas de lavar de las lavanderas sobre la ropa mojada, y forma un rumor inagotable, un murmullo reidor que acompaña el canto de las negras.

No, no se pueden quejar los de Mahotièrè. Tienen todo lo que necesitan: una tierra roja y grasa escalonada en capas, buena para toda cosecha. Los aguacates y los mangos protegen las casas contra los ardores del día y en las cercas corren esos racimos de campanillas rosadas, ¿cómo es que se llaman esas plantas, pues?, bellísima, así es como se llaman.

Pero la gran suerte de estos campesinos es la fuente. No hay en los alrededores agua mejor ni más clara para beber y hacia Plaisance, en la curva abierta de la quebrada, alcanza lo plano de la llanura, allí donde los negros del lugar la han repartido para sus arrozales.

Los viejos de Mahotière cuentan así como así que la Dueña del Agua es una mujer mulata. A medianoche sale de la fuente y canta y peina su larga cabellera que chorrea haciendo una música más suave que los violines. Es un canto de perdición para el que lo escucha: no hay señal de la cruz ni en el nombre del Padre que puedan salvarlo, su maleficio lo agarra como a un pez en una red y la Dueña del Agua lo espera al borde de la fuente y canta y le sonríe y le hace una señal para que la siga al fondo de las aguas de donde no volverá jamás.

Annaïse puso sus trapos a secar sobre las piedras: sus vestidos, sus pañuelos azules, violetas, rojos, en fin, todas sus cosas, los pantalones de Gille, su hermano, con anchos remiendos allí donde sería una vergüenza si faltaran, los fondos con volante de encaje de Rosanna, como los que usan las personas mayores y los pañuelos blancos que habrá que almidonar bien con los que se toca su madre para ir al pueblo con su chal negro.

Inclina la cabeza sobre la ropa, sus manos activas exprimen la ropa y hacen chorrear el jabón. Parece una reina de Guinea, Annaïse, con sus caderas arqueadas, sus senos desnudos, duros y levantados, su piel tan negra y lisa. Su prima Rosélia lava a su lado. Habla sin parar, cuenta los chismes de Fonds-Rouge, los que son de verdad y los que inventa. Es una lengua picante, esa Rosélia. Pero Annaïse la escucha sin oírla. Sus pensamientos van hacia Manuel.

“Manuel, mi amor”, dice, y una ola de calor la invade, un desfallecimiento tan dulce que quisiera cerrar los ojos como anoche cuando él la había acariciado y ella se sentía ir a la deriva de una corriente ardiente en la que cada ola era un estremecimiento de su cuerpo, y él la cubrió toda entera, se mezcló con ella y ella no apartaba su boca sino para gritar ese canto desgarrador de su sangre que surgía del secreto de su carne y se abría en una queja feliz y liberadora.

“Soy su mujer” piensa y sonríe. “Tenías que hacer todo ese largo camino de Cuba hasta aquí para encontrarme. Es una historia que co-

mienza como un cuento: había una vez, pero es un cuento que termina bien: soy tu mujer, porque ay Dios, hay unos que están llenos de muerte y de desastres”.

—Ya no trabajas, ¿estás cansada? le pregunta Rosélia.

Annaïse mueve la cabeza como si saliera de un sueño. No, prima, contesta. Agarra la paleta de lavar y golpea la ropa. El añil se destiñe en la corriente y sigue el curso del agua.

Rosélia tiene ya cuatro hijos. Su pecho está seco y ajado. Mira con envidia los senos hinchados de Annaïse, sus puntas moradas como uvas.

—Deberías casarte, dice.

—¿Yo?, dice Annaïse, tengo todo el tiempo por delante.

Ahoga una risita que la otra toma como timidez de muchacha, pero es una risa que quiere decir: una sorpresa, será una sorpresa cuando me vean en mi choza con mi hombre, Manuel, y habrá laureles en nuestro jardín y cañas a lo largo del canal.

* * *

... El día llegó a su final con la tarde, el cielo se nubló, el cerro se borró, el monte entró en la sombra, una delgada navaja de luna se puso a viajar por las nubes y llegó la noche.

Una tras otra se apagaron las hogueras de las cocinas; se oye una voz de mujer descontenta que llama a su hijito que se ha retardado en el patio por una necesidad, a pesar del miedo enorme al coco; un perro ulula, otro le responde y de puerta en puerta un concierto de ladridos se organiza.

La hora del reposo ha llegado, cada quien va a acostarse en su estera, cerrar los ojos, tratar de olvidar la miseria en el sueño.

Fonds-Rouge duerme en la noche; no hay una sola luz, salvo en casa de Larivoire; un cabo de vela plantado en medio de la mesa bajo el cobertizo, y algunos campesinos ya están allí; el dueño de la casa, Similien su hijo, Gille, Josaphat, Ismaël, Louisimé. Los demás llegarán sin tardar.

Manuel lo sabe y espera.

—Dime Manuel, ¿duermes Manuel?, pregunta su madre desde el cuarto de al lado.

Sentado en la cama, no contesta; finge. Sola, se quema débilmente delante de la imagen de un santo, la mecha mojada en el aceite de palma bendita de la lámpara perpetua. Un soplo de aire bajo el batiente mal cerrado de la ventana mueve la llama y aviva los colores desteñidos. Es la imagen de Santiago y al mismo tiempo es Ogoun, el dios dahomeyano. Tiene el aire fiero con su barba erizada, su sable en ristre y la llama que lame el rojo abigarrado de su vestido: parece sangre fresca.

En el silencio, Manuel oye a su madre darse vuelta sobre el colchón de paja, buscar su acomodo para el sueño. Murmura palabras que él no entiende, una oración, quizás, una última plegaria: es una persona que se trata de tú a tú con los santos, Délira.

El tiempo pasa y al final, Manuel se impacienta. Va hacia la puerta y escucha.

—Mamá, llama suavemente.

Una respiración calmada le llega. La vieja se durmió.

Manuel abre la ventana con mucha precaución. Los goznes oxidados chirrian un poco. Se desliza en la noche. El perrito lo reconoce sin ladrar y trota un rato tras sus talones. Está oscuro como la casa del diablo. Menos mal que un hilito de luna se cuele en el sendero. Los cactus forman un muro de tinieblas a lo largo del conuco. Los grillos gritan en la hierba, Manuel salta por encima de las esteras de la tranca. Está en la carretera.

No es muy lejos la casa de Larivoire. La luz le hace señas y lo guía. Pasa delante de la casa de Annaïse. “Buenas noches, mi negra”, piensa. Se la imagina acostada, la cara sobre su brazo replegado, y un gran deseo de ella se apodera de él. Esta semana, Bienaimé y Délira llevarán a Rosanna la carta de petición. Qué bonitas palabras escribió ese señor Paulma. Se las leyó en voz alta a Manuel, pasándose la lengua por los labios de puro gusto, como si el melado le colara por la boca. Y después le ofreció ron, un ron fino de verdad. Siempre había lamentado Manuel no conocer la escritura. Pero cuando la existencia, gracias al riego, se vuelva mejor, pediremos al Magistrado comunal del pueblo, que instale una escuela en Fonds-Rouge. Propondría a los campesinos construir, con la ayuda de todos, un rancho para albergarla. Es necesaria la instrucción, ayuda a comprender la vida. Prueba, ese compañero de Cuba que le hablaba de política cuando la huel-

ga. Sabía cosas, el *hijo de... su madre*⁶⁷ y las situaciones más enmarañadas, te las desenredaba que era una maravilla; veías frente a ti cada asunto alineado en el hilo de su razonamiento, como la ropa enjuagada tendida al sol para secarse; te explicaba la cuestión tan claro que la podías agarrar con la mano como un pedazo de pan. Te la ponía como quien dice a tu alcance. Y si el campesino iba al colegio, por supuesto que no iban a poder engañarlo tan fácilmente, aprovecharse de él y tratarlo como a un burro.

Llega delante de la empalizada de Larivoire. La noche lo envuelve. Los campesinos forman un círculo debajo del cobertizo. Gervilen habla. Los demás escuchan. Larivoire mueve la cabeza, hace un gesto para interrumpir pero Gervilen continúa. Bate el aire con los brazos, golpea con los pies.

—Honor, grita Manuel.

—Respeto, contesta Larivoire.

Manuel se adelanta rápidamente. Los campesinos lo reconocen cuando llega a la luz. Algunos se levantan, otros se quedan clavados en sus sillas, boquiabiertos, petrificados de estupor.

—Vine, hermanos, dice Manuel.

—Adelante, con respeto, vuelve a decir Larivoire.

—Les doy las buenas noches, hermanos.

Algunos responden de mala gana, otros no.

Larivoire le ofrece su silla.

—Con tu permiso, dice Manuel, me quedo de pie frente a tus canas.

Larivoire sonrío con la comisura de sus labios. Conoce las costumbres, Manuel.

Manuel apoya el hombro contra un poste del cobertizo.

—Vengo con la paz y la reconciliación.

—Habla, dice Larivoire, te escuchamos.

—Es verdad, sí, lo que se repite —lo juro por mi vieja madre— descubrí una fuente grande.

—Mentira, gruñe Nérestan.

—Juré compadre Nérestan y no tengo por costumbre la falsedad. Acuérdate cuando éramos jóvenes, no más altos que esto, te acusaron un

67. En español en el original.

día de robar el maíz en el conuco de Dorismond y me presenté para confesar que fui yo, aunque mi papá me arrancó la piel de la espalda a fueite.

—Es verdad, exclamó Nérestan, palabra, tienes buena memoria.

Se reía ahora con toda su boca y se daba palmaditas en los muslos como para espachurrar la cabeza de un cristiano.

—Cierra el pico, rechinó Gervilen furibundo.

—Esas mazorcas de maíz me las robé para asarlas en el monte con Josaphat y Pierrilis. En ese tiempo compartíamos.

(Es un negro astuto, piensa Larivoire con admiración. Desvió la tormenta.)

—Me fui a los países extranjeros, continuó Manuel y cuando volví, encontré Fonds-Rouge devastado por la sequía y hundido en una miseria sin igual.

Hizo una pausa:

—Y encontré a los campesinos dispersados por el desacuerdo.

El malestar recomenzaba. Los rostros de los campesinos estaban contraídos.

Manuel fue derecho al asunto.

—Hay un modo de salir de la sequía y de la miseria: es terminar con el desacuerdo.

—Jamás se podrá terminar con la sangre, gritó Gervilen. La sangre corrió, la sangre de Dorisca. Era mi papá. ¿Lo olvidaron?

—Y Sauveur murió en prisión, dijo Larivoire. La venganza se cumplió.

—No, porque no fui yo el que lo mató, con estas manos, con mis propias manos.

Una mueca frenética torció la cara de Gervilen. Agitaba sus manos como arañas enormes.

—Compadre Gervilen... comenzó Manuel

—No me llames compadre. No soy nada tuyo.

—Todos los campesinos son iguales, dijo Manuel, todos forman una sola familia. Es por eso que se llaman entre ellos: hermano, compadre, primo, cuñado. Uno necesita al otro. Uno perece sin la ayuda del otro. Es la verdad del cumbite. Esa fuente que encontré necesita el concurso de todos los campesinos de Fonds-Rouge. No digan que no. Es la vida la que manda y cuando la vida manda, hay que responder: presente.

—Bien dicho, dijo Gille.

“La vida manda”, ¿no es la misma frase de Marianna? Josaphat se levanta: presente, dijo, estoy de acuerdo.

—Dime, ¿hay agua suficiente? pregunta Ismaël, porque mi conuco, hace tiempo, daba treinta sacos de maíz bien llenos.

—Cada quien tendrá para sus necesidades y sus gustos.

—Carroña, escupió Gervilen, volteándose con un movimiento tan brutal hacia Ismaël que este tanteó su machete.

—Ay, compadre Gervilen, dijo moviendo lentamente la cabeza, pero con la mirada vigilante— cuidado con tu boca. No respetas a tus semejantes. Lo lamentarás un día, sí.

—Pero qué negro tan fastidioso, murmuró Mauléon.

—Ya veo, todos están en contra mía.

Gervilen hablaba como si salivara una bilis viscosa.

—Vendieron sus conciencias por unas gotas de agua.

—La venderías bien, tu conciencia, si fuera clerén

Gervilen fingió no haber oído a Gille.

—En cuanto a ti, Larivoire, defendiste muy bien a la familia. Gracias. Te digo: gracias, porque por consideración a tu edad, no te diré, como a esta cuerda de cochinos, lo que yo pienso de ti.

—Pero, se impacientó Larivoire, ¿es que no puedes reflexionar un momento, es que la razón no puede entrar en tu cabeza?

—No, carajo, no quiero.

Caminó hacia Manuel. Se detuvo a dos pasos de él. Lo miró de arriba a abajo como si lo estuviera midiendo y le dijo con una sonrisa que le desgarró la boca:

—Dos veces te cruzaste en el camino de Gervilen Gervilis. Una sola vez ya era demasiado.

Y desapareció en la noche.

Los campesinos se sintieron liberados con la ida de Gervilen. Respiraron más a sus anchas.

—Parece que un espíritu malo atormenta a ese Gervilen, dijo Louisimé Jean Pierre.

—Es una ruina, ese negro, agregó Pierrilis.

Manuel no se había movido de su puesto. Apartó a Gervilen de sus pensamientos como se aparta a un mosquito. Esperaba la decisión de los campesinos.

Por supuesto que aceptarían, los campesinos, pero no podían responder así, tan rápido. Parecerían demasiado apurados. De todos modos, no había que dejar que Manuel creyera que había ganado la partida tan fácilmente. Y uno tenía su dignidad, ¿verdad?

Astuto como era, Larivoire entendió el camino que tomaban las cosas:

—Viniste con honestidad y te hemos escuchado. Pero todavía es muy pronto para decir sí o no. Espera hasta mañana, si Dios quiere. Te llevaré yo mismo la respuesta.

—Ya yo estoy de acuerdo, dijo Gille.

—Yo respondí: presente, dijo Josaphat.

—No estoy en contra, dijo Pierrilis.

—Yo tampoco, dijo Ismaël.

Pero los demás guardaron silencio.

—Ves, dijo Larivoire. Hay algunos que todavía no se han decidido. Dicho sea sin quererte echar: tenemos que examinar el asunto entre nosotros. Gracias por tu visita, hermano.

—Dijiste palabras gratas al oído, Larivoire. Yo también les doy las gracias, hermanos campesinos. Y si ese Gervilen vuelve por aquí, díganle, por favor, que no le tengo malos sentimientos, que aquí está mi mano y que es una mano bien abierta para la paz y la reconciliación.

Nérestan se levantó, avanzó pesadamente hacia Manuel. Su cabeza casi que llegaba a la techumbre del cobertizo, sus espaldas tapaban la vista a cuatro campesinos. Qué leñador se necesitaría para cortar y abatir tamaño hombre, pensaba Manuel mirándolo venir.

—Compadre Manuel, dijo Nérestan, me había olvidado de esa historia del maíz. El negro no es ingrato; gracias a Dios, Nestor Nérestan no es ingrato.

Ofrecía su mano gigantesca. Manuel la apretó. Una fuerza terrible dormía en esos dedos espesos y rugosos como la corteza.

—Salud, dijo Manuel.

—Salud, respondió Nérestan.

Con el mismo gesto, se llevaron la mano a la frente:

—Servidor, dijo Nérestan.

—Servidor, respondió Manuel.

Y Larivoire le tocó el hombro:

—Adiós, hijo, eres un negro bueno. Me verás mañana antes del mediodía.

—Entonces, adiós Larivoire, dijo Manuel.

—Toma este pedazo de pino. Te alumbrará el camino.

Larivoire le tendió la esquirra ardiente cuya llama humeaba y esparcía un olor a resina.

—La cortesía es grande, agradeció Manuel. Entonces, primos, adiós, sí.

Esta vez todos lo saludaron; sus voces no dudaban más, expresaban un son de amistad.

Manuel atravesó la empalizada; caminaba en la carretera, la antorcha de pino echaba un poco de luz a su alrededor, un pedazo de cerca salía de la oscuridad, un cochino sorprendido, revolcado en el cardón, escapó gruñendo; Manuel iba con el corazón ligero. Un conuco de estrellas se deslizaba en el cielo y era la luna, tan brillante y afilada, que las estrellas deberían caer como flores sesgadas.

“Estoy seguro de que mañana Larivoire traerá una buena respuesta. Cumpliste con tu deber, llenaste tu misión, Manuel: la vida va a comenzar de nuevo en Fonds-Rouge, y ahora podrás construir esa casa, tres puertas tendrá, repito, dos ventanas, una veranda con balaustrada y una pequeña escalinata. El maíz crecerá tan alto que no la verán desde la carretera”.

Atravesaba la hilera de cactus-candelabros de Annaïse.

“Así será, mi negra, y verás que tu hombre no es un vago, sino un negro dispuesto, despierto cada día con el primer canto del gallo, un trabajador de la tierra, sin reproches, un verdadero gobernador del rocío”.

La choza dormía en el fondo del patio, bajo los árboles. Se detuvo un momento. Respiró el olor de las flores del campeche y una gran alegría, calma y grave, penetró en él. “Descansa, Anna, descansa, mi amor, hasta que salga el sol”.

Un ruido de hierba ajada lo obligó a voltearse. No tuvo tiempo de detener el golpe. La sombra bailó delante de él y lo golpeó otra vez. Un sabor de sangre le subió a la boca. Vaciló y se desplomó. La antorcha se apagó.

XIII

Volvió en sí y la claridad lejana de las estrellas zozobraba en un lento vértigo. Un dolor agudo lo clavaba en el suelo. “*El desgraciado...*”⁶⁸ Me voy a morir”. Trató de levantarse. Cayó de bruces. “Me voy a morir; en la carretera; como un perro”. Alcanzó a levantarse sobre los codos y se arrastró un poco. Se sentía demasiado débil para pedir socorro. ¿Quién lo hubiera oído en esta noche abandonada al silencio y al sueño? Con un esfuerzo inmenso, el costado y el hombro rotos por las puñaladas, se puso de pie, vacilando como un hombre ebrio, las rodillas temblorosas, los pies de plomo. Y seguía ese balanceo del cielo, esa náusea horrorosa. Titubeando dio algunos pasos. Cada movimiento le ocasionaba una punzada terrible en sus heridas. Se limpió la boca de donde corría sangre. Con las manos tendidas hacia adelante como un ciego que se abre paso en las tinieblas, atravesó la carretera. Pero se le fueron los pies en la cuneta y se desplomó. Agarrándose con las uñas a los cardones y a las hierbas, se arrastró hasta la cerca y se levantó de nuevo con una tensión de voluntad desesperada. Jadeaba y un sudor helado mojaba su cara. Sus dedos crispados seguían la cerca, iba en una noche atravesada de relámpagos, la cabeza colgando, tropezando contra las piedras. Una debilidad nauseabunda, proveniente del vómito de una cosa espesa, coagulada, hacía que le flaquearan las piernas. Con el brazo, se abrazaba a un poste, pero su peso inerte lo arrastraba, rodaba por el suelo. Se despertaba cada vez más débil, pero el pensamiento inflexible de llegar a la tranca de su casa resucitaba sus últimas fuerzas. Avanzaba sobre su vientre, se alzó hasta la cerca. El cielo había palidecido y hacia el levante, una franja de luz anunciaba tal vez la aurora cuando llegó a la empalizada. Se deslizó bajo los bambúes. El sendero corría delante de él como un arroyo bajo el reflejo de la luna. El perrito acudió ladrando alarmado, asustado de ese hombre que caminaba sobre las manos y las rodillas hacia la choza.

Se abatió con todo su cuerpo contra la puerta.

—¿Quién está allí?, gritó la vieja.

68. En español en el original.

—Mamá, gimió.

El perro aullaba.

—Pregunto quién está allí, repitió la vieja.

Se levantó, prendió la lámpara. Una angustia mortal la hizo temblar.

Detrás de la puerta, en lo oscuro, una queja entrecortada:

—Te lo ruego, mamá, apúrate.

—¿Manuel? Jesús-María-José.

Estaba postrado frente a ella. Haló con sus pobres brazos ese cuerpo grande hasta su cuarto. Entonces se dio cuenta de la sangre y lanzó un grito:

—Yo sabía, yo sabía, lo asesinaron, mataron a mi hijo. Socorro, amigos, socorro.

—Calla, mamá, calla, dijo Manuel en un soplo. Cierra la puerta y ayúdame a acostar, mamá.

Lo cargó casi hasta la cama. ¿De dónde sacaba fuerzas, la vieja Dékira? La idea de que él se iba a morir la enloquecía. Lo desvistió. Dos pequeñas llagas negras perforaban su costado y su espalda. Rompió una sábana, vendó las heridas, fue a alumbrar el fuego para hervir hojas de taparo.

Manuel estaba acostado, los ojos cerrados, respirando con dificultad. La lámpara perpetua ardía bajo la imagen de Ogoun. El dios blandía su sable y su manto rojo lo envolvía como una nube de sangre.

Dékira se sentó a su lado enceguecida por las lágrimas. Los labios de Manuel se movieron:

—Mamá, ¿estás allí, mamá? quédate al lado mío, mamá.

—Sí, hijito, sí, mi amor, estoy aquí.

Le acariciaba la mano, besaba su mano sucia de tierra.

—Dime el nombre de ese asesino para avisarle a Hilarion.

Se agitó:

—No, no.

Su voz débil suplicaba:

—De nada servirá. El agua, hay que salvar el agua. Las palomas baten el ala en las ramas, las palomas. Pregúntale a Annaïse por el camino que conduce al matapalo, el camino del agua.

Su mirada extraviada brillaba. Ella le esponjaba la frente bañada por un sudor grueso. Su pecho parecía levantar un peso aplastante.

Se calmó poco a poco y se durmió. Délima no se atrevía a dejarlo. Mi Dios, mis Santos, la Virgen, mis Ángeles, les ruego, les ruego, les ruego, hagan que viva, porque si se muere, qué va a hacer sobre la tierra esta vieja Délima, díganme, qué va a hacer ella sobre la tierra, solita, sin el consuelo de su vejez, sin la recompensa por toda la miseria que ha soportado durante su existencia. Tú, la mamá de Jesús al pie de la Cruz, oh Virgen de los Milagros, te pido la gracia, piedad, misericordia por mi hijo, llévame mejor, ya cumplí mi tiempo, pero él, él está todavía en la flor de la juventud, pobrecito, déjalo vivir, oyes, mi vida, oyes mi mamaíta, mi santa, mi querida mamaíta, me oyes, ¿verdad?

Un sollozo la destrozó. Cayó de rodillas, los brazos en cruz. Besó la tierra, tierra, Santa Tierra no te bebas su sangre, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Lloraba y rezaba, pero para qué sirven las plegarias y las oraciones cuando llega esta última hora de la que habla El Libro; cuando la luna se apaga y las estrellas se apagan y la cera de las nubes esconde el sol y el negro corajudo dice: estoy cansado y la negra deja de pilar el maíz porque está cansada y hay un pájaro que se ríe en el monte como una matraca oxidada y las que cantan están sentadas en rueda sin hablar y las que lloran recorren la calle mayor del pueblo y gritan: socorro, ayúdennos, enterramos hoy nuestro negro y él se va al cementerio, se va a la tumba, se va al polvo.

El día entraba por el batiente mal cerrado de la ventana. Los pollos piaban como siempre.

Manuel abrió los ojos. Atrapaba el aire a sorbos jadeantes.

—Te despertaste, mi hijo, dijo Délima. ¿Cómo te sientes?, ¿cómo sientes el cuerpo?

Murmuró:

—Tengo sed.

—¿Quieres un poco de café?

Hizo señas de que sí con un batir de párpados.

Délima fue a calentar el café y volvió con la infusión tibia de hojas de taparo.

Lavó las heridas. Muy poca sangre había corrido.

—Tengo sed, repitió.

La vieja trajo el café. Sostuvo a Manuel en sus brazos y él bebió con esfuerzo. Su cabeza cayó en la almohada.

—Abre la ventana, mamá.

Contempló esa claridad de luz que se agrandaba en el cielo. Sonrió débilmente:

—Se levanta el día, cada día amanece. La vida comienza de nuevo.

—Dime, Manuel, insistió Dékira, dime el nombre de ese bandido para que le avise a Hilarion.

Sus manos se agitaron sobre la sábana, las uñas eran de un blanco escamoso. Habló, pero tan bajo que Dékira tuvo que inclinarse hacia él.

—Tu mano, mamá, tu mano. Calientame. Siento un frío en las manos.

Dékira lo contempló desesperada. Los ojos se le agrandaron en el fondo de sus órbitas, una ojera verdosa se extendió sobre sus mejillas huecas. Se va, piensa, mi hijo se va, tiene la muerte encima.

—¿Me oyes mamá?

—Te oigo, sí, Manuel.

Se nota que reúne sus fuerzas para hablar. A través de una neblina de lágrimas, Dékira mira ese pecho que se levanta, que lucha.

—Si le avisas a Hilarion, será otra vez la misma historia de Sauveur y Dorisca. El odio, la venganza entre los campesinos. El agua se perderá. Ofrecieron sacrificios a los loas, ofrecieron la sangre de los pollos y cabritos para que caiga la lluvia, eso no sirvió de nada. Porque lo que cuenta es el sacrificio del hombre. Es la sangre del negro. Busca a Larivoire. Dile la voluntad de la sangre que corrió: la reconciliación, la reconciliación para que la vida comience de nuevo, para que el día se levante sobre el rocío.

Agotado, murmuró todavía:

—Y canten mi luto, canten mi duelo con un canto de cumbite.

—Honor, grita una voz desde afuera.

—Respeto, responde maquinalmente Dékira.

La cabeza malévola de Hilarion se encuadra en la ventana.

—He, buen día, Dékira.

—Buenos días, sí.

Se fija en el cuerpo acostado.

—¿Qué es lo que tiene ése?, ¿enfermo?

Sus ojos sospechosos van turbiamente hacia Manuel.

Délira duda, pero siente la mano de Manuel apretar la suya.

—Sí, dijo, traje de Cuba las malas fiebres.

—¿Duerme?, pregunta Hilarion.

—Duerme, sí.

—Es una contrariedad, porque el teniente pregunta por él. Tiene que presentarse a la caserna en cuanto pueda levantarse.

—Está bien, se lo diré.

Oye los pasos que se alejan y se voltea hacia Manuel. Un hilo de sangre negra le corre por la boca y sus ojos la miran pero no la ven más. Tiene su mano agarrada todavía: se lleva su promesa.

* * *

La vieja Délira cerró los ojos de su hijo. Enterró la sábana ensangrentada debajo de la cama. Ahora puede aullar como animal herido. El vecindario la oye y los campesinos acuden, los hombres y las comadres. El acontecimiento les cae como una piedra en la cabeza. Están aplastados. Un negro tan bueno. Apenas ayer le decía a Manuel: compadre Manuel... no esto no es natural, no, no es natural⁶⁹. Pero a todas las preguntas, Délira responde: la fiebre, las malas fiebres de ese país de Cuba. Y después lanza ese grito terrible, y abre los brazos y su cuerpo viejo tiembla, crucificado.

Laurélien llegó. Mira el cadáver. Le prendieron una vela a la cabeza y a los pies. Hay luz en la frente de Manuel y su boca conservó hasta la muerte ese pliegue obstinado.

—Entonces, jefe, ¿te fuiste jefe?, ¿te fuiste? Dos lágrimas gruesas corren por sus rostro endurecido.

—Ay, la miseria, dice la comadre Destine.

—Ay, la vida, suspira la comadre Mérilia.

—Tííta, dice Clairemise, te voy a ayudar a lavarlo.

Pero Délira responde: no, gracias.

—Espero, dice.

69. Para el campesino haitiano la muerte, en principio, es causada por algo sobrenatural.

—¿A quién esperas?

—Espero, repite la vieja.

Destine le trae una taza de infusión. La rechaza. Se columpia en su silla como si meciera el dolor de todo su cuerpo. Los demás la sostienen y la consuelan, pero todo eso son palabras, ni siquiera las oye, y se lamenta como si le arrancaran el alma con tenazas de hierro.

Y los otros también saben la noticia. Se llegan hasta la casa de Larivoire. Larivoire está sentado bajo su cobertizo. Se hala los pelos de su barba. No responde a las preguntas. ¿Acaso no saben? claro que lo saben. La puerta de la casa de Gervilen está cerrada y no se le ve por ninguna parte.

Las mujeres se reúnen delante de la puerta de sus casas. Qué de trastornos, dice una. Y la otra contesta: verdad, verdad. En cuanto a Isménie, la mujer de Louisimé Jean Pierre, ella pretende que es la venganza de la Dueña del Agua. Es que es peligroso, sí, mi comadre, los espíritus de las fuentes.

—Pero, replica la vecina, se dice, por ahí, que Manuel trajo las malas fiebres de Cuba. Eso le comía la sangre. —Dicen, dicen, ¿qué es lo que no dicen?, comenta la incrédula⁷⁰.

Hilarion olfatea el aire como un perro que busca una pista. Husmea el misterio. Manda a su adjunto para que se informe. Pero por todas partes, la boca cosida. O el estupor sin fingimientos ni disimulos.

Mejor, piensa Hilarion. Manuel era una incomodidad, un negro rebelde, y ahora podrá tener las tierras de esos cerdos de campesinos. Es la misma opinión de Florentine, la insaciable esa.

Lo que Délira esperaba llega. Annaïse corre, perdió el juicio. La gente dirá lo que quiera, le da igual. Lo sabrán, pues sí, lo sabrán. ¿Y después? Manuel, Manuel, ay mi hermano, mi hombre, mi amor. Serás la dueña de la casa, decía, y habrá cañas y laureles en nuestro jardín. Y la había hecho suya en la fuente y el rumor del agua había entrado en ella como una corriente de vida fecunda. ¿Se muere uno así, como un soplo de aire apaga una vela, como un cuchillo extrae la hierba, como un fruto cae del árbol y

70. En la edición que hemos utilizado para la traducción, este diálogo pertenece al párrafo anterior. Atendiendo al estilo de la novela, lo hemos separado.

se pudre, cuando uno es un hombre tan fuerte y tan valeroso? Y entonces, la cosecha madurará y él no la verá, el agua cantará en el canal y él no la oirá, y yo, Annaïse, tu mujer, ¿te llamaré y no me responderás? No, mi Dios, no, no es verdad, no es posible, porque sería una injusticia.

Los campesinos que la ven pasar mueven la cabeza. Caray, se extrañan, ¿será que la hija de Rosanna habrá perdido a su ángel de la guarda?

Cuando entró en el patio la miraron estupefactos. Antonio que estaba llegando se quedó con la mandíbula colgando y Jean-Jacques masculló: qué es lo que quiere esa atrevida; y la comadre Destine avanzó, los puños en las caderas, con un aire hostil.

Pero Délira se había levantado. Había tomado a Annaïse de la mano, la había abrazado y ahora lloraban juntas con grandes gemidos. Entonces todos comprendieron y Clairemise que tenía buen corazón murmuró: pobre, pobre muchacha, y Antonio dijo: la vida es una comedia, eso es lo que es la vida.

Escupió: tiene un gusto amargo la cochinado.

Annaïse se arrodilló delante de Manuel. Tomó su mano ya helada. Lo llamó: Manuel, ¿Manuel ho?, con una voz tierna y mojada en lágrimas y después, con un grito horrible, se fue hacia atrás, los brazos levantados, el rostro transfigurado por el dolor: No, mi Dios, no eres bueno, no, no es verdad que eres bueno, es mentira. Te gritamos para que nos socorras y tú no oyes. Mira nuestro dolor, mira nuestra pena tan grande, mira nuestras tribulaciones. ¿Duermes, mi Dios, es que estás sordo, Dios mío, es que eres ciego, mi Dios, es que no tienes entrañas, mi Dios? ¿Dónde está tu justicia, dónde está tu compasión, dónde está tu misericordia?

—Silencio, Annaïse, dijo Délira. Blasfemas...

Pero Annaïse no la oía: por más que recemos nosotros los pobres, pobres negros, y pidamos la gracia y pidamos perdón, tú nos aplastas como el mijo bajo el pilón, nos pisas como polvo, nos reduces, nos trastornas, nos destruyes.

—Sí, hermanos, suspiró Antonio, es así: desde la Guinea, el negro camina en la tormenta, la tempestad y el tormento. Dios es bueno, dicen. Dios es blanco, eso es lo que habría que decir. Y tal vez sea exactamente lo contrario.

—Basta, Antonio, ya hay suficientes maldiciones sobre esta casa.

Délira levantó a Annaïse.

—Junta todo tu valor, hija. Vamos a bañarlo.

Los campesinos salieron del cuarto y Délira cerró la puerta,

—Se llevó el dedo a la boca:

—No grites.

Volteó dulcemente el cuerpo.

—No grites, le dijo.

Alzó la camisa y dos pequeñas llagas más negras que la piel aparecieron, dos pequeños labios de sangre coagulada.

—Señor, gimió Annaïse.

Délira hizo la señal de la Cruz sobre la primera llaga.

—No viste nada.

Hizo la señal de la Cruz sobre la segunda llaga.

—No sabes nada.

Miró a Annaïse con severidad.

—Era su última voluntad. Me agarraba la mano y se fue con mi promesa. Jura que guardarás el secreto.

—Lo juro, sí, mamá.

—En nombre de la Virgen de Altagracia.

—En nombre de la Virgen de Altagracia.

No era Manuel ese enorme cuerpo frío, insensible y rígido. No era sino su apariencia en piedra. El verdadero Manuel caminaba por los cerros y los montes, bajo el sol. Hablaba con Annaïse: mi negra, decía. La tomaba en sus brazos, la envolvía en su calor. El verdadero Manuel trazaba el paso del agua en los conucos, caminaba en las cosechas futuras en el rocío del amanecer.

—No tengo valor, mamá, murmuró Annaïse, aterrada.

—Era tu hombre, dijo la vieja. Cumple con tu deber.

Annaïse bajó la cabeza: sí mamá, cumpliré con mi deber.

Cuando las dos mujeres terminaron su tarea fúnebre, cuando Manuel estuvo vestido con su traje azul de tela burda, Délira prendió las velas de nuevo.

—Ponle su machete al lado, dijo, era un buen campesino.

Hacia el final de la tarde, volvió Bienaimé. Traía la becerro de vuelta, que no había podido vender. El animal extenuado cojeaba de nuevo.

—¿Qué reunión es esa en mi patio?, gritó percibiendo a la muchedumbre de campesinos.

Laurélien le abrió la empalizada.

—Tengo un hijo, dijo Bienaimé disgustado, y tiene que venir un vecino a abrirme la empalizada. Gracias de todos modos, Laurélien.

Quiso continuar su camino. Laurélien retuvo el caballo por la brida.

—Compadre Bienaimé, comenzó.

En ese momento, Délira salió de la casa. Avanzó lentamente, grande y seca en su vestido negro, la cabeza envuelta en un pañuelo blanco.

—Papá, dijo, apéate del caballo y dame la mano.

—¿Qué es lo que pasa?, tartamudeó el viejo.

—Dame la mano, papá.

Pero las fuerzas la abandonaron y se echó contra el pecho de Bienaimé sacudida por amargas lágrimas.

En la casa, el coro de plañideras se alzó. La gorda Destine daba vueltas sobre sí misma, palmoteando y gritando como si hubiera perdido la razón.

—Ay Dios grande, aquí está Bienaimé, vecinos, aquí está Bienaimé.

—¿Manuel?, dijo el viejo con una voz sin timbre.

Délira se le colgó desesperada.

—Sí, papá, sí Bienaimé, papá querido, nuestro hijo, nuestro único hijo, el consuelo de nuestra vejez.

Los campesinos se apartaron a su paso. Las mujeres gritaban.

—Uno no invita a la desgracia, dijo Antoine, y ella viene y se sienta a la mesa sin permiso y come y no deja sino los huesos.

Bienaimé contempló el cadáver. No lloraba, el viejo Bienaimé, pero los más fuertes apartaban los ojos de su rostro y tosían ásperamente. De repente, vaciló. Los campesinos se apresuraron.

—Déjenme, dijo, apartándolos.

Salió de la casa. Se sentó en un escalón delante de la veranda, se desplomó como si le hubieran triturado los hombros. Sus manos temblaban en el polvo.

... El sol se va a ocultar; el día tendrá que terminarse: nubes vehementes navegan en el horizonte hacia el crepúsculo, todas las velas incendiadas. Un rebaño de vacas adquiere en la sabana una inmovilidad mineral. Los pollos baten ya el ala en los taparos.

Algunos campesinos llegan, otros se van. Es que hay que ocuparse de los negritos que se quedaron en la casa, ir a comer algo. Volverán para el velorio. Ya instalaron unas mesas y algunas sillas prestadas del vecindario en el patio. Un olor a café y a infusión de canela se esparce. Laurélien pres-
tó dos piastras, todo lo que tenía, para comprar clerén. Délira tiene el dinero justo para pagar al Padre Sabana⁷¹ que vendrá a decir los rezos y bendecir el cuerpo. No tenemos con qué para un entierro en la iglesia. Es muy caro y la iglesia no da crédito a los desgraciados, no es una tienda, es la casa de Dios.

Los lamentos se apaciguaron. La noche está aquí con su peso de sombra y de silencio. De vez en cuando, una mujer suspira. Ay, Jesús-María-la Virgen, pero sin mucha convicción; al final uno se cansa hasta de la tristeza.

Délira está sentada al lado de Manuel. No le quita la vista y, a veces, parece hablarle en voz baja. Nadie escucha lo que dice.

Annaïse se fue. Habrá que explicarle las cosas a Rosanna. No será fácil.

Bienaimé se quedó en el mismo lugar; su cabeza entre los brazos replegados, reposa sobre sus rodillas. ¿Duerme?, no se sabe. No lo molestan.

Laurélien se ocupa de la urna. Delante de su choza serrucha, clava. Anselme, su hermano menor, le alumbra con una antorcha.

No es un trabajo grande: tres tablas y una tapa para enterrar al que había sido su amigo.

¡Qué hombre, piensa, qué campesino! No había mejor en todo el país. Pero la muerte selecciona como un ciego escoge mangos en el mercado: tantea hasta encontrar los buenos y deja los malos. Es la verdad y no es justo.

—Pásame los clavos, le dice a Anselme.

71. En el original *Père-Savane* “Padre Sabana”: representante de la iglesia católica en el seno del vodú. Encargado de los ritos –bautizos, comuniones, matrimonios, funerales– que deberían ser celebrados por un cura. Los Padres Sabana fueron antes sacristanes que aprendieron los rezos y canciones litúrgicas en latín y en francés con los correspondientes gestos y entonaciones requeridas.

Sus gestos se repetían sobre la pared de la choza como enormes sombras deformadas.

Anselme apenas comienza a ser un hombre. Si le contara lo que decía Manuel, posiblemente no comprendería. Lo veía tejer esos sombreros, sus dedos corrían en la palma y decía: “un día vendrá... haremos el gran cumbite de todos los trabajadores de la tierra para deshierbar la miseria y sembrar la nueva vida”. No verás ese día, jefe, te fuiste antes, pero nos dejaste la esperanza y el valor.

Otro clavo, otro más, acerca la luz Anselme, otro. La urna está lista, la tapa ajusta. Terminé y para decir la verdad, compadre Manuel, es un favor que no necesita las gracias.

Contempla su obra: una caja larga, toda simple. Es de una madera demasiado fina, demasiado tierna, la tierra se la comerá en un momentico. Si hubiera podido tener, al menos, unas planchas de caoba, y quizás algunos herrajes, como los que vende el señor Paulma en el pueblo, pero son caros, fuera del alcance.

—Comenzaron con las cantigas, dijo Anselme.

—Oigo, dice Laurélien.

El canto se eleva tristemente en el corazón de la noche. *Po' cuál exceso de bondá tomó el peso de nuestro crimen, sufrió muerte cruel pa' salvarnos de la muerte.*

Cuando flaquea, una voz de mujer, alta y vibrante, algo cascada, lo retoma, reúne las otras voces y el cántico se expande de nuevo con un impulso unánime.

Ya es tiempo de ir al velorio.

En la primera pieza de la casa, Délira dispuso, sobre un mantel blanco, un crucifijo, velas encendidas y flores, las que pudieron encontrarse en esta sequedad: es decir, no muchas.

Es ahora Señor que dejas ir en paz a tu servidó, según tu desinio...

Los campesinos entonan sus cánticos delante de este altar. Están pegados los unos a los otros y la luz de las velas desliza reflejos brillantes sobre sus rostros negros sudorosos.

Menos mal que hay clerén para refrescarse y se ve que Antoine ya ha abusado más de la cuenta. No se está muy firme sobre sus piernas y canta a

pleno pulmón. Cuando infla su voz ronca y poderosa cubre la de los demás. Destine haciéndose la distraída le lanza un codazo en la boca del estómago y por poco lo ahoga un hipo.

—La escandalosa, dice al rato en el patio, ni siquiera tiene respeto por el difunto Manuel.

Y con tono amenazador:

—Ya verá, le compondré una canción que, carajo...

Pero recordó que estaba en un velorio y se traga la enorme obscenidad que le pesaba en la lengua.

En cada mesa colocaron un cabo de vela formando islas de luz en el patio. Los campesinos están sentados alrededor y juegan tres y siete. Mantienen sus barajas en abanico y parecen absortos. ¿Acaso se olvidaron ya de Manuel? Ay no, no hay que creer eso. Sólo que nosotros, no nos podemos poner a gritar como las mujeres. A las mujeres eso las alivia. Un varón tiene más coraje para soportar en silencio. Y además, es costumbre jugar cartas en los velorios. Nueve de diamante, pico.

Bienaimé anda como cuerpo sin alma. Entra en el cuarto donde reposa Manuel. Lo mira un rato, los ojos vacíos, apagados. Va al patio, pasa cerca de las mesas, le hablan, no contesta.

Délira, a fuerza de ruegos y de súplicas, le hizo tomar un poco de caldo. Dejó casi todo en el plato.

—Es un hombre fulminado, dice Antoine. Está acabado.

Annaïse regresó. Le explicó a Rosanna. Rosanna lanzó gritos, la llamó con todos los nombres posibles.

—¿No te da vergüenza?, dijo.

—No, respondió Annaïse.

—Qué atrevida, gritó Rosanna, una sin conciencia, una desvergonzada.

—No, respondió Annaïse, soy su mujer. Era el mejor hombre de la tierra. Era honesto, era bueno. No me tomó por astucia o a la fuerza. Fui yo la que quise.

—¿Pero cómo hiciste para encontrártelo, enemigos que somos?

—Me amaba y yo lo amaba. Nuestros caminos se cruzaron.

Se quitó sus zarcillos de plata. Se puso un vestido negro. Se peinó con un pañuelo blanco.

—No vas a salir.

Rosanna se puso en la puerta.

—Estoy triste, mamá, dijo Annaïse.

—Me importa: te digo que no vas a salir.

—Tengo pena, mamá, dijo Annaïse.

—Me oíste. No lo voy a repetir tres veces.

Golpearon a la puerta. Es Gille. Gille entró. Se dio cuenta de lo que pasaba.

—Gervilen tenía razón, insistió. El difunto Manuel y tú eran cómplices. Hizo una pausa.

—Desde esta mañana, Gervilen se fue de Fonds-Rouge.

Annaïse no dijo nada. Se acordó de su juramento.

—¿Sabes dónde está el agua?, preguntó Gille.

—Sé donde está, respondió Annaïse.

—Déjala ir, mamá, dijo Gille.

Annaïse salió.

Hay que dejar que el tiempo pase en los velorios. Las barajas, los cánticos y el aguardiente no bastan. La noche es larga.

Cerca de la cocina, Antoine, con la taza de café en mano, propone adivinanzas. Son, sobre todo, jóvenes los que lo rodean. No es que a los campesinos más viejos no les guste, pero no es cosa muy seria y uno mantiene, verdad, su reputación de hombre serio y severo. Podría suceder que por una de esas malicias inesperadas de Antoine, uno se vea obligado a reírse. ¿Entonces? Entonces esos jóvenes no tendrán más respeto por uno: están siempre listos para creer que uno es su igual o su compinche, los carajitos esos.

Antoine comienza:

—Al entrar en la casa, todas las mujeres se quitan la ropa.

Los demás buscan. Hurgando en la imaginación, ah, bah, no dan.

—¿Qué es?, pregunta Anselme.

—Las goletas cargan las velas al entrar al puerto, explica Antoine.

Tragó un sorbo de café:

—Voy a casa del rey. Encuentro dos caminos, ¿los tomo los dos?

—El pantalón, grita Lazare.

—Eso es, pero ésta, dejo de llamarme Antoine si adivinan: la niña

María se pone la mano en la cintura y pregunta: ¿soy una señorita?

Es difícil, sí, es difícil.

—Ustedes no son lo bastante inteligentes, cuerda de negros cabeza dura que son.

Y positivamente, por más que se esfuercen, es en vano, no adivinan.

Antoine gana:

—La taza.

Agarra la suya por el asa y se la muestra y se ríe de contento.

—Otra, tío Antoine, otra, por favor, reclaman en coro.

—Chhh...no hagan tanto ruido, verdad que son insaciables.

Finge para que le rueguen, pero lo que quiere es continuar. En toda la llanura, no hay uno más famoso por sus cuentos y sus canciones.

—Bueno, dice. Se las voy a facilitar: redonda como una pelota, larga como el camino real.

—El pabilo.

—Me quemo la lengua y doy mi sangre para darle gusto a la sociedad.

—La lámpara.

—Mi saco es verde, mi camisa blanca, mi pantalón rojo, mi corbata negra.

—La patilla.

Anselme, hijo mío, dice Antoine, ve a llenar esta taza de cleren pero hasta el borde, ¿me oyes?, no se ahorra aguardiente en un velorio, hay que rendirle honor al difunto. Si la comadre Destine tiene la botella, le dices que es para Laurélien. Por precaución, hijo, por precaución. Porque Destine y yo nos llevamos como la leche y el limón. Nos mareamos en cuanto nos miramos.

Así continuó el velorio entre las lágrimas y la risa, como en la vida, compadre; sí, igualito a la vida.

Un grupito se formó aparte: el viejo Dorélien Jean-Jacques, Fleurimond Fleury, Dieuveille Riché y Laurélien Laurore.

—Para mí que esta muerte no es natural, dijo Dorélien.

—Lo mismo pienso yo, aprobó Fleurimond.

Laurélien no era de ese parecer:

—Délira dice que fue por las malas fiebres. Si ella lo dice, es que es así. Ella no tendría interés. Y hay fiebres que te roen y no parece. Uno está co-

mo un mueble que parece muy sólido, muy lleno pero las termitas ya se pusieron a la obra y un buen día, caes hecho polvo.

—Quizás, dice Fleurimond, pero no parece muy convencido.

Y Dieuville Riché toma la palabra:

—Al mediodía atraviesas el río a pie. Seco. Ni una gota de agua: piedras y rocas. Pero la lluvia cayó a chorros en los cerros, y en la tarde el agua baja como una desencadenada y arrasa con todo a su paso, la rabiosa. Es así como viene la muerte. Sin que uno la espere y uno no puede nada contra ella, hermanos.

—Y hablando del agua, dice Laurélien, a saber si el difunto Manuel le confió a alguien adonde está la fuente. Yo era su amigo, pero no tuvo tiempo de mostrarme el lugar.

—Es posible que Délira sepa.

—Más seguro esa hija de Rosanna.

—Porque eso sería el colmo de la mala suerte si se hubiera ido con el secreto.

—Habría que recorrer todo el país, buscar en los mínimos rincones de los cerros y las quebradas.

—Y no es seguro de que la encontremos.

—Nos hicimos la ilusión. Veíamos de antemano todos esos campos regados. Sería una lástima.

—Por mala suerte, eso sería mala suerte. Yo calculaba ya que sembraría frijoles en la orilla. Hoy día los frijoles se venden bien en el mercado.

—Y los plátanos podrían crecer a lo largo del canal.

—Yo, dice Dieuville, iba a probar con los ajo porros y las cebollas moradas en mi pedazo de tierra.

El viejo Dorélien suspiró.

—Así como así, cada quien tenía su plan. Uno decía: haré esto, el otro decía: haré aquello, y durante todo el tiempo, la desgracia se reía en sordina. Esperaba en ese recodo del camino que llaman la muerte.

Ah, es que me voy, amigos míos, me voy, sí: no tengo mucho tiempo por delante, pero me hubiera gustado ver una vez más los campos de maíz y las cosechas cubrir los conucos.

Marchemos al combate, a la glo-ri-a.

Son persistentes, los cantadores de cánticos, no pierden el aliento fácilmente. La gorda Destine, aplastada por la fatiga, se desplomó en una silla. Su cabeza dormita sobre sus hombros, sus ojos están cerrados y sigue el ritmo con su pie descalzo y canta con una voz de falsete doliente y como dormida.

—Ah, la fea esa, murmura Antoine, con una mueca de asco.

La botella de aguardiente está sobre una de las mesas, alarga la mano pero Destine abre un ojo, uno solo pero fijo, y Antoine hace como si apagara una vela.

—Se gasta la cera, dice.

Y se retira, los hombros bajos y maldiciendo entre los dientes cosas que no se pueden repetir.

Marchemos al combate, a la glo-ri-a.

Entona Destine, pero esta vez con voz clara y triunfal que reanima el coro como un leño nuevo alumbra un bucán y el cántico se va en el ala temblorosa del alba y los campesinos que se levantan temprano en Fonds-Rouge lo oyen: “ah, sí, dicen, el entierro será para hoy”, y los que dormían bajo el cobertizo, con la frente sobre la mesa, se despiertan y piden el café y Délira no ha dejado a Manuel un instante, Annaïse tampoco, la pobre, y Bienaimé se arremolinó en un rincón: es el último cántico, el último porque viene el día con sus árboles negros y friolentos contra el cielo pálido y los campesinos comienzan a despedirse. Volverán más tarde, desaparecen por los senderos bajo los cujíes y las gallinetas salvajes bajan de las ramas y se reúnen en los claros, los gallos se desgañitan de patio en patio, un potro joven relincha nerviosamente en la sabana. “Adiós, Délira”, dice Laurélien. Duda: “Adiós, Annaïse”; ellas le responden con voz débil, han llorado demasiado, no tienen más fuerzas, y la aurora entra por la ventana, pero Manuel no la verá más, duerme por siempre y para siempre. Amén.

* * *

Hacia las diez, Aristomène, el Padre Sabana, hace su entrada en el patio. Monta una burrita que se dobla bajo su peso y los pies del buen hombre se arrastran en el polvo. Está retrasado y el animal es reacio, Aris-

tomène le hunde los talones en los flancos con tal vigor que lo levanta casi del suelo.

Viste una levita que debió ser negra en su tiempo, pero vista su edad venerable, tira ahora al brillo lustroso de los pechos de las palomas.

Con gesto untuoso, se quita el sombrero y deja ver un cráneo calvo y brillante.

—Buenos días a todos.

Y los campesinos lo saludan con cortesía.

Le ofrecen asiento y Dékira, en persona, le presenta una taza de café.

Aristomène bebe lentamente, está consciente de su importancia. El murmullo de las conversaciones zumba a su alrededor como un homenaje y su cara rojiza, picada de viruelas, suda una satisfacción abundante.

En el cuarto acostaron a Manuel en la urna. Dos velas se consumen: una a su cabeza, la otra a sus pies. Bienaimé contempla a su hijo. No llora, pero su boca no deja de temblar. No es seguro de que haya visto a Annaïse. Las manos de Anna cubren su cara, las lágrimas ruedan entre sus dedos y se queja como un niño que tiene un dolor.

De vez en cuando, una comadre: Clairemise, Mérilia, Destine, Céline, Irézile o Georgina u otra, lanza un grito estridente y, en seguida, todas la acompañan y el coro de plañideras llena la casa de alaridos ensordecedores.

Los hombres permanecen en el patio o en la veranda. Hablan en voz baja, muerden el tubo de sus pipas.

Pero Laurélien está en el cuarto mortuorio.

“Adiós, jefe, no tendré otro amigo como tú; adiós, hermano, adiós mi camarada”.

Se limpia los ojos con el dorso de la mano. No es común ver llorar a un hombre, pero es más fuerte que él y no le da vergüenza.

Dékira volvió a tomar su puesto al lado de la urna. Abanica el rostro de Manuel con uno de esos sombreros de palma que él tejía en las tardes en la veranda, lo protege de las moscas, de las moscas grandes que sólo se ven en los entierros, y la llama movediza de la vela alumbraba la frente de Manuel: “había luz en tu frente el día de tu regreso de Cuba y ni la muerte la puede borrar, te vas a las tinieblas con ella. Que esta luz de tu alma te guíe en la

noche eterna, para que encuentres el camino del país de Guinea donde reposarás en paz con los antepasados de tu raza”.

—Vamos a empezar, dice Aristomène.

Hojea su libro, se moja el dedo para voltear las hojas:

—*Oración por los difuntos.*

Las mujeres caen de rodillas. Délira abrió sus brazos en cruz, los ojos alzados hacia algo que sólo ella ve.

—*Del fondo del abismo, te llamé, Señor, Señor escucha mi voz.*

Que los oídos estén atentos a la voz de mi plegaria.

Lee a toda velocidad, Aristomène, se traga las palabras sin masticar, está apurado. Su compadre Hilarion le propuso venirse a tomar un trago después de la ceremonia y por estas desdichadas dos piastras y cincuenta céntimos que va a cobrar, no es necesario, no, de verdad no vale la pena esforzarse tanto.

—*Que descansen en paz. Amén.*

—Amén, responden los campesinos.

Aristomène se esponja el cráneo, la cara y el cuello con un ancho pañuelo de cuadros.

A pesar de su prisa, se regodea con las palabras latinas que va a pronunciar, esos vobiscum, saeculum y dominum que suenan como un repique de tambor y que provocan un murmullo de admiración en esos campesinos ignorantes. “Caray, es competente, sí, ese Aristomène”.

Su voz se eleva con el canturreo quejoso, nasal y solemne de los curas. No es por nada que fue sacristán durante años y si no fuera por ese asunto lamentable con el ama del Padrecito, ayudaría todavía en la misa del pueblo. Y eso no fue su culpa, el Padrecito hubiera debido tomar para su servicio a una mujer de edad en vez de esa negra redonda y relleñita como una gallina ponedora. No nos hagás caer en la tentación, dice la oración.

Si las palabras tuvieran huesos, atragantarían a Aristomène, tal es su apuro. Las páginas vuelan por sus dedos y pasa varias a la vez.

—Pero qué negro tan desconsiderado, piensa Antoine que lo observa de cerca.

Délira no escucha ese lenguaje precipitado, ese farfulleo sagrado si-

no como un rumor lejano e incomprensible. Está al lado de Manuel, no lo ve sino a él y se balancea en su silla como si no pudiera ya sostener este peso de dolor, está como una rama en la tormenta, abandonada a la noche amarga y sin fin. Piedad, piedad, pido piedad y la liberación, Señor, llévame, porque estoy cansada, la vieja Délira está tan, tan cansada, Señor. Déjame acompañar a mi hijo en la gran sabana de la muerte, déjame cruzar con él, el río del país de los muertos: lo llevé durante nueve meses en mi vientre, durante toda la existencia en mi corazón, no lo puedo dejar.

Manuel, ay Manuel, tú eras mis dos ojos, tú eras mi aliento, tú eras mi sangre: veía por tus ojos como la noche mira por las estrellas, respiraba por tu boca y mis venas se abrieron cuando tu sangre corrió, tu herida me hizo daño, tu muerte me mató. No tengo más nada que hacer sobre la tierra. No me queda sino esperar en un rincón de la vida como un harapo olvidado al pie de una muralla, como una pobre desgraciada que tiende la mano: hágame la caridad, por favor, dice, pero la caridad que pide es la muerte. Dios te salve, María, la Virgen de Altagracia, haz que ese día llegue, que llegue mañana, que llegue hoy mismo. Ay, mis santos, ay mis loas, vengan a socorrerme: Papá Legba, te llamo, San José, papá, te llamo, Dambala Siligoué, te llamo, Ogoun Shango, te llamo, Santiago el Mayor, te llamo, ay Loko Atisou, papá, ay Guédé Hounsou, te llamo, Agoueta Royo Doko Agoué⁷², los llamo, mi hijo está muerto, se va, se va a cruzar el mar, se va para Guinea, adiós, adiós, le digo adiós a mi hijo, no volverá más, se fue para siempre, ay tristeza, ay dolor, ay miseria, ay dolor.

Levanta los brazos al cielo, el rostro desfigurado por el llanto y el gran sufrimiento, los hombros sacudidos por ese embrujo desesperado y las comadres la sostienen y le murmuran: “Valor, Délira, valor, querida” pero ella no las oye, no oye a Aristomène que salmodia cada vez más, cada vez más rápido, tan apurado como está en terminar...*santae Trinitatis. Per Christum Dominum nostrum. Amén*. Y saca de las profundidades de su levita una botellita, le quita el corcho con los dientes; rocía el cuerpo y en ese momento, Laurélien avanza con la tapa de la urna; no, no, grita Annaïse,

72. Délira invoca aquí a los dioses más importantes del panteón vodú.

debatándose en los brazos de Clairemise, pero Laurélien se acerca con la tapa: Déjenme verlo por última vez, grita Délira, pero Laurélien clava la tapa y a cada golpe de martillo, Délira tiembla como si los clavos se le hundieran en la sangre de su alma, se acabó, se acabó, sí, se acabó. Joachim, Dieuville, Fleurimond y Laurélien levantan la urna y ahora es cuando hay lamentos, gemidos y voces que gritan: apiádate de mí, mi Dios, esos hombres se llevan la urna, se llevan a su hermano a la tierra que tanto amó, que de verdad, murió por ella.

Caminan lentamente hacia el lindero de los cujjes y el cortejo de campesinos los sigue: las mujeres lloran y los hombres van en silencio.

Cavaron la tumba a la sombra de un palo de campeche y una pareja de tórtolas se va volando con un temblor de alas asustadas y se pierde por encima del campo en la luz del mediodía.

—Bájenlo con cuidado, dice Laurélien.

La urna se desliza y reposa al fondo del hueco.

—Pobrecito, dice Antoine. Murió en su mejor época y era un negro bueno, ese Manuel.

Laurélien y Florimond agarran las palas. Una piedra rueda y golpea contra la urna. La tierra cae en el foso. La urna comienza a desaparecer. Se oye un llanto ahogado y el choque sordo de los terrones de tierra endurecidos por la sequía. El hueco se llena.

Una mujer gime:

—Dios mío, te pedimos fuerza y valor, consuelo y resignación.

“Manuel no era partidario de la resignación, piensa Laurélien. Las señales de la cruz, las genuflexiones y los Dios es bueno, decía que no servían para nada, que el hombre está hecho para la rebeldía. Y aquí estás muerto ahora, jefe, muerto y enterrado. Pero tus palabras no las olvidaremos y si un día en el camino de esta dura existencia, el cansancio nos tienta con sus: ¿Para qué? y sus: no vale la pena, oiremos tu voz y recuperaremos valor.

Laurélien se seca con la mano el sudor que le baña la cara; se apoya con las dos manos sobre el mango de la pala: la fosa está llena.

—Bueno, se acabó, dice Antoine. Reposo para ti, hermano Manuel en la eternidad de la eternidad.

—En la eternidad, responden los demás.

El círculo de campesinos se rompe: regresamos a la casa para decirle adiós a Délira y a Bienaimé y, entonces, con este sol tan grande, nos dio sed, vamos a bebernos algo, no nos puede caer mal un último vaso de aguar-diente, ¿no es así vecino?

Pero Laurélien se quedó. Levanta un montículo de tierra encima de la fosa. Lo rodea de piedras. Cuando tengamos bastante dinero, construirá una tumba de ladrillos con un nicho donde se prendan las velas del recuer-do y sobre una placa de cemento fresco, Antoine escribirá, porque sabe, con una letra trabajosa y torpe.

AQUÍ YACE MANUEL JAN-JOSEF

XIV

La noche misma del entierro, Délira fue a ver a Larivoire.

Tocó a su puerta.

—¿Quién es?, preguntó Larivoire.

Estaba acostado.

—Soy yo, yo misma, Délira.

El tiempo de prender la lámpara y Larivoire le abrió.

—Con respeto, vecina, dijo. Pase, por favor. Délira se sentó. Aco-modó los pliegues de su vestido de luto a su alrededor. Está derecha y severa.

—Me esperabas, Larivoire.

—Te esperaba.

Hay un silencio entre los dos.

—Gervilen, dijo Larivoire, sin mirarla.

—Yo sé, respondió Délira. Pero nadie sabrá. Quiero decir: Hilarion, las autoridades.

—¿No quiso?

—No. No, decía y se debatía en la agonía: hay que salvar el agua, repetía. Agarraba mi mano.

Larivoire subió la mecha de la lámpara.

—Vino aquí mismo la noche de la desgracia. Se mantenía de pie bajo el cobertizo en medio de los campesinos. Hablaba; yo lo miraba, lo escuchaba. Me conozco a los hombres. Era un negro de buena calidad.

—Está muerto, dijo Délira.

—Tienes bastantes sufrimientos, mi comadre.

—El dolor es grande, dijo Délira.

Larivoire se rascó el mentón, haló los pelos de su barba.

—¿Te confió una misión?

—Sí, y por eso estoy aquí. Ve a buscar a tu gente, Larivoire.

—Es tarde, dijo.

—Mis palabras necesitan la noche. Ve a buscar a tu gente, Larivoire.

Larivoire se levantó, dio algunos pasos indecisos por el cuarto.

—¿Es el difunto Manuel quien te pidió hablarles?

—Sí, es él, pero también por mí, yo quiero: tengo mis razones.

Larivoire tomó su sombrero.

—Hay que respetar la voluntad de los muertos, dijo.

Entreabrió la puerta:

—No tendrás que esperarme mucho. Voy a pasar por mi hijo Similien. El le avisará a algunos y yo a otros. Si la luz baja, sube la mecha. No es una lámpara mala, pero ese kerosén que vende Florentine no sirve para nada.

Délira se quedó sola, su cabeza se inclinó sobre su pecho y juntó sus manos. La luz vacilaba. El cuarto se llenaba de sombras. Cerró los ojos. “Estoy acabada, esta vieja Délira está acabada, no puedo más, caramba”.

La fatiga la arrastraba en un remolino lento e irresistible como una náusea, hacia los límites del desvanecimiento. Pero el recuerdo de Manuel la sostenía. “Tengo que hablar con esos campesinos. Después me acostaré. Dormir, ah, dormir y si el día se levanta sin mí, será, para decir la verdad verdad, un día de misericordia”.

—¿Te quedaste todo ese tiempo en lo oscuro?, se extrañó Larivoire.

La lámpara se había apagado. Tanteó en la oscuridad y terminó por encontrar los fósforos.

—Están afuera, sí, dijo.

—Acerca la lámpara. Quiero verles la cara.

El cuarto se aclaró: la mesa, una damajuana sobre el aparador de roble, la estera enrollada en un rincón, y sobre las paredes de bahareque blanqueadas con cal, las imágenes de los santos, un almanaque viejo.

—Hazlos entrar, dijo Délira.

Los campesinos entraron en la casa con una extraña timidez, torpes y confusos en sus movimientos, y Nérestan no sabía dónde ponerse con su enorme cuerpo, tan apretados y arrinconados que estaban los unos contra los unos en esta pieza estrecha.

Délira se levantó en su largo vestido de luto.

—Cierren la puerta, dijo.

Louisimé Jean-Pierre cerró la puerta.

Délira los examinaba lentamente: parecía que los contara uno por uno y cuando su mirada triste y severa los fijaba, ellos bajaban la cabeza.

—No veo a Gervilen. Digo que no veo a Gervilen Gervilis. Pregunto dónde está Gervilis.

En el silencio, se oía claramente, la respiración pesada de los campesinos.

—Porque me hubiera gustado repetir a Gervilen Gervilis las palabras de mi hijo.

Me dijo, he aquí lo que Manuel mi hijo, me dijo: ofrecieron sacrificios a los loas, ofrecieron la sangre de los pollos y de los chivos para hacer caer la lluvia, todo eso fue inútil. Porque lo que cuenta es el sacrificio del hombre, la sangre del negro.

—Son palabras importantes, sí, dijo Larivoire, moviendo la cabeza gravemente.

—Me dijo también: “Ve a buscar a Larivoire. Dile la voluntad de mi sangre que corrió: la reconciliación, la reconciliación (lo repitió dos veces) para que la vida comience de nuevo, para que amanezca sobre el rocío...” y yo quería avisarle a Hilarion, pero me agarraba la mano. No, no, decía y la sangre negra le corría por la boca: el agua se perdería, hay que salvar el agua.

—Délira, dijo Larivoire, con voz ronca, y se limpió los ojos con su puño cerrado: hace setenta y siete años que el agua no había corrido en mis ojos, pero te digo, de verdad, verdad, tu hijo era un negro de

verdad, un campesino hasta la raíz del alma, no se verá uno igual tan rápido.

—Mamá, dijo Nérestan, con una voz singularmente tierna, qué pena tan grande tuviste, mamá.

—Sí, mi hijo, respondió Dékira, y te agradezco tus buenos sentimientos, pero no vine aquí para contarles mis penas, vine para traerles la última voluntad de mi hijo. Era a mí a quien hablaba pero se dirigía a todos ustedes: “canten mi luto, dijo, canten mi luto con un canto de cumbite”.

Se canta el luto, es la costumbre, con los cánticos de los muertos, pero él, Manuel, escogió un cántico para los vivos: el canto del cumbite, el canto de la tierra, del agua, de las plantas, de la amistad de los campesinos, porque quiso, ahora comprendo, que su muerte sea para ustedes el comienzo de la vida.

Son duros los campesinos, y rudos: la existencia les curtió el corazón, pero está grueso y mal tallado sólo en apariencia. Hay que conocerlos, no hay más sensible en lo que hace que un hombre tenga verdaderamente el derecho de llamarse hombre: la bondad, el coraje, la fraternidad viril.

Y Larivoire habló por todos cuando se acercó a Dékira, la mano tendida y temblorosa de emoción.

—Toma esta mano, Dékira, y nuestra promesa y nuestra palabra de honor con ella.

Se dirigió a los campesinos:

—Ustedes también, ¿no es verdad?

—Sí, respondieron los campesinos.

—La paz y la reconciliación.

Y Nérestan se adelantó:

—Mamá, yo mismo abriré el canal de tu conuco.

—Sembraré para ti, Dékira, dijo Josaphat.

—Cuenta conmigo también, dijo Louisimé.

—Y yo, yo sacaré la mala hierba cuando haga falta, dijo Similien.

—Estaré allí, dijo Gille.

—Estaremos todos, dijeron los demás.

Un reflejo de dulzura pasó por el rostro de Dékira:

—Gracias, mis negros, por este consuelo. Mi hijo los oye en la tumba: así era como había querido, la familia de los campesinos reunida en la concordia. Mi papel llegó a su fin.

—Sólo —y recuperó su severidad— sólo que somos cómplices a partir de hoy: no vine aquí, ¿me oyen? y son las fiebres las que mataron a Manuel, ¿me entienden? Háganse la señal de la cruz en la boca.

Obedecieron.

—Juren.

Los campesinos se golpearon tres veces el pecho del lado del corazón y levantaron la mano para el juramento.

—Juramos, dijeron.

Délira contempló por un momento sus rostros. Sí, eran de buena pasta, los campesinos, simples, francos, honestos.

—Larivoire, mi compadre, dijo ella, deja pasar una semana más. Hay que cumplir con el luto y luego vendrás con ellos a la casa de Laurélien después de que amanezca. Mis gentes los esperarán. Y después, Annaïse, mi nuera, los llevará a todos a la fuente. Ella conoce el lugar. Las palomas baten el ala en las ramas. Ah, pues, ahora me pongo a divagar. Es que estoy tan cansada, amigos, esta vieja Délira, así como ustedes la ven, no tiene más fuerzas, no, ni una pizca. Entonces les doy las buenas noches, sí.

Louisimé Jean-Pierre le abrió la puerta.

—Espera, dijo Larivoire, Similien te va a acompañar.

—Pero no, Larivoire, pero no: no es necesario, gracias por la cortesía: hay luna, hay estrellas. Veré mi camino.

Y salió en la noche.

EL FIN Y EL COMIENZO

BIENAIMÉ cabecea bajo el taparo. El perrito está echado delante de la cocina, la cabeza entre las patas. De vez en cuando entreabre un ojo y atrapa una mosca. Délira remienda un vestido. Agarra la tela cerquita de sus ojos: le falla la vista. El sol sigue su curso, alto en el cielo, y es un día que transcurre como los otros. Las cosas han vuelto a su lugar, han recuperado su curso. Cada semana Délira va a vender su carbón al mercado. Laurélien corta el monte y le prepara la carbonera. Es un buen muchacho, ese Laurélien. Bienaimé ha cambiado tanto que no se le reconoce. Antes, hervía a la menor contrariedad, estaba siempre listo para la pelea y para la rabia, siempre preparado para la respuesta: un verdadero gallo de pelea. Ahora, se le partió un resorte. Dice que sí a todo, como un niño. Sí y está bien. Délira lo sorprendió varias veces en el cuarto de Manuel. Su mano acariciaba el lugar vacío de la cama y las lágrimas corrían por su barba blanca. Cada mañana se dirige a su tumba, en el lindero de los cujjes. La protegieron con un pequeño cobertizo de hojas de palma. Se acuclilla cerca de ella y fuma su pipa, la mirada vaga, ausente. Se quedaría horas si Délira no viniera a buscarlo para llevarlo a la sombra del taparo. La sigue dócilmente. Duerme mucho y eso le ocurre en cualquier momento del día. Antoine tiene razón: es un hombre fulminado.

El viento arrastra desde lejos una ráfaga de voces y el batir infatigable del tambor. Desde hace más de un mes, los campesinos trabajan en cumbite. Han abierto un canal, una zanja grande, desde la fuente hasta

Fonds-Rouge a través de toda la llanura estrecha y los cujíes; lo han llevado hasta sus conucos mediante acequias.

La furia casi ahoga a Hilarion. Ah, no se puede decir que no lo roía la preocupación y ahora Florentine lo abrumba y lo envenena desde la mañana hasta la noche, como si fuera culpa suya, con toda clase de reproches. ¿Acaso podía prever que Manuel se iba a morir? Por supuesto que lo habría arrestado a tiempo y lo habría obligado a confesar, no faltaban los recursos, dónde estaba la fuente. El teniente lo había tratado de imbécil y ahora esta Florentine... se oía su voz de matraca en todo Fonds-Rouge. Cuando no podía más, Hilarion le hacía sentir el peso de la gruesa hebilla de cobre de su cinturón. Eso la calmaba más o menos, la maldita.

Quizás, pensaba, quizás, podría pedirle al doctor Sainville, el magistrado comunal, que decretara un impuesto sobre el agua. Haría las recaudaciones y cogería mi parte. Ya se verá (sí, ya se verá si los campesinos se dejan). En estos últimos días trabajan en la fuente, en el corazón del agua, como dicen ellos. Siguieron punto por punto las indicaciones de Manuel. Está muerto, Manuel, pero sigue siendo el guía.

Alguien entra en el patio de Délira, una negra alta, una negra bella: es Annaïse.

La vieja la mira llegar y su corazón se alegra.

—Buenos días, mamá, dice Annaïse.

—Buenos días, mi hija, responde Délira.

—Se te van a debilitar más los ojos, dice Annaïse. Déjame remendar ese vestido.

—Es que es una ocupación, hija mía. Coso, coso y ato el tiempo pasado con los días de ahora. Si sólo se pudiera remendar la vida, Anna, retomar el hilo roto, ay Dios, no es posible.

—Manuel me decía, todavía lo oigo como si fuera ayer, me decía: la vida es un hilo que no se rompe, que no se pierde nunca, y ¿sabes por qué?, porque cada hombre hace un nudo durante su existencia: es el trabajo que ha cumplido y eso es lo que vuelve la vida viva por los siglos de los siglos: la utilidad del hombre sobre esta tierra.

—Mi hijo era un hombre que pensaba profundo, dijo Délira con orgullo.

Pedazos de canto les llegaban, algo así como un hoho ehé oh-koen-hého y el tambor jubilaba, tartamudeaba a fuerza de contento: Antoine lo manejaba con más habilidad que nunca.

—Gille me dijo que iban a soltar el agua en el canal hoy. ¿Y si fuéramos a ver, mamá? Es un gran acontecimiento, sí.

—Como quieras, mi amor.

Délira se levantó, sus hombros estaban algo curvados y se había vuelto más seca aún.

—El sol está caliente. Voy a ponerme el sombrero.

Pero ya Annaïse corría a buscárselo en la casa.

—Eres muy atenta, mi hija, agradeció Délira.

Y sonrió con esa sonrisa que había conservado la gracia de la juventud a pesar de la pequeña cicatriz de tristeza que la vida le había dejado en las comisuras de los labios para marcar su huella.

Entraron en el monte por ese sendero que Manuel había atravesado al día siguiente de su llegada. Los cujíos olían a la humareda enfriada de las carboneras. Caminaron en silencio hasta llegar al vallecito inundado de luz. Los cactus arborescentes se alzaban con sus anchas hojas carnosas de un verde tierno y polvoriento.

—Mira, dijo Annaïse, si no hay razón de llamarlas “orejas de burro”; tienen un aire arisco, reacio y de mala voluntad, las matas esas.

—Las plantas son como los cristianos. Hay de dos clases: los buenos y los malos. Cuando ves uno de esos naranjos, con todos esos soles chiquitos colgados de las ramas, sientes como una alegría, son lindos y serviciales los naranjos. Mientras que una mata con espinas como esa... pero no hay que maldecir, porque es Dios quien creó todo.

—Y el taparo, dice Annaïse, se parece a la cabeza de un hombre y envuelve una cosa blanca como el cerebro, y sin embargo, es un fruto tonto: no se puede comer.

—Pero qué maliciosa eres, sí, dijo Délira asombrada. Vas a hacer reír a esta vieja Délira a pesar de ella.

Subieron por la loma de Fanchon. Délira iba lentamente a causa de la edad. Annaïse caminaba detrás de ella. El sendero era bastante empinado, menos mal que daba vueltas.

—No voy hasta la planicie, dijo Délira. Mira una piedra grande hecha como a propósito, parece un banco.

Las dos mujeres se sentaron. La llanura estaba acostada a sus pies en el abrazo del mediodía. A su izquierda, percibían las chozas de Fonds-Rouge y la mancha roída de sus conucos entre las cercas. La sabana se extendía como una explanada de luz violenta. Pero a través de la llanura corría la sangría del canal hacia los cujíes aclarados a su paso. Y si uno tenía buenos ojos, podía ver en los conucos, la línea de las acequias preparada.

—Allí están, dijo Annaïse, tendiendo el brazo hacia un cerro arbolado. Allí es donde trabajan.

El tambor exultaba, sus latidos precipitados zumbaban en la llanura y los hombres cantaban:

Manuel Jean-Joseph, ho negro valiente, enbébo!

—¿Oyes mamá?

—Oigo, dijo Délira.

Pronto esta llanura árida se cubrirá de un alto verdor; en los conucos crecerán los bananos, el maíz, las batatas, los ñames, los laureles rosados y los laureles blancos y será gracias a su hijo.

El canto se paró de repente.

—¿Qué es lo que pasa?, preguntó Délira.

—Yo no sé, no.

Y luego surgió un clamor enorme.

Las mujeres se levantaron.

Los campesinos salían del monte, corriendo, lanzaban sus sombreros al aire, bailaban, se abrazaban.

—Mamá, dijo Annaïse, con una voz extrañamente debilitada. Aquí está el agua.

Una lágrima de plata delgada, avanzaba en la llanura y los campesinos la acompañaban gritando y cantando.

Antoine iba a la cabeza y batía su tambor con orgullo.

—Ah, Manuel, Manuel, Manuel, ¿por qué estás muerto?, gimió Délira.

—No, dijo Annaïse y sonreía a través de las lágrimas, no, no está muerto.

Y tomó la mano de la vieja y la apretó dulcemente contra su vientre donde se movía la vida nueva.

México, 7 de julio de 1944.

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA
Vida y obra de Jacques Roumain

- 1907** (4 de junio) Nace en Puerto Príncipe (Haití) Jacques Roumain, el primero de los once hijos de una familia de la alta burguesía. “Nació en cama rica. Todo conspiraba en él para convertirlo en uno de esos mulatos que forman la aristocracia haitiana –el negro es pueblo menospreciado– y que hallan en la cominera política nacional o en los negocios a la sombra del imperialismo norteamericano, medios adecuados para alcanzar buen éxito. Nieto de un ex-presidente, joven, instruido, de maneras agradables y atrayente figura, el pequeño mundo de su país y de su clase estaba a sus pies” (Nicolás Guillén, Prólogo a la edición de *Gobernadores del rocío*).
- 1914-** “¿Mi infancia? Tumultuosa. Me gustaba pelearme con los más guapos del barrio. A los 16 años: Suiza, Instituto Grunau. Después Zurich. Me apasiona Heinrich Heine. Hacía versos alemanes, y también toda clase de deportes: boxeo, carreras. Más tarde, viajé a España donde iba a continuar mis estudios de agronomía. Mejor, de zootecnia, me interesaban sobre todo las corridas de toros. Me encantaba el luminoso sol de las tardes de toros. Eso se corresponde al exceso de vida que llevo en mí. Fue también durante esa época cuando conocí a Montherlant. Sus ‘Bestiarios’ me impresionaron a un punto que usted no se imagina. Sentí un poeta con el que tenía ciertas afinidades”. A. Vieux, “Entre Nous”... (entrevista a Jacques Roumain).
- 1927** Regresa a Haití a los 20 años, funda con otros jóvenes artistas la *Revue Indigène*, órgano del Movimiento Indigenista haitiano. Publica en esa revista y también en *La Trouée* sus primeros poemas. “Al lado del deportista que le he mostrado, exuberante de vida, hay en mí un lado melancólico, el elegante aburrimiento de Byron. Estos dos hombres se chocan en mi actuación. En Suiza éramos alegres estudiantes, amantes del placer y sin retroceder, a veces, delante de una niña alegre. Guardaba, sin embar-

- go, accesos de tristeza profunda. La nostalgia del país. Otras cosas que no sé definir. Es lo que explica sin duda mi amor por Heine” A. Vieux, “Entre Nous...” (entrevista a Jacques Roumain). Es uno de los dirigentes más activos de la lucha contra la ocupación americana (1919-1934) de su país. Publica numerosos artículos y panfletos en periódicos como *Le Petit Impartial*, *Haiti-Journal*. A partir de 1928 Roumain participa cada vez más intensamente en la lucha contra la ocupación. Asume el cargo de “gerente-responsable” de *Le Petit Impartial*. En diciembre del año 1928 J. Roumain, G. Petit y G. Guérin son arrestados por “delito de prensa” y condenados a cuatro meses de prisión.
- 1929** En libertad, colabora con el periódico *La Presse*. Nombrado presidente de la Liga de la Juventud Patriótica Haitiana. Se casa con Nicole Hibbert, hija del conocido novelista haitiano Fernand Hibbert.
- 1930** Primera publicación de *La Proie et l'ombre*. Designado en junio jefe del Servicio del Interior, renuncia a los tres meses.
- 1931** Publica *Les fantoches* y *La Montagne ensorcelée*.
- 1934** Funda con otros compañeros el Partido Comunista Haitiano. Publica *Analyse Schématique 32-34*. Roumain es designado secretario general del PCH. Perseguido y arrestado es juzgado, en diciembre de este mismo año, por una corte militar y condenado a tres años de prisión, acusado de actividades subversivas contra el gobierno. Puesto en libertad a los dos años, salió de la prisión muy quebrantado de salud. Según los críticos, Roumain comenzaría a escribir en la cárcel la novela *Le Champ du potier* que quedaría inconclusa. Esta novela trata de la lucha política. Fin de la ocupación americana en Haití.
- 1936** Por decreto del 19 de noviembre el PCH es declarado ilegal. En agosto, Roumain parte al exilio con su mujer y su hijo. De Bruselas pasó a París. Allí publicó artículos y poemas en las revistas francesas *Commune*, *Regards* y *Les Volontaires*.
- 1937** (16-17 de julio) Participa en el II Congreso de los Escritores por la Defensa de la Cultura. Conoce a Nicolás Guillén. En septiembre deja Bruselas y se instala en París. Estudia antropología en el Instituto de Paleontología Humana, es asistente del Prof. Paul Rivet en el Museo del Hombre.

Forma parte de la Sociedad Americanista de París. El 2 de octubre, 20.000 trabajadores haitianos son masacrados por el ejército dominicano... El 18 de noviembre aparece el artículo “La tragédie haïtienne” en la revista francesa *Regards*, sus redactores fueron arrestados por “ultraje a un jefe de estado extranjero”, y puestos en libertad bajo fianza.

- 1939** Es invitado por Nicolás Guillén a Cuba. Durante su estadía en La Habana trabaja como periodista. Viaja a Estados Unidos donde es recibido por los intelectuales Alain Locke, Langston Hughes, Richard Wright, entre otros; da conferencias y participa en la vida literaria de los poetas y escritores negros del país. Asiste a los cursos de antropología en la Universidad de Columbia. “Griefs de homme noir”, un ensayo de interpretación marxista sobre la condición del negro norteamericano, aparece publicado en una colección titulada *L'Homme de couleur*, París.
- 1941** Elie Lescot es nombrado Presidente de Haití. Roumain regresa a Haití. Surge con el antropólogo Alfred Métraux la idea de fundar un Instituto de Etnología en Haití. Realiza numerosos trabajos de campo. Funda el Bureau d’Ethnologie y es nombrado director. Publica en la prensa numerosos artículos contra la campaña antisupersticiosa decretada por el clero y por el gobierno de Lescot.
- 1942** Publicación de *A propos de la campagne antisperticieuse*, y de *Contribution à l'étude de l'ethno-botanique précolombienne des Grandes Antilles*. Es nombrado por el presidente Lescot encargado de negocios en México.
- 1943** Publicación de *Le sacrifice du tambour assotor*.
- 1944** Retorna a Haití donde morirá un poco después. “Yo lo vi a Roumain, la última vez, unos días antes de morir, a su paso por La Habana, donde había vivido en 1939. Venía de México, ya restablecido del súbito mal que tanto hizo temer por su vida. Nada presagiaba un próximo fin. Almorzó en mi casa ‘algo que tuviera ñame’, como me pidió. Al partir, puso en mis manos una copia mecanografiada de la novela y una libreta en que había muchas hojas manuscritas. ‘Son tus poemas’, me dijo. Luego me explicó que había trabajado en la traducción de ellos, en México, y que ya los tenía a máquina para publicarlos en Haití. No lo iba a permitir el destino. Su vida se apagó el 18 de agosto de aquel mismo año, un viernes a la diez

de la mañana” (Nicolás Guillén, *op. cit.*, p. 11). Todavía en México, aún en 1943, Roumain sufrió un ataque serio –no está claro qué tipo de ataque fue– y regresó a Haití. Volvió a su trabajo, pero al año siguiente sufrió otro ataque. Murió a la edad de 37 años. Las circunstancias de su muerte permanecen inciertas. Algunos dicen que fue envenenado, víctima de la intriga política. Otros atribuyen su muerte a una esclerosis del hígado e indican que Roumain tenía un problema alcohólico. Esta es la razón más aceptada, pero otros la rechazan como causa de su muerte. Aparentemente, el certificado de defunción indica como causa de la muerte una inflamación de la vesícula biliar (C. Fowler, *A Knot in the Thread*, p. 225 y nota a pie de página).

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

I. OBRA DE JACQUES ROUMAIN

La proie et l'ombre. Port-au-Prince: Ed. La Presse, 1930. Cont.: “Préface à la vie d'un bureaucrate”, “Propos sans suite”, “Fragment d'une confession”, y “La veste”].

Les fantoches. Port-au-Prince: Imp. de l'Etat, 1931.

La montagne ensorcelée. Port-au-Prince: Imp. Chassaing, 1931.

Gouverneurs de la rosée. Port-au-Prince: Imp. de l'Etat, 1944.

Bois d'ébène. Paris: Editeurs Français Réunis, 1945.

A. Algunas compilaciones y traducciones de su poesía

Anthologie de la poésie indigène. Port-au-Prince: Impr. Modèle, 1928. (Contiene: “Pluie”, “Midi”, “Cent mètres”, “Orage”, “Angoisse”, “Attente”, “Absence”, “Mirage”, “Surgit d'une natte de paille peinte”.)

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. *Poemas de una isla y de dos pueblos*. La Habana: Casa de las Américas, 1974. (Contiene: “Madera de ébano”, “Guinea”, “El amor, la muerte”, “Sucios negros”, “Nuevo sermón negro”.)

Gobernantes del rocío. Buenos Aires: Lautaro, 1951. Trad. de Fina Warschaver.

Gobernadores del rocío. La Habana: Casa de las Américas (Col. Literatura Latinoamericana, 57), [1971]. Pról. de Nicolás Guillén.

Gouverneurs de la rosée. Paris: Editeur Français Réunis, 1944.

Gouverneurs de la rosée. Paris: Editeurs Français Réunis, 1946.

- Herr über den Tau*. Berlin: Volk und Welt, 1947.
- Hoi apbentes tou nerou*. [Athena]: Kedros, 1960. Introducción de Melpos Axiotae.
- HUGHES, Langston y Arna Bontemps (Eds.). *The Poetry of the Negro*. New York: Doubleday, 1949. (Contiene: “Guinea” y “When the Tom-Tom beats”.)
- KENNEDY, Ellen Conroy. *The Negritude Poets*. New York: The Viking Press, 1975. (Contiene: “When the Tom-Tom beats”, “Dirty Niggers”, “Ebony Wood”, “New Negro Sermon”.)
- KESTELOOT, Lilyan. *Anthologie negro-africaine*. Paris: Marabout, 1976. (Contiene: “Bois d’ebène”.) [Bélgica, 1967.]
- La montagne ensorcelée*. Paris: Éditeurs Français Réunis, 1972. Cont.: Préface de Jacques Stephen Alexis: “Jacques Roumain vivant”; *La proie et l’ombre* [no incluye “Fragment d’une confession”]; *La montagne ensorcelée*; Griefs de l’homme noir; y, Poèmes.
- La montagne ensorcelée*. Port-au-Prince: Editions Fardin, 1976.
- Masters of the dew*. New York: Reynal and Hitchcock, 1947. Trad. al inglés de Langston Hughes and Mercer Cook.
- SAINT-LOUIS, Carlos y Maurice A. Lubin. *Panorama de la poésie haïtienne*. Port-au-Prince: Ed. Deschamps, 1950. (Contiene: “Miragôane”, “Après-midi”, “Insomnie”, “Orage”, “Pluie”, “Calme”, “Attente”, “Midi”, “Mirage”, “La danse du poète clown”, “Le chant de l’homme”.)
- SENGHOR, Léopold Sédar. *Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache*. Paris: Presse Universitaire de France, 1948. [2ª ed. 1992.] (Contiene: “Madrid”, “Bois d’ebène”, “L’amour, la mort”, “Nouveau sermon nègre”.)

B. Algunos ensayos políticos y etnológicos

- Analyse schématique 32-34*. Port-au-Prince: Publication du Comité Central du Parti Communiste Haïtien, julio de 1934.
- A propos de la campagne anti-supersticieuse*. Port-au-Prince: Impr. de l’Etat, 1942.
- Contribution à l’étude de l’ethno-botanique précolombienne des Grandes Antilles*. Port-au-Prince: Impr. de l’Etat, 1942.

“Griefs de l’homme noir”. *L’homme de couleur*. Paris: Librairie Plön, 1939.
[Traducido al español: “Quejas del hombre negro”. La Habana: Casa de las Américas, mayo-agosto, 1966: 147-154.]

“L’outillage lithique des Ciboney en Haïti”. *Bulletin du Bureau d’Ethnologie*. Port-au-Prince, 1943: 22-27.

Le sacrifice du tambour assoto(r). Port-au-Prince: Impr. de l’Etat, 1943.

II. ESTUDIOS SOBRE HAITÍ

ANGLADE, George. *L’espace haïtien*. Montréal: Presse Universitaire de Québec, 1974.

ANS, André Marcel d’. *Haïti, paysage et société*. Paris: Karthala, 1987.

BARTHÉLÉMY, Gérard. *Le pays en dehors*. Port-au-Prince: Deschamps, 1989.

BASTIEN, Rémy. *La familia rural haïtienne: Valle de Marbial*. México: Libra, 1951.

BIJOUX, Legrand. *Coup d’oeil sur la famille haïtienne*. Port-au-Prince: Editions des Antilles, 1990.

CASTOR, Suzy. *L’Occupation américaine d’Haïti*. Port-au-Prince: Deschamps, 1988.

DAVID, Placide. *L’Heritage colonial en Haïti*. Madrid: Langa, 1959.

FOUCHARD, Jean. *Les Marrons de la liberté*. Paris: Edic. de l’École, 1972.

FRANCO, José L. *Historia de la revolución en Haïti*. La Habana: Academia de Ciencias, 1966.

GOURAIGE, Ghislain. *La diáspora d’Haïti et l’Afrique*. Ottawa: Naaman, 1974.

HOFFMANN, Léon-François. *Haïti: couleurs, croyances, créole*. Montréal: CIDIHCA, 1990.

HURBON, Laënc. *Le barbare imaginaire*. Paris: Edic. du Cerf, 1988.

JAMES, C.L.-R. *Les jacobins noirs*. Paris: Ed. Caribéennes, 1980. [1938.]

KERBOULL, Jean. *Vaudou et pratiques magiques*. Paris: Belfond, 1977.

_____. *Le vaudou, magie ou religion?* Paris: Laffond, 1973.

MÉTRAUX, Alfred. *Le vaudou haïtienne*. Paris: Gallimard, 1989. [1958.]

- PIERRE-CHARLES, Gérard. *Haití: La crisis ininterrumpida 1930-1975*. La Habana: Casa de las Américas, 1979.
- PRICE-MARS, Jean. *Ainsi parla l'oncle*. New York: Parapsychology Foundation, 1954. [1ª ed. 1928. Existe traducción al español: Casa de las Américas, 1968.]
- VIEUX, Serge-Henri. *Le Placage: droit coutumier et famille en Haïti*. Paris: Publisud, 1989.

III. ESTUDIOS SOBRE LITERATURA HAITIANA

Obras de carácter general

- DASH, Michael J. *Litterature and Ideology in Haiti (1915-1961)*. London: McMillan, 1981.
- DOMINIQUE, Max. *L'arme de la critique littéraire (Littérature et idéologie en Haïti)*. Montréal: CIDIHCA, 1988.
- FLEISCHMANN, Ulrich. *Ecrivain et société en Haïti*. Montréal: Centre de Recherches Caraïbes de l'Université de Montréal. Montréal: P.O., 1976. [Traducción al español: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima: Nº1, 1983: 65-87.]
- GOURAIGE, Ghislain. *Histoire de la littérature haïtienne*. Port-au-Prince: Impr. N.A. Théodore, 1960.
- HOFFMANN, Léon-François. *Le roman haïtien: idéologie et structure*. Québec: Naaman, 1982.
- JEAN, Eddy Arnold. *Histoire de la littérature haïtienne*. Port-au-Prince: Imprimerie des Antilles, 1986.
- LAROCHE, Maximilien. *L'image comme écho*. Montréal: Nouvelle Optique, 1978.
- _____. *La littérature haïtienne*. Québec: Les Editions Léméac, 1981.
- POMPILLUS, Pradel y Bérou, R. *Histoire de la littérature haïtienne*. (3 vols.). Port-au-Prince: Edic. Caraïbes, 1975.
- VARIOS AUTORES. "L'indigénisme". *Conjonction*, Revue franco-haïtienne de l'Institut Français d'Haïti. Port-au-Prince, Nº 197, février-mars, 1993.

VARIOS AUTORES. "L'indigénisme". *Conjonction*, Revue franco-haïtienne de l'Institut Français d'Haïti. Port-au-Prince, N° 198, avril-mai-juin, 1993.

IV. ESTUDIOS SOBRE LAS OBRAS DE JACQUES ROUMAIN

BASTIEN, Rémy. "Jacques Roumain en el décimo aniversario de su muerte". *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto, 1954, 243-251.

BERROU, Frère Raphael. "Gouverneurs de la rosée où le testament de Jacques Roumain". Port-au-Prince, *Conjonction*, N°119, febrero-marzo, 1973, 53-68.

COBB, Martha K. *Harlem, Haïti and Havana. A comparative critical study of Langston Hughes, Jacques Roumain and Nicolás Guillén*. Washington, D.C.: Three Continental Press, 1979.

COOK, Mercer. "An Introduction to Jacques Roumain". *Masters of the Dew*. New York: The MacMillan Company, 1971: 9-20.

DASH, Michael J. "The marxist counterpoint-Jacques Roumain: 1930' to 1940's". *Black Images*. Toronto-Ontario, 2, 1, Spring 1973: 25-29.

"Introduction to *Master of the Dew* by Jacques Roumain". London-Kingston-Port of Spain: Heinemann, 1978: 5-21.

DIXON, Melvin. "Toward a World Black Literature and Community". *Massachusetts Review*. Amherst, Massachussets, N° 18, Winter 1977: 750-769.

ELIET, Edouard. "Jacques Roumain". *Panorama de la littérature negro-africaine*. Paris: Présence Africaine, 1965: 164-183.

FIGNOLÉ, Jean Claude. *Gouverneurs de la rosée: hypothèse de travail dans une perspective spiraliste*. Port-au-Prince: Edit. Fardin, 1974.

FOWLER, Carolyn. *A Knot in the Thread: The Life and Work of Jacques Roumain*. Washington D.C.: Howard University Press, 1980.

GAILLARD, Roger. *L'Univers Romanesque de Jacques Roumain*. Port-au-Prince: Ed. Henri Deschamps, 1965.

GALPÉRINA, Eugénie. "Jacques Roumain, sa vie, son oeuvre". *Oeuvres choisies de Jacques Roumain*. Moscou: Editions du Progrès, 1964: 257-276.

HOFFMANN, Léon François. "Langage et rhétorique dans *Gouverneurs de la rosée*". *Presence Africaine*, N° 98, 1976: 145-161.

- MAKOUTA-MBOUKOU, Jean Pierre. *Jacques Roumain: Essai sur la signification spirituelle et religieuse de son oeuvre*. Paris: Lib. Honoré Champion, 1978.
- SÈRRES, Michel. "Christ noir". *Critique*, 29 de enero de 1973: 13-25.
- SOUFFRANT, Claude. *Une négritude socialiste (religion et développement chez J. Roumain, J.S. Alexis et L. Hughes)*. Paris: L'Harmattan, 1978.
- TROUILLOT, Henock. *Dimension et limites de Jacques Roumain*. Port-au-Prince: Edit. Fardin.
- Vieux, Antonio. «Entre Nous : Jacques Roumain», *La Revue indigène* (Port-au-Prince, Haiti) N° 3 (1927).

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Michaelle Ascencio	IX
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	XXXIX
LA PRESA Y LA SOMBRA	1
Prefacio a la vida de un burócrata	3
Propósitos sin consecuencia	15
La chaqueta	23
LA MONTAÑA EMBRUJADA	33
POESÍA	81
Cien metros	83
Negro	84
Danza del poeta-payaso	85
El papel secante	86
Insomnio	86
Tormenta	87
El canto del hombre	88
Calma	89
Corrida	90
Jugando metras	91

Antología de la poesía “Indigène”	92
Lluvia	92
Mediodía	93
Angustia	93
Espera	94
Ausencia	94
Espejismo	95
Surgido de una estera de mimbre pintada	95
Atardecer	96
Miragoane	96
Cuando suena el tambor	97
Créole	98
Langston Hughes	98
Guinea	99
África	100
Madrid	101
Madera de ébano	103
Nuevo sermón negro	109
Sucios negros	111
El amor, la muerte	116
GOBERNADORES DEL ROCÍO	119
CRONOLOGÍA	267
BIBLIOGRAFÍA	273

TÍTULOS PUBLICADOS DE POESÍA Y PROSA CARIBEÑAS

32

LUIS PALÉS MATOS

Poesía completa y prosa selecta

Edición, compilación, prólogo
y cronología: Margot Arce de Vásquez

83

JOSÉ LEZAMA LIMA

El reino de la imagen

Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

103

NICOLÁS GUILLÉN

Las grandes elegías y otros poemas

Selección, prólogo, notas y cronología:
Ángel Augier

147

JOSÉ MARÍA HEREDIA

Niágara y otros textos

(Poesía y prosa selectas)

Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Ángel Augier

161

ELISEO DIEGO

Poesía y prosa selectas

Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Aramis Quintero

172

PABLO ANTONIO CUADRA

Poesía selecta

Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Jorge Eduardo Arellano

182

Poesía y poética del Grupo Orígenes

Selección, prólogo, cronología testimonial
y bibliografía: Alfredo Chacón

Este volumen, el CCXV de la Biblioteca Ayacucho, se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2004, en los talleres de Kiss Producciones, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva de la familia tipográfica Simoncini Garamond, tamaños 9, 10, 11 y 12. En su impresión se usó papel Hansmate 60 gr. La edición consta de 2.000 ejemplares (1.000 empastados y 1.000 en rústica)

Gobierno Bolivariano



MICHAELLE ASCENCIO

Profesora e investigadora de la Universidad Central de Venezuela, especializada en lingüística y dialectología hispanoamericana; doctorada en París con una tesis sobre la visión antropológica de la literatura haitiana, es autora de los libros *Del nombre de los esclavos* (1985), *Lecturas antillanas* (1990), *Entre Santa Bárbara y Sbangó* (2001), así como de la novela *Amargo y dulzón* (2002).



Portada: Detalle de *Les cultivateurs*, de Ernest Jean Louis, 60 x 120 cm. Tomado de: *Le primitivisme haïtien. The Haitian Primitivism. El primitivismo haitiano* (Edition en trois langues). Eugenio Fernández Méndez. Barcelona: Galerie Georges S. Nader, 1972, p. 77.

Jacques Roumain

JACQUES ROUMAIN (Haití, 1907-1944) es la figura emblemática de la cultura haitiana moderna. Etnólogo, militante político perseguido por sus ideas, fue un líder intelectual en el que se combinaba la formación europea con el conocimiento profundo de las realidades de Haití. Su obra representa en buena medida los méritos de una literatura nacional, enraizada en los conflictos y aspiraciones del pueblo. En el presente volumen, el primero que Biblioteca Ayacucho dedica al Caribe franco-parlante, se privilegia la obra literaria de Roumain por encima de sus otros trabajos. De esta manera se ofrece aquí el trayecto completo de su desarrollo narrativo, en primer lugar con el libro de relatos *La presa y la sombra* (1930), en el que hace una aguda crítica del mundo burgués y urbano de Puerto Príncipe, y la novela corta *La montaña embrujada*, publicada en 1931. En este libro la aguda percepción, conocimiento y sensibilidad del autor hicieron posible expresar la vida campesina, las costumbres y sistemas de creencias del vodú, transfigurados en elementos plenamente estéticos. No podía faltar la novela *Gobernadores del rocío* (1944), que da nombre a este volumen, donde la tierra reseca y agotada por el mal uso y la mala distribución se convierte en metáfora de las dificultades que tienen los campesinos para solucionar por sí mismos sus problemas, superando egoísmos y rivalidades grupales. Esta edición de Biblioteca Ayacucho, recoge ampliamente por primera vez en lengua española la obra poética de Roumain en sus distintos registros: simbolista, surrealista, negrista. La mayoría de la obra literaria del autor haitiano ha sido especialmente traducida para esta edición, y se le han incorporado notas lingüísticas, etnológicas e históricas a fin de que este libro sea un instrumento útil para los lectores hispanoparlantes.

BIBLIOTECA



AYACUCHO

ISBN 980-276-375-6



9 789802 763757

Colección Clásica